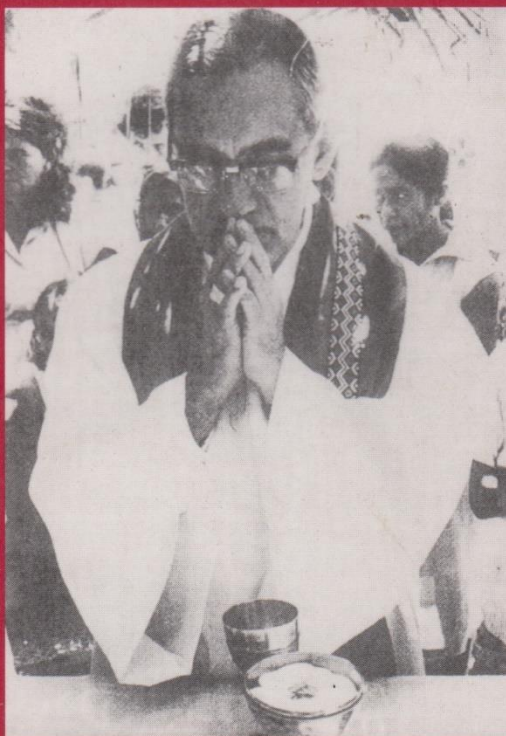


Miguel Cavada

El corazón de Monseñor Romero



CMR

CENTRO MONSEÑOR ROMERO - UCA

24

REFLEXIONANDO LA REALIDAD A LA LUZ DE MONSEÑOR ROMERO.

*Reflexiones personales sobre la realidad de nuestro pueblo, de la iglesia, de la fe, a la luz de los textos seleccionados en el libro
“EL CORAZÓN DE MONSEÑOR ROMERO.” – textos seleccionados
por Miguel Cavada compartiendo lo que ha brotado desde el
corazón de Monseñor.*

Luis Van de Velde, 24 de marzo de 2019

En enero 2017 terminé las reflexiones diarias a partir del primer libro “Día a día con Monseñor Romero”. En abril 2018 terminé las reflexiones a partir del segundo libro “día a día con Monseñor Romero. Hombre de Dios”. Hice las publicaciones diarias en un grupo de Facebook. Al final junté todo en un solo documento. Existen solamente en pdf. Lo he sentido importante seguir reflexionando la realidad diaria a partir de textos de nuestro San Oscar Romero. Diariamente nos ofrece un espejo para discernir aspectos de la realidad de la vida, de la fe, de la Iglesia.

Por eso me puse en la misma dinámica reflexiva a partir de los textos seleccionados por nuestro amigo Miguel Cavada y publicados por el Centro Monseñor Romero de la UCA de San Salvador. En vista de que no existe acceso electrónico a ese libro “El corazón de Monseñor Romero”, he transcrito también los mismos textos. Están en los cuadritos. Ojalá que cada lector/a pueda hacer el mismo ejercicio que yo he hecho: verse en el espejo de Monseñor, dejarse cuestionar y dejarse animar por su palabra de vida, la palabra de Dios pronunciado y proclamada por el profeta. Realmente Dios mismo pasó por El Salvador en la vida de nuestro arzobispo, pastor, profeta y mártir. O para decirlo en palabras de un campesino salvadoreño: “Dijo la verdad. Nos defendió a nosotros los pobres. Por eso lo mataron”. Por eso Dios mismo lo resucitó y en octubre 2018 también la Iglesia católica romana lo reconoció como SANTO incluyéndolo en el canon de los santos de la Iglesia.

Para conocer mejor a Monseñor Romero hay que conocer mejor a Jesús. Para conocer mejor a Jesús hay que conocer mejor a Monseñor Romero. El uno nos envía al otro para que seamos testigos del Reino, constructores de la Iglesia de las y los pobres.

Que estas pobres reflexiones puedan servir para que cada uno/as pueda abrirse el corazón y encontrarse con el Dios de la vida, así como brota del corazón de San Oscar Romero. Yo prefiero seguir llamándolo: “Monseñor Romero” o sencillamente “Monseñor”, como nuestro pueblo lo llamaba.

He conservado la misma estructura del libro, con los mismos títulos. He puesto las mismas fotos del libro en su lugar donde están en el libro.

Primera parte. Queremos ser la voz de los que no tienen voz.

1.1. A quien siento como un hermano. *En el funeral del Padre Grande.*

Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí, queridos hermanos, de unas relaciones humanas y personales con el padre Rutilio Grande, a quien siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida, él estuvo muy cerca de mi, y estos gestos jamás se olvidan. (14 de marzo de 1977)

Monseñor comparte aquí como Rutilio ha estado cerca de él en momentos decisivos de su vida y se acuerda de unos gestos de Rutilio que se gravaron en su memoria. Rutilio no era solamente un sacerdote más de la arquidiócesis, sino un verdadero hermano para Monseñor.

Creo que todo y todas, de una u otra manera, hemos tenido experiencias semejantes a la de Monseñor Romero: alguien que, en toda fidelidad, ha estado cerca de uno, especialmente en los momentos decisivos, en tiempos de crisis, en tiempos de gracias. Esas personas, sus palabras y sus gestos, su silencio (escuchando) y su palabra, están gravadas quizás no solamente en la memoria del cerebro, sino también en la memoria del corazón.

Monseñor compartió esa experiencia profunda de hermanad con Rutilio, durante la misa del funeral de Rutilio, asesinado dos días antes. Quizás nosotros no debemos esperar tanto para expresarle nuestro profundo agradecimiento. En realidad, son personas en quien Dios mismo se ha hecho presente en nuestra vida.

Al otro lado también vale la pena preguntarnos para quienes nosotros hemos sido (o somos) esa persona a través de quien Dios se hace presente en la vida de otros, es decir, preguntarnos, para quienes somos “ese hermano/a” fiel, en las alegrías y en las tristezas. Quizás la calidad de nuestra vida puede medirse en gran medida en la calidad de esa cercanía fraterna como la que Rutilio pudo ofrecerle a Monseñor Romero.

1.2. El que toca a uno de mis sacerdotes, a mí me toca. *(En la misa única después del asesinato de Rutilio Grande).*

Queridos sacerdotes, permanezcamos unidos en la verdad auténtica del Evangelio, que es la manera de decir, como Cristo, el humilde sucesor y representante suyo aquí en la arquidiócesis: el que toca a uno de mis sacerdotes, a mí me toca.” (20 de marzo de 1977)

En aquel momento histórico de dolor por el asesinato de Rutilio Grande, Monseñor Romero está consciente que – en toda humildad – es el sucesor y representante de Cristo y que por eso, en nombre de Cristo puede expresar que el asesinato de Rutilio toca el corazón de Cristo. En nombre y en representación de Cristo asume “El que me toca a uno de mis sacerdotes, a mí me toca”. En aquel momento Monseñor aun no estaba consciente que las fuerzas de la muerte iban a matar a muchos más sacerdotes.

A la vez llama sus sacerdotes a formar un solo cuerpo permaneciendo unidos en la verdad auténtica del Evangelio. El criterio de la unidad del clero debe ser la verdad auténtica del Evangelio y no algunas conveniencias mundanas o personales, aún menos interpretaciones falsas del Evangelio. La solidaridad entre el clero debe tener su base en el auténtico evangelio de Jesús.

Ya en el aquel tiempo el clero (y la conferencia episcopal) ya estaba un tanto dividido. Era un proceso que se iba agudizando poco a poco. Monseñor hace esa llamada a la unidad: sacerdotes deben estar unidos, junto con su obispo. Pero la base de esa unidad debía y debe ser la “verdad auténtica del Evangelio de Jesús”. La creación de una cantidad de movimientos católicos, cada uno con el carisma de su fundador, ha provocado mucha división. El abandono de parte de la jerarquía latinoamericana de la verdad del evangelio expresado en las conferencias de Medellín y de Puebla, ha causado el abandono de muchas experiencias de comunidades eclesiales de base. Quizás solamente profetas de Dios como Monseñor lograr convocar para la auténtica unidad entre el clero y en la misma iglesia.

1.3. Como hermano, como amigo, es como quiero ser considerado. *En la presentación de la primera carta pastoral de Monseñor Romero, La Iglesia de la Pascua.*

Cómo Juan acaba de decir hoy, y un sucesor de los apóstoles lo dice con más razón: “Yo, hermano vuestro”. Así, como hermano, como amigo, es como quiero ser considerado en mi ministerio, es como yo he hablado en esta carta, para alegrarme precisamente de que Dios me ha preparado un pórtico inesperado para entrar en mi nuevo ministerio jerárquico, Elogio la herencia maravillosa que nos deja Monseñor Luis Chávez y González, al dejar, con sus beneméritos y cansadas manos, esos treinta y ocho años en nuestra agitada historia. (17 de abril de 1977)

Un obispo que quiere ser hermano y amigo de sus fieles, de sus sacerdotes. A dos meses de haber asumido la nueva misión, Monseñor expresa que en primer lugar quiere ser nuestro hermano y amigo. Vale la pena lo dijo el mes anterior como Rutilio Grande había sido su hermano en los momentos decisivos de su vida. De la misma manera quiere ser hermano y amigo y pastor fiel para su rebaño. Me parece que cada sacerdote, cada animador/a de comunidades cristianas tendremos que preguntarnos si nosotros también asumimos ese compromiso, esa manera de vivir y de relacionarnos con las y los fieles: hermano/a, amigo/a, o somos en realidad otra cosa.

Monseñor expresa también su agradecimiento por su vocación, su misión, su nuevo ministerio como arzobispo. Creo que no lo había esperado, porque habló de “un pórtico inesperado”. Pero sí logró discernir que Dios mismo le había puesto en esa nueva misión, aun sin saber por dónde lo iba a llevar. Monseñor supo ser profundamente agradecido por esa misión. Me pregunto: ¿cómo logramos discernir nuestra propia misión como laico/a, animador/a de comunidades cristiana, sacerdote, religioso/a, obispo, como una misión dada por el Dios de Jesús y no simplemente como nuestro propio deseo? En la medida que logramos discernir con más claridad nuestra vocación, estaremos más agradecidos.

1.4. En mi corazón no cabe exclusión. *(Después del secuestro de Mauricio Alfredo Borbonovo Pojl, canciller de El Salvador).*

“También, que quede bien claro esto, hermanos, porque alguno ha dicho que el nuevo arzobispo no quiere ser obispo de los ricos, sino de los pobres. Es mentira. Pertenece a la campaña difamatoria esa frase. Desde el principio todos me han oído: estoy con todos, abierto al diálogo con todos, dispuesto a corregir mis errores, de cualquier sector que me vengán a platicar. Los amo a todos y es mi misión amarlos para salvarlos. En mi corazón no cabe exclusión, hermanos, quiero decírselos con toda franqueza” (8 de mayo de 1977)

Desde el inicio Monseñor nos extrañaba. ¿Cómo se puede amar a los ricos, a los militares, a los terratenientes explotadores, a los dueños de las fábricas, a los que evaden impuestos en millones, a los corruptos en el gobierno,....? Creo que Monseñor ha sido muy sincero en lo que dijo: en mi corazón no hay exclusión. Y lo dijo con toda franqueza. A la vez nos dijo que amaba a todos “para salvarlos”. Ahí está el detalle. Monseñor no quiso ser cómplice de la explotación del hombre por el hombre, ni de la represión contra el pueblo. Tampoco justificaba secuestros o asesinatos de gente rica y poderosa de parte de la guerrilla. Siempre sentía el dolor del que sufría. Y su acercamiento a los grandes y poderosos (“los ricos”) era con la misma intencionalidad con la que se acercaba solidariamente a los pobres: su salvación. Por eso su mensaje a los de arriba era diferente, pero era mensaje de amor. Así como Jesús se acerca a los “pecadores” demostrándoles la misericordia de Dios mismo, así también Monseñor Romero. En los evangelios no nos narran cuántos de los comensales (pecadores) se hicieron discípulo de Jesús. Monseñor siempre ofrecía una palabra de amor, a veces de denuncia fuerte, porque quería su salvación.

Con el secuestro del canciller Borgonovo, Monseñor se puso al lado de la víctima, al lado de los familiares de la víctima y oraba por su pronto liberación, con la misma intensidad con la que se preocupaba por las víctimas de la explotación y de la represión. También condenaba con la misma fuerza la violencia del secuestro. No a la violencia, era un grito constante de Monseñor Romero también hacia las organizaciones populares y los grupos guerrilleros. Los quería a todos, para salvar a todos. ¡Cuánto podemos aprender de ese amor realmente universal de Monseñor Romero!

Hoy pienso en la absoluta necesidad de la iglesia de acercarse a esos grandes pecadores, los mareros y toda su estructura criminal. Ningún marero, nadie de sus familias, siente el amor de Dios que la iglesia tendría que ofrecerles, así como lo hizo Jesús, así como lo hizo Monseñor Romero. Habrá crítica, por supuesto, pero nadie tendría que detener la misericordia de Dios. Lastimosamente conocemos poco de las experiencias sencillas que si son testigos grandes.

1.5 No matarás. *(En la misa exequial del ingeniero Mauricio Alfredo Borgonovo Pohl, secuestrado y asesinado por las FPL)*

“El mandamiento “no matarás” siempre está gritando desde Dios al corazón del hombre. No pueden seguir viviendo tranquilos los que llevan la violencia a estos extremos horribles”. (11 de mayo de 1977)

Muchas veces he pensado que si viviéramos según los 10 mandamientos (tan antiguos), este país sería un paraíso. Las dos palabras “no matarás” Monseñor nos las gritó ya en mayo de 1977 y en ocasión del asesinato del canciller de parte de una de las organizaciones guerrilleras. Nosotros recordamos estas palabras de Monseñor relacionadas con el asesinato del Padre Octavio Ortiz, asesinado junto con 4 jóvenes, de parte del ejército. Lo hemos cantado tantas veces: “no matarás, no matarás... Por Dios por el pueblo te ordeno: no matarás”. Pero no olvidemos que en mayo 1977 Monseñor Romero levantó este grito de parte de Dios dirigido a la organización guerrillera. Una condena fuerte. Y nos cuesta aceptar que las organizaciones tampoco han “escuchado”, así como el ejército y la guardia tampoco “escucharon” a Monseñor Romero.

Para Monseñor Romero la violencia era un extremo horrible. Y en todo su ministerio como arzobispo ha denunciado fuertemente la violencia, todas las formas de violencia, “venga de donde venga”. En los años posguerra nos hemos acostumbrado nuevamente a la violencia: diez o más homicidios diarios, feminicidios crecientes, nadie puede contar las extorsiones y los robos diarios! Parece que

es un problema que el estado debe resolver. Siempre más inversión en represión, algo en prevención, sin atacar la raíz, que es el sistema económico excluyente y explotador. Hoy no se escucha voces eclesiales con gritos como “no matarás”. Se hace documentos de análisis socio – político, carta pastoral, alguna mención en una homilía, pero no hay una voz profética que clama al cielo, sin parar. “no matarás”.

1.6 Así mueren los que creen en Dios. *(en la misa exequial por el Padre Alfonso Navarro, asesinado por un escuadrón de la muerte, junto con el niño Luis Alfredo Torres)*

“Quiero agradecer el testimonio de esa mujer buena que lo recoge agonizando entre sangre, y al preguntarle si le duele algo, dice. ” No me duele más que el perdón que quiero dar a mis asesinos, a los que me han acribillado, y el dolor que siento por mis pecados; que el Señor me perdone”. Y comenzaba a rezar. Y así mueren los que creen en Dios.” (12 de mayo de 1977)

Monseñor no sabía que al citar las palabras de esa buena mujer, se estaba adelantando a sus propias palabras en la hora de su agonía al ser asesinado tres años después. Monseñor hace referencia a la capacidad de perdonar y de pedir perdón. “Así se mueren los que creen en Dios”. Creo que podemos completar: “así viven los que creen en Dios”. Sabemos que Monseñor Romero consultaba con frecuencia su guía espiritual. Tenía necesidad de discernir sobre su propio camino de pastor a imagen de Jesús. Reconocía sus propias limitaciones. Sus confesiones – me imagino – han sido expresión de ese discernimiento, reconociendo su pequeñez, errores y omisiones. Monseñor nunca se descuidaba de esa actitud de humildad ante Dios. Sabía que sin pedir perdón tampoco podía ser voz de Dios que perdona. En la cita que comentamos, Monseñor se reconoce a si mismo. Así vivió y así moriría tres años después, “como los que creen en Dios”.

Perdonar a los victimarios es quizás una de las dimensiones más difíciles en la vida de las víctimas de tortura, de secuestro, familiares de asesinados/as y desaparecidos/as, en la vida de los fieles en general. Recuerdo que Nelson Mandela, al salir de sus más 20 años de cárcel y tortura, dijo – algo como - que perdonaba todo eso, para poder liberarse y ser libre para las nuevas misiones. Como creyentes nos cuesta tanto aceptar que el Dios de Jesús es un Dios de perdón, de perdón radical y sin reservas. Entiendo la exigencia de conocer la verdad para perdonar a los culpables de tanto sufrimiento de nuestro pueblo. Esta lucha por la verdad es importante. Tan importante como el perdón a los victimarios, por lo menos si queremos ser algo de transparente hacia el Dios de Jesús. Creo que las víctimas (de lo que sea) – y ¿quién no ha sido víctima de una u otra manera? – necesitamos liberarnos del pasado y la única manera es perdonando, desde lo más profundo de nuestro corazón. Si los victimarios lo aceptan (reconociendo su culpa) o no, es otro asunto. Si no nos liberamos del pasado, seguiremos siendo víctimas y seguiremos victimizándonos. Los victimarios nos mantendrán en su poder. Si logramos hacer perdonar, tendremos más fortaleza en la lucha por la verdad y la justicia.

1.7 Creo en conciencia que voy bien. *(Después del primer viaje a Roma como arzobispo, en el que fue recibido por Pablo VI el 30 de marzo de 1980)*

“Mi viaje a Roma – si algunos pudieron haber criticando o entendido mal - no tenía otro sentido que este de Pablo a Jerusalén, para confrontar con Pedro, con el Papa, sucesor de Pedro, a ver si lo que enseño, si lo que hago está bien. Y vuelvo de Roma, como Pablo volvía a Antioquía, con el testimonio de que vamos por un buen camino. No duden de mi palabra, queridos hermanos, no la desfiguren. Muchos andan diciendo que yo soy presionado y que estoy predicando cosas que yo

no creo; hablo con convicción, sé que les estoy diciendo la palabra de Dios, que la he confrontado, su palabra, con el magisterio y creo en mi conciencia que voy bien. Yo quiero invitar a todos a que dialoguen conmigo, se los estoy diciendo desde el principio. No oigo solo un sector, oigo a todos, recibo lo bueno de todos; pero esta es la gran misión, el difícil papel del obispo: discernir, escoger, apartar lo malo y quedarse con lo bueno” (15 de mayo de 1977)

La derecha recalcitrante de hoy en El Salvador vuelve a acusar, esta vez a toda la conferencia episcopal de ser presionado por la izquierda. El escenario se repite cada vez cuando la jerarquía de la Iglesia se pone a la par (o a la cabeza, junto con otros) del pueblo en sus luchas justas, esa vez, en El Salvador en contra de la privatización del agua. Habla de la manipulación de los fieles al promover una acción que busca un millón de firmas en apoyo a la exigencia de una ley que garantice todo el derecho al agua.

Regresemos a la cita. Este viaje a Roma y su encuentro con Pablo VI ha sido muy animador para Monseñor Romero. Regresó confortado, fortalecido, animado y con más esperanza para su ministerio episcopal. En este sentido es un tanto significativo que su canonización el 14 de octubre será junto con la de Pablo VI. Ese encuentro en Romero y Pablo VI, sus oraciones en las tumbas de Pedro y Pable, le ha alimentado su conciencia. “Creo en mi conciencia que voy bien”. Monseñor se ha referido varias veces a esa celdita en el corazón humano donde Dios habla a nuestra conciencia. Ahí encontró la confianza fundamental de estar en el buen camino. Apenas tenía unos meses de haber asumido su misión.

Monseñor era un pastor de diálogo, con todos los sectores. Sabía escuchar. Menciona la difícil responsabilidad del obispo de ayudar a su pueblo a discernir. El discernimiento cristiano, según la matriz del discernimiento de Jesús, es un reto constante en la Iglesia. Las circunstancias históricas van cambiando, y especialmente en tiempos de crisis, las y los pastores tienen la tremenda responsabilidad de dar luces (¡¡¡las del Espíritu, y no otras!!!) para que las y los pobres puedan tomar sus decisiones. Una tarea permanente.

1.8. ¡Ay del pastor que se instala en una manera bonita de vivir!. (Comentario sobre el “Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador al pueblo salvadoreño ante la ola de violencia que enluta al país)

“Comenzamos este mensaje el viernes de la semana anterior y lo concluimos el martes de esta semana, comenzando por una revisión interna de nosotros mismos. Una conversión, porque, también los obispos, el Papa, todos los cristianos vivimos esa tensión que Cristo dejó en el mundo: de conversión. ¡Y ay del pastor que no vive esta tensión, que se instala en una manera bonita de vivir! Nosotros tenemos que compartir con el pueblo la conversión.” (22 de mayo de 1977)

Monseñor Romero ha tenido una vida personal muy sencillo. No tenía nada de riquezas. Sus hermanos confirmaron que no dejó nada de herencia. Dio el ejemplo de como debe vivir un pastor que acompaña a su pueblo. No sé si lo conoció, pero vivió exactamente como un grupo de obispos lo había expresado al finalizar el concilio. Nada amarraba a Monseñor Romero, ni poder, ni riqueza.

Menciona en esta cita también la necesidad de la permanente conversión. El auténtico discernimiento según el Evangelio, siempre debe llevar a los pastores y a los fieles a la conversión. Monseñor estaba muy consciente de sus deficiencias personales. El grito de las y los oprimidos, la voz de Dios en este pueblo, le exigía una conversión constante.

Creo que en la(s) Iglesia(s) nos hemos acomodado tanto que ya no vivimos lo que Monseñor Romero esa “tensión que Cristo dejó en el mundo: la conversión”. La práctica de la confesión individual se relaciona sobre todo con fallas muy individuales. No es que no son importantes a corregir, pero el gran pecado de la omisión en la defensa del pobre, el gran pecado de la explotación económica, el gran pecado de la mentira y los engaños en los medios de comunicación, el gran pecado de la represión contra el pueblo, el gran pecado de la insolidaridad, ... pocas veces es escuchado en la confesión privada. Quizás es por eso que también ha disminuido su práctica. Pero sería que no en las iglesias no logramos discernir según el modelo de Jesús, que seguimos siendo sordos y mudos y al final no sentimos la necesidad de la conversión. Monseñor Romero sigue siendo un gran ejemplo.

1.9. “A mi me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres” *En Aguilares, después del operativo del ejército y los cuerpos de seguridad que dejó un saldo de varios muertos y desaparecidos, y tres sacerdotes jesuitas expulsados del país.*

“A mi me toco ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger, en esta iglesia, en ese convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo un pueblo humillado, sacrificado indignamente. Por eso, al venir, finalmente – porque quise estar con ustedes desde el principio y no se me permitió – hermanos, yo les traigo la palabra que Cristo me manda decirles: una palabra de solidaridad, una palabra de ánimo y de orientación y, finalmente, una palabra de conversión.” (19 de junio de 1977)

Monseñor estaba bien claro que se trataba de una verdadera persecución a la Iglesia, una persecución que también a él le iba a costar la vida casi tres años después. Después del asesinato del Padre Rutilio Grandes y sus dos acompañantes, los militares y la guardia se habían tomado la iglesia y el convento de Aguilares, destruyeron todo, dispararon contra el sagrario, asesinaron al sacristán que estaba tocando las campanas, y se quedaron ahí viviendo sus cochinas durante casi tres meses. Era una verdadera humillación para ese pueblo. Los sacerdotes fueron expulsados. Monseñor se acercó a Aguilares, lo más pronto que podía, para expresar su solidaridad, para orientar a ese pueblo y animarlo en medio de la persecución, para llamarlo a una auténtica conversión. Monseñor estaba consciente que no eran meramente palabras suyas, sino que era el mensaje de Jesús mismo.

En El Salvador de hoy no hay una persecución sangrienta a la Iglesia – aunque no se ha aclarado el asesinato del Padre Walter asesinado durante la semana santa de este año – pero los ataques de la derecha (con mayoría en la asamblea, y sus poderes económicos y de los medios de comunicación) contra la Iglesia no paran. El compromiso de la Iglesia salvadoreña, alimentada también por los mensajes del Papa Francisco, en la lucha contra la minería y en defensa del derecho al agua, no es aceptada por los dioses del poder y de la riqueza. Esa toma de posición de parte de la conferencia episcopal es una palabra de solidaridad, de ánimo y de orientación para el pueblo. Y a la vez nos llama a la conversión para ser cuidadores de la naturaleza, para evitar su destrucción y envenenamiento.

Cuanto me alegra poder vivir hoy que la conferencia episcopal está retomando el mensaje de Monseñor Romero en esta lucha por la vida. Ojalá que siga así, también en otros aspectos, por ejemplo, ante la violencia social y sus consecuencias tan dolorosas para nuestro pueblo.

1.10. Hay una pesadez en mi pobre espíritu.

“Hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren azotes, patadas, golpes de otro hombre. Si tuvieran un poquito de Dios en su corazón, verían, en ese hermano, un hermano, imagen de Dios.” (17 de julio de 1977).

Monseñor escuchaba todos los días testimonios de familiares de víctimas, algún torturado que a pesar de todo logró sobrevivir y salir de la cárcel. Eso lo hizo ser muy solidario, no solamente en palabras, sino también en su propio corazón. Sentía el dolor de las personas torturadas como que no fueran “gente”. Y Monseñor reflexiona y concluye que los victimarios no ven un hermano en la víctima, no llevan a Dios en su corazón. Esto es un juicio muy fuerte. La mayoría de los victimarios venían de familias creyentes, en aquel tiempo sobre todo católicas. En el ejército, en los cuerpos de seguridad los transformaban en monstruos, de tal manera que ya no había lugar para el Dios de la vida en sus corazones. Es muy fuerte la denuncia profética: no tienen a Dios, ni un poquito, en sus corazones.

Creo que esta expresión de Monseñor Romero puede ampliarse a la oligarquía y su aparato político (los partidos de la derecha). Cuando privatizaron la banca, la distribución de la energía eléctrica, las telecomunicaciones, la dolarización,.... Los que trataron de privatizaron todo el sistema de salud. Los que ahora tratan de privatizar el agua poniendo la administración del agua en representantes de la gran empresa privada. No tienen a Dios en su corazón, porque su corazón está lleno de los dioses del poder y del dinero. Por eso el pueblo salvadoreño, especialmente los pobres, no son sus hermanos. No les importa. Están abriendo la puerta para que los pobres se mueran de sed. ¡Qué tortura más grave!

1.11. Yo estudio la teología de la liberación. Frase que intercala cuando está explicando un texto de Medellín.

“Que conste que yo estudio la teología de la liberación a través de estos teólogos sólidos, como es el cardenal Pironio, que actualmente es prefecto de una de las congregaciones del Papa”. (24 de julio de 1977)

Monseñor Romero cita varias veces al cardenal argentino Eduardo Pironio (1920 1998). En los cónclaves después de la muerte de Pablo VI y de Juan Pablo II fue mencionado como un posible sucesor. El entonces Cardenal Bergoglio definió a Pironio como “amigo de Dios” y reconoció que su compatriota “sufrió bastantes la desconfianza y la calumnia”. El proceso de beatificación de Pironio ya superó la etapa diocesana. Sus escritos han inspirado mucho a Monseñor Romero.

Quizás no estudió muchas otras expresiones de la teología de la liberación, pero sí estaba bien convencido que el grito de los pobres era el grito de Dios que llama a la liberación (Éxodo).

La expresión “que conste que yo estudio la teología de la liberación”, parece una forma de provocación. La derecha (política y eclesial) le acusaba de estar influenciado por y ser víctima de la teología de la liberación. Luego explica Monseñor que su fuente es Cardenal Pironio.

Hace poco Gustavo Gutiérrez, llamado el padre de la teología de la liberación, fue recibido por el Papa Francisco quien lo agradeció por todo el bien que había significado para la Iglesia. La teología de la liberación no era perfecta, por supuesto, pero sí volvió a abrir el horizonte hacia el Dios de Jesús, y era la reflexión teológica que volvió a poner a las y los pobres (empobrecidos) en el centro del Reino de Dios. Monseñor Romero ha sido un profeta con esa práctica liberadora.

1.12. Mi vida ya no me pertenece a mí. En la celebración de su 60 cumpleaños.

“He comprendido una vez más que mi vida no me pertenece a mí, sino a ustedes (....). El obispo ya no es una persona privada, sino un signo de unidad. Y me alegro de que este acontecimiento – en lo personal no tiene ningún sentido – haya sido una ocasión para expresar solidaridad, el cariño, la unidad de nuestra Iglesia.” (21 de agosto de 1977)

La vida del pastor pertenece al rebaño. La vida del pastor es parte de la vida del rebaño. La vida del pastor es del rebaño. Su experiencia pastoral como sacerdote en San Miguel, como obispo en Santiago de María y sus 5 meses como arzobispo de San Salvador, le han llevado a comprender que su vida no le pertenece a él, sino al pueblo. Especialmente a las y los pobres, a las y los perseguidos.

Esta frase no era una cuestión de palabras para lucir bien o que se fueran con el viento. Monseñor lo ha vivido diariamente. También en esta dimensión ha sido reflejo y expresión viva de Jesús de Nazaret. Monseñor no vivía para si mismo. No tenía nada personal y todo su ser estaba al servicio del Reino de Dios, al servicio de su pastoreo con las y los pobres de su pueblo, ese pueblo crucificado.

Me parece que esa expresión debe ser también un espejo para cada quien que se quiere llamar cristiano/a, seguidor/a de Jesús, y por supuesto para cada pastor, cada sacerdote o obispo. En el seguimiento a Jesús se trata de no vivir para si misma, ni exclusivamente para su familia, sino para las grandes mayorías (empobrecidas) de su pueblo. Claro puede ir en contra de la mentalidad “normal”, pero Jesús nos pidió que entre nosotros no fuera así, sino viviéramos para que otros/as tuvieran vida en abundancia. Eso hizo Monseñor Romero en su contexto histórico de explotación económica y represión violenta, queriendo evitar la guerra. Ha sido una voz de esperanza. ¿Y nosotros/as qué somos para nuestro pueblo?



Monseñor Romero recibe un ramo de flores hechas de tusa.

1.13. Necesito convertirme continuamente.

“Yo, que les estoy hablando, necesito convertirme continuamente. El pecador, el religioso, la religiosa, el colegio católico, la parroquia, el párroco, la comunidad, la Iglesia, pues, tiene que convertirse a lo que Dios quiere en este momento de la historia de El Salvador. Si uno vive en un cristianismo que es muy bueno, pero que no encaja con nuestro tiempo, que no denuncia las injusticias, que no proclama el reino de Dios con valentía, que no rechaza el pecado de los hombres, que consciente, por estar bien con ciertas clases, los pecados de esas clases, no está cumpliendo su deber, está pecando, está traicionando su misión (21 de agosto de 1977)

En primer lugar, creo que es importante ver que Monseñor hace referencia a lo que podríamos llamar un fariseísmo cristiano: esa actitud de personas e instituciones eclesiales que se consideran cumplidores de las leyes cristianas, de las tradiciones religiosas, pero que no se dejan iluminar por el Evangelio de Jesús. Hace una llamada clara a la necesidad constante de convertirse, donde dice que el mismo es el primero en necesitar conversión. Esto tampoco era una palabra ligera de Monseñor Romero. La vivió en la realidad diaria. Estaba consciente que su misión como arzobispo en aquellos tiempos tan difíciles exigió esa constante conversión al Evangelio. Su disciplina en las pláticas con su guía espiritual era expresión de este deseo firme de no caer en un fariseísmo cristiano autosuficiente.

En la misma cita ilustra lo que ha visto por todas partes, como se estaba traicionando la misión cristiana. Menciona varios ejes de vida que exigen revisión para ser Iglesia fiel a Jesús: (1) vivir un cristianismo tradicional fuera de la realidad y el contexto actual, (2) no discernir y no denunciar las injusticias que sufre el pueblo, (3) no proclamar con valentía el Reino de Dios, (4) vivir en el pecado de contemplar el pecado de las clases (sociales) que explotan y repriman al pueblo. Monseñor lo expresa de tres maneras. Quienes viven de esta manera no están cumpliendo su deber, están pecando y están traicionando su misión (de Iglesia). Cada uno/a de nosotros debemos revisar en nuestra propia vida en qué medida pecamos con una o más de esas cinco llamadas de atención que Monseñor nos hace. Así como él mismo necesitaba continuamente conversión, también nosotros hoy.

1.14. Yo sé que he caído mal a mucha gente.

“La Iglesia está puesta para convertir a los hombres, no para decirles que está bien todo lo que hacen, y por eso naturalmente cae mal; todo aquel que nos corrige, nos cae mal. Yo sé que he caído mal a mucha gente, pero sé que he caído muy bien a todos aquellos que buscan sinceramente la conversión de la Iglesia, que somos todos.” (21 de agosto de 1977)

Pedir la conversión de la Iglesia, para que vuelva a ponerse en el camino del Evangelio y deje de prostituirse de los dioses del poder y de la riqueza, cae mal a muchos católicos de tradición, especialmente en la clase media y alta. Monseñor hasta se incluye en la experiencia de aquellos que, cuando se trata de corregirlos, se enojan. El profeta está llamado para llamar a la misma Iglesia a una conversión constante, porque una institución de siglos y tan grande abarcando a muchos siempre corre el riesgo de olvidarse de su propia misión.

Esta misión es ser profeta para la “conversión de los hombres”. Monseñor advierte que su misión no es justificar “todo lo se está haciendo”, especialmente cuando las y los pobres son víctimas, como siempre en la historia. Durante muchos años la jerarquía de la Iglesia ha sido aliada del poder y de la riqueza. La oligarquía compraba alianza con donaciones para los templos, para las obras y para beneficios personales del clero. Pero también las y los pobres han estado acostumbrados a una pasividad hasta en situaciones de sufrimiento. Cuando el pastor – iluminado por el Espíritu de Jesús – empieza a llamar a la conversión a todos y todas, cae mal a mucha gente. Ese pastor molesta, estorba porque vuelve a sembrar a la semilla del Reino.

No es fácil ser pastor y profeta del Reino, del camino de Jesús. Monseñor estaba consciente que había caído mal a mucha gente. Creo que podemos decir: de la misma manera como Jesús había caído mal.

Sin embargo, es difícil discernir cuando se cae mal por causa del evangelio o por otras causas u otros intereses. Hoy en El Salvador la conferencia episcopal cae mal a la oligarquía por defender el derecho humano del agua que no puede ser administrada por la empresa privada. Los partidos de la derecha y los medios de comunicación de la derecha fortalecen esas críticas. En Nicaragua la jerarquía de la Iglesia recibe todo el apoyo de los medios de comunicación de la derecha y de la embajada gringa y de la oligarquía encabezando (aunque se llaman mediadores) lo que dice ser una lucha por la democracia. Aunque ahí también aparecen sacerdotes jesuitas, comunidades eclesiales de base apoyando esas rebeldías. Caer bien o caer mal, exige un sincero discernimiento evangélico.

1.15. Queremos ser la voz de los que no tienen voz. *Después de denunciar el asesinato de Felipe de Jesús Chacón Vázquez, Serafín Vázquez Escobar y Pablo, en Tejutla, Chalatenango.*

“Queremos unirnos al dolor de su familia y queremos ser la voz de los que no tienen voz para gritar contra tanto atropello contra los derechos humanos; que se haga justicia; que no se queden tantos crímenes manchando a la patria, al ejército; que se reconozca quiénes son los criminales y que se dé justa indemnización a las familias que queden desamparadas.” (28 de agosto de 1977)

En una sola frase Monseñor resume diferentes aspectos de su ministerio profético, que tendría que ser el ministerio de toda la Iglesia: (1) unirse al dolor de las familias de asesinados y desaparecidos, (2) ser la voz de los que no pueden gritar contra la violación a los derechos humanos; (3) exigir que se haga justicia a las víctimas, (4) que desaparezcan tantos crímenes que manchan la patria y hasta el mismo ejército, (5) que se descubra la verdad y se reconozca quienes son los victimarios (criminales), (6) luchar por una verdadera indemnización de las familias víctimas desamparadas.

Ser la voz de las víctimas – especialmente las y los pobres – que no tienen voz, que no son escuchados en los tribunales, que no pueden pagar abogados, que son callados, es una misión que Monseñor Romero ha asumido con claridad. Cada semana en su homilía está narrando los hechos criminales de la semana, también cuando se ha dado cuenta de acciones violentas de parte de organizaciones populares. Siempre se pone del lado de las víctimas.

Hoy en El Salvador, en la lucha contra la minería y contra la privatización del agua está activando nuevamente la conciencia liberadora de gran parte de la población víctima. Empieza a tener su

propia voz, que es fortalecida por la voz de varias iglesias. Al otro lado hay miles de familias, familiares de las víctimas de las maras (en la matanza en su propio círculo, entre maras, y en enfrentamiento (no siempre tan limpio) con la policía. Un grito contra la violencia (por muy importante y necesario que sea) no puede hacerse sordo ante el dolor de las madres y demás familiares que diariamente están recogiendo cadáveres, aunque sean mareros y aunque se habían beneficiado del crimen (como de las extorsiones). No se trata de justificar, sino de ser la voz de los que no tienen voz, la voz de los que van recogiendo cadáveres de sus hijos.

Por supuesto habrá que seguir en la lucha por la justicia porque siguen manchando la patria con tanta sangre. El sistema judicial es tan corrupto, la fiscalía tan parcial, y además está perdiendo la mayor parte de los casos más sonados. Queda una tremenda misión. Hoy una asamblea manejada por la derecha está por nombrar a 4 nuevos magistrados de sala de lo constitucional, por un período de 9 años. No se mira muchas perspectivas para que se haga justicia.

La indemnización de las familias desamparadas es otro espacio en blanco. En esa una sola frase Monseñor sigue ofreciéndonos, demandando más bien, todo en programa de acción, para toda la iglesia.

1.16. Jamás me he creído líder de ningún pueblo.

“Quiero hacer una aclaración, cuando el 5 de agosto desde estos micrófonos se relataba la procesión del Divino Salvador, uno de los locutores dijo que este pueblo iba siguiendo a su verdadero líder, al Divino Salvador, se entiende; pero hubo quien me fue a malinformar diciendo que yo había incitado a decir que yo era el líder de esta gente. Miren como tergiversan las cosas. Jamás me he creído líder de ningún pueblo, porque no hay más que un líder; Cristo Jesús. Jesús es la fuente de la esperanza, en Jesús se apoya lo que predico, en Jesús está la verdad de lo que estoy diciendo. Yo sería loco, queridos hermanos, queridos radioyentes, querer ser yo, frágil, mortal, que voy a acabar como todos ustedes, muerto, quererme hacer yo el sostén de todo un pueblo y de toda una esperanza. Gracias a Dios que mi humilde palabra logra hacer descubrir a aquel en quien hay que tener esperanza y fe.” (28 de agosto de 1977)

Siempre he tenido mis temores y observaciones ante los gritos en grandes procesiones. Llamando a Jesús el líder, el verdadero líder y aplaudirle, como también se hace en semana santa, en procesiones de Corpus Cristi, en la Bajada,.... es tan cómodo. En realidad no se dice mentira si se entiende bien, pero poca gente hace caso al liderazgo de Jesús, solo lo siguen en procesiones, peregrinaciones y actividades de masa. Seguir a ese líder (tan diferente del liderazgo del “mundo”) tiene que ver con la realidad histórica, con el anuncio de la buena nueva a los pobres, con la sanación de las heridas, con la liberación de todo lo que domina a los seres humanos.

Monseñor Romero hace referencia a una difamación que él se hubiera puesto como ese único líder del pueblo salvadoreño. Esa acusación tiene un tono político. Querían deshacer la presencia de Dios en las palabras y los hechos de Monseñor, acusándole de ser un líder de masas. Monseñor deja bien claro que no lo es y que no pretende serlo. Su único interés que ese pueblo descubra de verdad a Jesús, el Cristo, como la fuente de la esperanza y de la fe: que ese pueblo descubra como debe seguir a ese Jesús, seguir sobre todo en hecho concretos de salvación y liberación.

La malinformación sobre el quehacer de obispos es algo que la derecha maneja muy bien. Los medios de comunicación de la derecha no permiten que la palabra de Dios cuestione sus acciones en contra del pueblo. En la lucha contra la privatización del agua en El Salvador, se ve con claridad como los ideólogos de la derecha tratan de descalificar a los obispos, así como descalifican a las organizaciones populares y medioambientistas. Mal informar parece ser un objetivo importante de los medios de comunicación de la derecha.

1.17. Yo sería un traidor de ustedes... *Desmiente una noticia aparecida en el diario El Mundo del 25 de agosto de 1977.*

“Si un día yo mismo les traiciono, no me hagan caso a mi, sigan a esa Iglesia que ahora hemos vislumbrado con tanta claridad. Pero espero, con la ayuda de ustedes, que no traicionaré nunca esta Iglesia. Y por eso, quiero hacer una aclaración también, cuando en el diario han dicho que no hay persecución de la Iglesia y que todo está bien, que se entiende en diálogo conmigo el Gobierno: es falso. Yo seguiré diciendo: habrá diálogo cuando se haga un ambiente de confianza con hechos. Que cesen estos crímenes, que cesa esta desconfianza del pueblo, porque la Iglesia se siente comprometida con estos intereses nobles del pueblo. Y mientras no haya ese ambiente de confianza, queridos hermanos, yo sería un traidor a ustedes si a las espaldas de ustedes, estuviera entendiéndome con quien no respeta los derechos de los hombres.” (28 de agosto de 1977)

Mientras los domingos estaba denunciando los atropellos contra el pueblo, el diario le acuso de estar dialogando con el Gobierno, en el sentido de negociar, dando la impresión que en realidad no había persecución a la Iglesia. Monseñor recuerda con claridad las condiciones para que se pudiera pensar en diálogo con el gobierno: fin de los crímenes contra el pueblo, que ya no desconfíen en el pueblo que lucha por sus causas justas. Luego dice con claridad: “la iglesia se siente comprometida con estos intereses nobles del pueblo”. La iglesia solidaria con el pueblo en su esperanza de justicia y paz, solidaria en el sufrimiento, “comprometida” con las causas nobles del pueblo.

La pregunta a aclarar aquí es: ¿cuáles son las causas nobles del pueblo? Esto no siempre está tan claro. ¿quién define si las causas de las organizaciones populares, de las ong’s, de ciertos partidos políticos,... son nobles o si son fachada de otros intereses.

En El Salvador los ideólogos de la derecha dicen que solamente la empresa privada es capaz de garantizar el buen manejo del agua, ya que la experiencia de ANDA (empresa autónoma del estado) ha demostrado su incapacidad. La jerarquía de la Iglesia católica, voceros de Iglesias históricas y de algunas iglesias evangélicas dicen que solo el estado puede ser la garantía del respeto al derecho humano al agua, apoyando así la exigencia de muchas organizaciones populares. En Nicaragua ahora, el gobierno dice ser la garantía de la constitucionalidad y del respeto a las leyes, la garantía de las causas de justicia y paz para el pueblo, y gran parte del pueblo sandinista apoya este planteamiento, mientras la llamada sociedad civil, animada por la jerarquía de la Iglesia católica, con apoyo de los padres jesuitas de la uca, de comunidades cristianas dicen que están luchando por los legítimo derechos del pueblo en contra de lo que llaman una dictadura, mientras reciben el apoyo mediático de los medios de la derecha y de la empresa privada.

Lo que Monseñor Romero llama “las nobles causas del pueblo” exige constantemente un verdadero discernimiento evangélico para evitar caer en engaño y manipulación. Muchas veces las nobles causas del pueblo son utilizadas en argumentos políticos para esconder y defender otros intereses

políticos y económicos. Un discernimiento evangélico muy sincero – según la propia vivencia del mismo Jesús – es tan necesario, a todo nivel en la Iglesia. Debemos ayudarnos en esto. Es una gran responsabilidad para evitar que traicionemos al pueblo.

1.18. Procedemos de la pobreza. *Comenta la campaña vocacional del arzobispado, dirigida por el Padre Ladislao Segura, jesuita.*

“No pongan por pretexto que no tienen dinero, que son pobres. Casi todos los sacerdotes procedemos de la pobreza y es nuestra mejor alegría recordar a nuestra madre sufrida y pobre, a nuestro padre luchando por sostener aquel pobre hogar y de allí surgir una vocación que se convierte luego en la voz de esa pobreza digna, para hacer que todos sepamos orientar al mundo por los caminos de Dios.” (28 de agosto de 1977)

Monseñor recuerda que en El Salvador casi todos los sacerdotes vienen de familias (muy) pobres. Llama a la memoria a las mamás y los papás trabajando duro, día y noche, para que a pesar de tanta explotación, puedan dar de comer a sus hijos/as, darle educación,... El mismo Monseñor Romero ha vivido la experiencia de esa pobreza en su familia. No habla de una teoría, habla de lo concreto. Muchos sacerdotes proceden de la pobreza.

Aunque Monseñor se alegra al ver que esos sacerdotes desarrollan su vocación sirviendo a los pobres, anunciando buenas noticias del evangelio y orientando al pueblo por los caminos del Evangelio, en realidad, no pocos seminaristas y luego sacerdotes se han olvidado (como también tantos otros profesionales) se olvidan de su origen. Se hacen voceros de un cristianismo adaptado a la mentalidad de la clase media o alta.

Monseñor está consciente que haber nacido en pobreza puede ser la mejor cuna para un sacerdocio auténticamente comprometido con el Evangelio. Deberá convertirse en la voz de esa pobreza digna: la vida pobre, libre de añadiduras, para denunciar la pobreza que es empobrecimiento cruel de las mayorías de nuestro pueblo. Así lo ha vivido el mismo Jesús en aquella región de Palestina, en aquella aldea sencilla, entre ese pueblo trabajador bajo el yugo de la explotación económica tanto de los terratenientes, como del imperio (cobro de enormes impuestos).

Una de las condiciones será que el sacerdote mantenga su relación constante, su verdadera cercanía con el pueblo pobre, compartiendo sus dolores y sus esperanzas, compartiendo también sus luchas por transformar la realidad.

1.19. Os confieso mi emoción. *(comentario en una homilía en Huizúcar)*

“Os confieso mi emoción al ser recibido por ustedes con ese cariño tan propio de nuestro pueblo.” (29 de septiembre de 1977)

En algunas ocasiones he sido testigo y parte del recibimiento que el pueblo, que las comunidades han dado a Monseñor Romero. Se sentía que “el santo de Dios” estaba visitándonos, sin pensar en la santidad o la canonización. Se recibía a Monseñor Romero con tanto cariño. El pueblo le daba lo que tenía para vivir, los sinceros aplausos. Y cuando empezaba a hablar el pueblo estaba en silencio con el oído bien abierto para escuchar la voz de Dios, dando voz a los que no tenían voz.

En toda su sencillez, Monseñor Romero se alegraba tanto por el recibimiento cariñoso que recibía en cada pueblo, en cada comunidad donde llegaba. En ese cariño del pueblo sentía la cercanía de Dios, el amor del pobre, el amor de Cristo.

Observo una gran diferencia entre “el fervor religioso” que se expresa en manifestaciones de masa (como por ejemplo en su beatificación y pronto en su canonización) y “el cariño” que el mismo Monseñor recibía al visitar los cantones, “su gente pobre”. Ese cariño que recibía y que daba, alimentaba a su pueblo y también a él mismo.

1.20. La posición que se ha tomado está a base de conciencia.

“Y lejos de dar crédito a esa campaña difamatoria que sigue adelante – estoy recibiendo muchos anónimos verdaderamente groseros – sepan, hermanos, que la posición que se ha tomado está a base de conciencia. No es solo de presiones, como se dice, sino simplemente el deber de un pastor que siente la alegría, al mismo tiempo que la angustia, de vivir con su pueblo y desde el pueblo, fiel a la voluntad de Dios, caminar por un camino que sea verdaderamente los caminos del Señor.” (9 de octubre de 1977)

Desde el inicio de su servicio como arzobispo Monseñor Romero ha recibido muchas amenazas, muchas calumnias, muchos anónimos. Quienes hace esto son los servidores de los dioses del poder y del dinero, quienes no aguantan al profeta de Dios como la voz de los pobres.

Por supuesto que Monseñor Romero ha sido un hombre de oración, alguien que sabía escuchar lo que Dios le decía en su conciencia, en esa celdita de su corazón. Tantas emociones diarias, tanto cariño, y tanto ataque, tanto sufrimiento de su pueblo y tanta justificación de parte de los poderes del estado y de la oligarquía. Su oración diaria, sus reflexiones desde la biblia, su diálogo con su guía espiritual, su sincero deseo de conversión y de autenticidad, lo llevaba a responder a la voluntad de Dios.

Estaba “consciente” – vivía en su conciencia – que ese camino por donde andaba, era el camino que Dios le había escogido. Era su profunda alegría, pero también su angustia de “vivir con su pueblo y desde el pueblo”. La voluntad de Dios quema el corazón del profeta. Pero eso es necesario para andar por los caminos que sean del Señor.

Independientemente de las razones que en Nicaragua expresan los señores obispos para ir al frente de la oposición al gobierno, el hecho que reciben el apoyo de la empresa privada y de la gran prensa de la derecha (TV y periódicos) tanto nacional como internacional, me hace dudar de la sinceridad de su corazón. Se presentan como pastores de un pueblo pacífico que se manifiesta pacíficamente, pero se esconden en templos donde tienen su armamento (no poco), cortan las carreteras (tranques) y ahí están armados. La morbosidad con que algún obispo muestra a la prensa sus golpes y heridas que han recibido, no me parecen la actitud humilde del pastor fiel. Es increíble como justifican que esa oposición armada se refugia en templos. Escuché un testimonio de “estudiantes” donde declaran que el apoyo de tal obispo ha sido fundamental en la organización de la protesta contra el gobierno. Veo una tremenda diferencia con la actitud y el actuar de Monseñor Romero.

1.21. Mi afán de predicar no es porque me guste hablar por radio.

“Mi afán de predicar no es porque me guste hablar por radio – como me dice un anónimo -, ni es porque quiere aburrir a la gente. El que esté aburrido de oírme, pues, es fácil, no viene a misa a

catedral o apaga su radio. Pero yo siento el deber de estar predicando lo que se debe predicar.”
(9 de octubre de 1977)

Así es el profeta: siente el deber de predicar lo que se debe predicar. Ya mencionó Monseñor como responde a su conciencia. Desde su servicio como sacerdote Romero ha tenido el don de la palabra, tanto hablado como escrito. Dios le ha bendecido, llamado con ese don. Claro ese don, como todos los dones, pueden utilizarse al servicio del Reino de Dios o en contra. Monseñor Romero, desde su oración sincera asumió la responsabilidad de poner ese don de la palabra al servicio de la Palabra. Sentía la tremenda necesidad de responder con su palabra a lo que se debe predicar, no en el aire, sino en la realidad histórica del pueblo, en esa hora de angustia del pueblo.

No era un orador que le gustaba escuchar su voz. No buscaba el aplauso de sus oyentes en catedral, sino estaba predicando – con apoyo de su don de la Palabra – lo que se debe predicar. Eso es el fuego en la boca del profeta. No tenía sus homilías escritas, sino solamente una guía, resultado de su oración previa, su reflexión de fe personal y junto con otros, en medio de la realidad. Monseñor no era un agitador político, sino el pastor y profeta que iluminaba la realidad, para que el pueblo tomara su responsabilidad. Su disciplina de predicar lo que se debe predicar lo llevaba también a cuestionar seriamente acciones violentas de las organizaciones populares. Por eso también dedicó toda una carta pastoral a esas organizaciones del pueblo.

1.22.Me glorío de estar en medio de mi pueblo. *En aquellos años era frecuente la publicación de listas con los nombres de Monseñor Romero y algunos sacerdotes, con la leyenda “Hagan patria, mate un cura.”*

“Y finalmente tengo que lamentar, hermanos, la publicación y difusión abundante de la hoja – que muchos de ustedes han visto – en que me colocan a la cabeza de la subversión. El pueblo sospecha de dónde proceden estas cosas. Y hay indicios - ¡qué poco inteligentes” – de quiénes son los que informan de mis correrías por los cantones. Una verdad a medias es pero que una calumnia. Es cierto que he andado por El Jicarón, por El Salitre, muchos otros cantones. Y me glorío de estar en medio de mi pueblo y sentir el cariño de toda esa gente que mira en la Iglesia, a través de su obispo, la esperanza. Pero jamás he hecho lo que en esa hoja se dice, de llamar a la subversión, de repartir hojas subversivas. Esa es la calumnia, Yo mismo les he dicho en esos lugares: “Ya sé que aquí hay observación, hay vigilancia, Sean siquiera leales en informar lo que está sucediendo.” Y ahí hay miles de personas que pueden dar testimonio de que todo lo que esa hoja dice es pura calumnia. Lo que más nos angustia a los sacerdotes que aparecemos en esa lista es si esto sea ya el indicio de ir preparando nuevos crímenes. Pero el pueblo sabe a quién le echará la culpa, pues el pueblo ya no se le engaña.” (25 de septiembre de 1977)

Monseñor se sentía muy bien en medio de su pueblo, en sus visitas a cantones y comunidades. El pueblo pobre le daba la bienvenida, la acogida y esperaba de su obispo una palabra de esperanza, de animación en medio de tanto dolor por la creciente represión en contra del pueblo. Al mismo tiempo Monseñor denuncia la calumnia que sufre la iglesia acusándole de “llamar a la subversión” y pide a los “informantes” que por lo menos informen la verdad.

No puedo hacer otra cosa que comparar con Nicaragua de hoy. Los obispos (y sacerdotes) se han puesto a la cabeza de la protesta contra el gobierno, abren los templos para que los manifestantes (hasta con armas) pueden esconderse. Reciben todo el apoyo de la prensa de la derecha sobre sus actividades de subversión (en el sentido de llamar y animar al pueblo a exigir la renuncia del gobierno). Aparentemente no les preocupa tanto que caigan tantos muertos (de ambos lados), pero

los utilizan para acusar más al gobierno de la más cruel represión. En El Salvador, con Monseñor Romero era tan diferente. Nunca tuvo el apoyo de la prensa que más bien le acusaba de subversión contra el gobierno. Nunca se puso a la cabeza de manifestaciones del pueblo. Nunca abrió los templos, pero sí quiso siempre proteger a los que habían tomado los templos, mientras pedía que saliera, que respetara los templos. Monseñor era la voz del pueblo. Tan diferente con lo que pasa hoy en Nicaragua. En medio de su pueblo Monseñor Romero se sentía seguro, a pesar de las amenazas en contra de él y muchos sacerdotes. En Nicaragua los obispos no están seguros entre su gente en las protestas.

Monseñor Romero, voz de los sin voz, profeta de Dios, se sentía bien, muy bien, en los encuentros con su pueblo pobre, escuchándolos, cantando juntos, orando juntos. Siempre sabía expresar su palabra de profeta, dando esperanza. Gracias Monseñor, porque tu palabra sigue animándonos hoy.

1.23. Yo vivo en un hospital. *Monseñor vivía en el Hospital La Divina Providencia, dedicado a enfermas y enfermos de familias pobres que padecen de cáncer.*

“Yo vivo en un hospital y siento de veras de cerca el dolor, los quejidos del sufrimiento en la noche, la tristeza del que llega teniendo que dejar su familia para internarse en un hospital” (9 de octubre de 1977)

En 1977 Monseñor aún “vivía” en parte de la sacristía de la capilla La Divina Providencia, donde posteriormente ha sido asesinado. Desde la sacristía, cercana al hospital, oía los quejidos, la tristeza, la angustia, de enfermos de familias pobres con cáncer en la etapa terminal. Muchas veces los ha visitado. Más adelante las hermanas responsables del hospital le construyeron una casita pequeña. Para Monseñor Romero esa cercanía con el dolor de los enfermos era expresión de su cercanía con el dolor de todo el pueblo. Así estaba en el camino de Jesús dejándose conmover por el sufrimiento, por las enfermedades de tanta gente.

Estas raíces en el hospitalito de enfermos pobres con cáncer terminal, no era casualidad, sino ha sido parte de providencia divina. Creo que Monseñor lo ha vivido así. Tenía que vivir pobre, sin casa propia, y cercano, muy cercano, al sufrimiento de las y los pobres. Su misión profética enraizaba no solamente en las comunidades pobres que visitaba, ni sólo en el encuentro diario con gente que llegaba a llorar y buscar consuelo por sus sufrimientos provocados por la represión, sino en esa cercanía existencial con “la cruz”, la agonía, el dolor en el hospitalito.

Es un desafío para todos las y los animadores/as de comunidades, religiosas/os, sacerdotes y obispos. ¿Dónde vivimos? ¿Cuán cerca (existencialmente) vivimos del sufrimiento real de las y los pobres? En la historia no pocas veces la pobreza personal estaba envuelta en abundancia y comodidad comunitaria: no tengo nada, pero en comunidad tengo todo.

1.24. Yo soy el primero que necesita conversión.

“Todos necesitamos convertirnos. Yo, que les estoy predicando, el primero que necesito conversión; y le pido a Dios que me ilumine mis caminos para no decir ni hacer cosas que no sean de su voluntad, que debo de convertirme a lo que Él quiere, que debo de decir, no lo que conviene a ciertos sectores o me conviene a mí, si es contra la voluntad del Señor.” (23 de octubre de 1977)

Es un eje fundamental en el camino de Jesús que estemos conscientes de la necesidad constante de conversión. “Todos necesitamos convertirnos”. Sin embargo, me parece que en las Iglesias esa expresión de conversión se ha ritualizado tan fuertemente que la práctica de la conversión se ha quedado olvidado. ¿Dónde se observa que las y los cristianos estamos convirtiéndonos? ¿Dónde se observar una nueva práctica y una corrección de la vieja práctica? Se va a misa, se pide perdón y todo sigue igual. Se celebra semana santa, todavía hay una práctica de la confesión o celebraciones comunitarias de perdón y reconciliación, y... todo sigue igual.

Cuando Monseñor Romero compartía que él era el primero en necesitar conversión lo concretó pidiendo la iluminación divina para un correcto discernimiento: “para no decir, ni hacer cosas que no sean su voluntad, para decir lo que – en nombre de Dios – debe decir”. Monseñor conocía las tentaciones y las presiones de “ciertos sectores” y de la propia comodidad o conveniencia. Antes esas tentaciones tanto desde adentro, como desde afuera, Monseñor Romero pedía al Padre la luz de un adecuado discernimiento evangélica.

Eso no es sencillo. En El Salvador la derecha política y oligárquica presione a las autoridades para que no digan nada, para que se callen ante el proyecto del agua. Hay voces que acusan y distorsionan la voz del arzobispo para que se detenga. Llama la atención que el señor cardenal ya no se mueve ante este grito del pueblo. Firmó la carta diciendo que no permitirán que el pueblo se muera de sed, pero no se ve acciones. Con su sotana roja podría encabezar las exigencias populares, pero no. Está callado. Está el grito para una universidad nacional en Aguilares, pero la jerarquía de la iglesia no apoya. Ahí está Mónica en su huelga de hambre a los 10 años de lucha, para que hubiera oportunidades de formación académica fuera de la capital.

Necesitamos esa conversión. Monseñor era el primero en vivir ese proceso constantemente. Solo quería decir y hacer la voluntad del Padre. Ahí estaba en el camino de Jesús.

1.25.El pastor tiene que estar donde está el sufrimiento. *Monseñor Romero fue criticado porque celebró la misa en catedral por un miembro de las organizaciones populares, José Roberto Valdés, asesinado por los cuerpos de seguridad.*

“Aquí tuvimos en velación y aquí también, hermanos, yo quise celebrar personalmente la misa de cuerpo presente antes de su entierro. Desde entonces, anuncié lo que ya está sucediendo, la crítica contra el que quiso solidarizarse con el dolor y dijeron que he hecho un acto poco político. No me importa la política. Lo que me importa es que el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento. Yo he venido, como he ido a todos los lugares donde hay dolor y muerte, a llevar la palabra de consuelo para los que sufren.” (30 de octubre de 1977)

La Iglesia tiene que estar ahí donde está el sufrimiento del pueblo. Así actuó Jesús ante la pobreza, el hambre, la miseria, la enfermedad, la exclusión de su gente. Monseñor Romero tenía conciencia clara que era su deber de pastor estar ahí donde la gente sufre, para denunciar las causas de tanta maldad, para consolar y para dar una palabra de esperanza. Esta vez era en una misa de cuerpo presente, pero en realidad lo hacía diariamente, escuchando a la gente que llegaba a visitarlo, visitando los cantones ahí donde los cuerpos de seguridad habían derramado la sangre de pueblo. Esta cercanía era para Monseñor una opción consciente. Ahí mismo alimentaba su fe y su amor. Ahí encontraba la fuerza para su voz profética.

Dejó claro “no me importa la política”. No le importaba las lecturas políticas de sus quehaceres como pastor. Sabía que unos podrían aprovechar y otros podrían enojarse y acusarlo. Pero a él le

interesaba su palabra de pastor, su presencia como pastor, y ahí donde el pueblo sufre, ahí donde hay “dolor y muerte”.

Estoy preguntándome: ¿qué haría Monseñor Romero ante tanto “dolor y muerte” por los asesinatos diarios en nuestro país? Entre pandillas, en la misma pandilla, sus víctimas, feminicidios, ¿De qué manera Monseñor estaría ahí donde está el sufrimiento? Y podemos ir más allá. ¿qué haría Monseñor Romero ante el sufrimiento de las familias que tiene a familiares presos, acusados de asesinato, extorsión, terrorismo,.. (sea verdad o no)? ¿No eran los “pecadores” una prioridad en la vida de Jesús? He oído varios relatos de familiares de muchachos que estaba en el momento y el lugar equivocado cuando la policía los ha agarrado. Las familias deben buscar el dinero para pagar abogado, el sufrimiento para tratar de visitarlos (con las humillaciones del control de seguridad). ¿Qué haría Monseñor Romero ante las víctimas y ante los victimarios?

Veo que la iglesia hoy no tiene mayor relación con toda esa problemática de violencia que vive el país. A veces oigo que presos se convierten en la cárcel a iglesias evangélicas. No he oído nada acerca del trabajo pastoral carcelaria de la iglesia católica, ni de su acompañamiento pastoral de las víctimas. No basta alegrarse por la canonización de Monseñor, si no se está “donde está el sufrimiento”.

1.26. Esta misa cada vez más me parece la reunión de familia.

“Esta misa, queridos hermanos, cada vez me parece más la reunión de la familia. La familia de la comunidad arquidiocesana, que, reunida en la catedral, templo central de la comunidad, y a través de la radio, presente también el pastor, con muchas comunidades parroquiales, comunidades de base, en ermitas o en hogares, comparte las alegrías, las esperanzas, las angustias, los ideales que deben ser común para todos nosotros. Y, por eso, esta especie de noticiero o de avisos que inicia la homilía no es simplemente por informar, es para compartir, para que los que simpatizan con la Iglesia sientan la unidad de estos ideales, o de estas esperanzas o tristezas, y los que no comparten con nosotros al menos conozcan el camino por donde marcha nuestro pueblo de Dios. ojalá que el fruto de mi pobre palabra fuera ese acercar los hombres a Dios.” (6 de noviembre de 1977)

Monseñor aclara porqué habla de la realidad cuando inicia sus homilías. No es para informar, sino para que la comunidad eclesial pueda sentir los ideales, las esperanzas y las angustias del pueblo, y para que los que no comparten con la Iglesia (y lo escuchan, quizás para acusarle el día siguiente en los medios grandes) sepan “el camino por donde marcha nuestro pueblo de Dios”. Y en ambos casos espera que el fruto de su mensaje pueda acercar a los hombres y las mujeres a Dios”.

Homilías que solo comentan (a veces superficialmente) textos bíblicos, pero que no tiene sus raíces en la realidad del pueblo (sea cercano y – en este tiempo globalizado – también más lejano), no pueden llevar a la gente a Dios. Es en la realidad de la vida personal, familiar, comunitaria, de pueblo que Dios nos está convocando a ser testigos de su Reino. Es en esa realidad que se juega la vida o la muerte.

Monseñor se siente en familia con la gente que lo escucha, sea en catedral o por radio. Se siente cercano, así como se puede compartir en familia tanto los ideales que mueven la vida, como las

esperanzas del horizonte o las angustias y el sufrimiento de ahora. Monseñor conocía su rebaño y trababa de ser el pastor fiel.

Monseñor, con su tremendo don de la palabra, don de comunicador, incluía los “hechos del pueblo y los hechos eclesiales” en la homilía. No los comentaba en conferencias de prensa. Para él el hablar de la realidad histórica del pueblo y de la iglesia, de su propio trabajo pastoral, era parte de su comunicación con la comunidad, invitando a todos y todas a asumir esa realidad, a cargar con la cruz de las y los demás, a fortalecer los ideales y las esperanzas (que eran concretas y reales), a sentir el sufrimiento de este pueblo. Ese hablar de la realidad era parte fundamental de su homilía, de su palabra de pastor, de su iluminación que le tocaba ofrecer al pueblo.

Su preocupación era que su palabra acercara a la gente a Dios y podemos decir: facilitar que Dios se acercara a la gente. Monseñor no creía en un dios lejano, vengativo, milagrero... sino en el Dios de Jesús, “mi Padre y el Padre de ustedes”. Con su palabra, en la homilía durante la misa, o en el encuentro diario con la gente que sufre, Monseñor quiso acercar la gente a Dios y abrir las puertas para que Dios pudiera ser el Dios cercano. Por eso era tan necesario hablar de la realidad. Solo dentro de esa realidad se podía entender la profundidad de sus reflexiones más doctrinales.

¡Cuánto podemos aprender de Monseñor Romero!



Grupo de campesinos con Monseñor Romero, en Suchitoto.

1.27. Según algunos amigos, yo he cambiado. Monseñor Romero, antes de ser nombrado arzobispo, fue obispo de Santiago de María y posiblemente, en este texto, se refiere a sus “amigos” cafetaleros de aquella zona.

“No desesperemos, no busquemos soluciones de violencia, no odiamos, no matemos. Y repito esto, así claramente, porque ayer supe allá por Santiago de María, que ya, según algunos amigos míos, yo he cambiado, que yo ahora predico la revolución, el odio, la lucha de clases, que soy comunista. A ustedes les consta cuál es el lenguaje de mi predicación. Un lenguaje que quiere sembrar esperanza; que denuncia, sí, las injusticias de la tierra, los abusos del poder, pero no con odio sino con amor, llamando a conversión.” (6 de noviembre de 1977)

Monseñor está preocupado por las reacciones violentas del pueblo, de las organizaciones populares. Hace una llama a no desesperarse, a no buscar soluciones violentas, a no odiar, a no matar. Monseñor era un profeta de la paz y se oponía a toda acción violenta, ya que violencia engendra más violencia. Lastimosamente las organizaciones populares no le hicieron caso y sus líderes consideraron que los espacios democráticos estaban cerrados, optando cada vez más por reacciones y acciones de violencia, contra “el enemigo”.

Los “amigos” de Monseñor Romero no escucharon su denuncia de la violencia de las organizaciones populares y su llamada a formas no violentas de acción. Esos amigos le acusaron de haber cambiado, de predicar revolución, odio, lucha de clases. Y llegan hasta decirle que es “comunista”. Aclara en este texto que su misión profética le exige hablar con claridad denunciando las injusticias y los abusos de poder, pero que quiere hacer esto con amor llamando a la conversión. Monseñor nunca se desesperó pensando que los responsables de la explotación económica, de la opresión política y la represión militar no podía cambiarse, “convertirse”. Hasta en su última homilía en catedral, el 23 de marzo llamó a los soldados “hermanos” y pidió escuchar la voz de Dios en su propia conciencia.

Esta acusación de “los amigos” le dolía a Monseñor, pero también estaba consciente que la voz de Dios le exigía ser consecuente con su misión profética, que no podía callar ante tanto atropello y dolor del pueblo. No dejaba de llamar a los poderosos a la conversión. Estaba dispuesto a perder las amistades de antes, sacrificándolas para ser fiel a Dios y fiel a las y los pobres de su pueblo.

Es una gran lección especialmente para la jerarquía de la Iglesia. ¿Quiénes son los amigos de los obispos y de sacerdotes en parroquias de clase media y alta? Esos amigos serán siempre una de las grandes tentaciones de cada pastor. Tendrá que optar: “las amistades”, sus palabras de elogio, sus donaciones “para las obras de la Iglesia”, o, la fidelidad a los pobres y a Dios mismo.

1.28. Aquí está la piedra de toque.

“Y me da más alegría todavía, cuando el Evangelio termina diciendo: “Hasta vuestros padres y parientes y hermanos y amigos os traicionarán y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa de mi nombre”. Hermanos, ¿quieren saber si su cristianismo es auténtico? Aquí está la piedra de toque: ¿con quiénes están bien? ¿quiénes te critican? ¿Quiénes no te admiten? ¿Quiénes te halagan? Conoce allí que Cristo dijo un día: “No he venido a traer la paz, sino la división y habrá división hasta en la misma familia”. Porque unos quieren vivir más cómodamente según los principios del mundo, del poder y del dinero, y otros, en cambio, han comprendido el llamamiento de Cristo y tienen que rechazar todo lo que no puede ser justo en el mundo.” (13 de noviembre de 1977)

En la realidad centroamericana, tengo que pensar en Nicaragua. Esa llamada oposición democrática, con un fuerte liderazgo de los obispos católicos, cuenta con el apoyo de la empresa privada, con el apoyo de la prensa derechista, con el apoyo de los EEUU, con aquellas ong’s que se han opuestos desde hace años al proceso revolucionario. Todo esto hace dudar. La piedra de toque que Monseñor Romero anuncia (¿con quienes están bien y quienes te critican?) hace ver – por lo menos una parte de la verdad. Está claro que el pueblo nicaragüense está tremendamente dividido, no hay paz. Hay división hasta en las mismas familias y comunidades. Viendo desde afuera, me hago la pregunta: ¿Qué es la verdad? Tengo amistades a un lado y al otro lado. He confiado durante muchos años en ambas amistades. ¿Qué pasa con la piedra de toque? Ayer vi una entrevista donde

el cardenal salvadoreño se está comprometiendo con “sus hermanos de báculo” en Nicaragua, mientras aquí no está poniéndose a la cabeza de la lucha social del pueblo. Preocupante.

Viéndolo en El Salvador, está bien claro que la clase política está al servicio de “los principios del mundo” (el poder, el dinero, las comodidades, el lujo,...). Hablan de austeridad y se dan grandes regalos. Hablan de buscar a los mejores magistrados, pero están negociando cuotas de poder, entre los partidos grandes. Están comprando nuevamente “la justicia”. En el presupuesto nacional prevén los altos salarios para diputados y magistrados, para la partida secreta de la presidencia, para el militarismo, mientras educación queda muy marginalizada. Ojalá que desde la Iglesia se vuelva a escuchar esa voz profética de Monseñor que denuncie con fuerza divina “*todo lo que no es justo en este mundo*”

1.29. Siento mi conciencia tranquila. *Responde a la calumnia que le acusa de ser culpable de la muerte de dos policías.*

“Lo que hemos predicado ha salido por radio, lo oye quien quiere, y si son imparciales y justos, jamás podrán criticarme de un crimen como que inicualemente quisieron atribuirme. “Al público he predicado – decía Cristo. Pregunten a los que me han oído”, jamás una palabra de violencia. Gracias a Dios, el Espíritu del Señor me ayuda a decir lo que tengo que decir y siento mi conciencia tranquila de estar diciendo lo que debo decir.” (13 de noviembre de 1977)

Monseñor tenía su conciencia tranquila, porque nunca ha llamado a utilizar la violencia, ni en privado, ni en público. Ha sido acusado, calumniado atribuyéndole crímenes. Pero está tranquilo y consciente que su voz profética ha sido inspirada por el Espíritu del Señor. “*Está diciendo lo que debe decir*”. Recordamos bien que Monseñor denunciaba las injusticias que sufría el pueblo y la represión como reacción cuando exigía justicia, pero siempre avisó que la violencia solo engendra violencia en una espiral sin fin. Monseñor quiso evitar que se llegara a la guerra.

Me alegra cuando oigo la voz del arzobispo defendiendo la causa justa del pueblo y sus organizaciones exigiendo una ley justa que garantice los derechos fundamentales en cuanto al agua en nuestro país, pero me extraña que el cardenal parece estar ausente. Quizás está muy ocupado en las preparaciones eclesísticas de la canonización de Monseñor Romero. ¿Se sentirían con la conciencia tranquila?

Pero la misma pregunta habrá que hacer a las comunidades eclesiales de base, a los movimientos eclesiales, a los animadores de comunidades, a sacerdotes y demás obispos. ¿Estamos de verdad actuando según el Espíritu del Señor o seguimos – de hecho – comodidades, poder,..?

1.30. Me da mucho gusto pertenecer a esta Iglesia. *Comentando la encíclica “Rerum Novarum”, del Papa León XIII donde habla del papel promotor de la Iglesia “en el mejoramiento de la situación de los proletarios”.*

“Es gloria de la Iglesia estar presente promoviendo. Y precisamente porque promueve, se le critica y se le calumnia y se mal informa. Pero, hermanos, me da mucho gusto pertenecer a esta Iglesia que está despertando la conciencia del campesino, del obrero, no para hacerlo subversivo – ya hemos dicho que la violencia pecadora no es buena – sino para que sepa ser sujeto de su

propio destino, que no sea más una masa dormida; que sean hombres que sepan pensar, que sepan exigir.” (13 de noviembre de 1977)

Monseñor se alegra ser parte de la Iglesia que *“está despertando la conciencia del campesino, del obrero, para que sepa ser sujeto de su propio destino”*. Estaba consciente que durante mucho tiempo el pueblo ha sido una masa dormida, que repetía lo que los poderosos decían (por ejemplo, en campañas políticas, en los periódicos), que no tenía pensamiento propio, que no exigía justicia ante tanta injusticia.

Pero me llama la atención que Monseñor Romero nunca se puso a la cabeza de manifestaciones políticas en contra del gobierno militar de su tiempo (en oposición con lo que pasa hoy en Nicaragua), pero con su mensaje profético sí alimentaba al pueblo para que abriera los ojos y oídos, para que supiera discernir la verdad y la mentira, para que pensar con su propia cabeza, para que se organizara para exigir justicia y el fin de la explotación y la represión. Monseñor se sentía feliz y agradecido por ser parte de esa iglesia concienciadora del pueblo, confiando que el pueblo mismo iba a encontrar sus propios caminos.

Veo que en El Salvador, de manera general, la voz de las Iglesias sigue siendo muy débil frente a los abusos de poder, frente al escándalo de salarios y abonos de los grandes, frente a la manipulación de la información en los periódicos grandes,... Se está muy ocupado en tareas intra eclesiales, en memorias martiriales y aniversarios, en la preparación religiosa de la canonización de Monseñor Romero, pero muy poco en esa *“concienciación del pueblo”*. ¿Cuál es la luz del Evangelio que se predica frente al proceso de las elecciones presidenciales, que es tan importante para los próximos años?

1.31. Se me horrorizó el corazón. *Después de recibir la visita de la esposa, hijos e hijas del dirigente campesino José Justo Mejía, asesinado en Dulce Nombre de María, Chalatenango.*

“Y esta semana se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus nueve niñitos pequeños, que venía a informarme. Según ella, pues, lo encontraron con señales de tortura y muerto. Ahí está esa esposa y esos niños desamparados. Yo creo que el que comete un crimen de esa categoría está obligado a la restitución. Es necesario que tantos hogares que han quedado desamparados como éste, reciban la ayuda. El criminal que desampara un hogar tiene la obligación en conciencia de ayudar a sostener ese hogar.” (20 de noviembre de 1977)

Monseñor era el pastor sensible ante el dolor de su pueblo. En esta cita habla del dolor de una familia campesina. En otra cita hablará del dolor de una familia más acomodada. Diariamente se encontraba con la cruz de la gente, especialmente con las y los pobres, víctimas de la más cruel represión, en sus cantones y pueblos. Ese contacto diario era para Monseñor la fuente donde Dios mismo le hablaba y le fortalecía como pastor y profeta.

A la vez, en esta cita, habla de la responsabilidad de la *“restitución”*, de la *“obligación en conciencia de ayudar a sostener ese hogar”*. Hoy en tiempos en que se habla más (por fin!) de la justicia restaurativa, de la recompensa a las víctimas, esa frase de Monseñor debe ser luz para el actuar.

Pero Monseñor habla también del “criminal”, lo llama con la verdad. Quien comete esos crímenes, es un criminal. En esta cita no habla de la justicia formal, pero exige que “el criminal” tome conciencia de la profunda maldad de sus acciones, que se convierta y que al final sea capaz de “restituir”, de recompensar a la familia a quien ha hecho tanto daño. Creo que pocos criminales han hecho caso a su palabra profética. Su maldad estaba tan enraizada, tan metido a la fuerza en su conciencia, que había bloqueado todo sentimiento humano ante sus víctimas.

Sin embargo, Monseñor se dejó horrorizar por todos esos crímenes, por el dolor de su pueblo. Estoy pensando ahora en los asesinatos diarios de tanta gente, también de mujeres (llama la atención el feminicidio). ¿Nuestros pastores se dejan horrorizar por esos crímenes? ¿Tienen espacio (físico y en su corazón) para escuchar a los familiares de las víctimas? ¿Qué efecto tienen esos encuentros con el dolor para su “pastoreo”?

1.32. Mucho cuidado, hermanos, no se dejen halagar.

“Una de esas mujeres mártires es vuestra patrona, queridos hermanos de Apopa. Santa Catalina, sabía en aquella sabiduría de su ambiente y cristiana, profundamente cristiana, no podía escapar a esta persecución, y fue llevada a los tribunales, y fue halagada. Porque primero la persecución trata de halagar, de domesticar, y cuando uno se doblega ante estos halagos, pues, no hay necesidad de perseguirlo, ya está vencido. Por eso, mucho cuidado, queridos hermanos, no se dejen halagar. Cuando el halago viene del pecado y cuando se trata de no molestarse, de no sacrificarse, de estar bien, de instalarse cómodamente en la tierra, eso es malo, porque entonces ya uno se hizo también perseguidor.” (25 de noviembre de 1977)

Durante su homilía en la fiesta patronal de Apopa, Monseñor retoma lo que 15 días antes había dicho acerca de la piedra de toque para saber la autenticidad del camino a andar. El enemigo del Evangelio, el enemigo de las y los pobres, el enemigo de Dios, - antes de amenazar, antes de agredir y antes de matar – trata de halagar, de domesticar. A lo largo de la historia de la Iglesia es evidente que los ricos y poderosos (en cada época) han “comprado” a las autoridades eclesiásticas con grandes donaciones, con reconocimientos públicos. Hoy podemos tratar de discernir donde en el continente los EEUU tratar de apoyar, de halagar, de hablar bien de ciertas fuerzas o movimientos, ciertas decisiones jurídico – políticas y planteamientos eclesiales. Podemos preguntarnos cuáles son las voces eclesiales que reciben todo el apoyo, la alabanza, el halago de la prensa de la derecha (vinculada con los poderes oligárquicos), y cuáles son criticadas. Podemos preguntarnos cuáles actividades eclesiales (especialmente de la jerarquía) reciben apoyo de los gremios empresariales y cuáles son criticadas.

Monseñor Romero dice que quien se deja domesticar y así ya no cuestiona desde el Evangelio, quien prefiere instalarse en la comodidad del mundo, se convierte en “perseguidor”. Una Iglesia que no está dispuesta a asumir las consecuencias de su opción por los pobres y a denunciar los intentos de halago, domesticación por los poderes del dinero, se hace cómplice de la explotación, de la represión, de la misma persecución a la Iglesia.

Ojalá pudiéramos aplicar estos criterios tanto en El Salvador como en Nicaragua, en todo el continente.



Segunda parte.

Esta palabra nunca se quedará sola.

2.1. Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador.

“Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador en esta hora, le llovería mucho más que a mí los insultos, las calumnias”. (5 de diciembre de 1977)

Monseñor Romero está consciente que su predicación y su acción (cercanía con el pueblo que sufre) responde a la misión del mismo Jesús. Hoy podríamos decir del pronto canonizado santo, que no nos extraña. Las calumnias y los insultos que recibe Monseñor Romero serían pocos ante lo que recibiría el mismo Jesús, cumpliendo su misión como Hijo de Dios en la realidad histórica que le tocó vivir Monseñor.

Quizás ha sido un consuelo personal para Monseñor Romero, sentirse en la misión de Jesús y saber que a Jesús le ofendería aún mas cruelmente. Hoy sabemos que Monseñor siguió su misión de profeta y pastor, fielmente, hasta el martirio.

Es bueno recordar que, en los años de Monseñor Romero como arzobispo, solamente Monseñor Rivera y Damas lo apoyaba, y los demás obispos salvadoreños estaban en plena agresividad en contra de Monseñor, también con insultos y calumnias, con mentiras y presiones, hasta para que el Vaticano lo destituyera. Es decir “los insultos y calumnias” venían también desde “sus hermanos de báculo y mitra”. Por supuesto que la prensa publicaba con mucha alegría esas declaraciones de esos otros obispos, que solamente reforzaban las mentiras de las organizaciones de la oligarquía, de escuadrones de la muerte y del ejército.

Ha sido un tiempo en que la Iglesia estaba totalmente dividida. ¿No vemos cosas semejantes hoy en Nicaragua dividida? ¿Cómo discernir desde el Espíritu de Jesús sobre la verdad de los acontecimientos, la verdad – mentira de los noticieros, la verdad – mentira de las propagandas? Creo que se logra este discernimiento solamente en profunda oración.

2.2. Ya me duele mucho el alma.

“Hermanos, ya me duele mucho el alma al saber cómo se tortura a nuestra gente, de saber cómo se atropellan los derechos de la imagen de Dios que es el hombre. No debía de haber eso. Es que el hombre sin Dios es una fiera. El hombre sin Dios es un desierto: su corazón no tiene flores de amor, su corazón no es más que el perverso perseguidor del hermano. Así se explica que haya corazones capaces de traicionar a sus hermanos, de señalarlos, no importa que se los lleven a torturarlos y a matarlos.” (5 de diciembre de 1977)

Hay personas que no creen en el Dios de Jesús y que son profundamente humanas, solidarias, comprometidas con las grandes causas de los oprimidos. Sin embargo, lo que hemos vivido en El Salvador en el tiempo de Monseñor Romero era diferente. La gran mayoría de los miembros de las fuerzas armadas, de la guardia nacional, de la policía nacional, de ORDEN (organización de base controlada por el aparato represivo) era bautizados en la iglesia católica. No pocos de ellos iban a misa (de vez en cuando) y además, mucho de ellos creían hacer un bien al “eliminar” a esos “comunistas”. Comunista era quien expresaba alguna crítica hacia el gobierno y la empresa privada y aún más, quienes estaba en organizaciones populares. Se dice que uno de los obstáculos en el camino hacia la beatificación era exactamente que el asesinato de Monseñor Romero ha sido un católico.

Creo que podemos leer el mensaje de Monseñor de atrás hacia adelante. Quien es capaz de traicionar a su hermano, capaz de torturarlo (con las técnicas más sofisticadas), capaz de asesinarlo, no es un creyente en el Dios de Jesús. Puede ser que se ubica en cierta religiosidad tradicional y ritual, pero no se comporta como hermano de Jesús, es decir, no como hijo de Dios.

Monseñor ha sufrido mucho al escuchar relatos de traición, de tortura, de desaparición, de asesinato. Ha llorado junto con los testigos, familiares muchas veces. Le ha dolido el alma.

Leo que hace unos días tuvimos en El Salvador 16 homicidios. La cantidad de feminicidios aumenta, especialmente por familiares directos. Los familiares lloran, pero ¿quiénes de la Iglesia lloran con ellos? ¿A quienes de las Iglesias nos duele el alma, asumiendo su causa y cargando con su cruz? Monseñor Romero nos desafía.

2.3. Jamás en mi conciencia traicionaré ese profundo voto de solidaridad. *En una reunión del clero, los sacerdotes manifestaron la plena solidaridad con el obispo.*

“Les agradezco profundamente, queridos hermanos sacerdotes, y sepan que jamás en mi conciencia traicionaré ese profundo voto de solidaridad y confianza.” (18 de diciembre de 1977)

Monseñor sabía que había sacerdotes (y obispos) que no estaban de acuerdo con su predicación, por su palabra de vida proclamada. Sin embargo, ante la solidaridad expresado por un grupo importante de sacerdotes en una reunión del clero, Monseñor se sentía fortalecido. El domingo después de la reunión, compartió con su pueblo ese agradecimiento a los sacerdotes y se comprometió que “en su conciencia jamás traicionaría ese profundo voto de solidaridad y confianza”.

El profeta de parte de Dios también es un ser humano que en medio de las críticas de parte de las fuerzas contrarias a Dios y al pueblo, necesita sentir el calor, la confianza y la solidaridad de sus colaboradores inmediatos, los sacerdotes. Monseñor se alegra poder compartir esta alegría con su pueblo en catedral.

Aquí es importante, creo, recordar que se trata de la confianza de los sacerdotes en la fidelidad del pastor. No solamente porque el arzobispo es la autoridad eclesial, sino porque los sacerdotes le expresan que están convencidos que el pastor está diciendo la verdad y la verdad de Dios, la verdad de la vida de las y los pobres. No es un arrodillarse con reverencia ante el obispo, ni un besar su anillo, sino es la palabra de Dios expresada en la voz de sacerdotes que reconocen en la voz del arzobispo la voz de Dios en ese momento tan crítico de la historia de nuestro pueblo. Así que

Monseñor ha sido capaz de expresar en voz alta ante su pueblo en catedral su fidelidad a esa solidaridad y confianza.

No pocas veces sacerdotes tienen una relación sumisa ante la autoridad del obispo, o una relación que aparenta cercanía pero que en realidad es de distancia. Esto se da sobre todo cuando el obispo toma posiciones más evangélicas, más radicalmente evangélicas, ante los problemas del pueblo. Ojalá que haya más sacerdotes y más comunidades capaces de expresarle a su obispo su alegría evangélica ante la toma de posición ante los grandes retos del pueblo: la pobreza, la minería, el agua, la corrupción política y judicial... El obispo necesita esa palabra de animación, que sentirá como palabra de Dios.

2.4. Yo no soy más que un caño, un alambre.

“Y así quiero sentir también en las comunidades que voy visitando, que todas ellas me van expresando su solidaridad, no por ser yo una persona humana, en eso no soy más que un caño, un alambre, sino porque este caño y este alambre está conectado o quiere estar con Cristo, y así, con todos aquellos que están solidarios conmigo, transmitirles la verdad y la vida de nuestro Señor Jesucristo.” (19 de diciembre de 1977)

El día siguiente, en su homilía durante la eucaristía en la parroquia de Quezaltepeque, Monseñor expresa el regalo animador de la solidaridad que recibe de parte de las mismas comunidades donde llega. Pero esta vez aclara que no se trata de alagar a su persona, sino de una palabra de animación para el pastor que está expresando la verdad y la vida de Jesús, nuestro Señor. Monseñor expresa que él es solamente un caño, un alambre (entiendo que se refiere simbólicamente al micrófono que tiene en sus manos o que está frente a él cuando predica) que está conectado con Cristo. Esto es el deseo, la convicción del pastor: solo quiere transmitir a Jesucristo. Entiende así la solidaridad y los signos de cariño de las comunidades, como aceptación de su predicación “de la verdad y la vida de Jesucristo”. Así Monseñor espera que las comunidades también respondan a esa verdad y esa vida de Jesús, que las palabras de solidaridad y cariño no se limiten a la expresión simbólica ante su presencia, sino que se viva de verdad según el Evangelio.

No es tan evidente discernir qué es “transmitir al pueblo la verdad y la vida de nuestro Señor Jesucristo”. Porque no se trata de repetir doctrinas doctrinales y cristológicas. No se trata de cumplir con normas rituales. En su tiempo, sus hermanos de báculo y mitra, y también varios sacerdotes, y por supuesto los responsables de la explotación económica y de la represión violenta, no compartían su predicación. Más bien decían – como se decía de Jesús – que estaba loco, desviando el evangelio. Lo mismo hoy, la comunidad cristiana, toda la Iglesia, debe hacer esfuerzos sinceros para discernir con claridad lo que es “transmitir al pueblo la verdad y la vida de Jesús, el Cristo”. En El Salvador de hoy, en Nicaragua de hoy, se observa con claridad dolorosa, cuan dividida está la Iglesia ante la tremenda misión de transmitir esa verdad y esa vida.

El profeta Miqueas nos dice en la lectura de hoy que todo el pueblo, y por supuesto sus pastores, debe “practicar la justicia, amar con ternura y caminar humilde con Dios”. Estas tres tareas son la base para poder discernir con claridad qué es la verdad y la vida de Jesús a transmitir en palabras y en hechos.

2.5. Me da gusto que me escuchen los enemigos.

“A mí me da mucho gusto, hermanos – perdonen ustedes que son fieles que me escuchan con amor, con devoción – que les diga que me da más gusto que me escuchen los enemigos. Me están escuchando porque sé que les llevo una palabra de amor. No los odio, no deseo venganza, no les deseo males. Les deseo que se conviertan.” (15 de enero de 1978)

Se ha acusado a Monseñor Romero a no “amar” a los ricos, a los funcionarios de gobierno, a los militares,.... Ellos consideran a Monseñor Romero como su “enemigo”. Realmente son enemigos del pueblo, enemigos de la Iglesia. Sin embargo, Monseñor los ama tanto que su mejor deseo es que se conviertan. En el corazón de Monseñor no hay odio, no hay venganza, no les desea ninguna maldad. Podemos decir no les deseo que sean atacados, heridos, asesinados, secuestrados,... Solo les ofrece esa palabra de verdadero amor: “convuértanse”. Por eso se alegra saber que sus enemigos están escuchando sus homilías (que se transmite por radio), sabiendo también que le escuchan para poder acusarle aún más.

Me pregunto si los sacerdotes y obispos de hoy tienen el mismo mensaje de amor a los que hacen tanto daño al pueblo salvadoreño. Pienso en los responsables de las maras, pero también en los jefes de los carteles de la droga, y por supuesto también en los responsables de la corrupción (sean funcionarios públicos del pasado y de hoy), en los líderes de partidos políticos (para quienes su ideología y su poder son más importantes que el pueblo), en los jueces y magistrados de los diferentes tribunales y cortes, pero también a esos sectores del pueblo que prefieren cerrar los oídos y los ojos y la boca, ... Monseñor nos dice: no hacerles daño, ni desearles ningún mal, pero sí, enseñar con claridad profética el pecado y llamarlos a la conversión verdadera.

Estos días vuelven a aparecer esas voces enemigas que atacan a sacerdotes y obispos por su compromiso con el pueblo. Los llama “seudo curas” y “guerrilleros con sotana e intervencionistas”. Los adoradores de los dioses del poder y del dinero no aguantan que sacerdotes y obispos animan al pueblo a luchar en contra de la privatización del agua. Hoy Monseñor Romero nos llama a todos y todas a amar con ternura y a luchar por la justicia, pero también llamando a esos “enemigos” a la verdadera conversión.

2.6. Me duelen tantas calumnias. *Los sacerdotes de la arquidiócesis escribieron un mensaje de solidaridad con Monseñor Romero, titulado “tocar al arzobispo es tocar el corazón de la Iglesia”.*

“Les agradezco no por mi persona, que ya merece todos los desprecios, naturalmente, pero por lo que significa la persona del obispo: signo de unidad, hasta poder decir que quien toca al arzobispo toca el alma de la Iglesia. No es un sentimiento de vanidad, sino de fe, lo que hace pensar así. Y no es por mi persona, sino por mi cargo que me duelen tantas injustas calumnias, porque despedazan a la Iglesia. Y por eso agradezco ese llamamiento a la solidaridad.” (22 de enero de 1978)

Monseñor había dicho que quien tocara a uno de sus sacerdotes le tocaría a él como obispo. Ahora comunica a su pueblo que los sacerdotes le escribieron una carta expresando su solidaridad con el arzobispo donde dicen que quien toca al arzobispo toca el corazón de la Iglesia. El obispo es signo

de unidad de una diócesis, debe serlo. Monseñor siente esa solidaridad, esa amistad, ese apoyo de sus sacerdotes para con su trabajo pastoral y su palabra profética que pronuncia en cada homilía. Con toda honestidad nos dice que no se trata de un sentimiento de vanidad, porque él es solo humano. Pero ese apoyo solidario de sacerdotes a su obispo es un signo de la unidad de la Iglesia ante los grandes retos y en medio de mucho dolor. Está consciente que las calumnias en contra de él y su mensaje profético *“despedazan a la Iglesia”*. Por eso se siente tan fortalecido porque con sus sacerdotes forma un solo cuerpo.

Por supuesto había sacerdotes que no estaban de acuerdo con Monseñor, que no habían firmado la carta y no estaban de acuerdo con su contenido. No todos los sacerdotes, aunque habían firmado, trasladaban el mensaje de Monseñor Romero hacia su parroquia. Su formación institucional anterior, la exigencia de una iglesia de los pobres como Medellín la renovaba, el miedo a la persecución, la comodidad en algunos casos,.... era un obstáculo para una pastoral consecuente con la palabra de Monseñor Romero. Las calumnias que despedazaban a la Iglesia, afectaban también a sacerdotes. Ojalá que la pronta canonización de Monseñor sea el estímulo evangélico y la obligación eclesial de revisar sus pensamientos y acciones contrarias de aquel tiempo.

Siempre tengo que pensar que Monseñor Romero, solo con el apoyo de Monseñor Rivera, ha sido criticado fuertemente por sus hermanos obispos. Y estaba solo en la dinámica negativa de la conferencia episcopal. Los demás obispos de hecho colaboraban en el despedazamiento de la Iglesia con Monseñor Romero como pastor. En la Nicaragua de ahora, me he dado cuenta que el obispo de Chontales ha tomado una posición diferente de la conferencia episcopal, hasta reconociendo que no han sido mediadores verdaderos, sino que en realidad han fomentado la violencia, por lo cual pide perdón, mientras llama a todos a la conversión. Ojalá que los sacerdotes de Chontales expresen también su solidaridad y unidad con su obispo.

2.7. Estas modestas homilías.

“Me llevé la grata sorpresa de que estas modestas homilías también son escuchadas, enviadas por grabaciones, allá en México y en otros lugares de nuestro continente. Bendito sea Dios, pues, no para vanidad se los digo, sino para que seamos fieles a esta voz del Espíritu que va inspirando la vida de nuestra Iglesia.” (5 de febrero de 1978)

Monseñor Romero está muy consciente de su misión como pastor y profeta: ser la voz del Espíritu Santo que va inspirando la vida de la Iglesia. No es cosa sencilla, ni evidente. El pueblo estaba en una crisis política profunda con derramamiento de sangre por todos lados. La Iglesia tenía que animar y fortalecer al pueblo, llamar a la conversión de opresores y oprimidos, victimarios y víctimas. La oración de Monseñor y su llamada a toda la Iglesia ha sido ser “fieles” a esa voz del Espíritu de Jesús.

Creo que aquí Monseñor nuevamente nos deja un gran reto: ser fiel a la voz del Espíritu. No es fácil discernir entre la verdad y la mentira, entre la justicia y la injusticia, ... a veces la frontera entre ambos no está bien clara. Por ejemplo, hoy en Nicaragua, hay obispos con un discernimiento totalmente opuesto acerca de su papel. En el tiempo de Monseñor Romero era lo mismo en El Salvador. Sigue siendo un desafío. Solamente en la sincera oración privada y comunitaria se puede escuchar la voz del Espíritu en esa celdita de nuestra conciencia. Tan fácilmente, también en la

iglesia, en las comunidades, nos desviamos hacia nuestros propios intereses al escuchar nuestras propias voces. Entre ustedes no será así, nos dijo Jesús con tanta claridad.

Así se alegra que su mensaje estaba llegando también a otros lugares en el continente. Daba gracias a Dios, que su palabra fiel, pudo ser escuchado también en otras comunidades, en otros países.

Monseñor habla de sus humildes homilías. Hoy, después de tantos años, nos damos cuenta que su voz de pastor y profeta, que nació desde su sincera reflexión y oración, se concretó en homilías maravillosas, fuertes, claras, animadoras para el pueblo y para la Iglesia. No solamente en aquellos años, sino también hoy. Pero tendremos que hacer el esfuerzo de volver a escucharlo.

2.8. Si fuera un homenaje a mi persona no tuviera el valor de aceptarlo. *Se anuncia que Monseñor Romero recibirá el doctorado honoris causa de parte de la universidad de Georgetown.*

“Si fuera un homenaje a mi persona, no tuviera el valor de aceptarlo, pero por su procedencia tan noble y, sobre todo, por la solidaridad que siento con todos mis queridos sacerdotes y con todo el pueblo de Dios, creo que es un honor para toda la arquidiócesis. Y así, les suplico que me ayuden a que le demos gracias al Señor.” (5 de febrero de 1978)

Por su profunda humildad Monseñor Romero entendió y vivió ese ofrecimiento de un doctorado honoris causa como un reconocimiento para toda la arquidiócesis, para toda su Iglesia. Monseñor no se sentía más, ni arriba de la Iglesia, sino como un humilde pastor, como profeta que – caminando humildemente con Dios – prestaba su voz al Dios de la vida.

Monseñor pide, suplica a la gente en catedral que le ayude a darle gracias a Dios por ese reconocimiento doctoral para toda la arquidiócesis. Escucho aquí un adelanto de las súplicas del Papa Francisco que con frecuencia pide orar por él y con él, para poder discernir el camino del Señor. La actitud de agradecimiento por una Iglesia que en medio de la persecución logra serle fiel, es tan confortante, también en tiempos de hoy. En cada momento donde logramos serle fiel, de verdad, en el camino del Evangelio, podemos y debemos darle gracias a Dios. Monseñor no lo hizo como político, sino como pastor, humilde pastor.

2.9. No soy más que nadie.

“Yo no pretendo otra cosa, hermanos, sino ser cristiano, obispo, el cristiano que está desempeñando su papel de ser signo de unidad. No soy más que nadie, simplemente soy el signo de esa unidad.” (5 de febrero de 1978)

El obispo, y en cierta medida también cada sacerdote, cada cristiano/a, debe ser signo visible, palpable, efectivo de la unidad de la Iglesia en su misión evangélica. En la historia cristiana, ha habido épocas que las autoridades eclesiales han sido signos de unidad de esa iglesia de la cristiandad, de esa iglesia reflejo de los poderes (políticos y económicos) imperiales, hasta de esa iglesia que “cristianizaba” junto con la espada, como sucedió en todo nuestro continente latinoamericano. Monseñor quiere ser signo de unidad siendo fiel al Espíritu de Dios.

A la vez comparte Monseñor Romero, con humildad que no es más que otros, que solo está sirviendo, pidiendo que cada uno/a lo haga en su espacio, sirviendo al Evangelio de Jesús. Monseñor vivía humildemente, no sólo en su casita en el hospitalito de enfermos terminales, sino también en su espacio en el arzobispado y aún más en sus relaciones con sus sacerdotes y con la gente, especialmente con la gente más sencilla y más sufriendo. Pude ser pastor porque en primer lugar era hermano. ¡Qué gran reto para hoy!

2.10. ¡Qué tímido me he sentido ante ustedes! *Comenta una frase de San Pablo: “Me presenté a ustedes débil y temeroso.” 1 Cor 2,3)*

“¡Sabe Dios cuánto me costó venir a la capital a mí también!! ¡Qué tímido me he sentido ante ustedes! ¿Si no hubiera sido por el apoyo que como Iglesia me han dado y han hecho de su obispo ustedes este signo del cristianismo! Hermanos, son ustedes los artífices de esta Iglesia”. (5 de febrero 1978)

Monseñor Romero, a pesar de sus enormes dones para comunicarse, para escribir y aún más para hablar (homilías, por radio, en su diario,...), ha sido un hombre “tímido”, sencillo. Vino de un pueblo pequeño (ciudad Barrios). Así como se dijo de Jesús se podría decir de él: ¿qué se puede esperar de Ciudad Barrios, en ese rincón de El Salvador? Monseñor ha sido una persona tímida. Sin embargo, su palabra (escrita y pronunciada en la homilía) se convirtió en Palabra de Dios, Palabra de una Iglesia en el camino de Jesús.

En esta cita Monseñor Romero expresa con cariño y agradecimiento que el pueblo cristiano que lo escucha le ha convertido en “obispo como signo del cristianismo”. Una frase importante es “Ustedes los artífices de esta iglesia”. Creo que no hemos reflexionado esto suficientemente. Monseñor nos dice a nosotros que somos los “artífices de esta Iglesia”, esta Iglesia que camina con el pueblo explotado y oprimido, guiada por su pastor. El pueblo de Dios es artífice de la Iglesia que quiere seguir el camino del Evangelio, por las huellas de Jesús.

Todo esto exige que los pastores (animadores/as de comunidades, sacerdotes, obispos) deben escuchar mucho más al pueblo de Dios. El Espíritu ha sido enviado al Pueblo de Dios, en primer lugar. Ha sido un eje fundamental de la reflexión sobre la Iglesia hecho en el Concilio Vaticano II. Los obispos latinoamericanos en Medellín dijeron que las comunidades cristianas eran “célula inicial de estructuración eclesial, foco de evangelización y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo” (Medellín 15,10)

2.11. La condecoración con que van a honrar es de todos ustedes.

“Y finalmente, hermanos, quiero hacer una atenta y cariñosa invitación a todos ustedes, que considero mis hermanos, mis amigos, para acompañarme el martes próximo a las 7 de la noche, aquí en catedral, donde voy a recibir el honor del doctorado honoris causa de la Universidad de Georgetown, ese honor, ese estímulo, la felicitación, no a un hombre, sino a una Iglesia particular que son todos mis queridos sacerdotes, religiosas y fieles que comparten la preocupación del magisterio actual de la Iglesia, un Evangelio que, como se me dijo ayer en Arcatao, quiere estar bien encarnada viviendo en las necesidades del pueblo. Así es como la condecoración con que

me van a honrar, quiero decir que es de todos ustedes y que es el estímulo a todos los que trabajan por un orden más justo en el mundo.” (12 de febrero de 1978)

Monseñor no quiso recibir el doctorado honoris causa en un recinto universitario, sino invitó a todo su pueblo a estar presente, porque lo consideró un reconocimiento al pueblo creyente, “*de todos ustedes*” y aún más universal “*estímulo para todos que trabajan por un orden más justo en el mundo*” (es decir no solamente la Iglesia).

En Arcatao se le dijo a Monseñor que la Iglesia de la arquidiócesis quiere o debe “*estar bien encarnada viviendo en las necesidades del pueblo*”. Me parece otro eje de la eclesiología de Monseñor Romero poco desarrollado: “*Iglesia bien encarnada viviendo en las necesidades del pueblo*”. ¿Dónde viven los animadores/as, religiosas/os, sacerdotes, obispos? ¿Viven “en” las necesidades del pueblo? ¿Sienten – en carne propia – las necesidades del pueblo? ¿De qué manera la CEB vive encarnada en la problemática del pueblo? ¿Encarnada en sus dolores de parte y en sus luchas de transformación integral? ¿De qué manera la liturgia de la Iglesia es expresión creyente en medio de las necesidades del pueblo? ¿De qué manera la Iglesia escucha al Espíritu que despierta y estimula al Pueblo de Dios?

2.12. Jamás permitiré yo convertirme en un ídolo de muchedumbres. Comenta el homenaje que recibió al cumplir el primer aniversario como arzobispo de San Salvador:

“De todas maneras, hermanos, yo no quiero ser un ídolo. Jamás permitiré yo convertirme en un ídolo de muchedumbres y engañar así, porque “maldito el hombre que se apoya en la carne”, dice la Sagrada Escritura. Si en este sentido se me tributan homenajes, en lo personal ¡cómo quisiera rehuirlos!, pero cuando los enfoco hacia Cristo, el Buen Pastor, y la fe de ustedes descubro en mi pobre persona el eterno mensaje del Salvador, tengo que acogerlo y presentarlo como un ramo de rosas frescas al Divino Sacerdotes, a Cristo nuestro Señor.” (26 de febrero de 1978)

Monseñor sabe que hay un peligro que lo vayan a considerar un ídolo. ¿No sería que con la canonización el peligro es aún mayor? El quiere enfocar los homenajes hacia Cristo y hacia la fe de su pueblo. No quiere ser el ídolo de masas. Ya suficiente ha llamado a la toma de conciencia de cada quien, lo contrario de una masa que sigue a un ídolo, sin pensar, sin criterios propios. Monseñor recibe como un ramo de rosas frescas esos homenajes, y los presenta al Divino Salvador. Es la humildad del pastor y del profeta. No es su persona, no es su cargo, sino es Cristo que lo envía.

Esta reflexión de Monseñor sí nos hace hacer la comparación con los ídolos político, los ídolos de los partidos políticos. Y ahí sí en cuestión de tratar al pueblo como masa, una masa que es manejable, que sigue a los ídolos, no por criterios propios, sino porque la dirección del partido, el ídolo, lo haya decidido. No hay formación política sólida y constante. Hay trabajo de base para conseguir votos en las constantes elecciones.

2.13. Estaría loco si yo estuviera sembrando desde aquí la revancha.

“Hermanos, estaría loco o estuviera traicionando mi misión si yo les estuviera diciendo que esta fe hay que comprometerla con tal o cual agrupación. Estaría loco si yo estuviera sembrando desde aquí la revancha, la venganza, el odio. Nunca lo he hecho. En público he hablado ... decía Cristo ... y cualquiera puede decir que jamás ha escuchado de mis palabras un llamamiento a la venganza, al odio, a la lucha de clases. ¡Jamás!” (2 de abril de 1978)

Monseñor Romero nunca llamó a ser parte de una organización concreta, ni se puso a la cabeza de una tendencia o rama de organizaciones. Nunca encabezó las protestas en El Salvador. Sí hizo llamada a los no organizados, que tomaran conciencia de la realidad y asumieran su responsabilidad histórica. Sí condenó las organizaciones de aquellos que buscaban justificar y defender sus privilegios económicos y políticos. Sí condenó las organizaciones de muerte, que provocaban muerte del pueblo y de sus sacerdotes.

Hoy nos alegramos cuando vemos que el arzobispo encabeza la lucha por el agua y la no privatización del agua, en contra de la minería. Nos alegra cuando el arzobispo gestiona ante la asamblea esa exigencia del pueblo de garantizar el agua como derecho fundamental para todos y todas, y que por eso debe ser administrada por el estado sin intereses de aprovechamiento económico.

Hoy me preocupa ver a obispos en Nicaragua encabezando protestas violentas en contra del gobierno y me alegra escuchar al obispo de Chontales que agradece a sus sacerdotes por haber sido verdaderos mediadores de tal manera que no hubo muertos en su diócesis, que pide perdón a María (madre de los pobres) por – entiéndase la conferencia episcopal – haber motivado para la violencia en vez de haber sido verdaderos mediadores, que no son parte de un lado.

Luego Monseñor recuerda también que él siempre ha hablado en público, que no necesitaba reuniones secretas para anunciar su mensaje, y que nunca ha sembrado revancha, venganza, odio o lucha de clases. Es importante ver como Monseñor tenía que recordar sus posiciones ante las acusaciones falsas de parte de quienes manejaban el poder. En los medios de comunicación se siembre mucha cizaña, insinuando que el obispo no es sembrador de amor. Aunque Monseñor animaba a todos a organizarse para la transformación de la sociedad, para terminara la explotación y la represión, para evitar una guerra total, siempre llamaba a la conversión a todos y todas. Hasta en su homilía del 23 de marzo llamó a los mismos soldados a responder a su conciencia ante cualquier orden de violar la ley de Dios que dice “no matar”.

Creo que hoy esta voz profética de transformación y conversión para todos, pero especialmente para los ricos, la oligarquía y sus instrumentos (políticos, medios de comunicación, ..) es bastante débil. No oímos hoy la llamada profética hacia la justicia concreta en la economía, en contra de la corrupción concreta, entre la falta de responsabilidad concreta en la asamblea. No es lo mismo hablar en generalidades, con que cada quien está de acuerdo, que nombrar las cosas con su nombre.

2.14. ¡Estoy bien definido!

“Si hay algún católico que duda de la palabra del obispo y va diciendo por allá a veces: “Que se defina el señor obispo.” ¡Estoy bien definido, hermanos! Ustedes son los que tienen que definirse o con la Iglesia o fuera de la Iglesia.” (2 de abril de 1978)

Monseñor nos reta con claridad: “ustedes son los que tienen definirse”. En tiempos de un cristianismo que aún vive de la tradición de la cristiandad, aunque sea en denominaciones diferentes, en una cultura con tradiciones religiosas cristianas, Monseñor nos pide definirnos: optan por el camino de Jesús o no. Esto es creo, lo que significa con la Iglesia o fuera de la Iglesia. Porque Monseñor reacciona ante las críticas y calumnias que sufre de parte de quienes le dicen que está actuando fuera del ámbito eclesial. El mismo nos dice que “está bien definido”, que está bien consciente de su opción por los pobres, por los crucificados, en el seguimiento a Jesús en la construcción del Reino. Aunque dice que está bien “definido”, sabemos que esto no ha significado que Monseñor vivía una “seguridad sin cuestionamientos”. Ante los acontecimientos Monseñor siempre tenía que discernir de nuevo el camino a andar, la palabra a decir, la acción a realizar. Su confianza fundamental en el Dios de la vida, le permitió vencer cada vez más los temores y angustias. Todavía lo veo caminando rezando el rosario antes de tomar nuevas decisiones. Pero pudo vencer las tentaciones y las presiones ajenas al evangelio (a veces vestidas de cristianismo). En esto estaba bien definido.

Pero ¿Nosotros? Nuestra definición como discípulos de Jesús también tendría que estar enraizada en esa plena confianza en la fidelidad del Padre a quienes siguen con honestidad a Jesús. No faltarán las dificultades, ni las tentaciones, pero seremos capaces de discernir evangélicamente, cueste lo que cueste. Tan fácilmente nos dejamos desanimar por los obstáculos que no faltan, limitándonos a reuniones, celebraciones, conmemoraciones, actos litúrgicos,... mientras no nos arriesgamos a la evangelización ni a la solidaridad. Nos suena la llamada de Monseñor Romero: “Ustedes son los que tienen que definirse”.

2.15. Nuestro compromiso sacerdotal y episcopal nos obliga a

“Hermanos, la parábola de Cristo condenó la actitud de un sacerdote y de un levita, porque no basta llevar hábito eclesiástico o decir “yo soy católico”, para ser aprobado por Dios. La caridad ante todo, el amor al prójimo. Y aunque sea obispo o sacerdote o bautizado, si no cumple con el ejemplo del buen samaritano, si como los malos sacerdotes de la antigua ley dan un rodeo para no encontrarse con el cuerpo herido – “no tocar estas cosas, prudencia, no ofendamos, más suave “ -, entonces, hermanos no cumplimos el mandato de Dios: rodeamos. ¡Cuántos rodean para no encontrarse! Cuánto más se rodea, más se encuentran porque llevan su propia conciencia que no les dejará en paz mientras no enfrenten la situación. El compromiso cristiano es muy serio y, sobre todo, nuestro compromiso sacerdotal y episcopal nos obliga a salir al encuentro del pobre herido en el camino.” (2 de abril de 1978)

“El compromiso cristiano es muy serio”. Claro, lo sabemos, pero en la práctica la mayoría de las y los cristianos nos limitamos a cumplir con ritos, culto, con devociones, procesiones, peregrinajes, celebraciones litúrgicas. Por supuesto – menos mal – hay también cristianos que toman muy en serio el compromiso y “salen al encuentro del pobre herido en el camino”. Desde el tiempo de

Monseñor Romero hemos visto que las y los cristianos que se comprometen en las organizaciones populares (hoy son de otro tipo que en aquel tiempo) pierden la vinculación con la comunidad de fe, pierden la conexión con la fuente que les ha dado vida y esperanza. No están preparados para “luchar” juntos con otros/as compañeras que no han conocido la experiencia de fe y poco a poco van entrando en la mera lógica de la organización, con sus dinámicas positivas y negativas.

Pero aún así, Monseñor Romero nos dice tener mucho cuidado con esas recomendaciones de los que se consideran sabios cuando nos dicen: “no hablar de esas cosas, no tocarlas, sean prudentes, cuidado de no ofender, hablen y actúen más suavemente”. La dura realidad del “pobre herido en el camino” (en todas sus formas y dimensiones) exige una radicalidad evangélica en el compromiso. El sacerdote y el levita tenían sus razones y justificaciones para rodear al herido y no hacer nada. Pero el Evangelio rompe esas razones y justificaciones y exige (el compromiso cristiano es serio) de cada bautizado una entrega radical. No se trata de dar limosna, ni de dar “el diezmo” al templo, sino de una entrega por la causa del herido en el camino. Esto tiene sus dimensiones sociales, económicas y políticas.

Ser cristiano no es fácil, seguir a Jesús, ser testigo del Reino no es fácil, no es cómodo, es una exigencia tremenda. Nos toca salir de nuestra comodidad religiosa, romper barreras y asumir la causa del herido.

2.16. Sería un loco si yo quisiera ser el poseedor de la verdad.

“No es que yo sea el poseedor de la única verdad, sería un loco si yo quisiera ser el poseedor de la verdad, si quisiera que todos pensarán como yo. Gracias a Dios que tengo más apertura para buscar entre todos la verdad y recriminar cuando alguien quiere monopolizar un hecho y manipularlo a su gusto.” (9 de abril de 1978)

Monseñor nuevamente nos da una gran lección: entre todos nos toca “buscar la verdad” de la vida, de la historia, de los acontecimientos, hasta de la iglesia. Tan fácilmente caemos en los fanatismos. Mi partido tiene la razón. La tradición religiosa que me enseñaron es lo único que vale. Mi experiencia de comunidad cristiana es la única verdadera, auténtica y norma para juzgar a otras. Monseñor dice que sería loco si quisiera ser el poseedor de la verdad. ¡Qué reto nos plantea! ¿No sería que muchas veces andamos cerca de esa locura al absolutizar nuestro acercamiento a la verdad de la historia?

Con su ejemplo nos pide cultiva esa “apertura para buscar entre todos la verdad”. Esto exige también el valor profético para enfrentar – con caridad – a las personas que tratan de “monopolizar un hecho y manipularlo a su gusto”. ¿Qué es la verdad?, la palabra de Pilato ante Jesús. Muchas veces no es sencillo discernir la verdad. La verdad no es ni blanco ni negro, sino aparece en la vida con todos los tintes de grises, hasta podemos decirlo en todos los colores y tintes. Unos nos fijamos en algunos aspectos, otros en otros. Unos observan desde adentro, otros desde afuera. Unos sufren la realidad y otros no. Unos están abajo, otros arriba. Unos están en la jugada, otros no. Sin embargo, nos toca “buscar entre todos la verdad”. Es una misión fundamental en el camino de Jesús, porque se trata de la verdad del Dios de la vida, en nuestra historia. En las CEBs tendremos que prepararnos más, ejercitarnos más para poder facilitar para nosotros y nuestro entorno ese discernimiento de la verdad.

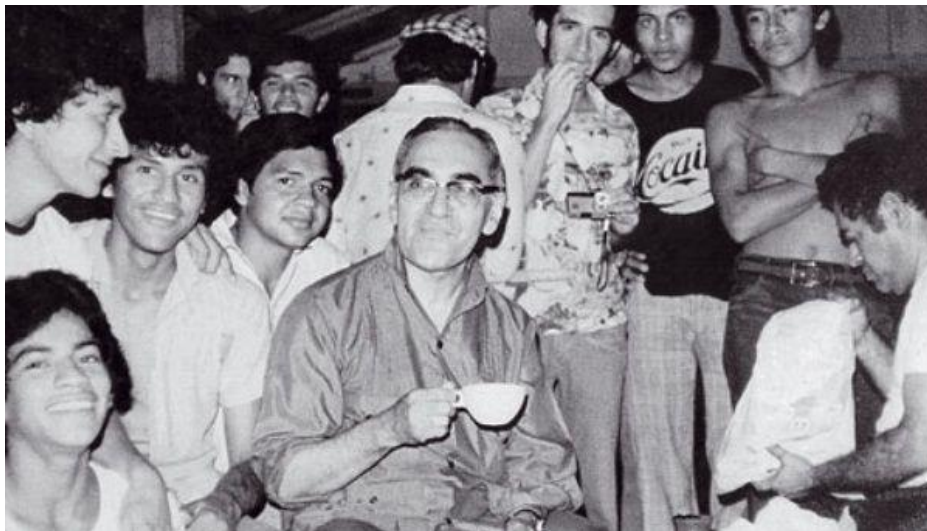
2.17. Quiero profesar mi comunión con el cuerpo episcopal del mundo.

“Quiero hacer profesión de fe solemne en este momento de mi adhesión al Santo Padre. El Papa ha sido siempre para mi una iluminación y pienso morir fiel a él. También quiero profesar mi comunión con el cuerpo episcopal del mundo y agradecer a obispos tan conspicuos, como el que en esta semana me manda un mensajero y un mensaje especial, el cardenal arzobispo de Westminster, el cardenal Hume, que expresa su admiración, su cariño para esta arquidiócesis e invita a su pastor, cuando le sea posible, ir a hacer una visita a su sede de Inglaterra.” (9 de abril de 1978)

El “sentir con la Iglesia” – lema episcopal de Monseñor Romero – tenía que ver – inseparablemente – con su adhesión al Papa y con el episcopado. Eran tiempos que la conferencia episcopal de El Salvador (con la excepción de Mons. Rivera) estaba en contra de Monseñor Romero. Lo condenaban, lo rechazaban públicamente e hicieron gestiones hacia el Vaticano para lograr callarlo. En este contexto la “profesión de fe solemne” de adhesión y fidelidad brota de su corazón. Era su convicción profunda. Menciona en esta cita que el Papa (en aquel momento Pablo VI) siempre ha sido una iluminación para él, un apoyo, un guía en el camino. El apoyo de diversos obispos de todo el mundo, tanto al trabajo de la arquidiócesis como al trabajo y la misión del arzobispo, era para Monseñor una señal de lo correcto de su predicación.

Varios obispos lo habían invitado, así como el cardenal Hume de Inglaterra. A Monseñor no le gustaba salir del país. Sus visitas a “Pedro”, en Roma, eran fundamentales. Fue a la conferencia de Puebla (enero 1979) y a recibir el doctorado honoris causa (febrero 1980).

En el reconocimiento de la santidad de Monseñor Romero y su grandeza como profeta, pastor, mártir no se puede excluir su “sentir con la Iglesia”, su adhesión al Papa, es decir a la gran Iglesia católica. Ha sido un eje fundamental de su vida como sacerdote y como obispo.



Con los seminaristas de la Arquidiócesis, en una convivencia en un rancho del playa Majahual, 1978.

2.18. Esta palabra nunca se quedará sola.

“El obispo de San Salvador, aunque no sea infalible porque no es el Papa ni posee toda la verdad, sin embargo, solidario con el clero, con su pueblo, va peregrinando en busca de esa verdad. Y esta presencia de la catedral llena y esa solidaridad de tantos aparatos de radio que ahora están anunciando allá sobre las plazas de los pueblos o de los cantones, o de muchos grupitos, que en torno de un radio están meditando y se quedarán después meditando esta palabra, me está diciendo, hermanos, que esta palabra nunca se quedará sola, sino que es una búsqueda sincera en comunión con mi pueblo de esa verdad.” (9 de abril de 1978)

Son frases que recogen lo que Monseñor siente: “voy peregrinando en busca de la verdad”, “una búsqueda sincera en comunión con mi pueblo de esa verdad”. La predicación de Monseñor ha sido un encuentro constante, una búsqueda común entre él como arzobispo y su pueblo. Nadie es dueño de la verdad. En toda su humildad, Monseñor Romero, supo buscar la verdad, acercarse a la verdad, peregrinar hacia la verdad. Nunca se hizo dueño de la verdad.

Esa vivencia es lo contrario de lo que vivimos diariamente. Los políticos manejan su verdad y quieren imponerla a otros. El poder económico tergiversa la verdad (de su hambre de ganancia) para que el pueblo caiga en las trampas. Pero también en la comprensión de la realidad histórica, los que escriben opiniones en los periódicos se presentan como dueños (únicos dueños) de la verdad, los editoriales no son presentadas como “peregrinaje hacia la verdad”, sino como la única manera de comprender la realidad. Gobiernos informar, desinforman y callan según su conveniencia, pero no para que aparezca “la verdad”. Medio verdades y medio mentiras. Se habla del terrorismo de la comunicación. Pero a la vez hay mucha oscuridad en la vida familiar y personal.

La verdad de Monseñor Romero no se ha quedado sola, como lo anunció en esta cita. Más adelante lo asesinan, pero su Palabra sigue sonando, especialmente en sectores del pueblo pobre. Ahí es donde es sembrada como semilla, esperando el tiempo de la germinación. Las y los pobres tendrán la responsabilidad de seguir peregrinando hacia la verdad y de vivir de tal manera que la palabra de Dios pronunciada y vivida por Monseñor Romero pueda germinar y dar fruto. Es la dinámica del Reino.

2.19. Me da mucho gusto sentirme catequista de la diócesis.

“Me alegro mucho cuando otros, que no quieren llamarla homilía, me la llaman catequesis. Me da mucho gusto sentirme catequista de la diócesis.” (9 de abril de 1978)

Las homilias de Monseñor Romero duraban mucho tiempo, más de una hora. Rompía con los consejos sobre la duración de los sermones. Alguien debe haberle dicho que son una verdadera catequesis. Entiendo en este caso catequesis como la evangelización hacia adentro de la Iglesia, la enseñanza, la profundización, el refrescamiento del mensaje del evangelio.

Siendo catequista de la arquidiócesis, Monseñor nos ha hablado sobre la vida cristiana en todos sus aspectos. Parte importante de su “catequesis” estaba dedicada a discernir la verdad en la realidad política del país. No tenía temor para hablar con claridad y llamar las cosas por su nombre. Habló de tantos aspectos de la Iglesia, de la vida cristiana.

Armando Márquez trabajó el libro con el título “la catequesis de Monseñor Romero”. Como quien en toda humildad quiere decirle a Monseñor: háganos de ya que deseo escuchar. Las catequesis de Monseñor son perlas de vida.

Contamos con sus homilías de casi tres años litúrgicos completos, es decir, nos ha interpretado las lecturas bíblicas de los tres ciclos. Gracias a las grabaciones podemos conservar su palabra de catequista y volver a leerla, reflexionarla, como guía para entender la Palabra de Dios.

2.20. El Obispo de ustedes está en comunión con Pedro.

“El obispo de ustedes, hermanos, está en comunión con Pedro, que hoy se llama Pablo VI. Bien recuerdo aquellas palabras que me dieron tanto ánimo: “¡Ánimo! ¡Ánimo” – me dijo el Papa -, usted es el que manda, usted es el que manda!” Y no puedo olvidar, pues, que en la presencia de mi comunión con el Papa está también el secreto de mi palabra y de mi orientación a mi pueblo.” (9 de abril de 1978)

La visita de Monseñor Romero a Pablo VI ha sido para él muy importante en su servicio como arzobispo. Siempre se ha preocupado de responder con autenticidad a la doctrina papal, a las orientaciones pastorales y administrativas del Papa. Consideraba que era de verdad “su comunión con Pedro”, sin jactancia, sino en humildad. Pablo VI lo ha escuchado y Monseñor pudo expresarle su “sentir con la Iglesia”, su trabajo pastoral, su palabra de catequista, y también su experiencia como pastor de una iglesia perseguida. Después de este encuentro con Pablo VI Monseñor Romero se sintió fortalecido, animado en su fe y su compromiso.

Es una buena coincidencia que la canonización de Monseñor Romero y de Pablo VI sucederán en la misma celebración. Se ha sentido bien y agradecido por la palabra del pastor de la gran Iglesia.

Su sentir y saberse en comunión con el Papa le daba a Monseñor Romero una mayor fuerza para predicar el Evangelio de Jesús. Esa comunión era “el secreto de mi palabra y de mi orientación a mi pueblo”.

2.21. Me venían ganas hasta de llorar.

“Cuando como ayer que anduve allá por Dulce Nombre de María y me decían gentes humildes de los campos cómo escuchan esta palabra y les sirve de consuelo, de esperanza, de aliento, me venían ganas hasta de llorar y decir como Cristo: Te doy gracias Padre porque ocultas estas cosas a los orgullosos y soberbios del mundo y las revelas a los pobrecitos; te doy gracias porque me das garganta y voz, porque pones a mi disposición una radio que ojalá se conserve para consuelo de tanta gente. Esto, hermanos, es la comunión.” (9 de abril de 1978)

Los pobres de su pueblo comparten con Monseñor como sus homilías, sus mensajes, “*les sirven de consuelo, de esperanza, de aliento*”. En realidad durante sus años de arzobispo muchísima gente del pueblo escuchaba a Monseñor: sus homilías, sus mensajes por la radio, sus encuentros con la gente sencilla. Menciona tres significados, tres impactos, tres consecuencias de su palabra. Los pobres que sufrían tanta represión, violencia, encontraban “consuelo”, fortaleza, apoyo. Sintieron que a pesar de tanto sufrimiento no estaban solos. Encontraban también “esperanza”. Monseñor

no era un profeta pesimista, sino daba esperanza a este pueblo tan sufrido. Hablaba de la vida, de la historia, de la iglesia, de Dios, de tal manera que las y los pobres vivieran con esperanza. Esta cruz no es el punto final, el futuro será diferente, y su sufrimiento será fermento de vida nueva, de una historia nueva. En tercer lugar, los pobres encontraron “aliento”, ánimo, motivación para seguir su camino como cristianos/as, para seguir en las organizaciones populares, para seguir tomando conciencia de su papel en la historia, para arriesgar todo por un futuro mejor.

Claro, al escuchar esto, Monseñor se alegraba y hasta le venían ganas hasta de llorar, tan agradecido por poder ser “garganta y voz” de Dios para las y los pobres de su pueblo. Daba gracias a Dios.

Creo que muchas veces en los mensajes religiosos hacen falta esos tres efectos que la gente le mencionaba a Monseñor: consuelo, esperanza y aliento. Me pregunto, ¿qué mensaje de consuelo tienen los pastores, sacerdotes, obispos hoy para las familias que diariamente tienen que enterrar a sus hijos/as asesinados, para las familias de los trabajadores despedidos por los procesos llamados de “austeridad” o de “privatización”? ¿Quiénes dan esperanza real a las y los pobres de nuestro pueblo? Digo real, porque habrá que averiguar en lo concreto. No se trata de alguna euforia ni ideológica (estamos nuevamente en la ruta hacia elecciones), ni euforia religiosa (estamos a tres meses de la canonización de Monseñor Romero). ¿Quiénes alientan, animan hoy al pueblo a tomar conciencia de cambios reales, del significado de los proyectos sociales, de la necesidad de sumarse en la construcción de algo diferente?

2.22 ¿Quién no va a agradecer estos gestos bondadosos de nuestra gente sencilla?

“Vivimos esa comunión en el humilde regalo del campesino. Allá en Dulce Nombre de María, me regalaron los primeros matates, me regalaron una matatilla tejida para mí. ¿Quién no va a agradecer estos gestos bondadosos de nuestra gente sencilla para sentir que está en comunión con su pastor? ¡Gracias por manifestarme tantas veces esa comunión! Y sin comunión no hay Iglesia. Y la Pascua tiene que ser esta Iglesia. La verdadera Iglesia vive la comunión pascual” (9 de abril de 1978)

Monseñor se alegra profundamente por el tremendo cariño que el pueblo sencillo le tiene. Los pequeños regalitos, fruto de su trabajo duro, son interpretados por Monseñor Romero como expresión de la comunión eclesial con su pastor. Agradece estos gestos de bondad y lo comparte también en su homilía en catedral.

La verdadera iglesia vive la comunión pascual. Sin comunión no hay Iglesia. Monseñor hace referencia a la comunión entre el pueblo católico y el pastor. Siente que su palabra profética responde a la necesidad de su pueblo y ese pueblo le responde con signos pequeños. Esa comunión es fundamental.

Sin embargo, todo depende de la autenticidad de la Palabra y de las acciones del pastor. En el tiempo de Monseñor otros obispos también hablaban (hasta en contra de Monseñor Romero) pero su palabra no era auténticamente cristiana. La misma Iglesia católica lo reconoce ahora canonizando a Monseñor. No recuerdo de qué manera la gente “amaba” a aquellos obispos que provocaron tanto dolor en Monseñor Romero. ¡Entre el episcopado no había nada de “comunión eclesial” y menos mal! Monseñor Romero (con apoyo de Rivera y Damas) estaba en la verdad, los otros

estaban en la mentira. Sin embargo, muchas veces históricamente no es tan fácil “estar en la verdad”. En la Nicaragua de hoy se observa esto.

La comunidad cristiana tiene como misión construir comunión, en primer lugar, entre sus miembros, pero también la misión de irradiar fraternidad. Una comunidad no puede aislarse en “su verdad”, sino debe estar abierto al encuentro con otras personas en su entorno, con otras comunidades, para ir encontrando juntos la verdad del Evangelio. La comunión pascual, fundamental en la Iglesia, debe construirse diariamente. No pocas veces surgen liderazgos que más bien obstaculizan la comunión fraterna, que se imponen, que destruyen fraternidad, que manejan la mentira para justificar su liderazgo. Eso no es la comunión pascual de la Iglesia. Tantos retos a vivir como Monseñor nos ha enseñado.

2.23. Me hicieron llorar.

“Quiero felicitar a la Escuela María Catalina Dimaggio. Me envió un casete con el resultado de sus tres días de reflexión. Les diré aquí en público, y no me avergüenzo, me hicieron llorar cuando oí señoritas, niñas de nuestras barriadas, sentir el cariño y la gratitud para su pastor y para su Iglesia, que trata de levantar y despertar la dignidad de la persona humana en su trabajo de promoción. (16 de abril de 1978)

Como hombre sencillo y sensible, los testimonios y reflexiones de niñas de las barriadas pobres de San Salvador le hicieron llorar. Pequeños/as y pobres expresaron su cariño, su agradecimiento por ser el buen pastor. Claro, era su misión, pero en la voz de esas niñas oía la voz de Dios que confirmaba su vocación de pastor.

En esta cita recoge también una dimensión fundamental de la Iglesia después del Concilio Vaticano II. Ya no es una Iglesia encerrada en sí misma, sino una iglesia que está comprometida con la gente. Su misión es “levantar y despertar la dignidad de la persona humana”. Para eso realizar todo el trabajo de “promoción”. Aun hoy, a tantos años después de su asesinato, sigue vigente esta tremenda misión de levantar y de despertar la dignidad de la persona humana. Aun hay tanta gente excluida y que a la vez se han interiorizada esa exclusión. Su dignidad está pisoteada. Recuerdo la mamá que gritaba cada rato a su hija que era una pasmada, una inútil. Y poco a poco se convirtió en esa pasmada. La Iglesia tiene esa misión de dignificar a las personas en todas las dimensiones de la vida: personal, familiar, en el trabajo, en sus condiciones de vida, en sus relaciones, en el trabajo, como jubilados, en la política,... Sin esa promoción de la dignificación de la persona humana, el evangelio no puede ser entendido como “buena noticia”. Esto vale también para las comunidades eclesiales de base (a veces al margen de la institucionalidad eclesial): no podemos olvidar esa misión de la dignificación de la persona, la promoción humana, la lucha por la justicia y la verdad.

2.24. Yo no soy director de ninguna organización.

“La Iglesia no tiene sistemas. La Iglesia no tiene métodos. La Iglesia solo tiene inspiración cristiana, una obligación de caridad que la urge a acompañar a quienes sufren las injusticias y ayudar también a las reivindicaciones justas del pueblo. Allí sí la Iglesia está, pero sin identificarse con los sistemas y los métodos. Esto, repito, que quede bien claro, porque yo no soy director de ninguna organización política. Yo no soy ni mis sacerdotes deben de ser líderes de estos grupos.

Si hay coincidencias objetivas, son perspectivas de Evangelio la que la iluminan.” (16 de abril de 1978)

Monseñor menciona que la Iglesia tiene la misión, la obligación de *“acompañar a quienes sufren las injusticias y también a las reivindicaciones justas del pueblo”*. Durante siglos la jerarquía de la Iglesia ha acompañado – como aliada – a los grupos de poder. Así se llegó al continente latinoamericano, la cruz a la par de la espada. Así se ha vivido durante mucho tiempo. Se consideraba esto como normal. Mientras hacia el pueblo (explotado y excluido) solo había mensajes de consuelo y acciones meramente caritativas (con migajas). La posición de Monseñor Romero rompió totalmente con esto. Hay que acompañar al pueblo que sufre las injusticias (económicas, sociales, políticas, judiciales,...). Hay que acompañar al pueblo cuando lucha por sus reivindicaciones justas. Eso es el lugar donde la Iglesia juega la verdad de su mensaje.

Al mismo tiempo Monseñor aclara que el no es *“director de ninguna organización”* y que no quiere que sus sacerdotes lo sean. No es el papel de los pastores. A Monseñor Romero le acusaban de ser líder de grupos guerrilleros, líder de organizaciones sociales. Nuevamente aclara que la Iglesia no tiene métodos de lucha social, ni bendice ninguno. Reconoce que cuando la lucha es justa, puede haber coincidencia con las exigencias de una vida según el Evangelio. Monseñor Romero nunca se puso a la cabeza ni de manifestaciones populares.

Es un tanto complejo discernir como lo hizo Monseñor Romero. Hoy en El Salvador nos alegra que el arzobispo apoya – a veces hasta encabezando – la lucha popular contra la privatización de agua, así como lo hizo contra la minería. Y nos extraña que el cardenal no asume más responsabilidad y liderazgo en ese acompañamiento de las causas justas del pueblo. Vemos – con tristeza – que pocos sacerdotes y religiosos/as se suman a esas luchas justas. Mientras en Nicaragua de ahora, no comprendemos que la jerarquía de la iglesia, hasta con símbolos sagrados, encabeza las marchas de grupos que se manifiestan con bastante violencia, bendice esas luchas de sectores que no han sido capaces de construir un país diferente, fortalece mucha desinformación de los medios de comunicación de la derecha,... Algunas comunidades eclesiales de base han expresado una voz totalmente diferente. Por eso, ese discernimiento como lo hizo Monseñor Romero es un gran reto y debe realizarse con amplitud con el pueblo de dios y con toda honestidad para que sea solamente el Espíritu de Jesús ilumine y no otros intereses.

2.25. De allí, mi empeño en preparar lo mejor que puedo esta homilía.

“Mi predicación es un servicio a la Palabra de Dios para transmitirla al pueblo. De allí, mi empeño en preparar, lo mejor que puedo con mis pobres alcances, esta homilía, todas mis intervenciones, mis escritos, para transmitir la palabra tratando de hacerla lo más nítido posible. Y por eso me duele, ¡cómo no me va a doler!, que, al servidor de la palabra, que, al humilde criado de la comunidad de la arquidiócesis, los señores que reciben este servicio, en vez de agradecerse, lo vituperen, le digan como señores insolentes a sus pobres cocineras: “Eso no sirve”. (23 de abril de 1978)

Llama la atención que Monseñor se compara con “las pobres cocineras” en las casas de los grandes, cocineras que hacen lo imposible para preparar de la mejor manera la comida, las fiestas de sus señores, y que son humilladas con palabras como “eso no sirve”, quizás mientras botan la comida en el suelo. Así como le duele a esas cocineras ser tratadas de esa manera, así también le duele a Monseñor.

Nos explica que hace todo lo posible para preparar bien sus homilías, sus escritos, sus intervenciones por radio o entrevistas, sus conferencias,.... Los prepara bien porque “*su predicación es un servicio a la Palabra de Dios para transmitirla al pueblo*”. Lastimosamente he visto y oído a tantos sacerdotes que no preparan sus homilías, que dicen cualquier cosa, que no viven en conciencia que su predicación debe ser servicio a la Palabra de Dios.

Me parece que cada sacerdote, obispo, pastor, animador de comunidades, tendrá que reflexionar y consultar las homilías (dominicales) de Monseñor Romero, para poder preparar adecuadamente sus sermones, homilías, escritos,.... Si Dios mismo pasó por El Salvador en Monseñor Romero, su palabra es transparente a la Palabra del Dios de Jesús. Si lo llamamos “santo”, es porque en su palabra Dios mismo no estaba y nos está hablando. Sería un tremendo farisaísmo llamarlo santo, andar en sus procesiones, si no conocemos de cerca y en profundidad la palabra de Monseñor y si no la ponemos en práctica. Lo mismo vale – por supuesto – del mismo Jesús.

2.26. No debe ser así.

“Los obispos no mandamos con un sentido despótico. No debe ser así. El obispo es el más humilde servidor de la comunidad, porque Cristo lo dijo a los apóstoles, los primeros obispos: el que quiera ser más grande entre ustedes, hágase el más chiquito, sea el servidor de todos. Nuestro mandato es servicio: nuestra conducción, nuestra palabra es servicio.” (23 de abril de 1978)

Monseñor sabe muy bien cómo han vivido los señores obispos en años y siglos anteriores, mandando “*en un sentido despótico*”. A nivel más bajo en la jerarquía sacerdotes actuaban de la misma manera, en alianza con los poderes económicos y políticos, para ejercer su poder religioso (basado en una pastoral de miedo) sobre el pueblo. “*No debe ser así*”. Monseñor recuerda aquí el mandato de Jesús: sean ustedes servidores de todos. La conducción y la palabra del Obispo (y a sus niveles también el sacerdote, el/la religioso/a, el/la animador/a de comunidades) deben ser “servicio”.

Pero también la palabra “servicio” debe aclararse. No es cualquier servicio. No es en primer lugar encargarse de los servicios religiosos o facilitárselos al pueblo, sino, ser (en su propia vida) e indicar el camino hacia el horizonte del Reino de Dios. Por eso ese servicio exige un profetismo radical, denunciando las falsedades y la corrupción, la injusticia y la explotación, las mentiras y los engaños, anunciando también la promesa de Dios de sernos fiel en la construcción de su Reino.

Veo como a sacerdotes les gusta lucir con su camisa clerical, apareciendo diferentes y apartados del pueblo. Los vestimentos de obispos los apartan tanto del pueblo sencillo. Animadores/as de comunidades actúan como que fueran sus dueños. Monseñor Romero nos exige ser servidores de

nuestros pueblos, de las comunidades donde nos toca anunciar el Reino. “Háganse el más chiquito”, nos recuerda el mandamiento de Jesús. Creo que nos cuesta tremendamente asumir eso de hacernos el más chiquito, porque la tentación del poder es tan grande.

2.27. Me he puesto, con compasión de Cristo, al lado del muerto.

“Tenemos que lamentar, en esta semana también, la muerte de dos policías. Son hermanos nuestros. Ante el atropello y la violencia, jamás he parcializado mi voz. Me he puesto, con compasión de Cristo, al lado del muerto, de la víctima, del que sufre; he pedido que oremos por ellos y nos unimos en solidaridad del dolor con sus familias.” (30 de abril de 1978)

Ponerse al lado del muerto, al lado de asesinado, de la víctima. Y esto con la compasión de Cristo. Eso es en realidad lo que hizo Monseñor Romero. No le importaba de qué lado eran las víctimas. Monseñor nuevamente nos da una gran lección y nos cuestiona: ¿Hemos sido capaces de ponernos al lado de los diariamente asesinados y eso con la compasión de Cristo?

Hoy más bien me da la impresión que por ser muertos de las maras que no nos importa nada, pero nada. Hasta en el fondo alegra, porque es un asesino menos, y uno menos que el estado (si fuera capturado) tendría que mantener durante años. ¿Qué pasa con nuestra solidaridad (decimos tan típica del cristianismo) con las familias de los 10 o más asesinados diariamente, sean mareros o sean policías o soldados? Es cómodo hablar de la compasión de Cristo en eventos litúrgicos, sin portarnos “con compasión de Cristo” en la realidad de la vida. Es cómodo estar preparando la pronta canonización de Monseñor Romero en procesiones, peregrinajes, gritos de vivas, ritos religiosos, y en la realidad no actuar “con compasión de Cristo”, como lo hizo Monseñor Romero.

Los diariamente asesinados, sean mareros, sean feminicidios, sean policías o soldados, son tratados por los medios de comunicación y por jefes de las instituciones como “números” y se calcula si en porcentaje se ha bajado o subido en comparación con el mes anterior o con el año anterior (en el mismo mes),.... Monseñor Romero reta a todas las iglesias a expresar con compasión de Cristo su solidaridad concreta y efectiva con las víctimas y sus familias. Sin esa solidaridad dejamos de ser seguidores de Cristo.

2.28. En mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia. Monseñor Romero denuncia a la Corte Suprema de Justicia.

“Esta denuncia que se inspira en un positivo *animus corrigendi* y no en un mal espíritu de maledicencia, creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia; me lo impone el Evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel, aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia.” (14 d mayo de 1978)

En los tiempos de Monseñor Romero era bien peligroso denuncia las instituciones del estado, entre otras la corte suprema de Justicia. Monseñor sabía que arriesga “el proceso y la cárcel” y hasta la muerte. Pero como pastor “del pueblo que sufre injusticia” el mismo Evangelio le exigía denunciar con claridad la total corrupción del sistema de justicia en nuestro país. Su intención era buscar la mejora hacia una verdadera justicia.

Estos días que escribo nos encontramos con otro tremendo escándalo de la justicia salvadoreña negociando rebaja de años de cárcel confesando ser un ladrón de más de 300 millones de dólares, devolviendo solo 25 millones y donde el señor fiscal se desvincula de los otros 275 millones que “desaparecieron”. Es evidente que las confesiones del expresidente Saca desnudan al partido ARENA y muchos de sus altos dirigentes.

¿Qué pasa con la obligación evangélica de las Iglesias de actuar con “ánimus corrigendi”? Me pregunto de verdad, si “en mi condición de pastor del pueblo” que ha sido despojado de esos 300 millones de dólares, las iglesias no tendrían que ser los promotores de denuncias claras y hasta de juicios contra todos los que han sido parte de esa tremenda corrupción.

Monseñor Romero ha sido el ejemplo. ¿Por qué no seguimos el ejemplo?

Tercera parte.

El predicador aprende, ustedes me enseñan.

3.1. A nadie le cuesta tanto decir las maldades de su pueblo como a mí.

“Si en esta cátedra se denuncia el pecado de la sociedad, el pecado de la autoridad, el pecado de la familia, no es por una demagogia fácil. A nadie le cuesta tanto decir las maldades de su propio pueblo como a mí, hermanos, que tengo el deber pastoral de señalar, por mandato del Evangelio y de Jesucristo que quita los pecados del mundo, qué es pecado y qué no debe reinar, por dónde hay que caminar.” (11 de junio de 1978)

Monseñor comparte su misión – por mandato del Evangelio y de Jesús – de señalar con claridad dónde se manifiesta el pecado, cómo está enraizado en la sociedad y en la vida de cada quien, y también debe señalar nuevos caminos hacia el horizonte del Reino de Dios. Es la misión profética del pastor, pero en realidad se trata de la misión de cada cristiano/a. En nuestro bautismo hemos sido ungidos para ser profetas en nuestro pueblo.

Monseñor está muy consciente que esta misión no es nada fácil. Recuerda que “a nadie le cuesta tanto decir las maldades de su propio pueblo” que a él como pastor. Monseñor sufre por el pecado que destruye la vida del pueblo, carga con ese sufrimiento y denuncia el pecado: le da nombre, lo trae a la luz, lo contrasta con la voluntad y el Reino de Dios. Esto es la misión de cada miembro de la Iglesia y especialmente para los pastores.

Nuevamente estamos en una coyuntura donde empezamos a darnos cuenta como los políticos manejan la corrupción y corrompen a quienes están alrededor. Se roba al pueblo con la cara de “santito”. Se compra las voluntades de otros para que colaboren y no digan nada. Hace un tiempo una alta funcionaria dijo: este sistema de gobierno solo funciona con corrupción, así está construido. Los pastores del pueblo deben tener los ojos bien abiertos para denunciar con claridad ese tremendo pecado de la corrupción que tanto daño hace al pueblo. Pero cada creyente tiene – a su nivel – la misma misión. Esto significa por supuesto que debe luchar contra el sistema corrupto y no caer en las mismas trampas. La corrupción solo se mantiene viva porque tiene tentáculos hasta en todos los poros del pueblo.

Debemos estar dispuestos a asumir las consecuencias de la denuncia del pecado. Es tremendamente doloroso para el pastor poner el dedo en las llagas de la corrupción y otros pecados, pero es la misión que Jesús ha dado. Si no combatimos la corrupción, no visualizamos el horizonte del Reino.

3.2. Moriré, primero Dios, fiel al sucesor de Pedro. *A su regreso de Roma, donde realizó la visita ad limina junto con Monseñor Rivera, fueron recibido por el Papa Pablo VI el 21 de junio.*

“He ratificado una vez más que moriré, primero Dios, fiel al sucesor de Pedro, Vicario de Cristo. Les decía: es fácil predicar teóricamente sus enseñanzas; seguir fielmente el magisterio del Papa, en teoría es fácil; pero cuando se trata de vivir, cuando se trata de encarnar, cuando se trata de hacer realidad en la historia de un pueblo sufrido como el nuestro esas enseñanzas salvadoras, es cuando surgen los conflictos.

Y no es que me haya hecho infiel. ¡Jamás! Al contrario, siento que hoy soy más fiel porque vivo la prueba, el sufrimiento y la alegría íntima de proclamar, no solamente con palabras y con profesiones de labios, una doctrina que siempre he creído y amado, sino que estoy tratando de hacerla vida en esta comunidad que el Señor me ha encargado.” (2 de julio de 1978)

Monseñor Romero confiesa ante la comunidad que serle fiel a la doctrina de la Iglesia no se realiza en la repetición de la doctrina, en predicarla teóricamente, sino encarnándola en la realidad histórica de su pueblo que sufre. La Iglesia se ha limitado durante muchos años a predicar el magisterio de la Iglesia a nivel meramente teórica, para repetirlo, para conocerlo en el catecismo,... Esa manera de hacer no cuesta, nos dice Monseñor, porque no afecta los intereses de los que tienen poder y dinero. Monseñor está consciente que ahora es más fiel al magisterio “haciéndola vida en la comunidad que el Señor le ha encargado” y eso era en una Iglesia perseguida por causa de su compromiso con las víctimas del sistema explotador y represor.

Monseñor aclara todo esto, después de su visita a Roma y su encuentro animador con el Papa Pablo VI, porque está recibiendo muchas críticas que ya no está predicando el magisterio de la Iglesia como se hacía antes, es decir, de manera teórica.

Para Monseñor Romero la fidelidad al magisterio eclesial, y especialmente al Papa, era parte importante de su conciencia eclesial y de su misión episcopal. Más adelante con Juan Pablo II Monseñor Romero se sentirá muy triste cuando no ha sido escuchado. Y aún así, en toda su humildad Monseñor ha sido uno de los obispos salvadoreños más fieles “al sucesor de Pedro”, especialmente por que no predicaba en las nubes, repitiendo teorías doctrinales, sino haciendo del magisterio eclesial un servicio de encarnación en vida sufrida de su pueblo.

Me parece que esta experiencia eclesial de Monseñor Romero debe ser modelo para toda forma de catequesis: el mensaje encarnado en el pueblo que sufre, en el sufrimiento del pueblo. Tanto que aprender.



El Vaticano, 21 de julio de 1978. Con Pablo VI, Monseñor le entrega una fotografía del Padre Alfonso Navarro, asesinado el 11 de mayo de 1977, le acompaña Monseñor Rivera.

3.3. La emoción de aquel momento hacen olvidar al pie de la letra.... *Monseñor describe su encuentro en Roma con el papa Pablo VI.*

“Estrechándome mis manos con un cariño y una fortaleza de quien se siente sostén de todos los pastores y de toda la Iglesia universal, me aconsejaba y me ayudaba a seguir siendo fiel a este ministerio en servicio de este pueblo, para el cual él expresó frases muy cariñosas que yo quisiera transmitirles, pero que la emoción de aquel momento hacen olvidar al pie de la letra; pero que decían, sustancialmente, que nuestro pueblo salvadoreño él lo conocía desde hace unos cincuenta años, cuando él trabaja en la Secretaría de Estado, antes de ser pontífice, y llegaban noticias de la vitalidad, de la laboriosidad, de los problemas de este pueblo. “Es un pueblo – me decía – que lucha por sus reivindicaciones, busca un ambiente más justo; ese pueblo hay que amarlo, hay que ayudarlo. Tenga paciencia, tenga fortaleza y ayúdele.” (2 de julio de 1978)

En esta cita se siente la emoción que Monseñor Romero comparte con su pueblo en catedral al contar la vivencia en el encuentro con el Papa Pablo VI. Para Monseñor esos encuentros eran muy importantes al sentir el apoyo del Papa.

Me llama la atención lo que Monseñor recuerda de las palabras del Papa: “*ese pueblo hay que amarlo, hay que ayudarlo. Tenga paciencia, tenga fortaleza y ayúdele*”. ¿qué significa amar al pueblo y qué significa ayudar al pueblo? Creo que Monseñor supo amar a su pueblo porque estaba muy cerca, porque escuchaba a mucha gente pobre y sufriendo, porque sentía que su pueblo lo amaba de corazón. No se dejó llevar por lo que decían políticos o gente de poder y sabía cuestionar también a los líderes de las organizaciones populares. Su cercanía con su pueblo era fuente de su gran amor al pueblo. Su ayuda no era ofertas políticas, no era migajas, sino era la Palabra de Dios que le tocaba proclamar a él como Pastor. Sufrió como profeta el sufrimiento de su pueblo y como profeta denunciaba la injusticia y la opresión, denunciaba la adoración de los dioses del poder y del dinero.

Y a la vez supo dar esperanza a su pueblo a partir de sus reflexiones sobre el Evangelio y sobre el magisterio de la Iglesia. Sería muy importante que también hoy volvamos a leer y reflexionar sus enseñanzas, para poder asumir la misma misión.

El papa también le dijo que tuviera ánimo y fortaleza. Para Monseñor esas palabras han sido entendidas como mensaje de Dios mismo pronunciado por el pastor de la iglesia. Eran palabras que le había dando fuerza para seguir adelante en su difícil misión de ser pastor en circunstancias de creciente violencia. Me parece que es también una de las tareas fundamentales de cada pastor, a todo nivel, de cada animador de comunidades: animar y fortalecer para que las comunidades de fe puedan crecer en su testimonio evangélico. Una gran misión.

3.4. El espíritu de Dios en mis pobres palabras está llevando la revelación.

“Se me preguntó en Roma si no me parecían muy largas mis predicaciones. Soy el primero en sentirlo – les decía –, pero cuando yo veo un pueblo atento a mi palabra, yo aprovecho los minutos. Y yo agradezco a mi pueblo que me escucha. Y cuando sé que, más allá de la multitud de catedral, la radio casi monopoliza el auditorio a esta hora, estoy seguro de que el espíritu de Dios en mis pobres palabras está llevando la revelación, el mensaje del Evangelio.” (2 de julio de 1978)

Monseñor Romero rompió las reglas acerca de la duración recomendada para las homilías. De verdad sus predicaciones eran largas. Pero Dios le había dado el don de la palabra, desde joven. Y después de haber preparado en consulta y en oración las líneas principales de su homilía, sus *“pobres palabras”* se convirtieron en *“revelación divina”*, en *“mensaje del Evangelio”* para los pobres. Para Monseñor Romero debe haber sido una experiencia profunda de sentir en lo más profundo de su ser como *“el Espíritu de Dios”* le conducía para llevar ese mensaje que hasta hoy nos revela la profundidad de la vida. La catedral llena y los miles que escuchaban su homilía por radio llevaban a Monseñor a poner a su don divino al servicio del pueblo de Dios. Sabía que también los enemigos del pueblo y de la iglesia estaban escuchando. Sabía que sobre todo su pueblo se animaba con su palabra encarnando el mensaje del Evangelio. Nunca se imaginaba que tantos años después tanta gente seguiría leyendo y reflexionando sus homilías para fortalecerse y animarse en la fe y el compromiso con las y los pobres.

Solamente quien tiene ese don de la Palabra, esa cercanía con el pueblo pobre y sufrido, y siendo personas de profunda oración, puede realizar las homilías tan largas. No se debe imitar la duración de sus prédicas, sino, el contenido. Leer la realidad y aclararla a la luz de la Palabra de Dios y luego también reflexionar los textos bíblicos de la liturgia en el contexto histórico encarnándolos en la vida. Creo que valdría la pena que los estudiosos de la homilética descubrieran las líneas de fuerza de las predicaciones de Monseñor, para que predicadores de hoy y mañana puedan alumbrar al pueblo, así como lo hizo él. Siempre será fundamental que en las pobres palabras del predicador el Espíritu de Dios (¡¡¡y no otro espíritu!!!) lleve la buena nueva del Evangelio.

3.5. Yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes.

“Pero, gracias a Dios, esa infalibilidad por la cual se puede asegurar que la doctrina de Pablo VI es la doctrina de Pedro y la doctrina de Cristo, es de verdad, ¡bendito sea Dios! la doctrina que el humilde arzobispo de San Salvador predica a su pueblo, y crece en la fe junto con su pueblo. Porque yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes.” (2 de julio de 1978)

Lo que el obispo predica “*crece en la fe junto con su pueblo*”. La cercanía de Monseñor Romero con su pueblo, su escucha constante del dolor y de la esperanza de las y los pobres, le ayuda a crecer en la fe. Su cercanía solidaria con el pueblo le facilita comprender cada vez mejor las exigencias del seguimiento a Jesús y por supuesto también las exigencias de ser pastor y profeta. Su vida ha sido un constante acercamiento al pueblo hasta asumir en su propia vida las amenazas, la soledad (y abandono de parte de sus hermanos obispos), y hasta la muerte de su pueblo.

Por eso puede decir que recibe predicación de su pueblo que se reúne en catedral o que escucha la radio o que lee lo que escribe. Esto no es una expresión superficial, ni para ganar simpatía. Estoy convencido que la vivencia con su pueblo cada vez más sufrido ha ido profundizando su fe, ha ido modificando su relación con Dios, hasta estar dispuesto a dar su vida por su pueblo. Nunca abandonaría a su pueblo, nunca abandonaría a Dios.

Me parece que cada animador/a, cada sacerdote, pastor, obispo debería preguntarse periódicamente (quizás en diálogo con su guía espiritual) de qué manera está “recibiendo la predicación de su pueblo”, de qué manera su fe está profundizándose desde la vivencia con nuestro pueblo. ¿Cómo el Espíritu de Dios está conduciéndonos, desde las y los pobres? Hay un peligro real que el animador/a, pastor, sacerdote, obispo vaya a sentirse el sabelotodo en cuestión de fe y compromiso, ya que a cada momento le toca “predicar”, compartir el mensaje del Evangelio. Monseñor Romero nos pide revisar cómo nuestro pueblo, la misma comunidad está ayudando a renovar cada vez más nuestra fe.

3.6. Mi mayor satisfacción y alegría es cuando escucho al pueblo...

“¡Qué hermoso es ser cristiano! De veras, es abrazar la Palabra de Dios encarnada, hacer suya la fuerza de salvación, tener esperanza aun cuando todo parece perdido. Por eso, mi trabajo, hermanos, aquí en catedral y en mi ministerio episcopal, y mi mayor satisfacción y alegría es cuando escucho al pueblo, como lo he escuchado en esta semana en diversas manifestaciones, que dicen que les transmitimos esperanzas, despertamos su fe.... (16 de julio de 1978)

Ya he comentado la importancia que tenía para Monseñor Romero el espacio frecuente de poder escuchar a su pueblo, sea de manera personal o en encuentros comunitarios. Cuando los pobres le dicen a Monseñor que les transmite esperanza y que despierta su fe, Monseñor se alegra mucho porque se da cuenta que está cumpliendo su misión.

Monseñor describe el ser cristiano como: “*abrazar la Palabra de Dios encarnada, hace suya la fuerza de salvación, tener esperanza aun cuando todo parece perdido.*” Ser cristiano no es saber repetir correcta y mecánicamente una doctrina religiosa. Sino se trata de la Palabra de Dios “encarnada” en la realidad histórica del pueblo. Es misión del pastor discernir, junto con su pueblo, qué es lo que Dios quiere decir en las circunstancias históricas muy concreta. Y luego nos dice: “abrazar” esa Palabra encarnada. No solamente escucharla y pensar que se ha cumplido, sino se trata de abrazarla

como se abraza a un ser querido. Esto exige a la vez *“hacer suya la fuerza de salvación”*. La Iglesia, la comunidad cristiana tiene la misión de asumir todo el dinamismo de la salvación de Cristo, dar testimonio vivo de esa salvación. La vida de la comunidad debe ser expresión, vehículo de la salvación de Cristo para todos y todas. En tercer lugar, a monseñor le da alegría ser cristiano, porque permite *“tener esperanza”* también en los momentos más oscuros. A nivel del pueblo, los años que Monseñor ha sido arzobispo, realmente eran tiempos muy oscuros para el pueblo y todo parecía perdido con una creciente represión. Pero en la vida personal familiar también pueden haber tiempos de mucha soledad y sufrimiento y desesperación. El cristianismo, dice Monseñor, nos permite mantener esa esperanza en un futuro nuevo, a pesar de todo. Este cristianismo le da tanta alegría a Monseñor Romero.

Me llama la atención que no se refiere a aspectos meramente religiosos o rituales que le dan alegría, sino la encarnación de la Palabra de Dios en la realidad del Pueblo, el ser esa fuerza de salvación y de esperanza. En los tiempos de hoy cuando se destapa tanta corrupción espantosa de parte de los gobiernos anteriores, del partido ARENA (que sigue ofreciéndole al pueblo los “dulces” para conseguir los votos), la Iglesia tiene la misión de dar esperanza al pueblo, de volver a despertar su fe en el Reino de Dios.

3.7. Estoy siendo instrumento del Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo.

“Qué distinto es predicar aquí, en este momento, que hablar como amigo con cualquiera de ustedes. En este instante, yo sé que estoy siendo instrumento de Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo. Y puedo decir como Cristo.” El Espíritu del Señor sobre mí, a evangelizar a los pobres me ha enviado”. El mismo Espíritu que animó a Cristo y le dio fuerza a aquel cuerpo nacido de la Virgen para que fuera víctima de salvación del mundo es el mismo Espíritu que a mi garganta, a mi lengua, a mis débiles miembros, le dan también fuerza e inspiración.” (16 de julio de 1978)

Monseñor Romero ha vivido intensa y sinceramente que “El Espíritu del Señor está sobre él y lo ha enviado a predicar el evangelio a los pobres”. Una verdadera identificación con la conciencia de Jesús. Muchos de nosotros tratamos de acercarnos a esa misión evangelizadora a las y los pobres, pero Monseñor la vivió desde lo más profundo de su corazón y su conciencia. Así pudo compartir con su pueblo en catedral que “estoy siendo instrumento del Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo”. Esta frase, esa confesión de fe debe nacer desde un verdadero discernimiento creyente. No es cualquier pastor que puede decir esto sin estar mintiendo. Solamente desde la oración constante un pastor, sacerdote, obispo puede decir esto. Quizás nos acercamos al deseo de ponernos debajo de la fuerza del Espíritu para esa misión, pero Monseñor se sintió instrumento del Espíritu de Dios.

Hoy el papa Francisco llama a ser iglesia de puertas abiertas. Es lo contrario de una iglesia encerrada en si misma, con sus seguridades doctrinales. Permitir que seamos instrumentos del Espíritu de Dios nos exige romper cada vez más las barreras e ir al encuentro con todos los sectores de la población que sufren marginación, exclusión. En esta apertura y en este encuentro estaremos siendo instrumento del Espíritu de Dios. Sin embargo, observamos que aún hay tantos creyentes que prefieren esconderse detrás del tradicionalismo legalista o doctrinal para no ir al encuentro,

para no abrir la mente y el corazón. Predican acusaciones, rechazos, críticas hacia aquellos que tratan de abrir puertas de la Iglesia. En vez de orientar al pueblo, en vez de evangelizar a los pobres, bloquean la apertura hacia el Espíritu.

3.8. El predicador aprende, ustedes me enseñan.

“No solo el predicador enseña, el predicador aprende, ustedes me enseñan. La atención de ustedes es para mi también inspiración del Espíritu Santo. El rechazo de ustedes sería para mi también rechazo de Dios.” (16 de julio de 1978)

La pregunta es: ¿Quiénes escuchan al profeta y quienes lo rechazan? Jesús fue rechazado por los encargados de la religión y al final hasta los que vieron “los signos” y los que escucharon sus mensajes y parábolas también gritaron “crucifíqueno”. Hasta sus más cercanos huyeron. ¿Ha significado esto el rechazo de Dios? Muchas veces los profetas, y así también Jesús, se quedaron solos y el pueblo no les hizo caso. En el caso de Monseñor Romero, muchísima gente lo escuchaba (unos con alegría y otros con rabia), ¿pero hicimos caso en aquel tiempo? Y la misma pregunta está vigente ahora que pronto será canonizado: ¿Hacemos caso a Monseñor Romero? Porque en realidad es tan fácil y cómodo organizar y participar en actos conmemorativos, pero es tan proféticamente exigente hacerle caso, convertirnos, ubicarnos en el dinamismo del evangelio de Jesús.

No es sencillo discernir cuando la “atención” de sectores del pueblo es *“inspiración del Espíritu Santo”* o cuando es *“también rechazo de Dios”*. ¿qué pensar de varios obispos en Nicaragua a la cabeza de lo que llaman la protesta pacífica de la sociedad civil? ¿qué pensar de Monseñor Romero cuando animaba al pueblo a organizarse en contra de la injusticia? ¿Cómo discernir la verdad del Espíritu Santo?

Monseñor ha repetido varias veces que su pueblo le enseñaba a ser pastor y profeta. Su pueblo (pobre y sufrido) le daba valor, fuerza, energía, lleno de Espíritu. En Monseñor no había manipulación desde los poderes ni desde la riqueza. Ellos sobre todo, lo rechazaban, lo criticaban y al final lo asesinaron. Así en el discernimiento creyente es importante preguntar quienes son los “ustedes” en “ustedes me enseñan”.

3.9. Ayúdenme, hermanos.

“Es necesario el testimonio de vida, y aquí hago un llamamiento para que la vida de todos ustedes y mía, hermanos, sea de verdad una predicación muda. Así se vive el evangelio, no solamente predicar bonitos sermones y no vivirlo. Me decía el Santo Padre también, en una palabra íntima: “ No nos contentemos solo con predicar; es necesario vivir lo que predicamos”. Ayúdenme, hermanos, con sus oraciones, para que yo también de testimonio de lo que estoy diciendo.” (16 de julio de 1978)

El Papa Francisco pide tantas veces: oren por mí. Monseñor Romero lo dijo así: “ayúdenme, hermanos, con sus oraciones”. Estoy convencido que estas son peticiones muy sinceras y humildes. El verdadero pastor necesita el apoyo, la ayuda, la oración de su pueblo. Un primer interrogante que aparece es: ¿estamos nosotros orando por nuestros animadores/as, por nuestros pastores, sacerdotes y obispos? Monseñor sigue llamándonos.

Pero esa ayuda es para que nuestra vida sea un verdadero testimonio del evangelio, una ventana abierta al Evangelio de Jesús. “Es necesario vivir lo que predicamos”, le decía el Papa a Monseñor Romero. En realidad, constatamos una brecha entre el evangelio que predicamos, que leemos y reflexionamos, y nuestra práctica de vida en la familia, en la comunidad y en nuestro pueblo. Creo que es en la comunidad de fe que tenemos la responsabilidad de ayudarnos mutuamente a cerrar esa brecha, para que nuestra vida sea una verdadera “predicación muda”, un mensaje sin palabras, una evangelización desde el testimonio. A veces nos hemos preguntado: ¿nuestros vecinos observan que nosotros somos cristianos y cristianas, o somos igual a todos los demás?

A veces se piensa que las homilías, los sermones, las reflexiones (personales y comunitarias) son tan importantes – y lo son -, pero nos olvidamos fácilmente que nuestra vida, nuestro testimonio (personal, familiar, comunitaria, en el pueblo) es la principal ventana abierta al Evangelio de Jesús. Que nos ayudemos, unos/as a otros/as.

3.10. Trataré de seguir acompañando, defendiendo y orientando al querido pueblo. *Implican a Monseñor en un plan terrorista. Véase La Prensa Gráfica 27 de julio de 1978.*

“Algunos, quizá, están esperando una aclaración de mi parte, pero en verdad no la creo necesaria, ya que una calumnia tan burda se destruye por sí sola (.....) ¿Quién no descubre la intención aviesa de desprestigiar como subversivo al arzobispo, de desear suprimir nuestra radio YSAX, de cancelar el periódico *Orientación* o de seguir justificando nuevas formas de represión al pueblo, al implicarlos así, al mismo tiempo que se despliegan fotografías de otros obispos en cordial comunión con el supremo gobierno? ¿Ver la manipulación del periódico? Sepan leer, hermanos (...). Pero, a pesar de todo, con la ayuda de Dios y fiel a su difícil mandato, trataré de seguir acompañando, defendiendo y orientando al querido pueblo, como me lo encomendó el Papa en reciente visita, que también han tratado de desacreditar.” (30 de julio de 1978)

Monseñor nos pide que sepamos leer los acontecimientos, para discernir entre mentira y verdad, entre blanco y negro, y descubrir todos los tonos y colores, pero con su nombre. Monseñor vivía en un tiempo – así como nosotros – que los medios de comunicación (especialmente la escrita) era los encargados del poder político y económico para desinformar al pueblo, para sembrar dudas en el pueblo y en las comunidades creyentes. Hoy contamos con más medios sociales de comunicación, de (des-)información que en tiempo de Monseñor. Su llamada de saber leer los mensajes sigue muy actual. En la grabación de su homilía no se oye como termina la frase “Sepan leer, hermanos,....” No es fácil discernir en la historia contemporánea de nuestros pueblos porque los grandes medios nos bombardean con sus lecturas. En las comunidades necesitamos darle mucha importancia a esa “lectura” sabia, cristiana, crítica de la realidad, de la iglesia, del mundo.

Luego Monseñor describe en unas palabras su “difícil mandato” recibido de Dios mismo: acompañar, defender, orientar a mi querido pueblo. Esas tres palabras resumen ahora su misión. Lo primero es acompañar al pueblo. Estar cerca con el pueblo. No se trata de hacer caminatas, sino de estar en los caminos diarios del pueblo, en sus tareas, en sus esperanzas, en sus angustias y frustraciones. Estar donde está el sufrimiento del pueblo, sin excluir a nadie. Luego menciona “defender” al pueblo. Ir en la defensa de este pueblo y de sus legítimos derechos fundamentales y aspiraciones. Ir en defensa especialmente de las y los más débiles del pueblo, de los más excluidos de los pueblos. El pastor tendrá que buscar todos los medios y métodos e instrumentos para aportar en la defensa del pueblo. En tercer lugar (solo en tercer lugar) “orientar” al pueblo. Es la enseñanza, es ayudar a leer la realidad con los ojos y el corazón del Evangelio. En el caso de Monseñor Romero era bien claro que sus orientaciones brotaban de su acompañamiento y su defensa del pueblo. Así sus hechos (acompañar y defender) le daban la autoridad de orientador, y más la autoridad de hablar de parte de Dios.

Es bueno revisar nuestro propio quehacer pastoral: acompañar, defender, orientar al pueblo!!!

3.11. No estoy peleando con nadie.

“Yo les invito siempre, queridos hermanos, que en mi pobre palabra miren este esfuerzo, ante todo. No es un esfuerzo de confrontación con nadie. No estoy peleando con nadie (...). Yo no quiero ser una oposición, como se me dijo esta semana. Quiero ser simplemente una afirmación. Cuando un hombre dice sí a una convicción suya, no está confrontándose; simplemente está afirmándose y naturalmente que hay otros que no piensan como él y entonces viene la confrontación, pero no porque uno tenga intención de buscarla.” (20 de agosto de 1978)

Monseñor Romero no era un peleón o buscapleitos. No predicaba con la intención de molestar a otros. Pero si estaba muy consciente que su misión de servir al pueblo con la Palabra de Dios iba a provocarle problemas porque otros – sobre todo los representantes del poder y de la riqueza – no pensaban como él y “*entonces viene la confrontación*”.

Hay muchas razones porque ciertas personas se enojan cuando se encuentran con alguien que “practica la justicia y camina humildemente con Dios”. Celos (de liderazgo) o frustraciones personales, la egolatría, la defensa de riqueza y poderes,... provocan tan fácilmente acusaciones de todo tipo para desacreditar con intentos de humillar.

Otra cosa es la crítica fraterna y sana de hermanos en la caminata, ya tampoco somos perfectos y necesitamos el ojo, el oído y el corazón de otros para poder discernir con claridad la presencia de Dios en nuestra vida y en la vida del pueblo. Esa crítica no nace de la pelea, no provoca pleitos, sino ayuda a crecer y a la permanente conversión, como Monseñor Romero nos ha llamado tantas veces.

3.12. Con motivo de mi cumpleaños.

“Y ya dentro de nuestra vida íntima, eclesial, de la arquidiócesis, perdonen, hermanos, que me refiera a mi persona para decirles un voto de profundo agradecimiento por las múltiples manifestaciones de solidaridad que, con motivo de mi cumpleaños, me manifestaron las comunidades, personas particulares; sobre todo el clero en el almuerzo en Domus Mariae, donde

tuvimos también la felicidad de estrechar la mano a Monseñor Chavez; sobre todo la misa de esa noche que me dejó tan colmado de consuelo, donde estuvieron presentes muchas personas y comunidades de nuestra arquidiócesis. Dios se lo pague.” (20 de agosto de 1978)

Monseñor se siente profundamente agradecido por la amistad, las muestras de solidaridad que pudo experimentar por ocasión de su cumpleaños. Estaba cumpliendo 61 años. Y quiso compartir ese agradecimiento con su pueblo en catedral. La celebró en la eucaristía de ese día 15 de agosto. Me llama la atención su expresión “*la misa de esa noche que me dejó tan colmado de consuelo*”. Por supuesto la eucaristía es la expresión por excelencia del profundo agradecimiento de la comunidad cristiana por su vida en y con Jesús. Ahí Monseñor encontró “consuelo”, ante tantas acusaciones desde adentro y desde fuera de la Iglesia. Agradecimiento vivido como consuelo, como fortalecimiento y esperanza.

¿Cómo expresamos nuestro agradecimiento por la vida, por la fe, por el camino de Jesús?
¿Encontramos ahí ese consuelo, fortalecimiento y esperanza?

3.13. El que esté en conflicto con el pueblo sí estará en conflicto conmigo. *Monseñor Romero desmiente una noticia del Diario de Hoy del 15 de agosto de 1978, donde le atribuye haber dicho que existen buenas relaciones entre el Estado y la Iglesia.*

“Ustedes son testigo que yo no he dicho eso. Simplemente mantengo una posición de que no estoy confrontándome con nadie, sino que estoy tratando de servir al pueblo y el que esté en conflictos con el pueblo, sí estará en conflicto conmigo. Pero mi amor es el pueblo y desde el pueblo pueden ver, a la luz de la fe y del mandato que Dios me ha dado de conducir este pueblo por los caminos del Evangelio, quiénes están conmigo y quienes no están conmigo, viendo simplemente las relaciones del pueblo.” (20 de agosto de 1978)

Los poderes económicos, políticos y militares que estaban explotando, dominando y persiguiendo al pueblo salvadoreño, a las grandes mayorías, criticaban fuertemente a Monseñor. Sin embargo de vez en cuando trataban de engañar al pueblo diciendo por ejemplo que el arzobispo tenía buenas relaciones con el estado. Para Monseñor Romero la relación con el pueblo era la más importante. Se relacionaba con el dolor y con la esperanza del pueblo. Era solidario con el pueblo e iba en su defensa. En la cita que comentamos hoy nos dice “*el que esté en conflicto con el pueblo estará en conflicto conmigo*”. No buscaba conflicto con los poderes dominantes. Ese conflicto era la consecuencia de su amor al pueblo, de su caminar con el pueblo.

Cuando el arzobispo de San Salvador hacía una llamada a defender el acceso al agua como un derecho humano fundamental, una llamada a protestar en contra de las tendencias de la privatización, los poderes ideológicos hacían referencia al tiempo de Monseñor Romero. Se sentía atacados. El arzobispado de San Salvador se puso a la par del pueblo, se solidarizó con el pueblo en su lucha por el agua, y así entra en conflicto con los intereses económicos que pretenden privatizar el agua en beneficio propio.

Pero me parece que la experiencia de Monseñor Romero nos reta a mucho más. No es solamente el tema del agua. Monseñor había dicho que hay que cambiar las estructuras injustas: arrancarlas

desde la raíz. Nuestro compromiso con el pueblo (las grandes mayorías) debería intensificarse mucho más, ampliarse más, profundizar más.

3.14. Piden mi destitución. *Un grupo de católicos recoge firmas para enviar una carta al Papa donde piden que se condene el marxismo y que destituyan a Monseñor Romero.*

“Lo que me interesa más es esto: que estas firmas también piden mi destitución. Yo no tengo inconveniente en ser destituido ni tengo ambiciones en el poder de la diócesis. Simplemente, considero que esto es un servicio y que, mientras el Señor, por medio del pontífice, me mantenga en él, seré fiel a mi conciencia, a la luz del Evangelio, que es la que yo trato de predicar, nada más ni nada menos.” (20 de agosto de 1978)

Los ataques no vinieron solo de parte del gobierno, ni de la oligarquía, sino también desde adentro en la Iglesia. “Católicos” de nombre, pero en los hechos vinculados al poder y al dinero, buscan apoyo para exigir en Roma que destituyan a Monseñor. Lo comenta en su homilía y aclara que considera que su responsabilidad como arzobispo es un servicio a la Iglesia, sin ninguna ambición de poder.

Monseñor dice que será “*fiel a su conciencia y a la luz del Evangelio*”. La formación de la conciencia crítica y honesta es una tremenda responsabilidad en los procesos de educación. Exige mucho aprendizaje de ir escuchando la voz de Dios en la celdita de la conciencia. Muchas otras voces tratan de callar la voz de Dios: la propaganda ideológica de dominación, los medios de (des-)información, el poder y la riqueza, la sociedad de consumo, la atracción de las redes sociales, la manipulación política, el abuso de la religión,... ¿Cómo estamos ayudando a nuevas generaciones a formar su conciencia, a aprender a escuchar su conciencia? Y luego “*serle fiel al Evangelio*” nos exige también la responsabilidad de leer el Evangelio con toda honestidad, con la necesaria formación bíblica, desde las mismas opciones de Jesús, desde las y los pobres. Tantas veces se ha manipulado el evangelio, tantas veces se sigue leyendo el evangelio desde el poder, desde la autoridad, desde la conveniencia personal o grupal. La Iglesia tiene una gran responsabilidad de darle la mano al pueblo para que pueda ir al encuentro con Jesús en los Evangelios, para poder serle fiel hoy. Monseñor aclara que el predica el evangelio, “*nada más y nada menos*”. ¿Cuántas veces no se ha diluido el mensaje del Evangelio para no molestar a los “grandes” en poder y riqueza? ¿Cuántas veces no se tratado de buscar en los evangelios justificaciones para posiciones y acciones de poder y de riqueza?

Luego viene la pregunta a nosotros. ¿Somos capaces de escuchar la voz del Dios de Jesús en nuestra conciencia y en la lectura de los evangelios? ¿Qué esfuerzo hacemos para callar las voces que distorsionan la voz de Dios? Escuchar con humildad al Dios de Jesús nos exige conversión, nos exige oración en el silencio.

3.15. Para que vean cuál es mi oficio y como lo estoy cumpliendo.

“Porque ya entramos precisamente en materia; para que vean cuál es mi oficio y cómo lo estoy cumpliendo: estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo; miro a mi alrededor, a mi pueblo; lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérsela transmitir y hacerlo, a ese pueblo, luz del mundo, para que se deje guiar por los criterios, no de las idolatrías de la tierra; por eso, naturalmente que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en

esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Sucede lo que Dios quiere, pero su palabra – dice San Pablo – no está amarrada. Habrá profetas, sacerdotes o laicos – ya los hay abundantemente – que van comprendiendo lo que Dios quiere por su palabra y para nuestro pueblo.” (20 de agosto de 1978)

Monseñor comparte con su pueblo como prepara sus homilías: la palabra de Dios – la realidad histórica concreta – la iluminación con esa palabra – la síntesis, el mensaje a transmitir para que el pueblo sea luz en la historia y se deje guiar por la Palabra de Dios y no por los ídolos. Cuando Monseñor predicaba estaba lleno del Espíritu Santo que facilitaba que su don de la palabra fuera el vehículo para que la Palabra de Dios llegara al pueblo.

Su gran preocupación es que el pueblo no se deje guiar por los criterios, las idolatrías de la tierra, sino por la Palabra de Dios. Es la misión del profeta auténtico. Los ídolos del poder, de la riqueza, de las redes sociales,... siguen dominando a muchos en el pueblo. ¿quién escucha al profeta?

Un signo profético claro ha sido estos días cuando líderes de las iglesias históricas se han pronunciado juntos en contra de la privatización del agua. Los poderes de la derecha en la asamblea responden a los intereses económicos de unos pocos que ven un buen negocio en el agua. Ha sido de las muy pocas veces que se ha visto que altos líderes de las iglesias (incluida la católica) asumen juntos la misión profética que Jesús les ha encomendado.

Monseñor había visto que *“habrá profetas, sacerdotes o laicos que van comprendiendo lo que Dios quiere por su palabra y para nuestro pueblo”*. Hoy vemos como algunas organizaciones sociales (como en defensa del agua como derecho humano para todos) asumen esa misión profética. Son laicos y entre ellos también no cristianos. En sus gritos se oye la voz de Dios que quiere que su pueblo viva. Sin agua no hay vida. Es lo básico.

3.16. Jamás he ocupado esta cátedra para hacer política.

“Yo tengo la conciencia, hermanos, y quienes no han seguido de cerca están muy de acuerdo conmigo, en que jamás he ocupado esta cátedra para hacer política. He hecho religión, he cumplido el mensaje religioso de la Iglesia para derivar de allí – como dice el Concilio – los dinamismos, las fuerzas que pueden construir una sociedad según el corazón de Dios.” (20 de agosto de 1978)

Predicar el Evangelio, promover las *“fuerzas que pueden construir una sociedad según el corazón de Dios”*, siempre chocará contra los intereses de los ídolos viejos y nuevos, los del poder y de la riqueza, los de los medios de comunicación que quieren atrapar al pueblo. Uno de los métodos de ataque contra esa predicación es acusar al predicador de *“meterse en política”*, suponiendo que el Evangelio no tiene dimensión política.

Los mismos poderes políticos, económicos e ideológicos se sienten muy bien con aquellos obispos y sacerdotes que justifican el poder, que alaban el poder y se callan sobre los abusos del poder. Ahí no tienen ningún problema con que se meten en política. Pero cuando se trata de promover una

sociedad nueva “según el corazón de Dios”, entonces sí brincan, acusan, utilizan todos los medios posibles para difamar, amenazar, provocar miedo,....

En esta cita Monseñor Romero explica a su pueblo en catedral que tiene su conciencia tranquila y bien clara: no está al servicio de ningún proyecto político, aún menos como servil a poderes idólatras, sino al servicio de Dios, al servicio del Reino de Dios, promoviendo una *sociedad según el corazón de Dios*.

Cada comunidad de fe deberá preguntarse en qué medida y cómo está promoviendo esa sociedad según el corazón de Dios. Padre Pedro Declercq nos recordaba: una sociedad de justicia, de libertad, de verdad, de fraternidad, de solidaridad, de vida (especialmente para las mayorías que desde siempre han sufrido la exclusión).

3.17. Yo no soy técnico ni en sociología ni en política.

“Yo no soy técnico ni en sociología ni en política ni en organización; simplemente, un humilde pastor que les está diciendo a los que tienen la técnica: únanse, pongan al servicio del pueblo todo lo que ustedes saben; no se encierren, aporten. Entonces sí, se practicará el derecho, se hará la justicia.” (20 de agosto de 1978)

En el contexto de la prolongada y viciada elección de magistrados de la corte suprema de justicia, entre otros, 4 (de los 5) magistrados de la sala de lo constitucional, esta llamada de Monseñor Romero es muy significativa. Ya es evidente que la elección no llevará a El Salvador a “*practicar el derecho, ni a hacer justicia*”. Se busca cuotas partidarias, se busca profesionales del derecho que sirven en primer lugar para los intereses partidarios y aún más para los intereses económicos que están detrás de los partidos.

Monseñor, consciente de no ser un profesional ni en sociología, ni en política, ni en organización, podemos añadir, ni en asuntos de derecho y legislación, asume su papel de pastor de su pueblo, pastor del pueblo de Dios. Llama a los profesionales y técnicos a “unirse” y a “ponerse al servicio del pueblo”, poner sus conocimientos al servicio del pueblo. Hoy en El Salvador lo contrario de lo que en la Asamblea está sucediendo. Su división política los hace ciegos: no son capaces de unirse para poder servir al pueblo, para garantizar que se practica el derecho y se haga justicia.

Animadores/as de comunidades cristianas, sacerdotes, obispos son pastores, cada uno a su nivel. Su preocupación fundamental debe ser que se ponga todas las fuerzas vivas al servicio del pueblo, para que haya derecho y justicia. Son tareas tremendas a realizar a nivel de la colonia donde vivimos, a nivel de las organizaciones populares, a nivel de partidos políticos, y – diría – a nivel de la misma institucionalidad de la gran Iglesia.

3.18. La humilde bandeja de tanta riqueza.

“¡Qué honor para mí, queridos hermanos, las veces que he estado cerquita del Papa, saber que no estaba solo; saber que yo no era más que el humilde representante de todo un modo de ser de estos cuatro departamentos de El Salvador que son la diócesis de San Salvador! ¡Qué honor

también saber que yo, la humilde bandeja de tanta riqueza, presentándole al Papa tantos valores cristianos y humanos de los salvadoreños, estoy aportando a la riqueza universal!” (27 de agosto de 1978)

Monseñor se alegra y siente un honor poder estar cerca del Papa y sentir que lo escucha. Se animaba por el hecho que el pastor de la iglesia más amplia estaba dispuesto a escuchar lo que se vive en la arquidiócesis, esos “valores cristianos y humanos de los salvadoreños”. Monseñor debe haberle hablado de las comunidades eclesiales de base, de los compromisos de las organizaciones populares en sus luchas por la justa reivindicación de sus derechos, de la generosidad y entrega (hasta la vida) de sus sacerdotes por la causa de la predicación del Evangelio a los pobres, etc. El solo hecho que el Papa le ha escuchado, le hizo sentirse “la humilde bandeja de tanta riqueza” de fe, esperanza y caridad.

Después de varias décadas de desinterés de los obispos por la vida de las comunidades eclesiales de base, éstas se alegran cuando el arzobispo ha recibido una representación de sus animadores/as y los ha escuchado animándolos a seguir el camino de Jesús.

En nuestras comunidades eclesiales de base recibimos una vez al año al obispo de la Iglesia anglicana. Celebra con nosotros la eucaristía en su dimensión ecuménica y en un intercambio nos escucha. Abre su corazón y su oído para captar las esperanzas y las dificultades en las comunidades, y luego nos anima para seguir este camino de Jesús. Es una experiencia anual que nos fortalece.



Monseñor Romero descansa después de regresar de una actividad en Chalatenango con el padre Jaime Paredes, el padre Fabián Amaya, la hermana Noemí Ortiz y Pablo, su chofer.

3.19. ¡Qué fácil es huir como andan huyendo hoy algunos cristianos!

“La cruz provoca en el mismo Cristo la defensa de su misión, que es cruz y sacrificio. Qué fácil era seguir como Pedro, huir como andan huyendo hoy muchos cristianos. Es más fácil esconderse. “No hay que crear conflictos; prudencia, hay que ser más prudentes”. Pero Cristo no fue de ese parecer y, a quien le aconsejó no meterse en el peligro, lo llamó Santanás, lo llamó escándalo. Escándalo, palabra de origen griego que significa “estorbo”; la piedra que se pone para estorbar en el camino. Eso es crisis de la vida. Como la crisis del caminante que va y se encuentra un obstáculo en su camino; la tentación de volverse o la tentación, el valor, de superar el obstáculo.” (3 de septiembre de 1978)

Hoy los obstáculos en el camino del Evangelio son otros, en comparación con la represión que vivimos en el tiempo de Monseñor Romero. Pero las exigencias del Evangelio, especialmente si tratamos de vivir de manera coherente, nos pone ante la tentación de volverse, de retroceder. Otros nos aconsejarán “*No hay que crear conflictos; prudencia, hay que ser más prudentes*”. Es más cómodo vivir un cristianismo religioso y personalista, pero es poco evangélico. Monseñor menciona “*la crisis de la vida*” de fe. En el camino del Evangelio aparecerán constantemente estorbos, obstáculos, porque “el mundo” no aguanta la Buena Nueva del Evangelio, y también porque nosotros tampoco somos realmente coherentes. Necesitamos constantemente conversión, es decir: corregir, cambiar el rumbo, para volver a ajustarnos al horizonte del Evangelio.

En las CEB’s tenemos la responsabilidad de ayudarnos mutuamente a mover los obstáculos, a vencer los estorbos. Podemos contar – en fraternidad – con el apoyo mutuo. Necesitamos suficiente apertura y humildad para compartir como nos enfrentamos con los problemas. No debemos ser “el/la fuerte”, porque es un engaño. Todos andamos un tanto heridos por la vida. Nos necesitamos para vencer las tentaciones. Y en esa fraternidad podemos también orar pidiéndole al Padre que nos dé fuerza para no caer en la tentación de retroceder, de abandonar el Evangelio, de buscar sustitutos religiosos, de considerarnos los únicos verdaderos.

3.20. ¡Qué terribles son las presiones cuando nos quieren apartar de Dios!

“Hermanos, no estamos seguros, todos tenemos momentos terribles de crisis, y hasta el Papa. Por eso, no nos extrañemos de estas crisis de la fe. Pedro tuvo miedo, quiso aconsejar según los hombres y no según Dios. Hizo presión a Cristo, ¡Qué terrible son las presiones cuando nos quieren apartar de lo que Dios quiere, para que hagamos como los hombres quieren!” (3 de septiembre de 1978)

Monseñor habla de las “terribles presiones” que sufre para que se aparte del camino de Dios. Sí como profeta del pueblo se enfrenta con los poderes económicos y políticos, que utilizan cualquier medio para desanimarlo, para desviarlo, para callarlo. Pero también sufrió esas presiones desde adentro de la misma Iglesia, de parte de otros obispos, de sacerdotes, de organizaciones católicas. Monseñor habla de los “momentos terribles de crisis”. Podemos entender que ha sufrido porque le entraba las dudas: ¿sería esto de verdad el camino de Dios? ¿Estoy de verdad proclamando el Evangelio en esta realidad? Como pastor compartía algo de esas experiencias de crisis, cuando se quiere “actuar como los hombres y no como Dios”.

Creo que esas presiones se dan a cada cristiano/a auténtico/a, a todo nivel, dependiendo de su responsabilidad o su servicio, dependiendo de su compromiso y entrega. Si persiguieron así a Jesús

– Dios mismo con nosotros –, como no van a tratar de ponernos en crisis. Para unos serán las críticas en la misma familia (de hermanos/as, de hijos/as), para otros serán choques con los vecinos en la misma colonia, y para otros surgen críticas desde la misma comunidad de fe. Pueden ser presiones terribles. Nos acusarán de provocar divisiones. Muchas veces no se quiere ver la verdad (que para todos está mezclada con manchas oscuras).

En la CEB podemos encontrar la fraternidad para fortalecer nuestra resistencia ante esas presiones, juntos y en oración sincera podemos discernir el camino a andar. A veces será necesario cambiar momentáneamente los planes para poder ser fieles y seguir adelante.

3.21. El ejemplo más conmovedor de esta mañana ...

“Pero el ejemplo, para mí, más conmovedor en esta mañana, es el de la primera lectura: el profeta Jeremías. Yo no encuentro en la Biblia unas frases que expresen más al vivo la crisis del hombre en sus relaciones con Dios. “Me sedujiste – le dice al Señor – me has engañado, me has dicho que me mandabas a arrancar, a destruir, pero también a construir, a plantar, a edificar; y de mi boca de profeta, donde quiere salir solo que tú dices, no sale más que violencia, guerra, destrucción.” Imaginen, hermanos, el temperamento de Jeremías, un profeta dulce, un profeta más inclinado al amor, un profeta de delicadezas espirituales que representa precisamente, en el Viejo Testamento, la figura dulcísima de Cristo; pues este profeta de amor, de dulzura, de ternura, de bondad, es escogido por Dios para anunciar a un pueblo pecador, la destrucción, la amenaza de Dios si no se convierte.” (3 de septiembre de 1978)

Monseñor se reconoce en el profeta Jeremías. Consciente de ser llamado (seducido) por Dios para anunciar las buenas nuevas a las y los pobres, “*no sale más que violencia, guerra, destrucción*”. El profeta debe anunciar que se perderá todo si no se cambia el rumbo de la sociedad, de la vida. El profeta debe seguir llamando a la conversión auténtica, también en la misma congregación, la misma CEB, la misma Iglesia. No es fácil vivir esa misión profética que cantamos: para arrancar y destruir, para plantar y construir. El profeta debe revisar también su propia vida, sus acciones, sus palabras, sus omisiones.

Sucede como en el tiempo de Jesús cuando la gente se retiraba ante las exigencias del evangelio, así como en las primeras comunidades cuando era muy duro cambiar la manera de vivir en esas sociedades sobre todo inhumanas. ¿Acaso ustedes también quieren irse? Los evangelistas recordaron esa pregunta aguda de Jesús. ¿quién puede aguantar esa misión profética? Monseñor cumplió hasta el fin de su vida, cuando la maldad del mundo lo eliminó.

Dentro de unas semanas será declarado oficialmente santo. Es la confirmación eclesiástica más alta delo que las y los pobres habían reconocido el día de su martirio. Pero así, como sucedió con su beatificación hace 3 años, siento que la iglesia y gran parte del pueblo está preparándose para una gran fiesta, mientras – creo yo – tendría que ser una preparación para esa gran misión profética que Monseñor ha vivido. La euforia religiosa fácilmente esconde la misión profética que tendríamos que asumir. Monseñor nunca quiso ser puesto en alto para la fiesta, sino nos llamó y sigue llamándonos a asumir la misión del profeta Jeremías, el camino que el mismo ha andado. Los poderes del mundo,

se alegran con nuestras fiestas religiosas eufóricas, porque saben que pronto se apagan y el mundo sigue. ¿Pero si todos asumiéramos la misión profética de Jeremías y de nuestro San Romero?

3.22. Algo de lo del profeta Jeremías podía ser también mi papel.

“Algo de lo del profeta Jeremías podía ser también mi papel. Me duele, Señor, decir estas cosas; pero si están sucediendo, me obligan a decir los pecados del mundo, para destruirlos como Tú quieres que el pueblo de Dios los destruya.” (3 de septiembre de 1978)

Al profeta le duele estar denunciando el pecado en el pueblo, el pecado de las estructuras nacionales e internacionales, hasta también los pecados a nivel personal. Es más agradable poder felicitar por los signos del Reino que están presentes. Monseñor Romero ha sufrido mucho denunciando el pecado para destruirlo. Podemos imaginarnos que el Papa Francisco hoy sufre por denunciar tanto pecado (la pedofilia en la iglesia es solamente un capítulo) en la misma estructura de la iglesia. Y recibe los ataques.

También a nivel familiar y comunitaria, no es fácil asumir ese papel de profeta de poner el dedo sobre las heridas del pecado y sus causas. Quienes cometen el pecado (por ejemplo, de abuso de poder en organizaciones populares o comunitarias, hasta en comunidades) se defienden y contra-atacan. El trato fraternal para ayudar al otro para salir del pecado no es nada fácil. El egoísmo, el ponerse a si mismo en el centro, y no el otro, no el prójimo, es tan frecuente. No sé si la tradición eclesial de sobre acentuar la vida privada, la salvación privada, el pecado privado, hay influenciado tanto en nuestro entorno. El sistema capitalista consumista también empuja hacia lo mismo. Y no aceptamos que “el profeta” (sea de los grandes o de los pequeños, cercanos) nos diga la verdad, es decir, nos desenmascara la mentira, el engaño, el abuso..... Preferimos justificarnos y atacar al profeta, y si es posible eliminarlo.

Escribo esto el día que la Iglesia conmemora el asesinato de Juan el bautista y a unas semanas de la canonización de nuestro gran profeta y mártir Monseñor Romero. Honrarlos significa en primer lugar escucharlos y dejarnos cuestionar con toda humildad.

3.23. Yo lamento y pido perdón por este mal testimonio. *Cuando Monseñor Romero escribió y firmó, junto con Monseñor Rivera, la carta pastoral sobre la Iglesia y las organizaciones político – populares; los demás obispos de la Conferencia Episcopal publicaron una carta condenando a las organizaciones populares.*

“Yo lamento y pido perdón, como solidario con la jerarquía de El Salvador, por este mal testimonio que le hace juego a los enemigos de la Iglesia. Y yo quiero suplicar encarecidamente, a mis queridos sacerdotes y a las comunidades de la arquidiócesis, recoger con madurez de criterio lo bueno que puede haber en las dos publicaciones y no fomentar comentarios que abran más nuestras divisiones. El pueblo tiene un gran instinto que le da el Espíritu Santo y que Cristo lo dijo con aquellas bellas palabras: “Las ovejas conocen la voz del pastor que las ama y que está dispuesto a dar su vida por ellas.” (3 de septiembre de 1978)

Ante el contra ataque de sus hermanos obispos Monseñor Romero, en toda su humildad, no los condena, sino pide perdón por el actuar de la jerarquía de la Iglesia. Lo que sí hace es dar testimonio que “las ovejas conocen la voz del pastor”. Dice al pueblo: ustedes son capaces de recoger con

madurez de criterio lo que hay de bueno en las publicaciones. Y pide no abrir más las heridas de las tremendas divisiones en la Iglesia, especialmente a nivel de la jerarquía.

Monseñor confía en la capacidad crítica de discernimiento del pueblo para juzgar y para actuar. Creo que esta llamada de Monseñor es una invitación para que el pueblo también escuche su voz, que lea con atención su carta pastoral sobre la Iglesia y las organizaciones sociales. Por supuesto ha existido (y existe) la tentación de preferir ciertas expresiones (valoraciones positivas) de Monseñor sobre la organización socio – política, y de cerrar los ojos ante críticas y peligros que Monseñor ha expresado. Me parece que hoy estamos en lo mismo.

Por supuesto, podemos confiar que “las ovejas conocen la voz del pastor fiel”, que hay capacidad de discernimiento por causa de la verdad, pero nos hace falta la humildad de dejarnos cuestionar por la voz del pastor fiel. No basta ahora alegrarnos por su canonización, sino debemos escuchar con atención todo el mensaje de Monseñor Romero y demás profetas de Dios.

3.24. El que me ha escuchado aquí no puede decir que yo estoy haciendo sermones políticos.

“Aquí, en la Iglesia, el domingo, hermanos, el que me ha escuchado con sinceridad, sin prejuicios, sin odios, sin malas voluntades, sin intenciones de defender intereses que no se pueden defender, el que me ha escuchado aquí no puede decir que yo estoy haciendo sermones políticos o sermones subversivos. Todo eso es la calumnia nada más. Me están escuchando en este momento y estoy diciendo lo que siempre he dicho. Lo que yo quiero decir aquí, en el púlpito de la catedral, es qué es la Iglesia; y, desde esa Iglesia, apoyar lo bueno, felicitarlo, animarlo; consolar a las víctimas de los atropellos, de las injusticias; y también con valentía denunciar el atropello, la tortura, el desaparecimiento, la injusticia social. Eso no es hacer política. Eso es construir Iglesia y cumplir el deber de la Iglesia desde su propia identidad. Yo siento la conciencia bien tranquila y es mi llamamiento a todos ustedes para que construyamos la verdadera Iglesia.” (10 de septiembre de 1978)

Hay que construir juntos la verdadera Iglesia, nos pide Monseñor Romero. La iglesia no es una institución que está terminada de construir. En cada época, en cada pueblo se tiene que construir la Iglesia, la comunidad de seguidores/as de Jesús. En esta cita Monseñor menciona dos tareas: apoyar lo bueno que hay en la sociedad y en la vida, animarla, pero también consolar y acompañar a las víctimas, y luego denunciar el pecado. En este caso se refiere al pecado de la injusticia social. Estas dos tareas son parte integral de la identidad propia de la Iglesia. Monseñor explica que eso no es predicar política, ni meterse en asuntos políticos.

Creo que se trata de un eje de las implicaciones políticas del Evangelio vivida en la realidad histórica. Dios se hace presente en la realidad histórica, tanto en los signos del Reino, como en oposición a todo lo que obstaculiza o impide el crecimiento del Reino. El Evangelio de Jesús no es en primer lugar un asunto religioso separado de la esfera del mundo. Claro que corremos el riesgo de dedicar tanta energía y tiempo y atención a lo celebrativo religioso, que perdemos el horizonte político de la realidad. Monseñor Romero sigue dándonos un ejemplo. Por supuesto nos acusarán. Hasta empresarios y políticos que piensan ser cristianos nos calumniarán, porque consideran que la economía y la política son espacios propios donde la Iglesia no tiene nada que decir, ni hacer.

Las y los cristianos no podemos tener la conciencia tranquila mientras no asumimos nuestro papel profético del anuncio de la vida, el fortalecimiento de lo bueno, y de la denuncia del pecado (en todas sus dimensiones).

3.25. No soy un jefe, no soy un mandamás.

“La autoridad en la Iglesia no es mandato, es servicio. Y el que no se haga como un niño en el cristianismo, sencillo, no puede entrar en el reino de los cielos. ¡Qué vergüenza para mí, pastor – y les pido perdón a mi comunidad -, cuando no haya podido desempeñar como servidor de ustedes mi papel de obispo!. No soy un jefe, no soy un mandamás, no soy una autoridad que se impone. Quiero ser el servidor de Dios y de ustedes.” (10 de septiembre de 1978)

El animador en la fe, el pastor no es jefe, ni mandamás. Sin embargo en la realidad de la Iglesia lo observamos tantas veces. El Obispo manda, el sacerdote manda, el catequista manda, el animador de la comunidad manda, cada uno a su nivel. Tener cierta formación, tener acceso a cierta información, ser reconocido y aceptado como “autoridad” (a cada nivel), abre la puerta para ser mandamás. Aquel que tiene como misión “predicar” cada domingo la palabra de Dios, corre el riesgo de proclamar un mensaje que no vale para el o para ella, sino para los “fieles”, los creyentes. Monseñor, en su honestidad, pide perdón a su pueblo *“cuando no haya podido desempeñar como servidor de ustedes mi papel de obispo”*.

¡Qué difícil es asumir responsabilidad en la iglesia y no comportarse como jefe, como alguien que lo sabe todo mejor! Hasta la misma investidura religiosa (el envío como catequista, la ordenación de sacerdote, la consagración de obispo,...) puede apartarnos de la comunidad. Ojalá que todos/as seamos de verdad esos *“servidores de Dios y del pueblo”*.

3.26. Cuando con cierto tono de burla me dicen que yo me creo profeta

“La misión profética, pues, es una obligación del pueblo de Dios. Por eso, cuando con cierto tono de burla me dicen que yo me creo profeta, les dije: ¡Bendito sea Dios! ¿Y tú también tienes que serlo, porque todo cristiano, todo pueblo de Dios, toda familia tiene que desarrollar un sentido profético, dar un sentido de la misión de Dios en el mundo, traer una presencia divina que reclama, que rechaza.!” (10 de septiembre de 1978)

Monseñor nos recuerda que el profetismo es una misión de cada cristiano/a, de todo el pueblo de Dios. No solamente nos hacen falta grandes profetas, sino sobre todo nos hacen falta los profetas pequeños, los profetas de todos los días. La Voz de Dios hoy es una voz profética que es capaz de discernir entre vida y muerte, entre luz y oscuridad, entre verdad y mentira, entre esclavitud y libertad. Este discernimiento se juega a nivel personal, a nivel de pareja y de familia, a nivel de nuestro entorno social y laboral, a nivel de Iglesia, a nivel de la política, a nivel de la información,... Monseñor desarmó a los que lo acusaron de jugar de profeta, diciendo que todos tendríamos que ser profetas.

Así como en la Biblia encontramos a los profetas serviles a los reyes (en representación también de los explotadores y ricos), también hoy nos enfrentamos con ese tipo de profetas. Proclaman

diciendo la verdad, mientras defienden la mentira. En la comunidad cristiana de base tenemos la responsabilidad de cuidar nuestro oído, de limpiarla, de volver a hacerla sensible a la verdad para poder desenmascarar la mentira. Vivimos en un mundo que engaña presentando la mentira como verdad: en la economía (solo promoviendo consumismo para enriquecer a unos pocos), en la política, en los medios de comunicación,... Recordemos a Monseñor: *“Todo pueblo de Dios tiene que desarrollar un sentido profético.”* Nos hace falta muchísimo valor para desarrollar esa dimensión fundamental de la vida creyente.

3.27. Mis queridos hermanos que me odian ...

“Queridos hermanos, sobre todo ustedes mis queridos hermanos que me odian; ustedes mis queridos hermanos que creen que yo estoy predicando la violencia y me calumnian y saben que no es así; ustedes que tienen las manos manchadas de crimen, de tortura, de atropello, de injusticia: ¡convértanse! Los quiero mucho, me dan lástima, porque van caminos de perdición.”
(10 de septiembre de 1978)

Monseñor Romero los llama *“hermanos que me odian”*, los llama *“hermanos”*. Dice que los quiere mucho y los convoca a convertirse. Está consciente que camina por la vereda de la verdad y siente lástima por los que defienden la mentira. Monseñor les dice que en su corazón saben que están mintiendo, calumniando, acusándolo de lo que no hace. Esos hermanos defienden intereses económicos y políticos de los que tienen el poder en El Salvador, mientras Monseñor quiere decir la verdad desde la vida herida (a muerte) de las mayorías pobres.

Hoy, pronto será canonizado: la gran Iglesia lo pondrá como ejemplo de vida cristiana y como modelo de pastor (sacerdote, obispo) y así reconoce la verdad de la vida y de la palabra de Monseñor Romero.

Con su palabra en la cita de hoy podemos reflexionar sobre *“los hermanos que nos odian”*. Quizás suena muy fuerte, pero por el camino del Evangelio encontraremos conflictos. El mejor ejemplo actual son los ataques de los conservadores en la Iglesia católica en contra del Papa Francisco. Monseñor Romero sufrió esos ataques también de parte de sus hermanos obispos y de sacerdotes. En el camino de las comunidades eclesiales de base sufrimos también esa conflictividad de parte de personas y grupos que prefieren un catolicismo tradicional. No dudan en calumniar y proclamar media verdades que se convierten en grandes mentiras y acusaciones falsas.

Que seamos capaces de sentirnos como Monseñor se ha sentido, de poder orar por ellos y su conversión al Evangelio.

3.28. Notan en mi serenidad la marca de Dios.

“En pocos lugares he encontrado tanta alegría, pero así, efusiva, como entre las hermanitas de la Santa Cruz. Sé que me están escuchando y les digo de nuevo: “Las felicito, porque esa alegría es señal del verdadero Dios.” Ustedes también me dijeron una palabra de mucho aliento, y es que notan en mi serenidad la marca de Dios. Gracias a Dios que esa alegría, esa serenidad, esa paz, va con la conciencia cuando uno sabe que está cumpliendo su deber. Yo les deseo a todos la alegría de las religiosas de la Santa Cruz.” (17 de septiembre de 1978)

Monseñor se alegra profundamente al darse cuenta que (en este caso) las hermanitas de la Santa Cruz reconocen en él “la marca de Dios”. Hoy se refiere a su “*serenidad, paz, la conciencia tranquila por estar cumpliendo su deber*” en medio de tantos conflictos, incomprensiones, amenazas. Creo que mucha gente en el pueblo ha reconocido esa “marca de Dios” en su palabra, en su actuar, en sus actitudes con la gente sencilla y pobre. El Padre Ellacuría mencionó en un momento dado que en Monseñor Romero se veía “el dedo de Dios”. Lo hemos llamado “San Romero” desde su asesinato.

Esta expresión hace cuestionarnos. ¿los demás reconocen la marca del Dios de Jesús en nuestra vida, en nuestra palabra, en nuestra presencia, en nuestro actuar? Debemos preguntarnos en primer lugar si las y los pobres alrededor de nosotros, en nuestro pueblo, reconocen el dedo de Dios en nosotros. La misma comunidad puede ayudarnos en el discernimiento al respecto.

De nada sirve alegrarnos por la canonización de Monseñor Romero si no nos convertimos constantemente para que las y los demás vean en nosotros “la marca de Dios”, “el dedo de Dios”.

3.29. Muchas gracias por este aplauso. *Comenta la restitución en su ministerio, que el Vaticano concedió, a diez sacerdotes de la diócesis de San Vicente, suspendidos por Monseñor Aparicio, acusándolos de ser comunistas.*

“Allí estuve también la oportunidad de saludar a diez sacerdotes vicentinos que, gracias a Dios, están en pleno ejercicio de su ministerio. Quiero felicitarlos... Muchas gracias por este aplauso, que no lo ando buscando, sino que ustedes espontáneamente lo dan, para decirles a los sacerdotes que en la catedral de San Salvador se les comprende el testimonio de unidad, el cariño de sus pueblos; y puedo asegurarles, hermanos, que no son comunistas, son sacerdotes sensibles en lo social.” (24 de septiembre de 1978).

“Sacerdotes sensibles a lo social” así llama Monseñor a los 10 que fueron suspendidos por el obispo de San Vicente, pero restituido por Roma. Es imposible vivir el Evangelio de Jesús sin ser “sensibles a lo social”. En una sociedad como la nuestra es una constante tentación de limitar la dimensión religiosa de la vida a un espacio religioso. Es más cómodo, no cuestiona nada, proyecta la salvación individual hacia la vida eterna olvidándose de la vida concreta histórica. La iglesia ha favorecido la multiplicación de muchas actividades (tradicionales y nuevas) religiosas, de tal manera que las y los creyentes están tan ocupados en lo religioso que pierden la sensibilidad por lo social, que apagan su conciencia política crítica. Es la tercera tentación de Jesús como lo narran los Evangelios: Jesús arriba del templo, el poder religioso que distrae de la misión por el Reino de Dios.

Es bueno recordar como Monseñor Romero ha acogido a varios de esos sacerdotes expulsados por el obispo de San Vicente. Monseñor ha sido el pastor fiel que sabe discernir entre la verdad y la mentira, también en el trabajo sacerdotal pastoral. Desde hace un tiempo hemos visto como párrocos expulsan experiencias comunitarias que tratan de ser comunidades eclesiales de base. Así encontramos CEBs en las márgenes de la Iglesia o fuera de ella. ¿Qué hubiera hecho Monseñor Romero ante esta situación? ¿No nos hubiera acogido?

3.30. Hermanos, ¡cuánta bondad, cuánta verdad, cuánto bien hay más allá...!

“Hermanos, ¡cuánta bondad, cuánta verdad, cuánto bien hay más allá de las fronteras cristianas! Respetemos esto, porque muchas veces nos creemos nosotros, por estar en la Iglesia, que somos lo mejor del mundo. ¡Quién sabe! Quien sabe si aquí, adentro de la Iglesia, somos menos buenos, menos nobles, menos humanos que allá afuera”. (8 de octubre de 1978)

Monseñor Romero no mira solamente hacia adentro, sino también hacia afuera. Está consciente que fuera de la iglesia hay mucho bien. Podemos pensar en las otras iglesias y además otras religiones, y hasta personas no religiosas. Monseñor quiere reconocer el bien que otros hacen y a la vez cuestiona la tentación de una falsa conciencia eclesial que hace pensar que somos mejores, más nobles y más humanos.

Las revelaciones sobre abusos sexuales del clero a niños y niñas, desenmascara una Iglesia donde una cantidad de sus pastores abusan de su poder clerical hasta dañar la dignidad humana de niños y niñas. Lastimosamente es una realidad violenta en muchos espacios de la sociedad, pero en la Iglesia se hace aún más destructor. Se descubre también toda una red de encubrimiento por autoridades mayores. Pero hay que mencionar también la relación colaboradora de autoridades eclesiásticas con la corrupción de autoridades políticas o las que se dejan comprar por donaciones (generosas) para “las obras de la Iglesia”. Así cierran los ojos y los oídos ante la tremenda corrupción institucionalizada que viven nuestros países. Monseñor Romero cuestiona esa falsa conciencia eclesial y pide que veamos también lo bueno, lo noble y lo humano fuera de la Iglesia. Con esas fuerzas tenemos que hacer alianzas para enfrentarnos juntos con la maldad.

3.31. Nunca he pretendido tanta cosa, sino ser un humilde catequista.

“Alguien me halagó mucho, una comparación, cuando me dijo que “su homilía en los domingos es como una cátedra de universidad.” Nunca he pretendido tal cosa, sino ser un humilde catequista, un evangelizador del pueblo, nada más.” (15 de octubre de 1978)

Monseñor se identifica como “*humilde catequista, evangelizador del pueblo*”. Ha conocido de cerca la labor eclesial de muchos catequistas en los cantones. Los conoció como testigos fieles, evangelizadores de su pueblo. Retoma esa experiencia para su propia misión a nivel de la arquidiócesis. No pretende ser un catedrático de universidad, ni un especialista en cuestiones de religión, sino se refiere a la sencillez del catequista – hombres y mujeres – que acompañan a su comunidad de fe.

Cada animador/a de comunidad, cada sacerdote, obispo, tendría que revisar su trabajo pastoral. ¿Lo asume con la humildad del catequista? ¿Es realmente un evangelizador del pueblo? No pocas veces encontramos a pastores que reflejan una gran prepotencia a partir de su poder eclesial a los diferentes niveles. Se olvidan que se trata del Pueblo de Dios, de la Iglesia de las y los pobres, y que su función es ser solamente servidores de Cristo y encargados suyos (1 Cor 4,1). La humildad y la sencillez de las y los catequistas rurales debe ser siempre inspiración para poder ser verdaderos evangelizadores en nuestro pueblo.

3.32. La presencia de ustedes es ánimo para el pastor.

“También, en la misa del domingo recién pasado, tuvimos aquí el honor de que la televisión holandesa filmara nuestra misa – como lo hizo en la noche en El Calvario de Santa Tecla -, llevándose una impresión muy grata de sentir, en la catedral, el palpitante de un pueblo que de veras asiste a misa no en una forma pasiva, sino que, en su silencio y en su oración, en su atención a la palabra de Dios, está siendo verdaderamente una participación viva. Yo les quiero agradecer, queridos hermanos que llenan la catedral, porque la presencia de ustedes es ánimo para el pastor y también ejemplo, por lo que les acabo de decir, no solo para nuestra diócesis, sino más allá de nuestras fronteras.” (15 de octubre de 1978)

Para Monseñor Romero la presencia y la participación viva de la gente en catedral durante la eucaristía le dan ánimo. Las y los pobres animan a Monseñor a asumir su papel de profeta y pastor, evangelizador de su pueblo. Menciona en esta cita tres aspectos: *“su silencio, su oración, su atención a la Palabra de Dios”*. Estaba consciente que su pueblo de verdad estaba “escuchando” su predicación, sea en catedral, sea por radio, sea por televisión (hasta fuera de las fronteras). Así como él mismo escuchaba a su pueblo en el encuentro diario con gente pobre y sufriendo, escuchando a Dios mismo que hablaba desde su dolor, de la misma manera su pueblo escuchaba a él, la Palabra de Dios que estaba predicando. Veía en la actitud de su pueblo (silencio, oración, atención a la palabra de Dios) una verdadera disposición a arriesgarse en la construcción del Reino, a ser testigos de Jesús. Y esa actitud le animaba a él por el mismo camino.

Si un predicador, o un animador de comunidades, no escucha diariamente a las y los pobres de su pueblo, fácilmente puede engañarse pensando que la gente escucha en su predicación la palabra de Dios. Ambos “escuches” son necesarios para que encienda la luz de la Palabra de Dios.

3.33. Por eso no me van a condicionar mi predicación.

“Esto nos está costando mucho en nuestra Iglesia, hermanos. Esta autonomía del ídolo dinero, del ídolo poder y presentarnos al mundo como Pablo, audazmente libre. Agradecer al que nos da, pero sepan que no son necesarios; que por eso no me van a condicionar mi predicación. Muchas gracias, pero sepan que yo me debo a Dios y no a ustedes. Muchas gracias, pero sepan que, aunque ustedes se hubieran olvidado de mí, yo lo amaría lo mismo y les predicaría lo mismo. (15 de octubre de 1978)

Los poderes económicos y políticos siempre han tratado y tratan de comprar la iglesia, de condicionar la predicación, para que calle sobre las injusticias, la mentira, la falta de libertad, la muerte,... Las autoridades cristianas son “reconocidas” en el ámbito político, invitadas a bendecir negocios, para que sean “perros mudos” y no prediquen el evangelio de Jesús, la buena nueva del Reino de Dios.

Monseñor Romero estaba consciente de este fenómeno y él mismo dijo que estaba costando “en nuestra Iglesia”: mantener la autonomía ante los ídolos del poder y del dinero, para poder ser *“audazmente libre”*.

A lo largo de muchos siglos se construyó una iglesia poder, aliada al poder económico y político. La compraron y se dejó comprar. Los verdaderos profetas están conscientes de esta realidad y de esta

permanente tentación. Están vigilantes para no dejar condicionar su predicación por posibles donaciones o reconocimientos públicos.

Ante el espectro político (electoral), también las CEBs deben discernir a la luz del Espíritu para que no sean instrumento político, para que no sean utilizados, para que mantengan su distancia profética y su autenticidad evangélica.

3.34. No me creo tan importante. Ustedes tienen que convertirse en un micrófono.

“Les decía un día y hoy se lo vuelvo a repetir: si por desgracia un día callaran nuestra emisora, no nos dejaran escribir ya nuestro periódico, hermanos, cada uno de ustedes que cree tiene que convertirse en un micrófono, en una emisora, en un altoparlante, no hablando, sino viviendo la fe. Y por eso, no me da miedo a mí que nuestra fe esté pendiente únicamente de la predicación del arzobispo. No me creo tan importante. Lo que creo es que esa palabra, que no es más que un humilde eco de la palabra de Dios, sí entra en el corazón de ustedes, no por ser mía, sino por venir de Dios, y que todos aquellos de buena voluntad, hombres, familias, comunidades, la están haciendo vida y por sí sola se va predicando. Y yo puedo decir con la alegría de San Pablo a las comunidades de la arquidiócesis (y si comenzara a mencionarlas no acabaría en todo el día): ustedes – cambiando el nombre de Tesalónica por los nombres conocidos de nuestros pueblos y cantones – son las comunidades que van llevando a sus ambientes esta predicación.” (29 de octubre de 1978)

Monseñor nos llama, con convoca a ser “micrófonos” de la Palabra de Dios. Aparece esta llamada a partir de los ataques a la radio y la imprenta de la arquidiócesis. Quizás lo principal es que Monseñor Romero nos pide que nuestra vida, la vida de la comunidad creyente sea la predicación auténtica de la Palabra de Dios. Nos dice que ha sido testigo de muchas comunidades que predicaban el Evangelio con su vida.

Nuevamente encontramos la prioridad de la práctica evangélica en la vida personal, familiar, comunitaria como el principal medio de evangelización, de predicación. Monseñor no se refiere en primer lugar al culto, ni la predicación verbal, sino a la práctica de la fe: *“la están haciendo vida y por sí sola se va predicando”*. Claro, la vivencia fraterna y litúrgica de la comunidad anima a la luz de Espíritu la comunidad, pero aquí se trata de la proyección hacia afuera: *ser micrófono, ser emisora, ser altoparlante de Dios*, es un estilo de vida, es una práctica de vida, es una manera de actuar en la sociedad.

3.35. Es muy bonito vivir una piedad de solo cantos y rezos ...

“Es muy bonito vivir una piedad de solo cantos y rezos, de solo meditaciones espirituales, de solo contemplación; ya llegará eso en la hora del cielo, donde no habrá injusticias, donde el pecado no sea una realidad que los cristianos tenemos que destronar. Ahora – les decís Cristo a los apóstoles, contemplativos, en el Tabor, queriendo quedarse ahí para siempre – bajemos, hay que trabajar. (19 de noviembre de 1978)

Monseñor nos dice hoy que es tiempo de bajar, tiempo de trabajar, porque “los cristianos tenemos que destronar” las injusticias. Las mediaciones espirituales y la tan necesaria contemplación religiosa y evangélica deben llevarnos a esa gran tarea de “destronar” la maldad del mundo: la injusticia, la mentira, la opresión, la riqueza fruto del empobrecimiento de muchos, la destrucción de la madre tierra,... Da lástima escuchar a un obispo diciendo que “hoy son tiempos diferentes”, “hoy es una realidad diferente” a la de Monseñor Romero, y con esto dan la impresión de justificar sus actitudes, sus silencios. Más bien, al leer a Monseñor Romero, nos damos cuenta de la tremenda actualidad de su mensaje, también para hoy. Es la universalidad del Santo.

Alrededor de Monseñor Romero, pronto canonizado, se ha construido memoria, liturgias llenas de “piedad de cantos, meditaciones espirituales y contemplación”. Está bien, pero hay recordar que Monseñor nos dice recordando palabras de Jesús: *“Bajemos, hay que trabajar”*. Hoy es tiempo de destronar. Me imagino que Monseñor utiliza ese verbo recordándose el Magnificat de María: “Sacó a los poderosos de sus tronos”. La iglesia no puede ocuparse solamente de las cosas eclesiales internas. Por supuesto tampoco debe olvidarse de esas cosas, pero hay que bajar, hay que trabajar para “destronar” a los poderosos en todos los espacios de la vida: en la economía, en la política, en la justicia, en los medios de comunicación, “Hay que trabajar”. Monseñor Romero nos desafía a traducir la euforia de su canonización en hechos que destronan a los poderosos.



3.36. No me han dicho una palabra más bella.

“Y ayer una alegría muy íntima en el cantón María Auxiliadora de la parroquia de Tenancingo, para confirmar jóvenes. Yo quiero destacar el sentido de los niños. Una niña me dice en su discurso, al llegar:” Permítanos que los niños y los jóvenes lo saludemos como a un buen amigo”.

Les dije: “no me han dicho una palabra más bella, quiero ser el amigo de ustedes y me duele que en estas regiones haya quienes envenenen el alma sembrando y desfigurando la figura del obispo.” (26 de noviembre de 1978)

Pocas veces se oye hablar del obispo como del “buen amigo” del pueblo. Recuerda por supuesto palabras del mismo Jesús: los he llamado amigos. Expresa la cercanía del pastor para con su pueblo, expresa una relación mutua. Quizás es la condición para el pastoreo: construir amistad, ofrecer amistad, recibir (como gracia divina) amistad, y esto, en primero lugar y fundamentalmente de las y los pobres de nuestro pueblo. Esto es el primer paso y la base humana de la metodología de las comunidades eclesiales de base que en 1969 nacieron desde la parroquia de Zacamil.

Monseñor Romero se alegra tanto por las palabras de la niña: “lo saludamos como a un buen amigo”. El acercamiento de Monseñor Romero con las y los pobres lo transformó en su amigo, su confidente, su esperanza, su apoyo. Las pocas “amistades” con algunos de familias pudientes (algún miembro de la familia Simán) tuvieron otro sentido y otra base.

Este día que escribo esta reflexión, 12 de septiembre 2018, es el 36 aniversario del asesinato de Alfonso Acevedo. Conservo una foto tomada en la ermita de San Ramón en julio 1979 cuando yo acababa de regresar. En una cartulina pegada en la pared decía “bienvenido amigo Luis”. Eso era el sentir de las hermanas y hermanos en las comunidades en San Ramón. Todavía me siento profundamente agradecido por esa profunda y auténtica amistad que me ofrecieron. Sigue siendo hoy el gran desafío: ser un buen amigo.

3.37. ¡Qué más quiero que ese aplauso de ustedes!

“Quiero mencionar también, hermanos, en este marco de la comunión de nuestra Iglesia, un sincero agradecimiento al Reino Unido de Inglaterra, que ha tenido el gesto, para mi verdaderamente sorpresivo, de postular mi pobre nombre para premio Nobel de la Paz. Han llegado muchas felicitaciones y quiero hacer, pues, a todas estas personas una manifestación sincera de gratitud (.....), ¿Qué más quiero que ese aplauso de ustedes! Ni tampoco es porque el aplauso sea una profanación del templo, sino porque es una expresión libre y espontánea de un pueblo que siente; lo que no puede decir con los labios, lo dice en esa forma simpática.” (26 de noviembre de 1978)

Los aplausos en catedral son entendidos por Monseñor Romero como “*expresión libre y espontánea de un pueblo que siente*” y desea expresar su acuerdo con la palabra del pastor, que quiere compartir sus alegrías, o que se siente fortalecido al escuchar las denuncias proféticas. El rebaño se reconoce en la voz del pastor. En esta cita se trata del pueblo que se alegra con Monseñor por su postulación para premio Nobel de la Paz. Qué bien.

Al otro lado he sido testigo de homilías y discursos donde algunos “entusiastas”, sin escuchar de verdad lo que se dice, tan fácilmente empiezan a aplaudir y las y los demás los siguen. He visto también oradores que provocan el aplauso hasta diciendo las cosas de tal manera que crece el “entusiasmo” de los que escuchan. En realidad, los aplausos pueden ser un riesgo para el/la que habla, una tentación: decir lo que le gusta escuchar la gente y no decir el mensaje (de fe) que en ese momento se tendría que decir.

3.38. Neto se sentía feliz en su sacerdocio. *El Padre Ernesto Barrera fue asesinado junto con tres obreros. La versión del Gobierno dijo que murió en un enfrentamiento con los cuerpos de seguridad. Monseñor Romero dio las pruebas muy claras para desmentir esta versión. Fue capturado, torturado y asesinado, luego, ya muerto, se hizo un montaje colocándole una pistola en la mano. El único testigo que podría aclarar las circunstancias de su muerte, fue asesinado al día siguiente.*

““Neto se sentía feliz en su sacerdocio. Yo mismo lo llevé a la parroquia de San Sebastián. Yo compartí con él algunas reuniones con los jóvenes que me preguntaban las inquietudes propias de un cristianismo en la hora actual. Yo puedo asegurar que este hombre, consagrado con la ordenación sacerdotal, se mantuvo en comunión con sus hermanos sacerdotes y con su obispo, y esto es una garantía de su ministerio auténtico, legítimo. Habrá rasgos difíciles en el sacerdocio actual, sobre todo joven; pero mientras hay sustancialmente un deseo de servicio, un deseo de poner todas sus condiciones y cualidades humanas al servicio de esa Iglesia y de ese reino de Dios, hermanos, tengamos confianza.” (29 de noviembre de 1978)

Monseñor Romero diseña una medida para la misión cristiana y sacerdotal: “*un deseo de servicio, un deseo de poner todas sus condiciones y cualidades humanas al servicio de esa Iglesia y de ese Reino de Dios.*” Esto parece, para Monseñor, el criterio fundamental. Y mientras se responde a ese deseo y ese servicio, el pastor pide tener confianza, a pesar de nuevos contextos o nuevas exigencias históricas. Ante los retos de un compromiso en y con la Iglesia por causa de las y los pobres, por el Reino de Dios, pueden darse situaciones y dinámicas no tan tradicionales en la Iglesia. Habrá creyentes que se molestan y sienten que esas acciones ya no son de la tradición eclesial. En realidad, muchas veces se refieren más bien a costumbres y tradiciones rituales y sociales que no incomodan a nadie, que responden a una religión de tranquilidad y de “consuelo” (como se dice en la Oración a la Bandera). Monseñor menciona un criterio de base: servir y poner todas las capacidades al servicio de la Iglesia que quiere ser Iglesia de los pobres, signo e instrumento del Reino de Dios. Y si alguien todavía duda sobre la autenticidad eclesial del actuar de ciertos creyentes y sacerdotes, Monseñor pide que se tenga confianza.

3.39. Nada humano tiene que ser extraño al corazón de la Iglesia. *Cuentan que aconsejaron a Monseñor Romero que enviara a un representante para presidir el funeral de Ernesto Barrera. Monseñor respondió con una pregunta. ¿Dónde está la mamá de Neto? Está junto al cadáver de su hijo, pues, yo también he de estar junto a él. Y, por supuesto, fue Monseñor quien celebró el funeral.*

“Y si alguien criticara la presencia de la Iglesia junto a los que mueren en situaciones misteriosas como estos, podíamos decir: no es cristiano. La Iglesia tiene que estar donde hay valores humanos. La Iglesia tiene que salvar todo lo auténticamente humano y tiene que acompañar el dolor de madres, de esposas, de hijos, de todos aquellos que sienten en la repercusión humana del dolor, del misterio, de la iniquidad. Por eso, hermanos, con todo derecho y sin ningún miedo, estamos celebrando estos funerales, porque es algo profundamente humano y nada humano tiene que ser extraño al corazón de la Iglesia.” (29 de noviembre de 1978)

Toda la problemática humana debe vibrar en el corazón de la Iglesia. Las esperanzas y las tristezas de las y los pobres. Las dolorosas experiencias de pecado y las alegrías de la gracia divina. Para

Monseñor Romero la Iglesia debe recoger todo lo humano, abrazarlo, amarlo para que sea imagen de Dios. La Iglesia debe ser ese enlace entre lo profundamente humano y lo profundamente trascendente.

En la cita de hoy, Monseñor se refiere al misterio doloroso, el misterio de la iniquidad que afecta tanto la vida, especialmente a las y los pobres. La Iglesia debe estar presente en medio del dolor del pueblo. Pero no para “consolarlo” en el sentido de predicar resignación, sino para darle esperanza que nace desde la cercanía fraterna.

Si nada humano tiene que ser extraño al corazón de la Iglesia, ésta debe asumir las causas grandes de la vida, especialmente ahí donde la vida es amenazada: calentamiento global, la destrucción de la naturaleza, el tema del agua y del derecho a la alimentación, la falta sistémica a justicia y verdad, la corrupción política, la manipulación de la verdad,.... El Obispo de Roma, Francisco, da el ejemplo al respecto y saca a la iglesia de su globo religioso para que asuma todo lo humano como su propia causa.

Cuarta parte.

Mi voz desaparecerá, pero mi palabra que es Cristo, quedará.



4.1. No soy más que un predicador de la palabra de Dios.

“Para eso se predica en la Iglesia: para hacer una orientación cristiana, para cristianizar la vida de los que escuchan. Yo no tengo otra pretensión. No soy más que un predicador de la palabra de Dios y sé que el éxito está en ustedes, en la buena voluntad con que ustedes lo reciben y tratan de hacerlo vida.” (3 de diciembre de 1978)

La misión permanente del pastor, de la Iglesia es “cristianizar la vida”. Es el objetivo de la predicación de Monseñor Romero. Vivimos en una cultura semicristianizada en el sentido de la integración de prácticas católicas en la vida diaria, en la vida política, en las expresiones culturales. Son prácticas religiosas. Pregunta es en qué medida la vida misma está cristianizada o cristianizándose. Observamos la violencia diaria en todas sus formas, la corrupción y los escándalos a gran nivel, la explotación económica de trabajadores/as, la injusticia y la mentira incrustada en todo el sistema judicial y política del país, pero también a nivel personal y familiar con tanto acoso y abuso sexual y de otro tipo. La vida real no es nada cristianizada. Descuidamos la madre tierra ya que no tenemos conciencia ecológica. Aun somos un pueblo un tanto desmovilizado frente a los graves problemas del país y del mundo. Solo la política partidaria logra convocar. Pero hay que preguntarse cómo lo logra.

La predicación de los domingos en las iglesias (católicas, anglicanas, luteranas, evangélicas,..), creo que muchas veces es de baja calidad evangélica y de poco impacto. Monseñor Romero decía que el éxito de su predicación es como los creyentes hacen vida la Palabra de Dios. Catequesis doctrinal no ayuda mucho a crecer en la fe. Y luego podemos hablar de aquellos que se consideran católicos, cristianos pero que no participan constantemente en la iglesia, solo de vez en cuando, y también aquellos que no van. ¿Cómo aporta la Iglesia (las iglesias) a la cristianización de la vida personal, comunitaria y nacional? ¿Dónde somos realmente “factor primordial de desarrollo humano”, de liberación?

4.2. ¡Quién pusiera elocuencia de profeta en mis palabras!

“Queridos hermanos, ¡quién pusiera elocuencia de profeta a mis palabras para sacudir la inercia de todos aquellos que están como de rodillas ante los bienes de la tierra! Aquellos que quisieran que el oro, el dinero, las fincas, el poder, la política fueran sus dioses inacabables. ¡Todo eso se va a acabar! (10 de diciembre de 1978)

Nuevamente Monseñor denuncia a aquellos que *se ponen de rodillas ante los bienes de la tierra: el oro, el dinero, las fincas, el poder, la política.*” Ahí están los grandes, pero tendremos que ver también abajo, ¿antes quién estamos de rodillas? ¿Por donde van nuestros deseos y aspiraciones’

Estos días en septiembre se llenan los restaurantes de Mister Donut por que venden los donuts al dos por uno. No son nada “saludables”, pero porque se ofrecen al dos por uno, decenas de personas hacen las filas. Cuando hay llamadas rebajas, viernes negros en los grandes almacenes, todo está alborotado. Siempre es para “comprar” no porque necesitamos, sino porque los negocios nos ofrecen. Es solo un ejemplo.

Es de revisar en nuestra vida concreta ante quienes nos ponemos de rodillas en la realidad. Puede ser que vamos los jueves a la adoración en la hora santa, pero que los demás días de la semana seguimos a otros dioses, los dueños de los bienes de la tierra. ¡Cuántos pleitos no hay por herencias, por tierras! ¿Qué buscamos realmente? ¿En qué invertimos nuestro tiempo? Ahí está lo que está paralizando a muchos/as: el celular, el Facebook y otras redes para entretenernos. No hay tiempo para ponernos de rodillas ante el Dios de Jesús, para servir a las y los más pobres que nosotros.

Monseñor nos recuerda – por si no lo sabíamos – “todo eso se va a acabar”. Por supuesto nadie va a llevar sus riquezas (muchas veces resultado de algún fraude o corrupción) a la tumba. Pero creo

que Monseñor mira también el horizonte del Reino de Dios donde habrá justicia, vida, libertad, verdad, fraternidad, solidaridad, misericordia,... Es decir esos bienes de la tierra – tan deseados por muchos – acabarán.

4.3. Mi persona queda muy al lado de este honor que es para ustedes.

“También, hemos tenido otras visitas muy importantes, como fue la del domingo pasado, de los parlamentarios ingleses, que entregaron la nominación como candidato junto con las ciento dieciocho firmas. Yo les agradecí en nombre de todo el pueblo, con quien comparto este honor de la postulación para un honor tan grande. Uno de los parlamentarios – lo digo no por vanidad, porque, como he repetido, mi persona queda muy al lado de este honor que es para ustedes – me dijo: “Ahora que he conocido la realidad en que ustedes viven, no solo una vez, sino dos veces pediría el premio Nobel para usted.” (10 de diciembre de 1978)

Quién conoce la realidad del pueblo marginado, comprende también a Monseñor Romero. Así confirma la experiencia de uno de los parlamentarios ingleses. Creo que es verdad y que es condición. Difícilmente se puede entender a Monseñor si uno no está viviendo en o estrechamente (en auténtica solidaridad) en la marginalidad de las y los pobres. Así es también para entender a Jesús y para entender la verdadera misión de la Iglesia. Conocer la realidad en que vive el pastor y el rebaño. No hay otro camino. Jesús dijo: yo soy el camino. Monseñor es el camino “encarnando” la vida real de Jesús en su tiempo y sigue siendo el camino para quienes queremos ser parte de ese movimiento.

Anoche escuché a Don Gaspar Romero, hermano de Monseñor, diciendo: “muchos se están alistando para ir a Roma, van a la canonización, van a pasear a Roma, pero ¿Qué van a hacer cuando estén de regreso aquí? Era la primera palabra de Don Gaspar. Muchos de los que van a Roma no son y ni se relacionan con “los pobres” de nuestro pueblo. No entenderán nada de Monseñor, ni del conocimiento oficial de su santidad.

Hoy Monseñor Romero nos diría lo mismo: “ *mi persona queda muy al lado de este honor (de ser canonizado Santo) que es para ustedes*”. En realidad, de esto se trata: el “centro” de la Iglesia (Roma) reconoce a las y los pobres como el lugar del Reino de Dios, ahí se vive la santidad, como lo hizo Monseñor Romero, hasta pagar con su propia vida la expulsión, la marginalización por su solidaridad con las y los pobres. El pastor debe estar donde está el sufrimiento.

4.4. Mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará.

“Todos los que predicán a Cristo son voz, pero la voz pasa, los predicadores mueren, Juan Bautista desaparece, solo queda la palabra. La palabra queda y este es el gran consuelo del que predica: mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido recoger.” (17 de diciembre de 1978)

Así como los grandes profetas también Monseñor Romero está consciente que su Palabra quedará si es acogido en los corazones de la gente. No es su palabra, sino es Cristo que habla a través de su palabra humana y concreta. Ya está consciente que en algún momento las amenazas se van a concretizar y que “desaparecerá su voz”. Sin embargo, sucedió lo contrario. Gracias a las

grabaciones de sus homilías y el acceso a sus escritos, su voz sigue sonando. Ahora, estos días, aún más en camino hacia su canonización el 14 de octubre.

La euforia religiosa y los discursos de estos días sobre el salvadoreño mundialmente más conocido, sobre el profeta, mártir, santo,... corren el riesgo de ser como las semillas que caen en el camino, sobre la roca o que pronto morirán ahogados por las espinas, como dice el evangelio de este día que escribo. En realidad conocemos muy poco a Monseñor Romero, así como conocemos muy poco a ese Jesús que vivió hace 2000 años. Monseñor los menciona: su palabra – voz de Cristo – quedará solamente *“en los corazones que lo hayan querido recoger”*. Y este “recoger” no es en primer lugar un tema de euforia religiosa, sino es una propuesta de vida, de fe y de humanidad. En la(s) iglesia(s) tendremos que hacer muchos esfuerzos por dar a conocer mucho más, mucho más profundo, la vida, la obra, el mensaje de Monseñor Romero. El es para nosotros como aquel beduino que enseña el camino a andar. Pero las practicas religiosas tradicionales, los legalismos en las iglesias, las grandes tentaciones de la sociedad de consumo y de la manipulación política del pueblo, dificultan escuchar la voz.

Si queremos “recoger en el corazón”, tendremos que hacer tiempo de estudio y reflexión, personal y comunitaria, para conocer a Monseñor, para conocer a Jesús mismo. Ojalá que la euforia religiosa hacia su canonización ayude y motive para esa profundización. Así su semilla caerá en tierra fértil, echará raíces profundas y dará cosecha.

4.5. Yo siento que hay algo nuevo en la arquidiócesis.

“Yo siento que hay algo nuevo en la arquidiócesis. Soy hombre frágil, limitado, y no sé qué es lo que está pasando, pero sí sé que Dios lo sabe. Y mi papel como pastor es esto que me dice hoy San Pablo: “No extingáis”. Si con el sentido de autoritarismo yo le digo a un sacerdote: “¡No haga eso!”, o a una comunidad: “No vaya por allí!!”, y me quiero constituir como que yo fuera el Espíritu Santo y voy a hacer una Iglesia a mi gusto, estaría extinguiendo el Espíritu.” (17 de diciembre de 1978)

Monseñor Romero se alegraba tanto porque algo nuevo estaba sucediendo en la arquidiócesis. Dice que no lo comprendía bien, pero confiaba en Dios: El Espíritu del Señor estaba abriendo nuevos horizontes en la misión de la Iglesia. Y como pastor estaba descubriendo que su papel no era imponer “una iglesia a su gusto” para no “extinguir el Espíritu”. No es con autoritarismo y poder se enseña en la Iglesia de Jesús. No es absolutizando (lo que es idolatría) mi modelo de Iglesia. Nadie es dueño del Espíritu Santo.

Creo que esto es una llamada tanto a los pastores de la Iglesia, como a las/los animadores/as de las mismas comunidades eclesiales de base. Existen graves peligros y tentaciones de fanatizarse en un solo camino de seguimiento a Jesús, mi camino, nuestra experiencia, negando la presencia del Espíritu en otros caminos. “No extingan el Espíritu”. Lo que Monseñor Romero en un momento dado ha llamado la idolatría de la organización (popular política), vale también para nuestro modelo de Iglesia, nuestra organización (limitada) de Iglesia. La historia de la Iglesia enseña suficientemente cuanto daño se hace al absolutizar un modelo. Somos mujeres y hombres “de barro” y nuestro caminar siempre exige humildad y conversión, y también respeto por la presencia del Espíritu en otros caminos. No podemos extinguir el Espíritu. Así seguirán naciendo cosas nuevas en la Iglesia.

4.6. Ayúdeme.

“Ayúdenme, queridos sacerdotes, queridos catequistas, queridas religiosas, a ser comprensivos y a pedirle al Espíritu Santo el don del discernimiento para descubrir, en esta Iglesia bella de la arquidiócesis, los verdaderos valores. Miren, el Espíritu no se repite. Dice una frase bíblica muy significativa: “El Espíritu hace nuevas todas las cosas”. Nosotros somos los que envejecemos y queremos que todo se haga según nuestro patrón de viejos. El Espíritu nunca es viejo, el Espíritu siempre es joven.” (17 de diciembre de 1978)

Monseñor Romero pide ayuda para poder discernir el verdadero camino de la Iglesia. Está consciente que “El Espíritu hace nuevas todas las cosas”, pero también sabe de inercia nuestra, de la tentación de actuar “según nuestro patrón de viejos”, según acostumbrado, según las tradiciones.

El discernimiento es quizás hoy una de las necesidades y de las responsabilidades más importantes en el camino de la Iglesia. Tenemos una larga tradición, contamos con el Evangelio y con muchos textos de la Iglesia, pero la realidad va cambiando y nosotros envejeciendo. Discernir en cada momento donde el Espíritu está haciendo nuevas las cosas: ¿todavía no lo ven?

La tentación de acomodarnos a lo ya vivido, según la norma del pasado, porque siempre se hizo así, es muy fuerte y tiene raíces hondas. Monseñor pide que seamos comprensivos para permitir que el Espíritu nos de ese don de discernimiento. Es una misión aún más urgente y constante para animadores/as de comunidades de fe.

Además de muchas expresiones religiosas católicas tradicionales, estamos construyendo nuevas expresiones religiosas especialmente entorno a las y los mártires, con Monseñor Romero a la cabeza, pronto canonizado por la máxima autoridad de la Iglesia. La dimensión religiosa de nuestra vida privada y comunitaria está engrandeciéndose y corremos el riesgo de disminuir la inserción, la encarnación en el mundo (de los pobres) y de la historia.

Ayudémonos mutuamente en esa gran responsabilidad del discernimiento para que el Espíritu pueda guiarnos en el camino hacia el Reino.

4.7. Preferí quedarme siempre con mi pueblo.

“En Santiago de Chile hubo un simposio que se clausuró el 25 de noviembre. Me han llegado las conclusiones y las noticias de quienes participaron. Yo tuve una amable invitación del cardenal de Chile, pero preferí, por la situación de mi país, quedarme siempre con mi pueblo, que será el testimonio que se puede dar mejor.” (17 de diciembre de 1978)

Las problemáticas conflictivas del momento histórico que vivió el pueblo salvadoreño, la iglesia y el mismo Monseñor Romero, le hacen discernir que es preferible no ir un evento eclesial continental y quedarse siempre con su pueblo. Nunca se sabe lo que va a suceder. En realidad, así vivíamos esos tiempos de tremenda inseguridad, de creciente represión.

Es una expresión de la fidelidad del pastor a su rebaño, del obispo a su pueblo. No se trata de que el evento no era importante, sino la urgencia de la realidad histórica le hizo tomar la sabia decisión de “quedarse siempre con su pueblo”.

Quizás esta frase obtuvo una tremenda trascendencia en la hora de su martirio, su muerte y su resurrección. No pudieron callar su voz, no pudieron esconderlo para siempre, más bien su muerte de profeta y pastor era la puerta angosta por la cual entraba a su pueblo para “quedarse para siempre”. San Romero, San Oscar Arnulfo Romero, o para nosotros siempre “Monseñor” como nuestro pueblo lo llamaba con tanto cariño, se quedó y se queda para siempre. En la Iglesia ahora como signo universal de la presencia de Dios en la historia. Es el beduino que sigue gritándonos indicando el camino a andar. Escuchemos a Monseñor.

4.8. Me hacen un inmenso honor cuando me rechazan

“¡Cristo es piedra de escándalo! Por eso, a mi me hacen un inmenso honor cuando me rechazar, porque parezco un poquito a Jesucristo que también fue piedra de escándalo.” (31 de diciembre de 1978)

Si seguidores/as de Jesús no somos “piedra de escándalo” para los que están en el poder y viven en riqueza, su seguimiento será superficial, quizás con expresiones religiosas y tradiciones, pero sin raíces en la vida de Jesús, es decir, sin el Dios de Jesús.

En un país y continente cristianizado a la fuerza y donde la religión cristiana (en sus diferentes expresiones) se ha transformado en un hecho más bien cultural, pocos son “piedra de escándalo” ante los poderes. Vivir la religión cristiana es parte del sistema, el sistema que en realidad excluye a las mayorías de la población y las tiene en pobreza y miseria. Muchas veces me he preguntado si los vecinos observan si somos cristianos/as o no, si somos miembros de comunidades eclesiales de base o no, si somos seguidores de Jesús o no. Veo que en la realidad no hay tanta diferencia, es decir, no llamamos la atención por una vida diferente (según el modelo de Jesús), y aún peor, no somos “piedra de escándalo” ante las autoridades, ni ante los poderes económicos en el entorno. El profetismo jesuánico es bien débil.

Esta semana, en un signo de esperanza, las diferentes Iglesias en El Salvador convocan a una marcha hacia la asamblea para exigir una ley de agua justa y la no privatización de ese recurso vital. Se llevará miles de firmas del pueblo en contra de la privatización. Ojalá que las iglesias logren de verdad convocar a sus fieles para esta expresión de protesta profética. Seguramente será piedra de escándalo.

4.9. Me dijeron algo que me impresionó mucho.

“el 26, de las comunidades de Chalatenango me vinieron a visitar niños que se han constituido en una especie de comité de solidaridad. Es impresionante ver unos chiquitines hablando de solidaridad con los hermanitos suyos que ni conocen, pero a los que sienten huérfanos o que en la Navidad no iban a poder recibir la caricia de un papá porque ya lo habían matado o está preso o está desaparecido. Me dijeron, en un momento de la visita, algo que me impresionó mucho. “Al estar cerca de usted, sentimos que usted es nuestro papá”. Yo les hice sentir que no, en mis limitaciones humanas, pero sí, en ese amor inmenso de la Iglesia sintieran, de veras, que no están

huérfanos, que una Iglesia entera los ampara y siente con los que sufren.” (31 de diciembre de 1978)

Monseñor Romero tenía los ojos y los oídos abiertos y supo comprender las expresiones de compromiso y entrega de muchos salvadoreños/as. En este caso se trata de niños/as de Chalatenango que se mueven para expresar su solidaridad con otros. Le dicen “Al estar cerca de Usted, sentimos que Ud es nuestro papá” La cercanía de Monseñor Romero con los que sufren, su presencia ahí donde hay dolor, su solidaridad concreta (en acciones y palabras) con las y los crucificados de la historia, lo convierte en fiel reflejo de la presencia de Dios Padre y Madre: Monseñor como papá. Expresión del amor fiel en las buenas y en las malas.

Pregunta es si los pastores, animadores/as, sacerdotes y obispos de hoy somos experimentados, sentidos y vividos como “papá” por las y los niños, por la juventud, por adultos/as jóvenes y también ya de más edad. Esto no es una cuestión de sentimentalismos, ni de regalitos, sino es un asunto fundamental de nuestra fe: ser transparente a Dios mismo, Padre y Madre. Como Jesús lo dijo: mi Padre y el Padre de Ustedes. Si estamos más preocupados por leyes y ritos que por la caridad, la fraternidad, la solidaridad,... algo serio andará muy mal. ¿En qué invertimos más energías y más esfuerzos?

Bien entiendo que Monseñor Romero se impresionó mucho por ese testimonio de niños/as pobres, porque realmente él era como “su papá”. No es así no más que en el texto de su beatificación el Papa Francisco lo llama “Padre de los pobres”, nombre que la Iglesia tradicionalmente da al mismo Espíritu Santo.

4.10. Para mí, lo principal de mis pobres homilías es la doctrina.

“Si cada domingo, cuando yo relato los hechos concretos de la semana, no soy más que un pobre adorador del Señor, diciéndole: “Señor, te traigo lo que el pueblo produce, lo que estas relaciones de los hombres salvadoreños, ricos y pobres, gobernantes y gobernados, es lo que está dando nuestro pueblo.” Y esto es lo que le traemos al Señor. Por eso, no me tomen a mal, ni tampoco tomen exclusivo de mi homilía este momento histórico de la semana. Para mí, lo principal de mis pobres homilías es la doctrina que les quiero dar.” (7 de enero de 1979)

Monseñor Romero ha sido criticado por dedicar parte importante de sus homilías a hacer público, a darle voz pública, a hechos (sangrientos y dolorosos) de su pueblo. En esta cita explicar que para él lo principal de su homilía es su reflexión a partir de los textos bíblicos de la liturgia y su aporte a partir de la doctrina de la Iglesia.

En esta reflexión quiero retomar como justifica Monseñor su dedicación a los hechos de la semana. En primero lugar lo hace como una oración sincera. Presenta esos hechos (lo que producimos, las relaciones que vivimos, lo que está dando su pueblo) ante el Señor. No se refiere en primer lugar a denuncias ante la conciencia pública, sino como un grito hacia Dios mismo. Monseñor, cada semana, siendo la voz de los que sufren, se presentaba ante el Padre, como representante del pueblo, como el pastor, diciendo: Señor, esto es lo que estamos viviendo. Sabiendo que se trata del Dios que ve la humillación del pueblo y que escucha los gritos de los pobres, Monseñor como pastor fiel presentó ante Dios cada domingo hechos de vida y muerte.

Creo que hoy podemos aprender de Monseñor que nuestra misión profética de la denuncia y el anuncio, no debe aislarse de nuestra oración. Es importante que la denuncia pública y las acciones proféticas públicas (por ejemplo en contra de la privatización del agua que debe ser un derecho humano), sean también nuestra oración ante el Dios de Jesús. Es decir vivir la acción profética no solamente como acción civil, sino también en su dimensión de fe. Al lograrlo nuestro profetismo fortalecería sus raíces y será más auténtica.

4.11. Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre

“Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre y a acuarpar todo esfuerzo por la libertad y la dignidad de los hombres, y, en esta condición de pastor, he participado con gusto en la comisión de Derechos Humanos para este trámite de la liberación de los secuestrados.” (7 de enero de 1979)

Monseñor compartía el dolor de cada víctima. No se hizo ciego ni sordo ante el sufrimiento provocado por acciones violentas (como secuestros y otras) de las organizaciones populares o comandos guerrilleros. Su condena siempre fue en defensa de la vida. De ahí su expresión: como pastor tengo la obligación a ser solidario con todo el que sufre. Tampoco hacía distinción de raza ni de religión. El sufrimiento humano, de cada hombre y mujer víctima, tocaba su corazón de pastor. Y ahí no solo tenía una palabra de consuelo, sino también se comprometía – como en el caso de secuestro – con la comisión de Derechos humanos – por la liberación de las personas.

Yo siento que la euforia por la canonización de Monseñor (solo falta unos 15 días ahora que escribo esto) exige tanto tiempo y tanta energía, que nos arriesgamos a apartarnos del dolor del pueblo, de los familiares de los diariamente desaparecidos/as y asesinados/as, de los que mueren en accidentes, de las miles de familias que tienen a un familiar preso (en condiciones inhumanas), de las familias que solamente pueden “sobre-“ vivir, etc.

La unidad de las iglesias en la lucha por el agua como derecho fundamental, es una señal de la convicción de las iglesias y sus pastores de asumir esa defensa de la vida, es evitar que en el futuro haya aún más sufrimiento en caso la empresa privada legalmente administre el agua como mercancía. Monseñor debe estar sonriendo al ver a los pastores juntos en la defensa de la vida.

4.12. Me avisaron esta semana que yo también anduviera con cuidado.

“También queremos denunciar las amenazas a muerte que recibió el doctor Lara Velado y el doctor Manuel Ungo, como condiciones si suceden cosas trágicas a los secuestrados. Evitemos más derramamiento de sangre inocente. Ojalá no pase de ser amenazas y rumores, como rumores los creo, también, los que me avisaron esta semana que yo también anduviera con cuidado, que se está tramando algo contra mi vida. Yo confío en el Señor y sé que los caminos de la Providencia amparan a quien trata de servirle.” (7 de enero de 1979)

La llamada “Evitemos más derramamiento de sangre inocente” sigue siendo muy actual. Da lástima escuchar diariamente el juego con los números sobre homicidios, feminicidios, extorciones, sobre policías y familiares asesinados,.... Digo que da lástima que se presente bajas y subidas de números. Se trata de vidas humanas. ¿No es una verdadera deshumanización cuando ya nadie siente dolor por un joven (marero o no) asesinado, o cuando miembros de maras, hasta los más jóvenes, ya no

sienten ningún problema con asesinar a policías o sus familiares? Da lástima cuando la fiscalía y la policía monten los shows periodísticos de asaltos a viviendas (destruyendo con lujo de violencia las puertas) capturando a decenas o centenares de acusados, mientras nunca nos informan sobre que sucede cuando entran en los tribunales. Da la impresión que con los números de muertos quieren convencernos que el problema de la violencia está disminuyendo. En las zonas controladas por las maras se vive otra realidad. Monseñor Romero sigue gritando con la voz de las víctimas: ¡evitemos más derramamiento de sangre inocente!

Monseñor confiesa también su fe que “los caminos de la Providencia amparan a quien trata de servirle”. Ante avisos sobre posibles atentados contra su vida, Monseñor expresa en público su confianza en el Dios de la vida ya que está consciente que como pastor y profeta está al servicio del Reinado de Dios. Creo que a nosotros/as nos hace falta esa profunda confianza: si servimos de verdad (no de apariencia, ni a medias) al Dios de Jesús, si somos de verdad (no de apariencia, ni a medias) discípulos y seguidores/as, testigos de Jesús, no hay que temer a nadie.

4.13. No busco yo nunca mis ventajas personales.

“Quiero agradecer las múltiples manifestaciones de solidaridad que me han llegado, con motivo de lo que dije el domingo pasado, de cierta noticia de peligro contra mi vida. Yo no le quisiera dar más importancia a este asunto porque estamos en las manos de Dios. Quiero agradecer también al señor presidente de la república, desde luego, la atención de escuchar mis homilías. Porque dicen que, cuando los periodistas le preguntaron si sabía de esta amenaza, dijo que lo había sabido por escucharlo en mi homilía. Muchas gracias, señor presidente, por escucharme. Pero también quiero agradecerle el haber ofrecido proporcionarme protección si yo se la solicitaba. Se lo agradezco, pero quiero repetir aquí mi posición de que no busco yo nunca mis ventajas personales, sino que busco el bien de mis sacerdotes y de mi pueblo.” (14 de enero de 1979)

Monseñor no acepta la llamada protección personal que el presidente de la República ha ofrecido a Monseñor. Está muy consciente que él no quiere ventajas o privilegios personales, sino que su mandato como pastor es luchar por el bien de su rebaño, *por el bien de “mis sacerdotes y de mi pueblo”*. Ahí está el problema. El señor presidente no quiere, no puede ofrecer protección ni a los sacerdotes, y aún menos al pueblo, a las y los pobres.

Hoy observamos como el trabajo de la fiscalía es tan parcial para proteger a unos (vinculados al poder y la riqueza) y para atacar agresivamente a otros. El fiscal parece estar borracho de la ansiedad por volver a ser electo y poder seguir sirviendo a sus amos. El claramente busca sus ventajas personales a pesar de sus discursos de show mediático. Podemos dar más ejemplos sobre como las leyes y el sistema judicial garantiza “ventajas personales” a los ladrones más grandes de los bienes del pueblo, mientras – para dar un ejemplo – una mujer que tiene un aborto involuntario y es descubierto por el médico, éste debe denunciarla y la mujer recibe 30 o más años de cárcel.

Me alegra ver como los pastores de las iglesias se han juntado para acompañar a su pueblo en defensa del derecho al agua y en contra de la privatización promovida por los partidos de la derecha. Hubiera sido aún más fuerte el signo si toda la conferencia episcopal de la iglesia católica se hubiera

hecho presente. ¿Sería que de todos modos temen perder ciertos privilegios al oponerse a las exigencias de la empresa privada?

4.14. Antes que mi seguridad personal, yo quisiera...

“Quiero decirle también que, antes de mi seguridad personal, yo quisiera seguridad y tranquilidad para ciento ocho familias y desaparecidos, para todos los que sufren. Un bienestar personal, una seguridad de mi vida no me interesa mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir esas diferencias sociales. Lo que yo quisiera del supremo Gobierno era un esfuerzo por garantizar esa verdadera paz que todos anhelamos, pero que no se puede conseguir con represiones y atropellos, sino con justicia social, que es lo que más urge entre nosotros.” (14 de enero de 1979)

Ese “*sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir esas diferencias sociales*” sigue vigente. Los programas sociales del gobierno del frente, por importantísimos que son, siguen siendo parches sobre un sistema fundamentalmente pecaminosa y destructor de la vida de las mayorías de nuestro pueblo. Con partidos de la derecha con mayoría en la asamblea no se puede avanzar hacia cambios “de raíz” – como decía Monseñor Romero – del sistema injusto y explotador. Toda violencia social que vivimos y que aterroriza a tantas familias es una de las grietas profundas de ese sistema. Uno se pregunta: ¿Por qué las mayorías (pobres) siguen votando por partidos de la derecha que son los representantes de los intereses del poder económico?

Monseñor Romero pide al gobierno esfuerzos “*por garantizar esa verdadera paz que todos anhelamos*”, esa paz “*con justicia social, que es lo que más urge entre nosotros*”. Justicia social, justicia económica, justicia política. Las palabras de Monseñor suenan hoy tan fuertes como hace 38 años. Además, añade que esa paz “*no se puede conseguir con represiones y atropellos*”. Estamos claros que grandes diferencias con la situación de represión que vivíamos en tiempo de Monseñor, sin embargo, el estado invierte muchísimo más dinero en acciones de represión que en prevención, y se ve muy poco o nada avance en la transformación de las estructuras de la sociedad salvadoreña.

4.16. Es la primicia de mi episcopado. (*El Padre Octavio Ortiz fue asesinado junto a cuatro jóvenes, en la casa de retiros El Despertar en San Antonio Abad, el 20 de enero. Fue ordenado por Monseñor Romero cuando éste era obispo auxiliar de Mons. Luis Chávez Gonzales en San Salvador*)

“Padre Octavio Ortiz, un joven sacerdote, nacido, apenas el 22 de marzo de 1944, en un cantón de Cacaopera, departamento de Morazán. Conservó su sencillez de campesino; sabía que la grandeza del hombre no es de apariencias, sino la verdad. A sus padres, don Alejandro Ortiz y doña Exaltación Luna, ambos también gloriosos de su estilo campesino – están aquí entre nosotros -, a ellos, lo mismo que a los parientes de los otros difuntos, nuestra condolencia. Vino a estudiar, el padre Ortiz, en nuestro seminario San José de la Montaña y yo tuve la dicha de ser el obispo que lo consagró sacerdote. Es la primicia de mi episcopado. Estrenó su sacerdocio en la comunidad de Zacamil, a la que amó siempre. Al momento de ser asesinado, el Padre Octavio Ortiz Luna estaba en plena actividad.” (21 de enero de 1979)

En el contexto de la misa de cuerpo presente de Padre Octavio y los jóvenes asesinados en El Despertar, Monseñor Romero recuerda que “la grandeza del hombre /de la mujer no es de apariencias, sino la verdad”. Lo había visto en Octavio. Pregunta es: ¿qué es la verdad? ¿Se trata

de mi verdad, la verdad de mi vida, de mis intereses, de mi espacio o se trata de la verdad de Dios, del Dios de Jesús? ¡Cuan difícil es hoy poder saber “la verdad” sobre los acontecimientos de la guerra, sobre los asesinatos (también de Monseñor Romero)! Los intereses de grandes (poder y riqueza) impiden que se investigue en serio y se conozca la verdad.

Pero también a nivel de Iglesia vemos muchas veces que las apariencias parecen ser más importantes que la verdad. Aparecer religioso, estar en grandes actividades de fervor religioso parece ser más importante que la verdad. Esta última – en realidad – solo puede brotar desde la cruz, desde el sufrimiento y la esperanza de las y los pobres. La sencillez de la vida de Jesús contrasta con la complejidad y grandeza de los ritos religiosos en las Iglesias. Y aún más cuando se da más importancia a ritos y leyes que a la práctica diaria del servir a las y los pobres. También entre las mismas comunidades, no siempre la verdad del Evangelio se impone sobre las apariencias. ¡Cuánto nos hace falta esa sencillez y esa verdad de la vida, como el Padre Octavio la vivió!

Gracias Octavio, por seguir desenmascarando apariencias en nuestra manera de vivir y de ser iglesia. Tu transparencia y tu entrega martirial nos cuestionan siempre. Gracias.

4.17. Les pido permiso para dejarlos un momentito en la orfandad. *Al día siguiente de la misa y entierro del Padre Octavio Ortiz y los cuatro jóvenes, Monseñor Romero debía partir a México, para asistir a la reunión de Puebla)*

“La gran expectativa que nuestro continente está sintiendo ante el viaje del Papa a México y la reunión de Puebla. Mi corazón se divide ante esta expectativa. El anhelo sincero de ir a encuentro con el Papa y con mis hermanos obispos del continente no en viaje de paseo, ni de descanso, sino en una búsqueda de un mejor servicio a la diócesis y en un deseo de aportar la riqueza insondable de nuestra arquidiócesis, que es grande, son ustedes, son sus comunidades, es su fe, es su sufrimiento, es su persecución.

Y siento, entonces, aquello de Pablo. Quisiera quedarme con ustedes en una hora tan dolorosa y tan peligrosa de nuestra Iglesia; pero, por otra parte, siento la necesidad de llevar toda esta voz para hacerla sentir en Puebla a las amplitudes del continente y del mundo. Y débil porque, aunque pastor, soy un pobre cristiano; sin embargo, siento que mi fe se robustece en el contacto con el romano pontífice. (21 de enero de 1979)

Por eso, hermanos, yo les pido permiso de dejarlos un momentito en la orfandad, para ir a llevar la riqueza de ustedes y a traer la fortaleza del Papa y de mis hermanos obispos, que se van a reunir en Puebla.” (21 de enero de 1979)

Es de recordar que la conferencia Episcopal no había delegado a Monseñor Romero, pero que pudo ir gracias a su compromiso en Caritas a nivel regional. Monseñor sabía que la reunión del episcopado latinoamericano en Puebla, a 10 años de la de Medellín, era muy importante para seguir descubriendo los caminos del Evangelio a la luz del Concilio y fiel a las angustias y las esperanzas de las y los pobres. Estaba consciente también que muchos en el continente estaban ansiosos por encontrarse con él y de conocer más de su experiencia como arzobispo. Estaba consciente de “la riqueza insondable de nuestra arquidiócesis”. Y ésta no eran los edificios, ni riquezas o poderes, sino la riqueza de la iglesia era “ustedes, sus comunidades, su fe, su sufrimiento, su persecución”. El pastor conoce su rebaño, camina con él y comparte su vida, también en la hora del dolor y de sufrimiento.

El mensaje de Medellín (donde no estuvo) y de Puebla fortaleció a Monseñor Romero en su comprensión de la realidad a la luz del Evangelio y cercano a la cruz que carga el pueblo. Han sido acontecimientos históricos que produjeron documentos de gran inspiración y motivación cristiana, que debemos retomar y profundizar.

4.18. Me siento profundamente alegre con ustedes.

“Lo más bello de un viaje, cuando se ama la tierra propia, es el regreso. Me siento orgulloso, satisfecho, profundamente alegre con ustedes. Es el retorno al hogar. Agradezco al padre Cortés esas frases tan sinceras tan fielmente intérpretes de los sentimientos que ustedes han rubricado con esos aplausos tan generosos, tan espontáneos. Queridos hermanos, al regresar de Puebla, se me agolpan muchas ideas, es tan intenso lo que acabo de vivir que no lo puedo narrar en este breve y emotivo encuentro.” (16 de febrero de 1979)

A pesar de los grandes problemas que sufre el pueblo y la iglesia, al retornar de Puebla Monseñor Romero expresa como se siente orgulloso, satisfecho, alegre con su pueblo en catedral. Ha podido dar fe de la experiencia eclesial profética y martirial que vive su pueblo. La voz de los sin voz se escuchó mucho más allá de las fronteras de la Iglesia local.

El pastor se alegra a estar de regreso con su rebaño, no importa lo pesado de la cruz, no importa lo difícil la misión de pastorear con Jesús. ¿cuántos sacerdotes, animadores/as de comunidades realmente se siente agradecidos, felices, alegres con su pueblo? Esto solamente puede darse como gracia, como gran regalo, cuando el pastor carga con la cruz de su pueblo, cuando se está muy cerca de la vida real de las y los pobres. Tenemos muy pocas fotos de Monseñor Romero donde aparece con una cara de sonrisa o riéndose, sin embargo en medio del dolor del pueblo, nunca perdió su profunda alegría: estar cerca de las y los pobres.

4.19. Ustedes son mi mejor condecoración

“Yo les decía, cuando me preguntaron, por ejemplo, qué sentía yo con la postulación al premio Nobel: “No trabajo por eso, trabajo por el Evangelio.” Para mí, queridos hermanos, más que el premio Nobel, es esto que estoy viendo en mi catedral, ustedes son mi mejor condecoración, ustedes son mi alegría.” (16 de febrero de 1979)

Estaba agradecido por su postulación para el premio Nobel de la Paz, pero eso no era su mayor interés. Su verdadera alegría y su verdadero reconocimiento (condecoración) era su pueblo reunido ahí en catedral o allá en sus cantones o apartamentos escuchándole por radio. “Yo trabajo por el Evangelio”. Más corta no puede ser la expresión del compromiso del pastor. Ahí estaba su “norte”. Jesús y el Evangelio eran su brújula, su objetivo, su misión, su entrega diaria. Monseñor sabía muy bien que no se trata de un Jesús de “pelo amarillento, de piel blanca, de túnica sin mancha, de pies limpios,...” (como aparece en muchas estampas de devoción), sino de ese Jesús que caminaba con su pueblo, con los pobres de Galilea, exprimidos por los impuestos a pagar.

En realidad, tendremos que preguntarnos. ¿Por qué o por quién trabajamos? ¿Podemos decir con honestidad: “trabajo por el Evangelio”?

Era de esperar que al final no le dieran el premio Nobel a Monseñor Romero sin a la Madre Teresa de Calcuta. En un mundo de profunda injusticia es menos incómodo reconocer el valioso trabajo asistencial de Madre Teresa a las y los pobres (por muy necesario que sea), que reconocer la voz profética que denuncia la pobreza, la causa de la pobreza, y que se enfrenta con los ídolos del poder y de la riqueza. Hasta en el espacio de los premios Nobel vale lo que Helder Camara dijo una vez: si doy de comer al pobre me llaman santo, si pregunto porque es pobre me llaman comunista.

4.20. Traigo el corazón lleno de amor para todos.

“No les canso más, hermanos, muchas gracias por haber venido y a quienes se suman a esta muchedumbre que no cabe en la catedral – allá en el anonimato de sus aparatos de radio estarán muchos escuchando esta palabra -, sepan que traigo el corazón, como siempre, lleno de amor para todos, no guardo resentimiento para nadie. (16 de febrero de 1979)

Traer el corazón lleno de amor para todos. Para que no sea una frase en el aire, debe concretarse en la realidad. Lo mismo vale lo contrario: el no guardar resentimiento para nadie. A veces da la impresión que entre los humanos lo más común es encerrarnos en un pequeño grupito de (unos) familiares y/ o amigos. Ahí llevamos el corazón lleno de amor, pero hacia afuera guardamos resentimientos, especialmente con aquellos con quienes en un momento dado hemos tenido algún conflicto. Llevar a los demás en el corazón exige revisar toda forma de liderazgo. El mensaje de las palabras y de la vida, el testimonio del auténtico servidor, debe transmitir el amor, ofrecer el amor, estar dispuesto a recibir el amor.

Llevar el corazón lleno de amor para otros, es sumamente difícil si se trata de personas que viven de una manera diferente, hasta opuesta a la nuestra. ¿Cómo llevar el corazón lleno de amor para las familias de pandilleros, para con sus hijos/as? ¿Cómo llevar el corazón lleno de amor para aquellos que nos niegan, nos desconocen, nos critican?

4.21. El que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado.

“Crean que lo pronuncio con toda sinceridad, hermanos: el que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado. Y desde el principio, he dicho que acepto con gusto las críticas cuando son constructivas y tratan de hacerme mejor de lo poco que puedo ser. Y, en verdad, pido perdón a todos aquellos a quienes el mensaje no se lo haya sabido traducir debidamente, pero sepan que no hay ni orgullo ni mala voluntad ni tergiversación de lo que el Evangelio me manda a predicar a esta arquidiócesis que se ha encomendado.” (18 de febrero de 1979)

Monseñor coloca la responsabilidad a su lado, pidiendo perdón a *“quienes el mensaje no se lo haya sabido traducir debidamente”*. Creo que ahí está uno de los grandes obstáculos en el camino del Evangelio: los mensajeros, los testigos no sabemos traducir debidamente el mensaje de Jesús para nuestro tiempo y nuestra realidad. Nuestras propias comodidades, nuestra manera tradicional de actuar y de hablar sobre la Iglesia y el Evangelio, nuestra haraganería y perezas ante la misión del Reino de Dios, son nuestras responsabilidades. No es que la gente no quiere escuchar ni hacernos caso, sino que nosotros no sabemos escuchar para *“traducir debidamente”* el Evangelio.

“El que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado”. Monseñor se abre a escuchar a aquellos que consideran que anda mal, que se equivoca, que traiciona el camino. Solo pide que sea de manera constructiva con un sincero deseo de ayudarlo y no para destruir. Creo que en realidad necesitamos a los demás alrededor de nosotros para que – como ver en un espejo – nos ayuden a ver quiénes somos de verdad y qué significa en realidad lo que decimos y hacemos. Ante quienes llevan responsabilidad alguna en la iglesia, las y los demás muchas veces no “denuncian”, no sirven de caja de resonancia. Lo veo también en las comunidades eclesiales de base. Y por último nos cuesta aún más hacer el tiempo y el espacio para que en el silencio de la oración Dios mismo pueda decirnos (ahí en la celdita de la conciencia) su Palabra sobre nuestro actuar. Tan fácilmente nos hacemos nuestros propios jueces justificando nuestra manera de vivir y de actuar.



4.22. Un sentimiento humano y patriótico me lleva a sentir como mío el dolor...

“En San Miguel, también se ha vivido una semana de terror. Después de la captura y asesinato del profesor Oliverio Gómez y de José Leocadio Umanzor Guevara, empleados del hospital san Juan de Dios, se ha implantado una situación de miedo. Son numerosas las personas que relatan los indiscriminados cateos y capturas realizados en operativos militares. Me doy cuenta, también, de que el terror no ha cesado en Tecoluca. Aunque no son mis diócesis San Miguel, ni San Vicente, por un sentimiento humano y patriótico me lleva a sentir también como mío el dolor de estos ciudadanos que temen por la suerte de sus seres queridos.” (18 de febrero de 1979)

Ya el inicio de la investigación y los estudios de los escritos del Padre Romero cuando era párroco en San Miguel, hacen ver que ha sido siempre un verdadero “patriota”, un amante de la patria. Soñaba con una patria donde se vive la justicia y la fraternidad, y donde la paz sea la cosecha. Cuando no se da eso, cuando reina la angustia por la represión, Monseñor Romero siente como propio el dolor de las víctimas.

¡Cuánto nos hace falta esa tremenda capacidad – tan humana y tan divina – de sentir como propio el dolor de otras personas, otras familias, otros pueblos! En el país se habla de números. Números de asesinatos, números de asaltos, números de extorciones, números de pandilleros capturados y de policías heridos y muertos. Los medios de comunicación masiva juegan con las imágenes de la muerte. Pero en realidad ¿quiénes sienten como propio el dolor ajeno? ¿qué pasa con la solidaridad para con las víctimas? Y aún más ¿qué pasa con la misericordia también hacia los presos, hacia aquellos que destruyeron otras vidas y se deshumanizaron, hacia aquellos que viven en los infiernos de las cárceles (sobrepoblados unas y otras en total aislamiento)? Decimos ser un país cristiano, pero muy poco se ve de la misericordia divina también hacia los pecadores.

4.23. Ustedes son mi carta de recomendación

“Y yo les puedo decir a ustedes con gran orgullo, hermanos: “Ustedes son mi carta de recomendación”, Y cuando he escuchado aquí la carta de un seminarista diciendo, también, que están solidarios con el obispo, pensaba yo en esto de San Pablo; ¡Ustedes, queridos seminaristas, son mi carta de recomendación! ¡Gracias por ser para mí, también ustedes, una recomendación tan válida! Y por eso, les suplico que seamos dignos de esta presencia de Cristo en medio de la comunidad. Yo soy el primero en sentir mis deficiencias, mis limitaciones, pero sé que ustedes – sacerdotes, religiosas, comunidades eclesiales, familias cristianas –, viviendo santamente la presencia de Cristo en su pueblo, suplen las deficiencias de su propio pastor y, unidas en él, le dan a la arquidiócesis una fisonomía que verdaderamente vale la pena ser un católico de nuestra arquidiócesis.” (25 de febrero de 1979)

La comunidad eclesial a nuestro cargo (con sus deficiencias y sus fortalezas) es la carta de recomendación, es espejo del trabajo y de la entrega del animador/a, del pastor, del sacerdote, del obispo. Monseñor Romero estaba orgulloso de su Iglesia arquidiocesana porque veía la vida (en cruz y resurrección) de sus comunidades. Hay que tener cuidado que las euforias religiosas (sea en sus expresiones tradicionales o más actuales como las memorias de mártires) no se conviertan en la actividad principal y olvidemos aquella palabra de Jesús pidiendo bajarse del Monte Tabor, ahí en la llanura de la vida. Ahí se juega la vida.

Llama a animadores/as y sacerdotes a *“vivir santamente la presencia de Cristo en su pueblo”*. Las relaciones de eclesiásticos con los poderes políticos y económicos, los graves abusos y sus encubrimientos, promotores de “más misas y menos comunión” – como leí hace poco – deben cuestionarse profundamente. Cada cristiano/o tiene la misión de vivir la presencia de Cristo en la historia y, además, hacerlo “santamente”, es decir, en radicalidad.

Así la comunidad misma tiene la responsabilidad de ser esa carta de recomendación de su pastor (a cada nivel). Si la comunidad es tibia – pienso ahora en las cartas a las Iglesias del libro del Apocalipsis –, fría, poco dinámica, sufre de reunionitis o cualquier otra flaqueza ante la exigencia de la santidad, su carta de recomendación sobre su pastor, animador/as reflejará todo esto. Y al fin y al cabo no habrá tanta “recomendación”.

4.24. Reconozco mis limitaciones y mis miserias.

“¡Nada sin el obispo! Por eso, dije antes: reconozco mis limitaciones y mis miserias, pero no puedo renunciar al papel que Cristo me ha encomendado, de ser el signo de la unidad, de la

doctrina, de la verdad de la Iglesia en la arquidiócesis. Y por eso, me duele cuando hay tantos sentimientos disidentes no solo de laicos, cuya ignorancia se puede comprender cuando son enemigos de la Iglesia y serviles de otros ídolos interesados en la tierra; pero es doloroso cuando esa disidencia se anida en el corazón de quien debía ser colaborador íntimo, cordial del obispo. Yo sé, con tristeza, que algún sacerdote se avergüenza de pronunciar mi nombre en la oración de la misa; donde es obligación de todo sacerdote, como signo de unidad con su obispo, pedir nominalmente por su obispo. Si alguien no tiene ese sentimiento de solidaridad, ¿qué está haciendo en la diócesis?” (25 de febrero de 1979)

Cuando el profeta andaba con nosotros en los años 77 – 80 había sacerdotes que no comulgaba con él, que lo odiaban, que lo callaban, que lo calumniaban, que se prestaron a reforzar el odio de la oligarquía para con Monseñor. Es tan difícil discernir en Espíritu y Verdad la autenticidad de la palabra profética, especialmente cuando su mensaje nos saca de la comodidad, del “museo”, de los ritos y nos exige escuchar a las y los pobres. Algo semejante está sucediendo alrededor del papa Francisco. Monseñor sufrió por eso. Aun conociendo sus propias limitaciones estaba consciente que debía cumplir su papel como pastor. Quizás es difícil articular la misión de profeta de Dios ante “tanta injusticia, tanta mentira, tanta muerte” y la misión del pastor que debe ser signo de unidad de la diócesis. Es la tristeza de un país, de un continente con ropaje externo católico / cristiano, pero con el corazón al servicio de los ídolos del poder y de la riqueza, o siendo víctimas de esos. Cuando los ídolos utilizan el ropaje católico, los bautizados estamos totalmente divididos.

A pesar de todo, Monseñor cuestiona fuertemente a aquellos sacerdotes que no tienen ese “*sentimiento de solidaridad*” con él como arzobispo y les dice “*¿qué están haciendo en la diócesis?*”. En un tiempo de tanta crisis como esos años, esa solidaridad no significa santificar toda acción o toda palabra del arzobispo. Pero Monseñor siempre pedía apertura para dialogar con él, para compartirle las inquietudes.

Creo que de todo esto las comunidades – abandonadas por la jerarquía o rechazadas por párrocos – deberíamos acercarnos mucho más al arzobispo y mantener abierto el diálogo con él. La voz profética desde las CEBs sonará mucho más auténtica si suena en la unidad alrededor del arzobispo.

4.25. Yo no quiero ser un ‘anti’, un ‘contra’ nadie.

“Yo quisiera reafirmar esto, queridos hermanos, lo que hacemos en la arquidiócesis no es una rivalidad contra nadie. Yo no quiero ser un “anti”, un “contra” nadie; simplemente, quiero ser el constructor de una gran afirmación: la afirmación de Dios que nos ama y nos quiere salvar.” (25 de febrero de 1979)

Monseñor resume su misión como “*ser el constructor de una gran afirmación: la afirmación de Dios que nos ama y nos quiere salvar*”. Esta afirmación suena doctrinal y fácil de repetir en catecismos y clases de doctrina a niños/as para su primera comunión. Monseñor dice que quiere ser “el constructor” de esa afirmación, el arquitecto de esa realidad donde Dios nos ama y quiere salvarnos. Ya no es cuestión de doctrina, sino de práctica. No cuesta repetir contantemente los credos (hasta en sus términos teológicos de hace siglos en respuesta a la problemática de aquellos siglos) y además no compromete. Esto se ve en la realidad. Durante 500 años en las iglesias se ha rezado los credos y seguimos siendo el continente injusto y violento. Hay que construir un pueblo donde

aceptamos en la práctica que Dios nos ama y nos convoca a ser parte de la salvación de todos y todas.

Esta aceptación solo será auténtica desde la convivencia solidaria y rebelde con las víctimas de la historia de ayer y de hoy. Dios mismo se hace la voz de los sin voz y nos habla en aquella celdita en nuestra conciencia. Por eso, es tan fundamental la actitud de oración (en la forma que sea), pero orar como escucha constante de Dios. Aceptar, creer que el Dios de Jesús, su Padre y nuestro Padre, de verdad ama a todos/as, nos compromete a transformar nuestra vida al servicio de la transformación de la historia. Claro esta transformación, conversión constante será más difícil en la medida que uno y su familia y su entorno está poseído por los ídolos del poder, de la riqueza, de la distracción (con las redes sociales). Y fácilmente tendemos a justificarnos mientras nos escondemos en ritos y doctrinas.

Ser esos constructores de la verdad del amor de Dios. Gran misión para todos y todas.

4.26. Yo tuve la emoción de recibir a esa ancianita.

“Una nota feliz. En Tonacatepeque, fiesta centenaria del domingo pasado. Se escogió, como símbolo a una viejita de ciento catorce años. Sebastiana Jiménez, la cual al recibir de las autoridades civiles una coronita de laurel, dijo que no era ella que la merecía, sino yo; y que la iba a traer al arzobispo. Yo tuve la emoción de recibir a esta ancianita, acompañada de otras jóvenes, y que me pusiera ella misma la corona en mi cabeza, para luego depositarla en el altar. Hoy les suplico que, en esta misa, oremos mucho por ella, porque la emoción de aquella ancianita me pareció un reflejo de aquellos ancianos que en Jerusalén saludaron la redención del cristianismo: el anciano Simeón y la anciana Ana.” (25 de febrero de 1979)

Muchas las personas ancianas llevan en su vida una verdadera bendición para otros/as. Nuestros pueblos originarios estiman profundamente los aportes de “los ancianos/as” a su comunidad y a su pueblo. Son los que vivieron los valores humanos profundos, los que los han esperado, vivido y sufrido. También en la tradición bíblica aparecen muchos ancianos/as como testigos fieles de la presencia profética de Dios mismo.

Estos próximos días estaré celebrando con mi familia los 95 años de mi madre. Con las palabras de Monseñor puedo decir: tendré la emoción de estar unos días con ella en su apartamento, escuchando sus relatos, su experiencia de vida, sus sufrimientos y esperanzas.

4.27. Si no he estado esta semana, no ha sido por huir a las dificultades.

“Si no he estado esta semana, hermanos, no ha sido por huir de las dificultades; fue por atender una invitación del Instituto Internacional del Corazón de Jesús, que organizó un seminario de teología y pastoral sobre el culto del Sagrado Corazón en la bella ciudad de Santo Domingo, República Dominicana.” (25 de marzo de 1979)

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha sido parte de la vida diaria, de la vida espiritual de Monseñor Romero. A veces se piensa que las devociones tradicionales impiden que los devotos estén comprometidos con el Pueblo de Dios en sus esperanzas y sus luchas. En Monseñor se observa lo contrario. Más bien podemos preguntarnos qué pasa y qué pasará con las nuevas generaciones

que hemos tomado distancia de toda clase de devociones tradicionales: ¿de dónde sacaremos las fuerzas para resistir las lucha? ¿En quien confiar? ¿Quién nos escuchará?

Monseñor está pendiente de todo lo que pasa en el pueblo y en la Iglesia. Su ausencia temporal le pesa y explica a su pueblo, aclara: *No he huido de las dificultades*. Su preocupación es esa cercanía en medio del dolor y el sufrimiento, la angustia de tantos/as. ¿Quién de nuestros pastores de hoy está tan preocupado por su presencia y cercanía en medio de su pueblo que sigue sufriendo? Por supuesto es un cuestionamiento hacia cada animador/a de comunidades.

4.28. Pido perdón por no haber servido con toda entereza al pueblo.

“Nuestro clero se va a reunir esta semana, el martes, en San José de la Montaña, para celebrar una ceremonia penitencial, en la que todos los sacerdotes nos vamos a confesar mutuamente y vamos a celebrar, como debe de hacerlo todo buen cristiano, el sacramento de la reconciliación. Si somos pecadores – sobra que nos lo diga - , también somos penitentes y pedimos perdón. Y yo, ya desde este momento y en nombre de todos mis queridos sacerdotes, pido perdón por no haber servido con toda entereza, con que el Evangelio nos pide, al pueblo, al que tenemos que conducir; por haberlo confundido, a veces, suavizando demasiado el mensaje de la cruz, que es duro.” (1 de abril de 1979)

Monseñor comparte dos interrogantes fuertes. ¿Estamos sirviendo de verdad con toda entereza, así como el Evangelio nos pide? ¿Estamos suavizando el evangelio porque las exigencias son duras? El Evangelio es duro, porque la vida y la historia humana se han desarrollado y siguen empujando en contra del Reino de Dios. Se prefiere servir a los ídolos de poder y riqueza, esclavizando y excluyendo a las grandes mayorías. En vez de compromiso evangélico nos deslizamos fácilmente hacia una religión celebrativa, con tradiciones antiguas y con expresiones nuevas.

Dentro de unos días Monseñor será declarado oficialmente santo de la Iglesia católica romana. Eso es posible porque ha sido santo, se hizo santo junto con su pueblo y coronó esa vida con el martirio. Hoy solo es – para decirlo así – la puesta de la corona de oro. Estoy consciente que no soy una figura de celebraciones y fiestas. Pero me preocupa que se invierta tanta energía en esa fiesta de la canonización. Para mi el día principal no es ni el 13 o el 14 de octubre, sino el 15 y adelante.... ¿Qué habrá cambiado o qué cambiará en nosotros, en los partidos políticos, en las fábricas, en las calles, en las iglesias a partir del 15 de octubre? Tendremos un santo oficial en El Salvador. Qué bien que se haya reconocido oficialmente. Pero ¿quién asumirá las consecuencias de ese paso de Dios por nuestro pueblo? Y surgen las preguntas del mismo Monseñor Romero: ¿No estaremos suavizando tanto el mensaje del santo de tal manera que ya no nos afecte, que ya no nos cuestione, que ya no nos pone en el camino del Evangelio, el camino de Dios?

4.29. Si mi persona cae repugnante...

“Si mi persona cae repugnante y, por eso, se quiere callar mi voz, no se fijen en mí, fíjense en aquel que les manda a decir: “Ámense unos a otros”. No es a mi a quien oyen, sino al Señor del amor, que nos quiere, precisamente, suyos por esta característica del amor.” (12 de abril de 1979)

Monseñor pide que nadie se fija en su persona (si cae bien o cae mal), sino en el mensaje fundamental: “Ámense unos a otros”. No es la figura del que predica, sino el mensaje en toda su radicalidad. Por supuesto muchas veces la conducta, la actitud, el actuar del “pastor” puede convertirse en una puerta abierta al evangelio o bien – y se ha dado muchas veces – un obstáculo para la fe de otros. Si no somos congruentes con el mensaje del Evangelio, nadie nos entenderá. Monseñor Romero, sabiendo que está en la verdad, sabe que los “hijos de la oscuridad” no lo quieren. Aun así los llama a escuchar el mensaje: ámense unos a otros, a escuchar “al Señor del amor”.

Es evidente que esos hijos de la oscuridad no le hicieron caso. En vez de amar odiaban más, hasta decidir el asesinato de Monseñor y de miles en nuestro pueblo. Hoy, los hijos de la oscuridad hasta no tienen pena por utilizar su nombre en la campaña electoral cuando consideran que así pueden demostrar que también ellos creen en Monseñor. Siguen siendo hijos de la oscuridad que tienen mucho poder.



Monseñor Romero participa en la celebración de los cien años de una anciana en Tonacatepeque.

4.30. Estoy dispuesto a seguir predicando en defensa del querido pueblo. *(Juan Pablo II envió a Monseñor Antonio Quarracino como visitador apostólico para que investigara la situación de la arquidiócesis. Después de la visita, Quarracino recomendó al Papa nombrar un administrador apostólico sede plena que sustituyera a Monseñor Romero en la dirección de la arquidiócesis)*

“Veré al Papa y platicaré con él. Y nunca he estado opuesto a la línea del Papa. Seguiré todo lo que el Papa dice. Ya sé que allá, adelante, están muchas denuncias contra mí. Hay muchas informaciones que están diciendo de lo torcido de mi pastoral: y sé que el Papa, pues, me preguntará, aunque le diré: “Santo Padre, usted ya envió una visita apostólica que pudo consultar a muchos testigos, al pueblo, y no hago más que remitirme a lo que Su Santidad disponga; pero de mi parte sepa que he predicado el Evangelio y que estoy dispuesto a seguir predicando, en defensa del querido pueblo que el Señor me ha encomendado, ese Evangelio del Señor.” (22 de abril de 1979)

Con toda humildad y honestidad, ante Dios y ante su pueblo, Monseñor Romero comparte lo que dirá al Papa: *“he predicado el Evangelio y estoy dispuesto a seguir predicándolo en defensa de mi querido pueblo, el Evangelio del Señor”*. Sabiendo que hay mucha mala y desinformación de parte de los “interesados que él se calle” y que hasta el mismo enviado del Papa ha pedido su destitución, Monseñor confía en la verdad de su misión evangelizadora en defensa de su querido pueblo. No puede ver una separación entre evangelizar, predicar el Evangelio y, la defensa del pueblo explotado y reprimido. La defensa de los derechos humanos es la cara práctica de la predicación del Evangelio, es su puesta en práctica.

A Monseñor Romero no lo han rechazado, criticado por su doctrina eclesial, sino por la práctica de la evangelización, por asumir las causas de los crucificados y reconocer en ellos el grito de Dios mismo, el grito de Jesús en la cruz. En la historia de la Iglesia hay tantos períodos que se predicaba en palabras sobre la doctrina y se leía textos del evangelio (por supuesto en latín, lo que el pueblo no entendía), mientras se convivía con la más cruel destrucción de la vida de millones del pueblo pobre, hasta justificar la explotación, la esclavitud, el abuso, la tortura, la represión,... Un “farisaísmo” total. Monseñor Romero rompió con eso. Predicar el Evangelio de Jesús era a la vez la práctica de la defensa de la vida.

A pesar de su total disponibilidad para servir a la Iglesia como pastor, también confía en la palabra del Papa. Su comunión con Roma era algo fundamental de su vida, Algo que le daba plena confianza. Ha tratado de vivirla intensamente. Menos mal que no se dio, pero si hubiera sido destituido con humildad lo hubiera aceptado en plena “obediencia”. Hoy, frente a su canonización todos aquellos que lo criticaron, que lo rechazaron y lo mataron, quedan en lo ridículo de su actuación, de su fe: han estado en pecado no reconociendo la presencia de Dios en este pueblo, en este pastor fiel.

4.31. Para mi es un nuevo motivo de estímulo.

“Yo siempre creo que lo mejor de un viaje es el retorno al hogar. Trayendo pues, a ustedes de Roma emociones nuevas, mi retorno a ustedes es lo más grande de mi viaje y les agradezco que en esta iglesia de El Rosario, convertida en un hogar donde estamos como familia, me hayan dado una acogida tan calurosa que para mi es un nuevo motivo de estímulo para seguir conviviendo y compartiendo las alegrías y las tristezas, las preocupaciones, las tragedias, las angustias y las esperanzas de este pueblo que, juntos, vamos peregrinando.” (13 de mayo de 1979)

Monseñor Romero se siente animado, estimulado por la acogida que recibe de su pueblo sencillo. Se trata del estímulo para *“seguir conviviendo y compartiendo las alegrías y las tristezas, las preocupaciones, las tragedias, las angustias y las esperanzas de este pueblo que, juntos, vamos peregrinando.”* La misión del pastor de convivir con su pueblo, de compartir las angustias y las alegrías. Monseñor Romero no vivía aislado, sino su vida era su pueblo. Su pueblo era su casa. Ahí podía sentir el dolor del pueblo, sus angustias y tristezas, pero ahí también logró captar sus esperanzas en un futuro nuevo. Esta experiencia le dio la fuerza humana de su misión divina: ser profeta auténtico del Dios del pueblo.

Es animador y estimulante encontrarse con sacerdotes, animadores de comunidades, que conviven de esa manera con su pueblo. Me ha llamado la atención como el arzobispo actual de San Salvador – a quien no conocía – ha recibido nuestra representación de CEBs y como nos ha escuchado, como quiere ser parte de nuestra celebración de los 50 años de CEBs desde Zacamil, hasta presidir la

eucaristía de ese día. Ojalá que esos encuentros hayan sido para él también motivos de estímulo para asumir su misión profética como lo hizo Monseñor Romero.

4.32. Me he sentido muy orgulloso de mi arquidiócesis.

“¡Qué bonito terminar la primera lectura de hoy!: “En tanto, la Iglesia iba creciendo en fidelidad al Señor y se iba extendiendo más bajo la fuerza del Espíritu”. Y créanme, ahora cumplo el deber de decirles, me he sentido muy orgulloso de mi arquidiócesis cuando he recorrido mundos tan diversos, porque por todas partes se habla de nosotros y se quiere conocer la experiencia de nuestra Iglesia.” (13 de mayo de 1979)

Una Iglesia que va *“creciendo en fidelidad al Señor y extendiendo más bajo la fuerza del Espíritu”*. Monseñor sentía que esto estaba sucediendo en su arquidiócesis. Llamaba a formar más y más comunidades eclesiales de base. Llamaba a los movimientos laicales, a las y los religiosos a comprometerse con la causa del pueblo. Y estaba sucediendo.

He sido testigo de la experiencia de las CEBs, encarnada en la realidad de las y los pobres. Esto solo puede ser bajo la fuerza del Espíritu de Dios mismo. Tanta generosidad, tanta entrega y servicio, tanto esfuerzo misionero en la formación de nuevas comunidades.

A la vez me siento un tanto preocupado porque la vida interna (amistad, solidaridad, fraternidad) de nuestras CEBs no va en sintonía con la misión evangelizadora. No estamos formando nuevas comunidades eclesiales de base. ¿Qué significa hoy vivir y crecer “en fidelidad al Señor” y “extendernos más bajo la fuerza del Espíritu”? Tenemos que valorar los pasos pequeños. Sin embargo, debemos ir venciendo los miedos y los prejuicios (de no nos escucharán). No somos otra Iglesia, sino una experiencia o un modelo propio de la misma Iglesia, pero nos hace falta vivir con mucho más intensidad esa fidelidad al Señor extendiendo la experiencia bajo la fuerza del Espíritu.

4.33. Hagan la experiencia, hermanos, yo he tratado de hacerla muchas veces.

“No hay derecho para estar tristes. Un cristiano no puede ser pesimista. Un cristiano siempre debe de alentar en su corazón la plenitud de la alegría. Hagan la experiencia, hermanos; yo he tratado de hacerla muchas veces, y en las horas más amargas de las situaciones, cuando más arrecia la calumnia y la persecución, unirme íntimamente a Cristo, el amigo, y sentirse íntimo de Dios, aún cuando el hombre no lo comprenda a uno, es la alegría más profunda que pueda hacer en el corazón.” (20 de mayo de 1979)

Monseñor comparte ahora su propia experiencia orante en medio de las grandes tribulaciones. Menciona “unirme íntimamente a Cristo, el amigo” y “sentirse íntimo de Dios”. Solo una persona de profunda oración puede hablar de esta manera. También en situaciones de incompreensión, de sufrir calumnia y acusaciones falsas, en medio de la más profunda inseguridad, la persona orante confía en el Dios de Jesús. Hay que haber tenido la experiencia de ir conociendo cada vez más a Jesús (Dios encarnada en la historia humana) en el propio camino de la vida y de la fe. No basta recordar algunas citas bíblicas, sino se trata de la experiencia viva de encuentro con Cristo que nos habla hoy. Pueden haber muchas formas o caminos de oración. Monseñor nos invita: hagan la experiencia (de la oración). Hasta en la noche más oscura la persona creyente y orante encontrará el gozo de estar en las manos y el corazón de Dios.

Así Monseñor Romero nos llama hoy también a vivir esa alegría del Evangelio. Esa solo brota desde la profundidad de nuestra conciencia en relación íntima con el Dios de Jesús. No es evidente en un mundo que nos absorbe cada vez más, tanto por los compromisos laborales, por la sobrevivencia, por los problemas en la familia, por la violencia en que vivimos, por la atracción venenosa de los medios de comunicación y las llamadas redes sociales. ¿Dónde encontrarnos con el Dios de Jesús en el silencio profundo del corazón? Jesús se retiraba a orar, de noche, a media noche, de madrugada, nos dicen los evangelios. Para orar hay que poder y saber “retirarse” de la cotidianidad y el trajín de cada día. ¿Sería que también nosotros necesitamos el silencio de la noche o de la madrugada?

4.34. Si en algo me entristece mi ministerio es el rechazo. *(El 1 de junio de 1979, Monseñor dice en su diario pastoral que ha recibido una nota del escuadrón de la muerte Unión Guerrero Blanca con amenazas de muerte si no cambia su predicación)*

“Si en algo me entristece mi ministerio es el rechazo que se le da muchas veces, como si yo quisiera hacerles el mal y no el bien. Solo me consuela que Cristo también, que quiso comunicar esta gran verdad, también fue incomprendido y lo llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte, como me han amenazado a mí estos días.” (3 de junio de 1979)

Estamos a dos días de su canonización. Cada vez más reconocemos como Monseñor Romero, el pastor fiel, ha recorrido el camino de Jesús mismo. No sé en que medida el mismo estaba consciente de esto. En esta cita sí se consuela al reconocer que también a Jesús lo llamaron revoltoso, lo sentenciaron a muerte, fue incomprendido. Y podemos contextualizarlo más: La incompreensión, el rechazo, la condena vinieron tanto de las autoridades religiosas como de las políticas. El sistema religioso – político no aceptó la palabra de vida, ni la práctica liberadora de Jesús, no aceptaba la palabra profética de Monseñor Romero. El sistema del templo dentro de la provincia judía del imperio romano no aceptó la opción por los pobres, enfermos, ciegos, cojos, sordos, paralíticos, poseídos, los excluidos de la sociedad y la religión. De la misma manera el mismo sistema religioso (católico en este caso) – político de El Salvador no aceptó la defensa de las y los pobres, así como Monseñor Romero la asumió, siendo la voz de los sin voz.

Monseñor se siente triste por ese rechazo de su ministerio, de su servicio a la verdad y el bien común para todos y todas. Jamás estaba pensando en dañar a alguien. Pero la luz empuja la oscuridad. El amanecer empuja la noche y así va aclarando. En El Salvador, en aquel tiempo y hoy, las fuerzas de la oscuridad (corrupción, poderes económicos oligárquicos e imperiales, la inoperancia del sistema judicial, la ceguera de los políticos borrachos de poder, los engañosos medios de comunicación,...) no permiten que llegue la luz, que llegue el día de la plenitud de la vida para las grandes mayorías. Monseñor se siente triste y comparte esta tristeza con su pueblo en catedral. Al reconocer que su experiencia es la del mismo Jesús, encuentra consuela y fortaleza. En su corazón la luz era más fuerte. Nadie ni nada lo iba a detener.

Ojalá que algún día podamos asumir las causas de las víctimas de la misma manera como lo hizo Monseñor, tratando de ser testigo de la luz en medio de la oscuridad. Encontraremos consuelo reconociendo que nuestro camino (siendo rechazado, condenado,...) es el de Monseñor Romero, el de Jesús. Pero también al revés. Si nuestro camino de fe y nuestra práctica no es coherente con el de Monseñor, algo grave estaría sucediendo.

Quinta parte. NO ABANDONARÉ A MI PUEBLO.

5.1. ¡Qué grave es la situación en nuestra patria! *Fragmento de la homilía en el funeral del Padre Rafael Palacios, asesinado el 20 de junio de 1979.*

“El Padre Rafael, el sábado por la noche, me buscaba, llevándome una carta donde me contaba la amenaza que el jueves ya le había hecho la UGB: le había pintado la fatídica mano de la venganza en su carrito; y cuando ayer, mejor dicho, antier, el padre Palacios, que estuvo conmigo dirigiendo una reunión de la vicaría de su parroquia, la vicaría de Mejicanos, al terminar, me decía: “Hoy que han matado a un militar y yo tengo esa amenaza, algo grave va a pasar en Santa Tecla”. Sentía el temor. Y así fue. Me pareció que era algo exagerado, pero cuando ayer me sorprendía la trágica noticia pensé: ¡Qué grave es la situación de nuestra patria”! .21 de junio de 1979)

Mañana en la madrugada será la canonización de Monseñor Romero. Hoy escucho su expresión: “qué grave es la situación de nuestra patria”. Estamos en plena fiesta y júbilo por el reconocimiento oficial de su santidad, pero la patria está mal. Hoy los medios de comunicación redujeron sus espacios sobre los homicidios y dan voz al acontecimiento en Roma. Por las lluvias de la semana que está terminando supimos que más de 6000 familias de pescadores artesanales se habían quedado sin trabajo (no se pudo entrar al mar a pescar). El estado tuvo que darles una limosna de 50 \$ en forma de víveres de la canasta básica. Es bueno y necesario, pero dejar ver qué grave es la situación de miles de familias: solo sobreviven del resultado de la rebusca diario. Así se da en la pesca, en los mercados, muchas familias campesinas, jardineros, electricistas,... Sin seguro social, sin aporte para la jubilación.... Esa es la realidad de muchísimas familias salvadoreñas. “qué grave es la situación en nuestra patria”.

Los cinco o siete mil salvadoreños que viajaron a Roma no son de esas mayorías excluidos. A bien lograron financiamiento del estado, de la iglesia, de alguna ong,... o bien son de familias que sí pueden pagar viajes de esos costos, con la estadía en Roma,.... Estarán aplaudiendo en Roma. Muy bien. Estamos agradecidos que por fin la Iglesia Madre también reconozca la santidad y la justicia de Monseñor Romero, pero ¿qué harán esos llamados peregrinos cuando estén de regreso en esa patria? “Qué grave es la situación en nuestra patria” nos grita Monseñor Romero, ahora “desde los altares” para que actuemos y transformemos la estructura injusta.

5.2. Me dolió mucho....

“Quiero decirlo con tristeza: me dolió mucho que el Gimnasio Nacional, abarrotado de colegios – muchos de ellos católicos – jugaban, como en una gran fiesta, mientras el cadáver de un sacerdote de su iglesia estaba en capilla ardiente, pidiendo oración y solidaridad de todo el pueblo.” (24 de junio de 1979)

Ahí están las grandes contradicciones también del entorno eclesial cuando no nos hacemos presentes en la dura realidad de las cruces de la vida de las grandes mayorías de nuestro pueblo. Hoy el júbilo por la canonización de Monseñor Romero deja de lado la miseria de muchas familias salvadoreñas. Sucede tantas veces con todas las grandes liturgias de las iglesias. Aisladas de la pobreza, del hambre, de la explotación, de la violencia. ¿No llama la atención que ningún Evangelio narra la presencia o participación de Jesús en las grandes celebraciones litúrgicas del templo?

Monseñor Romero dice que el cadáver de uno de sus sacerdotes (Padre Rafael Palacios) está *“pidiendo oración y solidaridad de todo el pueblo”*. ¡Cuántos cadáveres habrá hoy pidiendo oración y solidaridad del pueblo! La miseria, la injusticia, las cruces del pueblo eran el centro de la celebración litúrgica de Monseñor Romero. Hoy será canonizado exactamente por eso: su lucha por los derechos humanos, su práctica de la fe, su solidaridad con las y los crucificados. Su oración su unía con el grito de dolor de las familias que sufren. ¡Cuánto hay que aprender de Monseñor Romero?

5.3. ¡La muerte me duele tanto en cualquier hombre que sea!

“Cuando se me dice que yo solo me fijo en una clase de muertos y no en otros, yo digo: ¡La muerte me duele tanto en cualquier hombre que sea! En esta semana han muerto tres policías y quizá quisiera decir que da más lástima, porque mueren precisamente por servir al dios Moloc. ¿Porqué mueren precisamente? ¿Será por la fuerza? ¿Será porque les han lavado el cerebro y son auténticamente enemigos del pueblo? ¿O será por ganarse la vida? Es triste, pero esta es la verdad: los asesinatos de una y de otra vertiente, en esta danza macabra de la muerte por venganzas políticas, son el mejor índice, espantoso índice, de lo injusto de nuestro sistema, que se cobra ya sea por la represión directa, ya sea por la indirecta represión de servir al poder que reprime.” (1 de julio de 1979)

La muerte de cada ser humano es para Monseñor Romero fuente de mucha tristeza y de solidaridad. En la medida de tener la información Monseñor presta su voz para denunciar las muertes violentas, *“en una clase de muertos y de otros”*. Es evidente que había muchas más muertes al lado del pueblo (en sus organizaciones, en sus cantones), que al lado del sistema que estaba cerrando cada vez más los espacios políticos públicos.

En la cita de hoy me llama la atención cuando Monseñor habla de esa *“danza macabra de la muerte”* como el mejor *“índice de lo injusto de nuestro sistema”*. Se pregunta por qué hay gente del pueblo que se presta para asesinar a otra gente del pueblo: ¿por la fuerza, porque les lavaron el cerebro, por ganarse unos centavos,...? Es triste darnos cuenta que hay personas que se ponen al servicio del poder que reprime, asesinando a sus propios hermanos/as, muchas veces también gente pobre.

Hoy vivimos situaciones muy semejantes. Los relatos que conocemos sobre las estructuras de poder económico de las pandillas, sirviendo a los de arriba, son de verdad servicio al dios Moloc. En nombre de ese se asesina sin piedad a los contrarios y a los mismos si cuestionan la propia estructura. Se extorsiona y se roba a los mismos pobres en los buses y en las tienditas. Y en los enfrentamientos con la policía y el ejército siguen cayendo más víctimas, tanto de policías y soldados como de las pandillas. Curioso que la policía cuenta en números los capturados, los muertos y la calificación *“terroristas”* parece justificar todo. Un amigo que vive en una zona controlada por pandillas dice: capturan a los de la periferia, pero no tocan las estructuras de poder de las pandillas. Así que sigue esa danza macabra de la muerte.

Escribo esto *“the day after”*, el día después de la canonización de Monseñor Romero. La euforia emocional colectiva y personal ha bajado de intensidad y la vida (también la danza macabra de la muerte) regresa a su *“normalidad”*. ¿Lograremos transformarnos (convertirnos) así como Monseñor Romero sigue indicándonos? Los discursos sobre San Oscar Romero como signo de

esperanza y de paz, solo echarán raíces si estamos dispuestos a esa verdadera conversión hacia la vida.

5.4. Preferiríamos que se nos calle por decir la verdad...

“Preferiríamos que se nos calle por decir la verdad y defender la justicia, a poder seguir hablando manipulados por la represión. Solo lamentaremos que el pueblo no tenga siquiera un resquicio por donde le llegue esa voz de la verdad y de la justicia; sentiríamos que el pueblo, sobre todo aquel que no encuentra dónde expresar su voz, no tuviera ni siquiera este pequeño medio que es nuestra humilde YSAX, La Voz Panamericana.” (1 de julio de 1979)

Para Monseñor Romero decir la verdad parece ser una prioridad en su pastoral y está dispuesto a asumir las consecuencias. La radio del arzobispado ha sido una radio donde se expresaba la voz de los que no tenían voz. La voz de la verdad y de la justicia, que no se oía en ningún otro medio. Para Monseñor sería imposible hablar siendo manipulado por la represión, es decir o bien callarse sobre la verdad del pueblo que sufre, o bien hasta justificar la represión contra un pueblo que está tomando conciencia, empieza a organizarse con la esperanza de su liberación.

Decir la verdad... es un gran reto. En la política cada partido pretende hacerse dueño de la verdad y considera que solamente su partido está en la verdad. Con ese criterio se puede mentir sobre la realidad, esconder los verdaderos problemas, acusar a otros, engañar al pueblo con falsas expectativas, todo al servicio de su verdad para llegar al poder. En Nicaragua se observa como los sandinistas (en apoyo al gobierno) retoman el mensaje de Mons. Romero sobre la justicia, la verdad, la paz, pero los obispos hacen exactamente lo mismo en apoyo a lo que llamaron en un momento dado esa “insurrección de la conciencia”, la protesta. Conozco de comunidades eclesiales de base y sus animadores/as que apoyan la verdad del gobierno y otras que están integradas en las protestas-

Decir la verdad exige muchísimo discernimiento para no caer como víctima de la ideología o de los ídolos del poder y de la riqueza. Exige capacidad real para analizar los hechos y ponerlos en su real contexto, siempre en la perspectiva de la vida de las y los pobres, de las víctimas. ¿Qué es la verdad de las y los pobres?

5.5. ¡Qué hermosa experiencia...!

“Hermanos, ¡qué hermosa experiencia es tratar de servir un poquito a Cristo y a cambio de eso recibir en el mundo la andanada de insultos, de desconfianzas, de calumnias, las pérdidas de amistades, el tenerle por sospechoso.” (8 de julio de 1979)

Aquel campesino dijo sobre Monseñor Romero: “dijo la verdad, nos defendió y por eso lo mataron”. Las y los pobres son capaces de discernir quien dice la verdad y quién miente. Como el Papa Francisco dijo ayer a los salvadoreños: el pueblo es capaz de discernir donde hay santidad. Haciendo referencia al pueblo que reconoció la santidad de Monseñor Romero a partir de su martirio, hace 38 años.

Decir la verdad de las y los pobres, la verdad de Dios, siempre será criticado. Quien dice la verdad recibirá “insultos, calumnias”, “perderá amistades y se le tendrá por sospechoso”. Monseñor lo

vivía diariamente. Pero desde la profundidad de su fe estaba consciente de “servir un poquito a Cristo” y lo llamaba “una hermosa experiencia”. Es decir, el resultado de esos insultos y calumnias no era el desánimo o el cambio de rumbo, sino, Monseñor se sentía fortalecido en su servicio pastoral al pueblo.

Vivimos tiempos electorales donde florecen los insultos, las calumnias, las medio verdades que se hacen grandes mentiras. Se visualiza solamente esos aspectos de la realidad (el impacto de las políticas) que convienen que el pueblo se recuerde. La derecha tiene una tremenda capacidad en esto de tal manera que de los miles que reciben ya durante años apoyo concreto de los programas sociales (jubilación, en salud, en educación, en paquetes agrícolas, ...), una parte importante vota por partidos de la derecha.

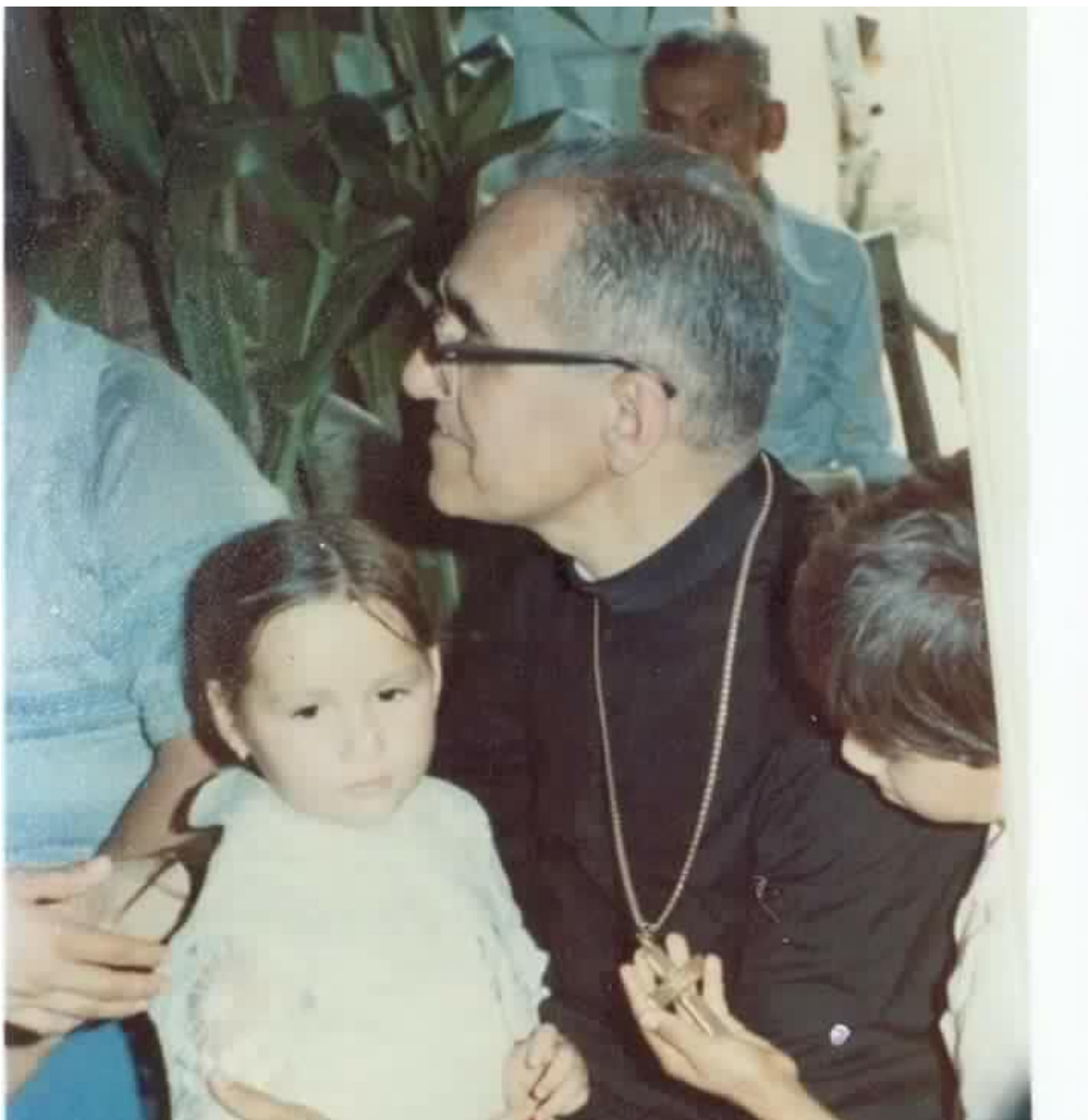
Servir a Cristo diciendo la verdad, exige muchísima sinceridad, muchísima capacidad de discernimiento a la luz de la fe sobre esa verdad en nuestra propia vida. No se puede servir a Cristo diciendo la verdad, cuando hay espacios oscuros y escondidos en nuestro corazón o cuando se trata de proyectos políticos que solo pretenden servir a los ídolos del poder y de la riqueza.

5.6. Ustedes y yo somos un pueblo profético

“¡Qué paradojas las del profeta! “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”, Es obra de Dios, Y por eso no tenemos miedo a la misión profética que el Señor nos ha encomendado. Ya me imagino que alguno dice: “Ah, se está creyendo profeta!” No es que me crea profeta, es que ustedes y yo somos un pueblo profético, es que todo bautizado ha recibido participación en la misión profética de Cristo.” (8 de julio de 1979)

Por mucho que en las charlas pre bautismales se explica que al bautizarse se asume la triple misión, en otras la de ser profeta de parte de Dios, en la educación cristiana concreta y real no se desarrolla esa dimensión. Así tenemos una gran cantidad de bautizados y bautizadas que no viven su bautismo. Monseñor Romero se identifica con el pueblo y se deja identificar con el pueblo en esa misión profética: somos juntos ese pueblo profético. En ese sentido Monseñor Romero no ha sido una voz aislada, sino la voz de su pueblo, la voz de Dios.

¡Cuánto hace falta a las y los miembros de las iglesias, sus pastores, sacerdotes, religiosas, obispos, a miembros de las CEBs, a miembros de todo tipo de movimiento cristiano, en relación a esa misión profética! Creo que en realidad hoy, sí tenemos miedo a la misión profética. De repente se nos hace cómodo hablar del profetismo de Mons. Romero sin asumir hoy esa misión. Algunos tratarán de negar la voz de Monseñor, otros seguirán criticando y calumniando, pero, ¿Dónde aparece hoy la voz profética de los que nos identificamos con su profetismo? Veneramos al profeta – mártir – santo. ¿Qué tendremos que hacer para volver a ser un pueblo profético?



5.7. Siento que el pueblo es mi profeta.

“El Espíritu de Dios nos ha ungido desde el día de nuestro bautismo y formamos entonces un pueblo que no se puede equivocar en creer. ¡Qué consuelo me da esto, hermanos! Ustedes no se equivocan cuando escuchan a su obispo y cuando acuden, con una constancia que a mí me emociona, a la catedral a escuchar mi pobre palabra; y no hay un rechazo, sino al contrario, siento que se acrecienta más, en el corazón del pueblo, la credibilidad a la palabra de su obispo. Siento que el pueblo es mi profeta, a mí me está enseñando, con la unción que el Espíritu ha hecho en su bautismo y que los hace incapaces de aceptar una doctrina equivocada o errónea; ustedes, como pueblo, la rechazarían como rechaza el organismo esos cuerpos extraños que se le meten a veces.” (8 de julio de 1979)

“El pueblo es mi profeta” . ¿Cómo se puede entenderlo? Monseñor Romero escuchaba en la voz del pueblo, especialmente en sus gritos y llantos, en sus cruces y desesperanzas, la voz profética de denuncia del pecado y luego el mismo se hizo esa voz. Su fuente de inspiración profética ha sido Dios mismo que escucha el grito de su pueblo explotado, oprimido.

Monseñor siente que las y los pobres, y quienes eran solidarios con ellos/as, son constantes en las eucaristías para escuchar su predicación. Siente ahí la credibilidad de su palabra de obispo, cuando las y los pobres se acercan y expresan su aceptación.

Sin embargo, tengo mis dudas si realmente el pueblo se hizo “incapaz de aceptar una doctrina equivocada o errónea”. Monseñor llamaba constantemente a la conversión personal para poder trabajar la conversión, la transformación de la sociedad. Monseñor tenía una crítica fuerte hacia la idolatría de la organización (popular). Llamaba a organizarse, pero con el sentido de fe. Llamaba a evitar la guerra. Llamaba a ser profetas de verdad. ¿Hemos escuchado? ¿No sería que el fenómeno del crecimiento acelerado de las iglesias pentecostales es también expresión del rechazo del profetismo evangélico, del miedo de ser profetas de Dios? Expresión de no aceptar la sana doctrina del Evangelio que es compromiso, y entrega. La misma jerarquía de la iglesia católica ha callado la voz de Monseñor durante tantos años. No pocos sacerdotes cuidaban que la voz de Romero no se escuchara en sus parroquias. Hoy con la canonización se escucha su voz por muchos lados (¡¡¡no todos!!!) en las parroquias, ¿pero sería la voz profética o más bien otra vertiente de buscar respuestas desde el cielo por la intercesión del santo?

5.8. Quienes se ríen de mí si yo fuera un loco...

“Quienes se ríen de mí, como si yo fuera un loco creyéndome profeta, debían de reflexionar. Nunca me he creído profeta como en el sentido de único en el pueblo, porque sé que ustedes y yo, el pueblo de Dios, formamos el pueblo profético, y mi papel únicamente es excitar en ese pueblo su sentido profético, que no lo puedo dar yo, sino que lo ha dado el Espíritu; y cada uno de ustedes puede decir con toda verdad: “El Espíritu entró en mí desde el día del bautismo y me envió a la sociedad salvadoreña, al pueblo de El Salvador”, que si hoy anda tan mal, es porque la misión profética ha fracasado en muchos bautizados.” (8 de julio de 1979)

“La misión profética ha fracasado en muchos bautizados.” La gran mayoría de nuestro pueblo es cristiana, y aún la mitad se llama católica. Sin embargo, la sociedad salvadoreña *“sí hoy anda tan mal”* (ayer y hoy). En nombre de los dioses del poder y del dinero se ha destruido miles de vidas. Hoy se destapa la tremenda corrupción en las altas esferas políticas del país (aún sin destapar la pudrición en el tiempo de ARENA). La misma violencia social es expresión de la violencia del sistema en que vivimos: no genera vida para las grandes mayorías. Cada día hay familias que tratan de llegar a los USA porque aquí no hay vida. Aunque hay algunos avances como leve disminución de situaciones de hambre y miseria, el sistema mantiene sus raíces y produce muerte.

La misión profética ha fracasado en muchos bautizados. Recordemos el tremendo profetismo en las denuncias claras y concretas que hacía Monseñor Romero. Aunque él nos dice que somos un pueblo profético y que él es solamente instrumento del Espíritu para excitar ese sentido profético, en realidad lo hemos dejado solo. Nuestros pastores no volvieron a ser profetas. Nuestro pueblo de bautizados no ha desarrollado su sentido profético: no hemos escuchado al Espíritu de Dios. Claro, es más cómodo callarse, adaptarse, no enfrentarse.

Ojalá que la canonización de Monseñor Romero nos motive a ser nuevamente el pueblo profético, a modelo de Monseñor. No podemos dejar a Monseñor, a nuestro San Oscar Romero, en la euforia religiosa y cultural de la alegría por su santidad reconocida oficialmente en la Iglesia Católica. Debemos ir al fondo. La santidad de Romero nos exige ser un pueblo “santo y justo”, ese pueblo profético del pastor fiel.

5.9. Reconozca que hubo un profeta que les habló en nombre de Dios.

“El éxito del profeta no es que se convierta la gente que oye su predicación. Si eso sucede, ¡bendito Dios! Dios ha logrado su fin por medio de su instrumento. Pero si el profeta no logra que esa gente testaruda se convierta, no importa. El éxito está en esto: en que ese pueblo testarudo, pecador, infiel, reconozca, por lo menos, que hubo un profeta que les habló en nombre de Dios.” (8 de julio de 1979)

Hoy gran parte del pueblo reconoce que *hubo un profeta que nos habló en nombre de Dios*. Gran parte en la Iglesia católica, algunos pastores de Iglesias de la reforma y algunos de las iglesias pentecostales lo reconocen. Sin embargo, no nos hagamos ilusiones. Por el hecho de haberlo callado durante tantos (38) años, por no haberle dado voz a su profetismo en las nuevas situaciones del país, muchísima gente no conoce a Monseñor. Los ideólogos del militarismo (la tandon y otros), de la oligarquía nacional y del imperio norteamericano han hecho su trabajo callando la voz profética de Dios. Hoy con su canonización vuelven a expresar su odio visceral al profeta que nos ha hablado en nombre de Dios. Otros hermanos que han sido (de-¿) formados religiosamente en iglesias pentecostales no reconocen al “santo y justo” y no quieren escuchar su voz profética.

Creo que no basta reconocer hoy que hubo un profeta Monseñor Romero que nos habló en nombre de Dios, sino nos toca reconocer que hay un profeta “santo y justo” que sigue hablándonos proféticamente en nombre del Dios de Jesús. Ojalá que la devoción y veneración a San Oscar Romero nos abra el corazón y la mente para volver a asumir el profetismo en nombre de Dios: a nivel personal y comunitaria, a nivel eclesial. Hoy más que nunca nos toca ser ese pueblo santo.

5.10. ¿De qué sirve un perro mudo que no cuida la heredad?

“Es terrible la misión del profeta; tiene que hablar, aunque sepa que no le van a hacer caso. Si no le hacen caso, se perderán por su culpa, pero el profeta salvó su responsabilidad. Hubo que les dijera: “Esto dice el Señor”; y sí, gracias a Dios, el malvado lo escuchó, se salvará él y también será gloria del profeta que le predicó. No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética en un mundo tan corrompido, tan injusto. Sería, de veras, la realización de aquella comparación tremenda: “perros mudos”. ¿De qué sirve un perro mudo que no cuida la heredad?” (8 de julio de 1979)

Al leer y reflexionar esta cita de Monseñor Romero en estos días con la aguda problemática del éxodo de miles de familias hondureñas, uno se queda “descubierto”. Hemos celebrado con júbilo la canonización de Monseñor Romero y ante la primera situación aguda de la miseria humana, nos hemos quedado como perros mudos. Varias organizaciones sociales exigieron al gobierno atención adecuada a los miles de migrantes. Me alegra, pero las Iglesias, el pueblo de Monseñor Romero, ¿qué hicimos? No podemos decir que no nos dimos cuenta. ¿Nos hemos quedado como esos perros mudos de que habla Monseñor Romero? En Guatemala, nos dimos cuenta de grandes experiencias

de solidaridad con los migrantes. Las autoridades mexicanas utilizaron gases lacrimógenos para detener la caravana. ¿Qué sucederá?

No podemos quedarnos callados ante el dolor ajeno, el dolor de víctimas sea de desastres naturales (como estas semanas, en cuanto a las lluvias y desbordamientos de ríos), sea de la explotación económica o de la violencia.

5.11. No podemos trabajar por quedar bien con los de arriba.

“No podemos trabajar por quedar bien con los de arriba. Y si nuestra palabra, que en nombre de Dios tenemos que decir, denunciando tantas injusticias, tantas maneras de hacerse cómplice con las manos criminales.... La Iglesia no puede complicarse con todo esto.” (15 de julio de 1979)

“*Los de arriba*” siempre han tratado de comprar la voluntad de la Iglesia, especialmente de sus líderes. Han ofrecido beneficios personales, apoyos para “las obras de la Iglesia”, financiamiento para las construcciones y ornatos de templos y otras construcciones. Han invitado a estar en las mesas de honor junto con los grandes, los de arriba en la economía y el poder político. No pocos obispos y sacerdotes cayeron en las trampas.

Monseñor Romero estaba muy consciente que no podía “*hacerse cómplice con las manos criminales*”. Callarse como perros mudos ya es parte de esa complicidad. La iglesia tiene la misión de decir la verdad, duela a quien duela. Esto exige la claridad: no podemos trabajar por quedar bien con los de arriba. En el Reino de Dios no puede haber los (pocos) de arriba y las grandes mayorías de abajo. La Iglesia debe dejar muy clara su opción en el seguimiento a Jesús.

No es fácil ser consecuentes, porque los de arriba tienen poder y tratan siempre de calumniar, de destrozarse la voz del pastor fiel. Solamente cargando con el dolor del pueblo, se puede ser voz de Dios.

5.12. ¡Cómo me emocionó estar entre padres y hermanos de compañeros míos!

Dos convivencias también, que expresan la vida de nuestra arquidiócesis iluminada por Dios: una, de las familias de los sacerdotes asesinados. ¡Cómo me emocionó estar entre padres y hermanos de compañeros míos de trabajo, que me contaron los orígenes, la infancia, las impresiones de familia, todas muy cristianas, acerca de estos cinco sacerdotes que la diócesis ha ofrecido en el holocausto de su propia vida!” (15 de julio de 1979)

Monseñor comparte su alegría por la experiencia de intercambio fraterno con familiares de sus sacerdotes asesinados, por poder escuchar el camino y lo vivido en cada familia, por poder captar la profundidad de la fe y la vocación sacerdotal de sus mártires. Tengo entendido que también hoy algunos familiares de sacerdotes asesinados siguen haciendo esfuerzos por convocarse, por unirse y poder compartir su vida. Sé que en algunas familias las heridas aún son tan profundas que solo quieren conservar los recuerdos sin horizontes de vida. Ojalá que esos esfuerzos por encontrarse entre las familias de los sacerdotes asesinados y desaparecidos puedan seguir creciendo. Ellas pueden dar un gran testimonio.

En nuestras comunidades podría ser otra llamada: ¿Cómo invitar a familiares (sobrevivientes) de las y los mártires de las CEBs a convivir, a compartir su vivencia del dolor, duelo, compromiso, como lograron (o no) curar las heridas? No basta recordar a las y los mártires aislados de sus familias. Unas no van a querer saber nada de ellos, ni recordarlos. También es signo de las heridas abiertas. Otras estarían felices poder compartir su “víacrucis”, sus heridas, su bálsamo.

5.13. ¡Hasta del obispo se sospecha!

“Estuve ayer en San Miguel de Mercedes, cabalmente cumpliendo mi deber de animar a las comunidades cristianas que se cultivan allá. Los retenes militares, a uno y otro lado de la entrada del pueblo, impidieron que mucha gente llegara y tuvo que retroceder. A mí también me bajaron del carro y lo registraron. ¡Hasta del obispo se sospecha! Y me dijeron después que era por mi seguridad. Si fuera por mi seguridad – pensaba yo - ¿por qué dudan de donde voy sentado? Y también les dije: ¡Porqué no me permiten que esta gente que han detenido entre conmigo? Voy a entrar a pie con ellos”. Eran mujeres. No las dejaron entrar. Después tuve la oportunidad de ir a buscarlos a San Antonio Los Ranchos y allá me esperaban porque tenía mucho deseo de conversar con el pastor.” (22 de julio de 1979)

Monseñor Romero comparte su indignación sobre como las autoridades sospechan de él humillándolo también, así como humillan a mucha gente sencilla. Hasta impidieron que muchos llegaran al lugar donde iba a celebrar la misa y a encontrarse con su pueblo.

Me llama la atención el final de esta cita. El pastor fue a buscar a las familias, a las personas que no lograron pasar los retenes militares. Se habían congregado en otro pueblo con la esperanza y el deseo de “conversar con el pastor”. El pastor fiel va a buscar a su rebaña, sea donde sea.

El inicio de un modelo de comunidades eclesiales de base está caracterizado por su fundamento: las visitas constantes a las familias. El/la animador/a va a buscarlas, a encontrarse con ellas, a escucharlas, a compartir. Es el modelo del pastor que va en búsqueda de su rebaño. No podemos olvidar esa experiencia fundante de CEBs. Sin visitas a las familias miembros de la CEB no hay cercanía fraterna y solidaria real. Parte fundamental de todo trabajo pastoral será siempre crear las oportunidades de ir “a buscarlos”.

5.14. El pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño.

“Yo creo que aquí, lo mismo que el cordón de militares que nos pusieron en catedral para nuestra vigilia, se está tratando de estorbar a la libertad de nuestra Iglesia. Yo quisiera, respetuosamente, suplicar que no se repitan estos gestos, porque hacen a nuestra Iglesia una ofensa, aunque sea con el pretexto de una seguridad a su pastor. Yo les quiero repetir lo que dije otra vez: el pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño.” (22 de julio de 1979)

“se está estorbando la libertad de nuestra Iglesia”, denuncia Monseñor Romero. En aquel tiempo se atacaba la libertad eclesial tanto con acciones militares, hasta de asesinatos, como con difamaciones por los medios de comunicación. Trataban de ensuciar la cara de la Iglesia. Los mismos periódicos que en aquel tiempo acusaron a Monseñor, hoy hablan de las actividades alrededor de su canonización y publican unas cuantas generalidades sobre su vida. Jamás han pedido perdón por la tremenda difamación. Otro mecanismo para detener la fuerza liberadora de

la Iglesia ha sido la importación de iglesias pentecostales y su tremenda promoción. En el corazón del imperio se decidió impedir que la Iglesia desarrollara con toda libertad su acción liberadora en el continente.

Hoy estamos ante nuevos retos de vivir esa libertad comprometedora de la Iglesia en perspectiva ecuménica. Debemos estar conscientes que las exigencias del Reino de Dios valen para todas las Iglesias y las diferencias doctrinales y culturales, no pueden y no deben impedir que juntas desarrollemos esa libertad eclesial ante el sistema injusto y corrupto. Porque las críticas no faltarán. La derecha política e ideológica criticará siempre (con los medios de comunicación como voceros) la acción profética de las iglesias ejerciendo en plena responsabilidad su libertad de creyentes.

5.15. Por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz.

“Y a propósito de prensa, queremos felicitar a los periodistas, ya que el 31 están celebrando su día. Quiera el Señor darles inspiración, darles rectitud y, sobre todo, darles valor, el valor que pide la verdad, porque un periodista o dice la verdad o no es periodista. Quiero agradecer, por esto, a la Agencia Periodística Independiente, API, que ha tenido la amabilidad de recoger mi homilía de la semana pasada y darle amplio lugar – creo que son cuatro páginas enteras –, cosa extraordinaria, ya que podemos decir aquí que nadie es profeta en su tierra. Y mientras veo mis pobres homilías publicadas – hasta en inglés, en francés – fuera del país, y me las mandan, yo en el país no encuentro eco, en nuestra prensa, de lo que decíamos anteriormente que debía dar más testimonio de la verdad. Es que estas homilías quieren ser la voz de este pueblo, quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiado voz, esta pobre voz que encontrará eco en aquellos que, como dije antes, amen la verdad y amen de verdad a nuestro pueblo querido.” (29 de julio de 1979)

La voz de Monseñor Romero encontró y encuentra eco en aquellos que aman la verdad y aman de verdad a nuestro pueblo querido. Monseñor estaba consciente que su mensaje profético caía mal a los adoradores de los ídolos de poder y de riqueza, en concreto también a los dueños de los grandes medios de comunicación porque estaban (y están) al servicio del dinero.

Amar la verdad. La pregunta de Pilato ante Jesús: ¿Qué es la verdad?, sigue sonando hoy. La verdad debe vencer constantemente la mentira y el engaño, promovido por los idólatras del sistema injusto y corrupto. Todos/as vivimos la tentación de considerarnos como criterio de la verdad: nuestro juicio como el juicio de la verdad. Más poder se tenga, más justificación se buscará para inventar mentiras y aislar la verdad.

Amar de verdad a nuestro pueblo querido. Los políticos, especialmente en tiempos de campaña, pero también ahí donde tienen “mayoría” (como en la asamblea, en la corte suprema de justicia, en el tribunal electoral, en el ejecutivo), se presentan y se consideran los dueños del pueblo. Amar de verdad a nuestro querido pueblo debe partir de la realidad de la pobreza y la miseria de las mayorías. Ser voz de los que no tienen voz. Darles voz a los que siempre han tenido que callarse y se acostumbraron a callarse y aguantar. Aquellos que ganan salarios que están a años luz de los salarios del pueblo pobre, no tienen ninguna capacidad para “amar de verdad a nuestro pueblo

querido”. El despilfarro con gastos de lujo en los diferentes poderes del gobierno, es una señal clara de esto.

Monseñor Romero, hoy San Oscar Romero, nos sigue desafiando: Amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo. Que haya hechos concretos de transformación de la sociedad y de las estructuras con raíces de injusticia y corrupción.

5.16. Esta misa quiere ser un gesto de solidaridad.

“Esta misa de hoy quiere ser un gesto de solidaridad con la hermana diócesis de San Vicente, que está de luto porque ayer por la mañana le asesinaron a su padre Alirio Napoleón Macías, párroco de San Esteban Catarina. Se dedicaba, como buen sacerdote, a limpiar el altar y la iglesia, y se dio cuenta que ya estaban, los que lo iban a martirizar, frente a la Iglesia; y el pueblo denuncia que el padre señaló: “Son judiciales. ¡Cuidado!” y al poco momento, disparaban las armas dentro del templo, fingiendo una visita íntima a él, y cayó acribillado entre la sacristía y el altar. Su querida mamá, con la angustia de esta situación, corrió y dice que todavía le vio abrir los ojos, de su nariz salían dos chorros de sangre, y murió.” (5 de agosto de 1979)

Estamos en los plenos tiempos de persecución a la Iglesia que se puso a la par de las y los pobres. Lastimosamente el obispo de San Vicente colaboró en la persecución mencionando en público nombres de sacerdotes, entre otros al Padre Alirio. Poco tiempo después fue asesinado.

Monseñor Romero presenta hoy la misa como un gesto de solidaridad. La cena del Señor, la eucaristía de fraternidad, la presencia viva de Cristo, debe ser siempre un “gesto de solidaridad” con aquellos que más sufren. Da lástima darnos cuenta que muchas misas, reducidas al cumplimiento con las instrucciones formales de la liturgia, así como está en los misales y libros, son islas litúrgicas fuera de la realidad histórica de los pueblos, la vida real de las y los sufrientes. A veces se oye la preocupación para que la gente vaya a misa, pero mucho menos para que vivan en la práctica el amor y la solidaridad.

En nuestra celebración mensual cada uno/a llega con su aporte para la canasta básica de familias más pobres que la nuestra, y este gesto solidario, como una expresión de nuestro compromiso de solidaridad en nuestro entorno. Cada eucaristía debe ser un signo de solidaridad. Recordamos y hacemos memoria activa a Jesús en su entrega total, haciéndose cargo del sufrimiento de la humanidad. Por eso eucaristía sin solidaridad, es un acto vacío que ha perdido todo su sentido liberador y salvífico.



5.17. ¡Qué difícil es ser conductor de un pueblo...!

“Qué triste es un pueblo que se ha acostumbrado a la esclavitud! Prefiere las ollas de cebolla al sol de la libertad. No quiere sufrir el paso difícil del desierto. Toda liberación supone sacrificios. Que lo diga, si no, el pueblo de Nicaragua. “¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado al desierto para matarnos de hambre a toda la comunidad.” ¡Qué difícil es ser conductor de un pueblo, cuando el pueblo se va acostumbrando a situaciones difíciles!” (5 de agosto de 1979)

Los mecanismos de opresión son tan fuertes y crueles que las y los oprimidos los interiorizan y los aceptan como destino, y, no pocas veces como voluntad de Dios. Los opresores (también los políticos llamados democráticos) utilizar conscientemente el nombre de Dios para justificarse. Y cuando hay pasos de liberación – que por supuesto exigen una real participación en el desarrollo – no pocos prefieren soñar con las migajas del pasado. Lo mismo sucede en la Iglesia. Durante muchos siglos se ha predicado la pasividad de las y los laicos, y la jerarquía era la Iglesia. Pero cuando se descubre que el Evangelio es una llamada al servicio, al compromiso y la entrega, no pocos sueñan con el pasado y prefieren estar al margen. Hasta en las mismas comunidades descubrimos como la comodidad puede invadirnos y paralizar nuestra vocación hasta ahogarla. Los pesimismoes ante las dificultades en el camino, minan la esperanza y desaniman, también a otros/as.

En cada época de elecciones vemos lo mismo: las promesas de un paraíso: trabajo para todos, salud y educación para todos, pensión para todos,. Todo esto para conseguir el voto. Una vez electos, muchas veces se olvidan de lo prometido y sobre todo ya no se cuenta con la colaboración de la gente. En procesos serios de desarrollo no se puede avanzar sin la participación real, organizada y constante del pueblo. Y ahí está el tema. Las remesas desde el exterior, los programas sociales (por muy necesarias que son) y tantas donaciones, paralizan. Quien pide y exige responsabilidad, servicio y entrega, cae mal, .. porque seguimos soñando con la “ollas de carne”

5.18. Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral. *Antes de escribir la carta pastoral Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país, Monseñor envió una encuesta a los sacerdotes y a las comunidades eclesiales de base de la arquidiócesis.*

“Y a esto se junta la madurez de nuestra arquidiócesis, a la cual he consultado para escribir esta carta pastoral. Y yo saludo en ustedes esa madurez, esa audacia, esa opción preferencia por los pobres, esa riqueza de ideas que ustedes me han dado en esa consulta. “Todo el pueblo de Dios – dice el Concilio –, guiado por el magisterio de la iglesia, disfruta el carisma profético de Cristo.” Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral, enriquecidos con estos tesoros de la Iglesia universal y, sobre todo, de Puebla.” (6 de agosto de 1979)

Un obispo que consulta a su pueblo para escribir una carta pastoral. Es expresión de la convicción que el Espíritu de Dios está guiando a su pueblo. En medio de toda la persecución, Monseñor Romero reconoció “la madurez, la audacia, la opción preferencial por los pobres, la riqueza de ideas” de las comunidades y sus sacerdotes. La arquidiócesis estaba asumiendo su carisma profético de Cristo. Así pudo decir con alegría “ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral”.

Pocas veces obispos consultan a la gente de base. Quizás piden colaboración a teólogos o biblistas. Monseñor Romero como obispo se puso en medio de su pueblo y quiso escuchar la voz profética de la gente, de sus sacerdotes, de las comunidades eclesiales de base.

También cuando el obispo, o el sacerdote, o el animador/a de la comunidad no consulta la base de la Iglesia, las comunidades tendrán que vivir, alimentar y expresar a viva voz su carisma profético de Cristo. No es tarea fácil o cómodo. No pocos creyentes prefieren la tranquilidad de la “religión que consuela” en vez del “fuego del Espíritu” que arde y hace arder en medio del mundo. Con San Oscar Romero tenemos nuevamente su ejemplo de pastor. Hoy no vivimos persecución a la Iglesia, - aunque faltan las críticas y burlas de parte de políticos y periódicos cuando el obispo asume su papel profético -, sin embargo, el pecado sigue enraizado en nuestra realidad. Las caravanas de migrantes, y los miles que salen de manera individual, huyendo del hambre y de la violencia, son los síntomas de esa sociedad injusta y corrupta. Nos toca vivir nuevamente la intensidad del profetismo.

5.19. ¡Qué difícil es dejarse matar por amor al pueblo!

“Cuando Cristo nos dice en la segunda lectura de hoy: “Amad como Cristo se entregó por vosotros”. Así se ama. La única violencia que admite el Evangelio es la que uno se hace a sí mismo. Cuando Cristo se deja matar, eso es la violencia, dejarse matar. La violencia en uno es más eficaz que la violencia en otros. Es muy fácil matar, sobre todo cuando se tiene armas, pero ¡qué difícil es dejarse matar por amor al pueblo!” (12 de agosto de 1979)

“Dejarse matar por amor al pueblo”. Esto tiene varias dimensiones. Se puede ver esto a nivel familiar. Muchas madres viven de esa manera para que sus hijos/as vivan, sobrevivan, puedan crecer y desarrollar sus capacidades, ser felices. Ese amor de madre se expresa en su entrega total, su servicio total, su sacrificio constante. “Se dejan matar por amor”. Creo que también hay papás. Pero el sistema machista en que vivimos muchas veces limita el aporte del padre como proveedor y no pocas veces vemos hasta el abandono de su hogar. Lastimosamente.

También se ve este “dejarse matar por amor al pueblo” en la entrega de catequistas en comunidades rurales, de animadores/as de comunidades, de sacerdotes en sus parroquias y servicios sociales, de religiosas/os que han salido de la comodidad del convento. No se cansan y se desgastan hasta dar todo, en beneficio de esa parte del pueblo de Dios con quien puede caminar y de quien recibe todo cariño. En tiempos de crisis y de persecución a la Iglesia, este servicio de amor puede llegar hasta serle fiel al pueblo asumiendo los riesgos de ser asesinado o desaparecido. Así sucedió con muchos en nuestro pueblo.

Hoy estamos ante la crisis del cambio climatológico, la crisis de la migración (a pesar de la bravura del presidente de los EEUU y los peligros del camino), la crisis del sistema político con la desconfianza del pueblo en la dirigencia de los partidos, la crisis del sistema judicial que solo muerde a los descalzos. Pregunta es: ¿qué significa hoy ese “dejarse matar por amor al pueblo” en esas dimensiones de crisis? ¿Estamos dispuestos/as?

5.20. Cómo me da gusto cuando la gente y los niños se agolpan a uno.

“¡Qué expresión más hermosa: “Venid a mí”! Dice Cristo: “Nadie puede venir a mí si el Padre no lo trae.” “Venid a mí” es tener confianza en alguien. ¡Cómo me da gusto cuando, en los pueblos humildes, la gente y los niños se agolpan a uno, vienen a uno!; ¡o va llegando uno al pueblo y le salen al encuentro, llegan con confianza porque saben que les lleva uno el mensaje de Dios!” (12 de agosto de 1979)

Monseñor está consciente que lleva el mensaje de Dios, que es mensajero de Dios, que es “el catequista de su diócesis”. Desde ahí se alegra al sentir la cercanía de la gente sencilla y pobre, la gente que lo busca porque le tiene confianza.

Ese sentimiento de ser acogido por la gente, de saber que la gente tiene confianza en uno, exige una tremenda responsabilidad ética. No pocas veces sacerdotes y obispos han abusado de esa relación de confianza, hasta manipulando a la gente con mensajes que van en contra del Reino de Dios o para exigir que lleven no solo limosna, sino también los diezmos y las primicias de sus cosechas. En el caso de Monseñor Romero, él estaba consciente que llevaba un mensaje de esperanza que era a la vez compromiso, entrega y servicio. Su preocupación era “que los pobres vivieran”, que hubiera vida en abundancia para todos y todas, que el Reino de Dios se realizara.

Monseñor Romero ha sido capaz de ser la voz de Cristo que invita a “vengan a mí”, a responder a la invitación de Cristo para seguirlo en su camino, también hoy. El pastor se alegra cuando siente que el rebaño responde.

“Los pueblos humildes, la gente, los niños/as” son el criterio, pero en perspectiva liberadora, no para adormecerlos.

5.21. Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los sencillos y a los humildes.

“Queremos también mencionar con cariño la visita que hicimos ayer a San Antonio Los Ranchos. Ante aquella gente sencilla, que nos dice que comprende bien la palabra que se predica desde nuestras homilías, ¡cómo queda ridícula la incompreensión de los que no quieren oír, del orgullo, de la soberbia! Como decía Cristo: “Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los sencillos y a los humildes y, en cambio, no las revelas a los soberbios y orgullosos”, que llegan

hasta a decir que las homilías de la catedral son precisamente la causa de todos los males de país, cuando nuestro pueblo humilde comprende que la palabra del Evangelio, que consuela y alienta, es, cabalmente, esta que predica la Iglesia, desde el sacerdote más humilde hasta el Papa, siempre en la misma línea de derechos humanos, de respeto a la ley de Dios, de paz, de amor. Eso es siempre. De modo que en la comunidad de San Antonio Los Ranchos, donde asistieron también otras comunidades, tuve el consuelo de encontrar, pues, este eco generoso a la palabra del Señor.” (12 de agosto de 1979)

Monseñor Romero se reconoció en las frases de Jesús cuando daba gracias al Padre porque los sencillos y humildes responden a la revelación del Reino de Dios, mientras los soberbios y orgullosos, los idólatras ni escuchan el mensaje. Esto ha sido la experiencia de Monseñor. La predicación “*de los derechos humanos, de respeto a la ley de Dios, de paz y de amor*” es la concreción de la predicación del Evangelio en la realidad histórica del pueblo. En su visita a Los Ranchos, la gente le decía que comprendían la palabra que predicaba en sus homilías. Lo llamó “*este eco generoso a la palabra del Señor*”.

También aquí hay una tentación que siempre debe discernirse: la alabanza, el reconocimiento de las y los humildes puede ser también expresión de su dependencia ante actitudes asistencialistas o mensajes alienantes. Estas cosas se observan muchas veces ante los políticos en campaña. Pero también exigen el cuidado y la atención en la iglesia, en las comunidades. Se debe discernir en el Espíritu si realmente son “*eco generoso de la Palabra del Señor*” o reflejo de otros intereses.

5.22. Mi cumpleaños.

“Quiero también, hoy, agradecer solemnemente las diversas manifestaciones de simpatía y solidaridad que me brindaron con motivo de mi pasado cumpleaños. Créanme que me ha dado una nueva riqueza a mi espíritu ya en los testimonios de solidaridad, de felicitaciones y, sobre todo, aquellos mensajes, que venían ofreciéndome sus dolores, su enfermedad, sus sufrimientos. ¡Qué riqueza siento yo cuando le da un enfermo, un paralítico, alguien que sufre, el sentido de oración unido con su pastor! Una carta muy bonita me dice. “Yo siento que, junto con Usted, estamos salvando al pueblo, salvando almas para la eternidad”. Y de estos testimonios, pues, abundan muchos.” (19 de agosto de 1979)

Monseñor comparte su profunda alegría por los pequeños testimonios que la gente sencilla le envía por ocasión de su cumpleaños. Estos testimonios van mucho más allá de las felicitaciones por cumplir año, sino son en primer lugar expresiones de solidaridad con el pastor que, por asumir la causa del sufrimiento de su pueblo, está en peligro. Monseñor se alegra que la gente sufriente le comparte sus preocupaciones, sus enfermedades, sus sufrimientos y pide al pastor fiel orar juntos. Unidos en la oración y unidos en el compromiso creyente de “salvar al pueblo”. Quizás esos testimonios fueron orales o se perdieron los escritos. Por eso es importante que Monseñor los haya compartido en sus homilías.

La cercanía de gente sufriente, su solidaridad con el pastor, su solicitud de orar juntos y su convicción de luchar juntos por salvar al pueblo, es para Monseñor Romero “*una nueva riqueza a su espíritu*”.

La voz de Dios le aparece, le suena a partir de y en la voz de gente sencilla que se acerca a Monseñor y que le da un abrazo de felicitaciones con su cumpleaños. El pueblo anima y fortaleza al pastor.

¡Cuánto podemos aprender de Monseñor Romero!

5.23. El ultraje que me hizo el retén cuando entraba en Chalatenango.

“Por cierto, que este cariño de las comunidades de Chalatenango contrastaba con el ultraje que me hizo el retén cuando entraba a Chalatenango. Me hicieron bajar del carro, casi me ponían con las manos sobre el carro, me registraron hasta el motor del carro; abrieron todo, hasta correspondencia, lo cual yo creo que es anticonstitucional, porque la correspondencia no se debe violar. Y una serie de cosas en la que yo veía, más que todo, la cobardía, esa cobardía que se solaza cuando puede mostrar prepotencia.” (19 de agosto de 1979)

En la misma homilía donde comparte su alegría por al cercanía solidaria y fraterna de la gente sencilla que abraza al pastor, comparte también como ha sido víctima de la prepotencia de un retén militar. En el fondo se trata de una cobardía de los jefes militares que no son capaces de escuchar el dolor del pueblo. Monseñor ha vivido como experiencia propia como los militares humillan a la gente, registrándoles todo. Aunque en su caso no se llegó a la captura, ni a golpes físicos, el pastor ha vivido esas humillaciones diarias que sufren las y los pobres. Y poco a poco Monseñor estará consciente que morirá, así como estaban muriendo mucha gente pobre: asesinado.

Es de observar que cuando el actual arzobispo promueve y apoya y hasta encabeza la protesta popular en contra de la minería, en contra de la privatización del agua, a favor de la justicia y la verdad, que se le critica, así como criticaron a Monseñor Romero. Hasta lo comparan con Romero vuelto a difamarlos como defensor del comunismo. Los poderes no han cambiado. El monstruo de la riqueza sigue amenazando a quienes ponen en peligro sus privilegios.

5.24. Me da risa cuando dice que yo estoy propugnando por el poder.

“Me da risa cuando dicen que yo estoy propugnando por el poder. ¿Qué capacidad tengo yo para ser un presidente o un ministro? Dios me ha llamado para ser un sacerdote y servir desde mi Iglesia, desde mi sacerdocio.” (26 de agosto de 1979)

Monseñor está consciente que su misión no es la búsqueda del poder político, sino de servir al pueblo desde la Iglesia, desde su sacerdocio. Se ríe de aquellos que lo acusan de buscar el poder.

Pregunta es: ¿qué significa servir al pueblo desde la Iglesia? Durante tanto tiempo la Iglesia ha sido una fiel aliada del poder político y económico. Ya desde el arzobispado de Mgr Luis Chavez y Gonzales – por lo menos en la arquidiócesis – la iglesia asumió el papel de ser fermento de desarrollo y liberación de las y los pobres. Monseñor Romero encontró una iglesia comprometida con el Evangelio encarnado en la realidad histórica. De ahí se comprende sus expresiones como “el pueblo es mi profeta”, “juntos escribimos la carta pastoral”, “con este pueblo no cuesta ser pastor”. En este sentido entendemos también la frase que sonó fuerte en los tiempos de su canonización: tu

pueblo te hizo santo. Monseñor Romero creció en santidad a partir de su servicio como sacerdote, como obispo, como Iglesia, en un momento histórico de crisis profunda.

Hoy tendremos que preguntarnos: ¿qué significa en concreto hoy para nosotros, para nuestras comunidades de fe, “servir al pueblo desde la iglesia”? ¿qué estamos haciendo para concretar ese servicio?

5.25. Preferiría mil veces morir, antes de ser un obispo cismático.

“Por mi parte, quiero aprovechar esta ocasión para quienes quieren enfrentarme con la Santa Sede: de que el arzobispo de San Salvador se gloria de estar en comunión con el Santo Padre, respeto y amo al sucesor de Pedro y sabe.... Y sé que no haría un buen servicio a ustedes, querido pueblo de Dios, si los desgajara de la unidad de la Iglesia. ¿Lejos de mí! Preferiría mil veces morir, antes de ser un obispo cismático.” (26 de agosto de 1979)

La comunión con Roma, con el Papa y el magisterio de la Iglesia, ha sido uno de los pilares fuertes en la vida eclesial de Monseñor Romero. Sabiendo esto, los opositores a la misión profética de Monseñor trataban de sembrar cizaña, de mal informar en Roma para crear esas dudas sobre su palabra y su actuar. Monseñor se ha alegrado tanto en sus encuentros con Pablo VI que lo animaba para seguir adelante y se entristeció tanto en su primer encuentro con Juan Pablo II cuando éste no entendió la problemática de la historia en El Salvador (en América Latina), ni la misión eclesial de Monseñor. Hasta en un momento dado llegó a decir: si me destituyen como arzobispo (esto ha sido sugerido varias veces por eminencias romanas) obedeceré. En sus homilías y escritos expresó con tanta claridad su fidelidad a la doctrina de la Iglesia. Desde su conciencia, desde la vivencia de su sacerdocio y su episcopado, Monseñor Romero jamás podría ser “*un obispo cismático*” rompiendo con Roma.

Reconocer a Monseñor Romero como santo, como la voz de Dios en esos años de su arzobispado, nos exige también – para serle fiel – revisar nuestra propia identificación eclesial. Es evidente que la profecía de Monseñor rebalsaba el entorno y el espacio de la Iglesia católica romana. Su Santidad tiene dimensiones evangélicas universales. Sin embargo, para serle fiel a Monseñor, debemos querer aprender también de su identificación doctrinal e institucional con la Iglesia. ¿Qué mensaje sacamos de esto? Conocer a Monseñor Romero a 38 años de su asesinato nos exige también profundizar sobre su comprensión eclesial.

5.26. Y lo que nunca habían hecho, registrarme como un vil sospechoso.

“Alguien ha dicho que cuando yo hablo de que me catearon a mí, de que registraron, como que ando buscando alabanza propia. Hermanos, cuando yo voy a estos pueblos, no voy a envalentonarme ni a hacer fanfarronadas; voy porque me llama mi deber pastoral y la comunidad me pide y tengo....; y yo creo que es digno, para un arzobispo, protestar cuando lo bajan, nuevamente, del carro y, lo que nunca me habían hecho, registrarme, como un vil sospechoso, mis bolsillos y todas mis cosas. Yo protesto porque el pastor tiene derecho a ir a visitar su rebaño dondequiera que sea, y también, a que le estorben los encuentros que el pueblo con cariño le ha preparado.” (26 de agosto de 1979)

Monseñor denuncia que lo consideran sospechoso, que lo registran, que le revisan sus cosas personales, su maleta, sus bolsillos. Estando consciente que solo predica el Evangelio, que solo se acerca a su pueblo como el pastor que consuela y que da esperanza, protesta por la humillación que sufre al ser considerado “sospechoso”. Reclama también por el derecho de las comunidades a preparar con cariño los encuentros con su pastor. Con razón reclama y denuncia.

A la vez debe haber sido una experiencia que ha compartido con tantos miles de inocentes que son bajados de los buses, sacados de vehículos o de sus casas,El pastor sufre lo que el pueblo sufre. Y en medio de esta situación, Monseñor repite que es su deber de pastor responder a las llamadas de las comunidades, su obligación pastoral.

Quizás hoy los pastores no sufren (no sufrimos) esas humillaciones, sin embargo, el asesinato del Padre Walter Vásquez debe llamarnos la atención. Al otro lado, si los pastores no son perseguidos, humillados, asaltados, amenazados como sucede en muchas comunidades y espacios, habrá que preguntarse en qué medida nos hemos apartado del pueblo que sufre.

5.27. Me siento muy orgulloso de mi arquidiócesis

“Bastan por hoy estas noticias, hermanos, para decirles que es una comunidad viva. Que, gracias a Dios, me siento muy orgulloso de mi arquidiócesis y sé que dondequiera que voy hay espíritu evangélico, hay seguimiento de Cristo. No voy a negar que está sucediendo con nuestra Iglesia lo que pasó a Cristo en el Evangelio de hoy: muchos se le retiran, otros la critican: “¡Qué dura es esta Palabra!” Otros rechazan, no la creen. Pero hay un grupo que siempre le dice: “¿A quién iremos? ¡Si solo tú tienes palabras de vida eterna!” (26 de agosto de 1979)

Monseñor se alegra profundamente por la vida eclesial de la arquidiócesis. Esto se da en medio de graves violaciones a los derechos humanos, en medio de una represión creciente en contra del pueblo que levanta su voz, en medio de amenazas al pueblo sencillo. Hasta el tener una Biblia y aún más una foto de Monseñor Romero en la casa, puede ser razón de ser capturado y desaparecido.

A la vez, Monseñor ve (y sufre) que “muchos se retiran”, “otros critican la Palabra de Dios predicada”. Reconoce que Jesús ha tenido experiencias semejantes. No sé si habrá que decir que muchos se retiran. Lo que más bien se observa hoy es que la mayoría de las personas que participan regularmente en ritos religiosos, no tienen una vida social, económica o política coherente con el Evangelio. ¡Cómo cuesta practicar el Evangelio en la realidad diaria! Hoy, con Monseñor Romero canonizado como Santo oficial de la Iglesia católica romana, no habrá que extrañarse de la falta de coherencia entre el andar con la camiseta de Monseñor Santo y la práctica de la vida diaria.

Monseñor observó también que por todos lados hay “espíritu evangélico” y “seguimiento de Cristo”. Como pastor ha sido capaz de dar atención a los testimonios de vida verdaderamente evangélica, auténticamente cristiana. Quiso animar a su gente a seguir adelante. Se alegraba tanto al conocer el compromiso y la entrega por la causa del Evangelio. La vida del pueblo era un verdadero viacrucis, por la exclusión, la explotación económica, por la represión creciente, los asesinatos,... En medio de esa dura realidad había experiencias de comunidades creyentes que daban testimonio auténtico del Evangelio de Jesús.

Nos alegra que el arzobispo de San Salvador haya reconocido que también las comunidades eclesiales de base han sido fieles a la memoria de Monseñor Romero, a pesar de haber sido olvidadas y desconocidas por sacerdotes y obispos. En unas oportunidades nos ha pedido perdón y nos ha animado a seguir el camino de seguimiento a Jesús.

5.28. Nuestra denuncia no es por lucirse aquí y ganar aplausos.

“Por eso, nuestra denuncia contra el crimen, contra tantas cosas que hay que denunciar hoy, no es por un prurito de lucirse aquí y ganar aplausos. Eso no me interesa, lo que me interesa es la conversión del pecador; de que el hombre señalado porque ha cometido un secuestro, porque ha hecho una injusticia, ha matado, ha torturado, se convierte; que “Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”. No me repugnaría – si tengo la dicha de poseer el cielo – de estar en ese cielo cerca de los que hoy se declaran mis enemigos, porque allá no seremos enemigos. Yo nunca lo soy de nadie. Pero los que, gratuitamente, quieren ser mis enemigos, conviértanse al amor y en el amor nos encontraremos, en la felicidad de Dios. Yo anhelo para todos la alegría de esta intimidad del Señor.” (2 de septiembre de 1979)

Como Pastor de su pueblo, Monseñor Romero aclara que no denuncia el pecado por querer dañar al pecador, sino para llamarlo a la conversión. Menciona aquí un tipo de pecado particular: secuestro, las injusticias, el asesinato, la tortura,... Es decir: la realidad que vive su pueblo, que sufre su pueblo, víctima de ese pecado. Aunque Monseñor llamaba constantemente a la conversión y hasta decirles a los pecadores que se alegraría estar en el cielo junto con ellos, porque se habrán apartado del pecado. Pregunta es si esos grandes pecadores, responsables directos de tanto sufrimiento del pueblo, son capaces de escuchar la voz de Dios que los llama a la conversión. Si vemos la prepotencia de los viejos militares que aún viven y que están en la política, no hay ninguna señal de arrepentimiento. Siguen honrando a los grandes estrategias militares asesinos del pueblo.

Monseñor habla de “esa intimidad del Señor”, de “la felicidad de Dios” y expresa su profunda alegría de su esperanza: si nos convertimos al amor nos encontraremos en el amor. Nunca dejó de esperar que se pudiera detener el proceso de violencia y llamaba a todos los involucrados. No tenía miedo para denunciar todo atropello de la dignidad humana y toda violación de los derechos humanos. Su motivación era siempre ofrecer el amor y llamar a amar de verdad, a defender la vida.

En medio de tantas dificultades, Monseñor Romero ha sido un testimonio vivo de alguien que vive auténticamente esa intimidad de Dios. Todo su actuar brotaba desde esa felicidad en y por el amor del Dios de la Vida, el Dios de Jesús. Con esa profundidad espiritual contaba con la fortaleza profética para su misión pastoral. ¡Cuánto podemos aprender de Monseñor Romero!

5.29. Me da dolor, de verdad...

“Me da dolor, de verdad, ante el esfuerzo pastoral de querer ser la voz de la angustia del pueblo, los que están instalados. ¡Claro que no les gusta que los molestemos! Pero la Iglesia no cumplirá su deber si – así como otras clases humanas – estuviera solo defendiendo las minorías en sus privilegios y no amando al pueblo y tratando de dar su vida por él.” (2 de septiembre de 1979)

Monseñor recuerda una dimensión fundamental de la misión de la Iglesia: *Amar al pueblo (las mayorías), dar la vida por el pueblo, “ser la voz de la angustia del pueblo”*. Es una tremenda actualidad. Según los informes serán como 300 personas que diariamente tratan de salir del país

hacia los EEUU. Ahora vemos varios grupos grandes de migrantes arriesgándose a esa gran travesía, hasta con niños/as pequeños/as. Si hay bienestar / bienser en un pueblo nadie estaría pensando en salir. Trabajo, claro que sí, pero en condiciones humanas y con salarios dignos para poder vivir dignamente. Una sociedad sin violencia, en paz y tranquilidad, sin temor de ser asaltado, secuestrado, extorsionado, asesinado. Estamos a muchos años luz de ese “bienestar – bienser”. Uno puede criticar a los que se van por los riesgos que corren, sin embargo, habrá que entenderlos en primer lugar. La migración como ahora es expresión de esa “angustia del pueblo”. La Iglesia – a todo nivel – tendría que ser voz de esa angustia y dar su vida.

Si estoy bien informado, un sacerdote luterano está acompañando a una caravana. No he oído nada de sacerdotes católicos que (con el apoyo de la Iglesia) acompaña al pueblo desesperado en esa travesía. ¿Bastan palabras bonitas para denunciar las causas y exigir asistencia solidaria? ¡Qué testimonio puede ser cuando algún sacerdote o religioso/a se integra en ese éxodo para acompañar a ese pueblo! Eso sería cargar con la angustia del pueblo.

5.30. Este es el honor más grande...

“Y habrá una hora en que ya no haya secuestros y habrá felicidad y podremos salir a nuestras calles y a nuestros campos sin miedo de que nos torturen y nos secuestren. ¡Vendrá ese tiempo! Canta nuestra canción “Yo tengo fe que todo cambiará”. Ha de cambiar si de veras creemos en la palabra que salva y en ella ponemos nuestra confianza. Y, para mí, este es el honor más grande de la misión que el Señor me ha confiado: estar manteniendo esa esperanza y esa fe en el pueblo de Dios.” (2 de septiembre de 1979)

¡Cuánto necesitamos hoy esas voces honestas que nos dan esperanza que las cosas de verdad pueden cambiar! En tiempos de campaña política electoral sobran las promesas fáciles, los espejitos de felicidad en el futuro si votamos por tal candidato. Ofrecen el paraíso de felicidad. Es tan curioso que el pueblo no reconoce los importantes avances en salud, educación, agricultura, cultura, pensiones básicas, – que pueden entenderse como el maná y las codornices del desierto bíblico –, mientras está anhelando regresar al pasado – las ollas de carne de Egipto bíblico. Miles que reciben los beneficios sociales y económicos, no ven ahí un camino a fortalecer y repiten los gritos falsos de los partidos de la derecha que aquí todo va mal, que no se ha hecho nada,... Claro la problemática de la violencia sigue muy fuerte y no hay suficiente inversión para garantizar trabajo y salario digno. Los partidos de la derecha destruyen la esperanza del pueblo (a través de los medios de comunicación y las redes sociales), para ofrecer espejitos de felicidad en el aire.

Creo que Monseñor volvería a llamarnos a tener confianza en el Reino de Dios que está acercándose, pero que también nos exige nuestra colaboración. Tener confianza en el Dios de los pobres, exige compromiso y entrega, con honestidad. No basta cantar “yo tengo fe que todo cambiará”. Debemos ser fermento de la gestión de una sociedad nueva. En tiempos de campaña exige esto también desenmascarar la falsedad de las promesas de “seguridad, fin de violencia, trabajo para todos,...” de los partidos que responden a los intereses de los más ricos del país. Voces “mesiánicos” que ofrecen hacer las cosas totalmente diferentes son una atracción ante las dificultades concretas.

5.31. No quisiera tener vida como la tienen muchos poderosos.

“Queridos hermanos, no quisiera tener vida como la tienen muchos poderosos de hoy cuando no viven de verdad. Viven custodiados, viven con la conciencia intranquila, viven en zozobra. ¡Eso no es vida!” (2 de septiembre de 1979)

Muchas veces vemos a los de más arriba como ejemplos, como nuestro deseo de estar. Hablando de los poderosos, Monseñor los desnuda: viven custodiados, con la conciencia intranquila porque se sienten constantemente amenazados, viven con un miedo constante y concluye: no viven de verdad.

Servir a los ídolos del poder y de la riqueza exige siempre mayores niveles de protección, de apartarse de las mayorías que son experimentadas como amenazas. Se necesita vigilantes personales, custodias, vehículos especiales, guardaespaldas. Se necesita construir muros alrededor de las viviendas (de lujo). Los ídolos exigen cada vez más sacrificios. Cada vez más “humanidad” debe sacrificarse para poder seguir subiendo las escaleras del poder y de la riqueza. Cada vez hay que proteger más su mundo de mentira, engaño, corrupción. Los grandes medios de comunicación nos bombardean también con imágenes de esa vida de lujo extremo de las “celebridades” de cine, de la música, del deporte... Para no pocos jóvenes esos se convierten en sus ídolos y en realidad se frustran cada vez más.

Monseñor nos da el ejemplo: yo no quisiera vivir como ellos. Así lo hizo. Vivió en la sencillez de su casita (construida por las hermanas del hospitalito) y murió en pobreza: no tenía nada para sí mismo. Vivió sirviendo al pueblo.

5.32. ¿Qué me puede hacer la muerte?

“Aunque me maten, no tengo necesidad. Si morimos con la conciencia tranquila, con el corazón limpio de haber producido solo obras de bondad, ¿qué me puede hacer la muerte? Gracias a Dios que tenemos estos ejemplares de nuestros queridos agentes de pastoral, que compartieron los peligros de nuestra pastoral hasta el riesgo de ser matados. Y yo, cuando celebro la eucaristía con ustedes, los siento a ellos presentes. Cada sacerdote muerto es, para mí, un nuevo concelebrante en la eucaristía de nuestra arquidiócesis. Y sé que están así, dándonos el estímulo de haber sabido morir sin miedo, porque llevaban su conciencia comprometida con esta ley del Señor: la opción preferencial por los pobres.” (2 de septiembre de 1979)

Monseñor da testimonio que vivir la opción preferencia por los pobres le da la conciencia tranquila y el corazón limpio y la fortaleza para asumir los riesgos de una pastoral coherente con el Evangelio. Hasta dice que la amenaza de ser asesinado no le quita el sueño. La opción preferencial por los pobres es la ley de Dios. Al confiar en esa ley y cumplirla nos da una tremenda tranquilidad de conciencia y corazón limpio. Nada ni nadie nos detendrá.

Dice Monseñor que los sacerdotes asesinados siguen concelebrando la eucaristía junto con él y con su pueblo. Sabe que está ahí animándonos y estimulándonos para seguir el camino del Evangelio. En realidad, así lo vivimos. Con el asesinato de sacerdotes, religiosas, catequistas, animadores/as

de comunidades querían apagar el fuego del Espíritu de Dios y callar la voz de la Iglesia. Sucedió lo contrario. En las CEBs, las y los mártires siguen animándonos para el compromiso y la entrega a la causa del Reino. Sin embargo, debemos evitar quedarnos con las celebraciones conmemorativas, por muy importantes que sean. Corremos el riesgo de invertir más energías en las conmemoraciones que en el seguimiento.

5.33. Yo quiero contarme también entre los pobres.

“Queridos pobres, la mayoría de los que estamos haciendo esta meditación – porque yo quiero contarme también entre los pobres, porque sé que solo en ese camino y en ese ambiente nos podemos encontrar de verdad, con sinceridad y autenticidad – tratemos de ser dignos de esa preferencia de Dios. Seamos pobres dignos de que Dios nos haga “ricos en la fe” y ricos en el amor al Señor. Esta es nuestra riqueza.” (9 de septiembre de 1979)

Monseñor está consciente que solo entre las y los pobres es posible vivir con sinceridad y autenticidad esa preferencia de Dios por los pobres. Por eso comparte: “quiero contarme también entre los pobres”. Ahí está su corazón. A la vez hace una llamada a ser “pobres dignos de que Dios nos haga ricos en la fe”. El pecado reina también entre las y los pobres, por eso Monseñor hace esa llamada a ser “pobres dignos” para ser de verdad la voz de Dios, el grito de Dios, la esperanza del Reino.

“Pobres dignos”. ¿Qué quiere decir Monseñor Romero con esta expresión? ¿Sería que quiere preguntarnos si también hay pobres indignos a los ojos de Dios? Pienso en las y los pobres que tienen puesto su esperanza en partidos de los ricos y que se dejan enganchar con pequeños regalitos propios de tiempos electorales. Pienso en las y los pobres que no logran discernir los signos del Reino de Dios cuando se responde al hermano/a que tiene hambre y sed o que está enfermo/a, en la cárcel o como extranjero /migrante. Pienso en las pobres víctimas del alcohol, de las drogas, de la violencia (robo, extorsión, desaparición, asesinato). Pienso en los pobres que creen en un dios milagrero y esperan esos milagros que caen del cielo. No significa que no son parte de los preferidos de Dios. Claro que sí. Pero Monseñor llama a ser “pobres dignos”, pobres que viven en el Espíritu del Evangelio, solidario, servicial, amando y sirviendo a sus prójimos, dispuestos a sacrificarse para que otros/as vivan. Entre esos pobres Monseñor se siente “en casa”.

5.34. Alguien ha dicho que soy opio. ¡Nunca!

“Porque yo no quiero ser, como alguien ha dicho, en el Bloque Popular Revolucionario, que yo soy opio. ¡Nunca! Estoy diciendo que, precisamente, estas promociones a la trascendencia son para excitar más la promoción de lo histórico, de lo social, de lo económico, de lo político. Y estoy diciendo que Dios no solo ha hecho el cielo después de la muerte para el hombre, sino que ha hecho esta tierra también para todos los hombres. ¡Esto no es opio!” (9 de septiembre de 1979)

Monseñor se dio cuenta que desde una organización popular le estaban criticando diciendo que su prédica era un opio para el pueblo, su palabra sobre la trascendencia de la vida era un paralizante para la vida y la historia. En esta cita explica a su pueblo que es exactamente lo contrario. La comprensión de la trascendencia de la vida (de la transparencia hacia la presencia salvífica de Dios)

motiva a participar activamente en la transformación de la sociedad y de la historia. *“la tierra para todos los hombres”*, es decir, no para unos cuantos (ricos, poderosos).

Más bien se podría decir que la motivación de fe para arriesgar todo por la “promoción humana”, por la transformación de las estructuras de la sociedad, es mucho más sólida y profunda que la meramente social y política. Confiar en la trascendencia de la vida es ponerse en el camino de Dios, el camino de la creación de la vida (para todos y todas), el camino de la liberación, el camino hacia “la tierra que mana leche y miel” con estructuras justas que serán la base para la paz auténtica.

Claro que esto exige una conversión permanente para no caer en la tentación del “templo”, de la burbuja religiosa, que traiciona la encarnación de Dios en la historia. En realidad, esa burbuja religiosa se convierte en aliada de los ídolos del poder y de la riqueza. La historia del cristianismo deja ver con claridad hasta qué extremos esto puede llegar.



Monseñor visita con el padre Luis Van de Velde a la comunidad de Los Llanitos, Mejicanos.

5.35. Yo iré a unirme con aquella gente.

“En Aguilares, una comunidad donde el martirio está haciendo también sus selecciones dolorosas, pero gloriosas, allá nos mataron al catequista Jesús Jiménez, del cual pueden leer en Orientación un precioso testimonio. Yo iré a unirme con aquella gente en este homenaje que son verdadera justicia le debe tributar la Iglesia, a quien se entregó aun sabiendo que corría el peligro que le llegó.” (9 de septiembre de 1979)

Monseñor quiere estar con la gente sencilla que sufre. La iglesia local perseguida da homenaje a uno de sus mártires (catequista en este caso) y Monseñor Romero quiere unirse con esa iglesia, con esa gente. Es por justicia que quiere estar ahí. Llama a comprender el martirio de ese catequista que *“se entregó aún sabiendo que corría el peligro que le llegó”*.

De verdad, es de admirar cómo muchísimos catequistas, delegados de la Palabra, animadores/as de comunidades cristianas, hasta en los rincones más perdidos, han sido grandes evangelizadores, animadores en la fe, el amor solidario y la esperanza. Han sido pobres, con espíritu de pobre y poseídos por el Espíritu de Dios, que han dado vida a la Iglesia en lo más concreto de la vida.

Estos testimonios se deben recoger, reconstruir y dar a conocer. No basta conocer su biografía, por muy importante que sea. Me alegra que un amigo, estudiante de la maestría en teología de la UCA está haciendo un trabajo al respecto. Explorando el testimonio del martirio de “agentes – laicos – de pastoral”, en el campo y la ciudad, en diferentes iglesias. Así como Monseñor Romero dijo en aquel tiempo “iré a unirme con aquella gente”, también hoy debemos recoger esas experiencias martiriales, esos testimonios de vida, de entrega, de evangelización, de pastoreo. Pero tampoco basta recoger el pasado.

¡A cuánta gente se está matando, desapareciendo ahora! ¿quiénes de la(s) ¿Iglesia(s) están uniéndose a esa gente en su dolor, en su duelo? ¿De qué manera la iglesia acompaña a las familias de los migrantes “desaparecidos” en el camino? La opción preferencial por los pobres, no tiene nada que ver con buenos o malos, sino tiene que ver todo con “ser pobre”, empobrecido, víctima (de esa cruel espiral de violencia).

5.36. Esto no quiere decir que el arzobispo va a tener un despotismo.

“Quiero a este propósito decir, hermanos, que en esto se conoce un auténtico católico: en que está con su obispo, si no está con su obispo, no puede decirse buen católico. Esto no quiere decir que el obispo va a tener un despotismo para decir: “Hagan lo que yo digo”, porque, precisamente, el servicio que el obispo da está en función del pueblo.” (9 de septiembre de 1979)

Así como Monseñor Romero vivió la relación con el Papa, con el magisterio de la Iglesia, con la autoridad del “Sumo Pontífice”, de la misma manera comprende que no se puede ser buen católico si no se está en comunión con el arzobispo. El estar con el obispo es una relación dialogal. Monseñor recuerda que no se trata de “un despotismo”, de un autoritarismo de parte del obispo hacia los sacerdotes y laicos/as. En ambas direcciones se debe construir relaciones fraternas dialogantes. El obispo debe estar muy cerca de sus sacerdotes y de la realidad de su pueblo.

El tema es, ¿cómo entender la frase: “*el servicio que el obispo da está en función del pueblo*”? En teoría nadie va a estar en desacuerdo. ¿Pero la práctica? Monseñor lo sufrió en carne propia en cuanto al actuar (la práctica) de los demás obispos de El Salvador. Entorno al profetismo – y hoy podemos decir con autoridad eclesial, entorno a su santidad – se rompió toda la colegialidad en el episcopado. En cuanto al sufrimiento, las esperanzas y las luchas del pueblo, estaban tremendamente divididos, dejaron solo a Monseñor Romero (menos Mons. Rivera). ¿Valía también en sus diócesis que para ser buen católico se tenía que estar con el obispo?

Es de recordar que varios de los sacerdotes expulsados por el obispo de San Vicente, han sido acogidos por Monseñor Romero en la arquidiócesis. Creo que siempre se debería de discernir la autenticidad evangélica de cada quien. Si hay un clima fraterno se puede entrar en diálogo respetando también enfoques y caminos diferentes. El obispo nunca puede ser un “mandamás”. El sacerdote, a su nivel, tampoco. Tampoco el catequista, animador/a de comunidad.

5.37. El obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo.

“Y, precisamente, en esta reunión que yo menciono, de Cursos de Cristiandad, hicimos una reflexión tan profunda que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo

y, precisamente, en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su humildad y de su autenticidad. Yo quiero, pues, agradecer a todos aquellos que, cuando no estén de acuerdo con el obispo, tengan la valentía de dialogar con él y de convencerlo de su error o de convencerse de su error.” (9 de septiembre de 1979)

Si hay verdadera fraternidad (condición para la vivencia de fe cristiana) el diálogo no será tan complicado. Sin embargo, en la medida que se (sobre-) acentúa la estructura jerárquica de la Iglesia, esa vivencia fraterna será más difícil. Muchas veces, o fácilmente, el obispo, por causa de su cargo y responsabilidad, considera que es el sabelotodo y mejor. Monseñor Romero explica en esta cita que *el obispo tiene mucho que aprender de su pueblo*. Dependerá mucho de la actitud del obispo, del tiempo que dedica a escuchar a su pueblo y la actitud con qué desea escuchar. Al mismo tiempo el obispo debe saber discernir. Los ricos (católicos) tendrán sus intereses que desean transmitir al obispo. Las y los pobre muchas veces no logran expresar sus vivencias diarias y sus inquietudes de fe. En las comunidades eclesiales de base se ha construido ese clima de apertura hacia el obispo, respondiendo a su apertura. Un obispo que no inicia con escuchar a su pueblo, difícilmente podrá aprender de su pueblo. Lo mismo habrá que decir del sacerdote, de animador/a de comunidades o de coordinadores de sector.

En cada evaluación (de año, diario,..) se tendrá que preguntarse: ¿qué estoy aprendiendo del pueblo? ¿Qué aprendo de la vivencia, del sufrimiento, de la lucha, de las esperanzas y frustraciones de las y los pobres?

5.38. Yo también viví en Europa los tristes años de la Segunda Guerra Mundial.

“El Papa se lamenta de que la historia de nuestro siglo es la historia de la guerra. Y él vivió – como yo también viví en Europa – los tristes años de la Segunda Guerra Mundial.” (9 de septiembre de 1979)

La experiencia personal de Monseñor Romero de las consecuencias desastrosas de la guerra, vivida en Italia, Roma, como estudiante, y hasta como preso en Cuba acusado de ser espías (junto con otros sacerdotes que regresaron a Centro América) del régimen de Musolini, lo ha marcado para siempre. Está consciente que el siglo XX es tiempo de las guerras más crueles de la humanidad. En El Salvador se estaba gestando las condiciones para una guerra. Posteriormente se habló de “el conflicto armado interno”, que de hecho, en cuanto a lenguaje, quita la crueldad de la historia.

Monseñor Romero vivió de muy cerca la represión contra el pueblo que estaba tomando conciencia de su exclusión y miseria, y que estaba en pleno proceso de organización reivindicativa, mientras estaban aumentando las acciones de la guerrilla. En sus homilías y escritos, en sus llamadas, ha tratado de convocar a dialogo para evitar que estallara la guerra total. No hemos escuchado su mensaje. No hicimos caso. Puede ser que las condiciones históricas ya hayan estado tan deterioradas que no hubo otra alternativa. La decisión del imperio norteamericano de “no permitir otra revolución, otra Nicaragua”, cueste lo que cueste, con un millón de dólares diario en ayuda sobre todo militar y con la sangre de miles de salvadoreños, ha sido un elemento decisivo. El Salvador también fue pieza en el ajedrez de la llamada guerra fría.

Pregunta hoy es: ¿somos capaces – los que hemos vivido la crueldad de la guerra en El Salvador – de enrumbar el país hacia un horizonte de justicia, verdad, libertad, solidaridad? Si hemos vivido “los tristes años de la guerra en El Salvador”, ¿seremos capaces de cambiar la historia, de arrancar de raíz la injusticia estructural, la corrupción política y judicial? ¿Qué papel juega la iglesia (a todo nivel) en esa dinámica?

5.39. La alegría que me inunda es muy grande. *En este texto habla de un personaje que visitó El Salvador y luego en Roma habló con Juan Pablo II, se trata de Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús.*

“Y además de esta alegría de carácter nacional y religioso, tengo también otra más íntima, porque un personaje de mucha influencia en la Iglesia visitó nuestros países de El Salvador, Nicaragua, Honduras; y cuando regresó, conversando personalmente con el Papa, el Papa se interesó de manera especial por el arzobispo de San Salvador.... Este gesto de comunión de su aplauso me hace sentir más íntima la satisfacción que me dio la noticia porque este hombre imparcial, profundamente espiritual, hombre de Iglesia, pudo decir al Santo Padre lo que vio, lo que ustedes ven y viven; y pudo, también, aclarar varios aspectos que se distorsionan en nuestra arquidiócesis, de nuestro humilde ministerio, pues, un testimonio de comunión con él y de alegría de sentirnos siempre seguidores de su magisterio. No necesito extenderme más, pero les digo que la alegría que me inunde es muy grande y me da valor, pues, de saber que el Santo Padre conoce mi trabajo y, sin duda, pues, se siente en comunión con este arzobispo.” (16 de septiembre de 1979)

Monseñor Romero siempre ha vivido una cercanía y fidelidad al magisterio de la Iglesia y especialmente con el papa. En esta cita se alegra que alguien (P. Arrupe) haya compartido con el papa “lo que ustedes ven y viven” y que ha podido rectificar las distorsiones que se dice y se rumora sobre el trabajo pastoral de la arquidiócesis, sobre su ministerio. Le inunde la alegría y le anima, le da mucho valor saber que el Papa conoce – de parte de un testigo fiel y cercano – el trabajo de la iglesia en El Salvador. Ha sido una de las fuerzas fundamentales en la vida de Monseñor Romero, el estar con el papa, estar en comunión con el papa, cumplir con el magisterio de la Iglesia. No pudo entender su misión como obispo separada de Roma. Sufrió cuando el Papa Juan Pablo II no le había comprendido. Sin embargo, Monseñor estaba muy consciente que sí estaba cumpliendo con el magisterio, con las grandes líneas del magisterio de la Iglesia.

El estar con el obispo o no, depende también en gran medida de la posición del obispo mismo. La apertura de Mons. José Luis Alas y su interés por conocer más la experiencia de las comunidades eclesiales de base, ya está cambiando la actitud de varios animadores/as. Está abriendo el espacio de la comunión eclesial. Ha reconocido que la jerarquía de la Iglesia ha abandonado las CEBs, las ha desconocido, y con frecuencia también pide perdón. Se está abriendo puertas.

5.40. Si hay un título que me enorgullece es este: el catequista.

“Si hay un título que me enorgullece es este: el catequista. Yo quiero ser eso: el catequista de mi diócesis. El que trata de dar, con la sencillez de una catequesis, la instrucción que nos hace conscientes de ser una Iglesia de Cristo y, desde esa Iglesia de Cristo que se afirma, que se

consolida en la fe, iluminar los contornos que nos rodean, sin los cuales no sería verdadera Iglesia servidora del mundo.” (16 de septiembre de 1979)

Monseñor se alegra por ser “el catequista de su diócesis”. Explicando de que se trata el “ser catequista” nos dice: dar a conocer lo que es de verdad ser una iglesia de Cristo, consolidar la fe, iluminar la realidad, promover y acompañar la iglesia como “servidora del mundo”.

Quisiera iniciar esta reflexión con lo último: iglesia como servidora del mundo. Debe entenderse muy bien. No es una iglesia al servicio de los poderes del mundo, sino una iglesia al servicio de la promoción humana, de la liberación de las esclavitudes, defensora de la verdad, denunciadora de la injusticia y la falta de libertad, cargando con la cruz de los “de abajo”, de los excluidos/as. Durante demasiados siglos la iglesia ha servido a los poderosos del mundo con una jerarquía como aliada importante de los del poder y de la riqueza.

Una iglesia que sirve auténticamente desde la dura realidad de los crucificados de hoy, será capaz de iluminar la realidad a la luz del Evangelio. Solamente con “los pies en la calle, en el lodo y el polvo” se es capaz de vislumbrar la crueldad del pecado estructural y de llamar a la conversión. A partir de la cruz histórica se puede comprender lo que es y debe ser “la iglesia de Cristo”, el crucificado que ha sido resucitado. Solamente desde la miseria y el sufrimiento de las y los pobres, se puede entender por qué Jesús ha sido crucificado, ayer y hoy.

La fuerza de la palabra del catequista de la arquidiócesis nacía desde su cercanía con el sufrimiento del pueblo, con sus desesperanzas y sus esperanzas, con sus luchas sociales. Monseñor cargó con la dura realidad de su pueblo y así pudo convertirse en ese catequista ejemplar y santo.

5.41. Todo aquel que predica tiene que ser primero un discípulo que oye.

“Primero, queridos hermanos, antes de proclamar al Mesías, hay que conocerlo. Por eso, todo aquel que predica tiene que ser primero un alma, un discípulo que oye, que medita, que reflexiona, que ora.” (16 de septiembre de 1979)

Nuevamente Monseñor Romero comparte su propia vivencia como discípulo de Jesús que escucha su Palabra y la deja pasar por su vida. Así con autoridad puede llamar a todos los pastores y predicadores para que sean en primer lugar “discípulos” fieles de Jesús. No sé si había pensado en aquellos famosos predicadores que con su don de la palabra han ido construyendo su fama de “predicador católico o evangélico”, o si pensaba en cada sacerdote que tiene la misión de predicar en las celebraciones litúrgicas. Lo que sí está claro que Monseñor pide que antes de ser o pretender ser predicador, primero se debe ser discípulo fiel de Jesús. Y nos explica de qué se trata. Hay que saber oír, saber escuchar la Palabra de Dios (en la Biblia y en la realidad histórica de la vida). Dedicar tiempo y espacio a la meditación auténtica, a la reflexión profunda, a la oración sincera. El mensaje de la predicación debe ser cosecha de la meditación espiritual personal del predicador. El mensaje de la prédica, del sermón, de la homilía debe haber pasado por la propia vida del predicador, tanto en la oración como en la vivencia diaria y en el trabajo pastoral.

Cada quien que tiene la misión de predicar, de transmitir el mensaje del Evangelio, tendrá que cuestionarse constantemente, verse en el espejo, para estar consciente si de verdad parte de la experiencia auténtica del discipulado.

5.42. Entre ustedes y yo hacemos esta homilía.

“Revisemos nuestra historia, y perdonen el tiempo. Alguien decía: “¿Porqué predica tan largo? Pobrecitos los que están de pie”. Le digo yo: “Yo también estoy de pie. Y sentiré cuando ya estamos cansados”. Aguántense un poquito. Y si no hay bancas, pues hay suelo y hay donde estar a gusto. Pero sí me gustaría interesar este momento, porque para mí es el más importante de la semana, en que la Iglesia cumple su misión aquí, en la arquidiócesis. Y gracias a la bondad de ustedes, que me escuchan, pues entre ustedes y yo hacemos esta homilía que lleva la vida de nuestra Iglesia y la vida de nuestro país.” (16 de septiembre de 1979)

Monseñor preparaba las homilías, reflexionando la Palabra de Dios, consultando con sus asesores (biblistas, teólogos) y aquellos que pudieron alimentarle desde la pastoral, desde la realidad (abogados), desde su vivencia con la gente sencilla y sufriente. Preparaba sus homilías con esquemitas. No llevaba textos elaborados previamente. Tenía unos datos a compartir denunciando el atropello. Y a partir de su don de la Palabra, bajo la fuerza del Espíritu presente en su pueblo en catedral, alimentado por la actitud de escucha de la gente, Monseñor iba tejiendo su homilía.

Se observa hoy – viendo los textos – que sus homilías tenían estructura y eran bien ordenadas. Daba un nombre, un título a las reflexiones y enfoques de su prédica. En el lenguaje que utiliza se siente como que hay un diálogo, una interacción con la gente, tanto en catedral como en las casas (donde se le escuchaba por radio). Esta relación con la gente, con la historia, con las cruces, con las esperanzas, y su capacidad para traducir y actualizar los textos bíblicos, hicieron que, de verdad, bajo la fuerza del Espíritu Santo, se hacían sus homilías “entre ustedes y yo”. Monseñor hablaba desde el pueblo y para el pueblo. Se hizo instrumento verdadero en las manos de Dios. Se hizo la voz de Dios y la voz del pueblo. ¡Cuánto podemos y debemos aprender de Monseñor Romero!

5.43. Quiero recordar con cariño y solidarizarme con los sacerdotes asesinados.

“Quiero recordar con cariño y solidarizarme fielmente con los sacerdotes asesinados. Investigaciones de nuestro arzobispado y de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA nos dejan claro que los padres Rutilio Grande, Alfonso Navarro, Rafael Palacios y Alirio Napoleón Macías no fueron asesinados por grupos de izquierda, sino que la UGB o agentes vestidos de civil. Y en cuanto a los otros sacerdotes, Neto Barrera y Octavio Ortiz, es claro que perecieron en poder de agentes de seguridad.” (16 de septiembre de 1979)

Los canales oficiales gubernamentales y del ejército, los mensajes distribuidos por la extrema derecha (comunicados de prensa, campos pagados) y también los mismos medios sociales de comunicación trataban de lavar las manos de los asesinos de los sacerdotes (y de muchos hermanos/as del pueblo). Acusaban de ser parte de grupos armados, de caer en enfrentamientos con los cuerpos de seguridad. A veces acusaban a la izquierda de ejecutar a los sacerdotes para acusar a los cuerpos de seguridad. En esta homilía Monseñor retoma los nombres de los sacerdotes asesinados y deja bien claro que son los grupos paramilitares, escuadrones de la muerte (como la

UGB), los mismos cuerpos de seguridad (ejército, la guarda, policía de hacienda,...) quienes han asesinado a sus sacerdotes. El pueblo tenía que tener bien claro quienes estaban persiguiendo a la Iglesia. Lo que dice aquí de los sacerdotes asesinados vale también por los laicos y religiosas asesinados.

Además de su denuncia pública, Monseñor expresa su profundo cariño con los sacerdotes. Es como el papá que habla de sus hijos asesinados. Se solidariza con las familias y las comunidades de esos sacerdotes. El hecho que sus cuerpos acribillados fueron enterrados en templos, también es un signo claro de la convicción de la Iglesia: estos han sido testigos fieles. Pregunta es: ¿la iglesia de base, las parroquias siguen retomando de verdad ese testimonio fiel de sus sacerdotes asesinados? Alguna celebración conmemorativa anual puede ser importante y necesaria. En algunos casos no se hace. ¿Sería suficiente? Sus testimonios no pueden encerrarse en expresiones litúrgicas o celebraciones conmemorativas. Deben concretarse y desafiarnos en la realidad diaria de la vida de la Iglesia.

5.44. Yo soy el diácono de ustedes, soy el servidor.

“No somos príncipes, no somos reyes. No hemos venido a ser servidos, sino que tienen que ser – he aquí las palabras del Concilio – “los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos”. Yo soy el diácono de ustedes, queridos hermanos, soy el servidor; y toda la pastoral que deriva de la responsabilidad del pastor tiene que ponerse toda en esta actitud de servicio: sacerdotes, religiosas, comunidades. Y me alegra mucho – yo quiero decirlo con gran alegría – que nuestra arquidiócesis va comprendiendo cada día mejor este sentido de servicio. Y si acaso van quedando resabios de imperialismo, de potestad terrena, de paternalismo, yo los invito a todos: a los queridos sacerdotes, a las comunidades religiosas, a las superiores, a los superiores, que su papel no es solo ser el jefe, sino el servidor de la comunidad, el que sabe escuchar los deseos y saber orientarlos hacia Dios para servir a las necesidades del pueblo.” (23 de septiembre de 1979)

Monseñor Romero define su misión como obispo, y así también la misión de cada sacerdote, religiosa/o, animador/a de comunidades, como servicio. Recuerda la misión de Jesús de haber venido para servir y no para dejarse servir. Se llama y se identifica con *“el diácono de ustedes”*. Llama a todos los *“ministros religiosos”* a tomar en serio esa misión de servir a la comunidad.

Explica unos aspectos de esa misión de la diaconía. Hay que saber escuchar al pueblo, a la comunidad, a la gente. Escuchar sus deseos, sus sufrimientos, sus esperanzas, su experiencia, sus preocupaciones, su caminar en la fe, su fragilidad y sus fallas, Y luego también saber orientar a las personas y comunidades hacia Dios. Tiene que ver con el señalamiento de las tentaciones de los ídolos (antiguos y actuales), del pecado estructural que envuelve y enrolla a todos. El diácono fiel a la misión divina tiene la misión de poner al frente siempre – como mínimo – el decálogo del Antiguo Testamento (no mentir, no robar, no matar, ..) y más bien orientar hacia la plena vivencia del amor en la pareja, en la familia, entre vecinos, ... Por último, aclara Monseñor que orientar los deseos de la gente hacia Dios significa ponerse *“al servicio de las necesidades del pueblo”*. Por supuesto que esto exige ponerse en los zapatos de las y los más pobres, más empobrecidos, y así poder visualizar con claridad cuáles son las necesidades auténticas del pueblo.

Es una tarea constante para cada cristiano/a hoy: definir su propia vida, su propio camino de fe, su práctica creyente como “diaconía”, como servicio a las y los demás, a la comunidad, servicio a las necesidades de nuestro pueblo. La fe en el Dios de Jesús se vive en la realidad del servicio. No hay otro camino.

5.45. Los aplausos.

“Cuando yo digo que soy el diácono, el servidor de ustedes, no quiero ser yo un acomodaticio para ganarme esos aplausos. De ninguna manera los he buscado yo, ustedes me los dan espontáneamente; ni me envanecen, porque sé que no es más que la expresión de un pueblo que está sintiendo con aquel que le está dirigiendo la palabra y que está tratando de servirlo, precisamente, en sus sentimientos más hondos.” (23 de septiembre de 1979)

Monseñor parece estar consciente de los peligros de los aplausos durante sus homilías. Por eso aclara que no quiere ser un acomodaticio que deforma la palabra para ganarse aplausos del público. Tampoco los anda buscando, no planifica ni provoca aplausos (como lo hacen los políticos en campaña o ciertos artistas).

Recuerda su misión como pastor: ser el diácono de su rebaño, servidor. Servir a Dios sirviendo al pueblo predicando la autenticidad de la Palabra encarnada en la historia concreta. Por eso sus homilías llegan hasta los “sentimientos más hondos” de su pueblo.

Creo que debemos reflexionar críticamente si realmente estamos predicando (enseñando, proclamando,...) la auténtica Palabra de Dios encarnada en la realidad concreta de hoy. Corremos el riesgo de estar repitiendo lo mismo a lo largo de los tres años litúrgicos, sin encarnación en la realidad histórica. Cada texto del Evangelio resuena con un mensaje diferente en cada situación histórica concreta. Discernir esa historia a la luz del Evangelio, a la luz de Palabra de Dios proclamada por Monseñor Romero, es fundamental para que el mensaje de la Iglesia sea de verdad buena nueva para las y los pobres.

5.46. No me interesa la simpatía de ustedes, sino la simpatía de Dios.

“Perdonen que les diga: no me interesa tanto la simpatía de ustedes como la simpatía de Dios; no me interesa tanto reinar sobre sus corazones, que, gracias a Dios, siento un cariño que me constituye casi rey de esta comunidad, sino que me hace sentirme, sobre todo, rey ante Dios. Servirlo a El es reinar y cuanto más humildemente lo quiera servir en el pueblo, más reinaré.” (23 de septiembre de 1979)

El uso de la imagen del rey siempre es un tanto delicado porque la realidad histórica de los reyes es una realidad totalmente opuesta al reinado de Dios. Monseñor quiere ser “rey ante Dios” y lo entiendo como “servir humildemente en el pueblo”.

Los reyes, emperadores hacían sus entradas triunfales – con el botín de guerra en oro y pueblos reducidos a esclavos – montados en caballos (blancos). Jesús entró a Jerusalén – sin botín de guerra y con gente campesina ansiosa de liberación – montado en un burrito. Es una imagen de lo contrario de los reyes históricos. Así también el reinado de Dios es la imagen positiva de la realidad negativa

de los reinados de la historia. “servir humildemente en el pueblo”. Tampoco es para Monseñor Romero un eslogan político o engañoso. Diciendo la verdad de la realidad trágica que vivía el pueblo y defendiendo a los pobres, se hizo el servidor del pueblo.

Estos días el Papa Francisco ha repetido que los obispos no son reyes, no son príncipes, sino que deben ser servidores del pueblo. “La definición que da del obispo es ‘administrador de Dios’, no de bienes, de poder, de las cordadas, no: de Dios. Siempre tiene que corregirse a sí mismo y preguntarse: ‘¿Yo soy un administrador de Dios o soy un hombre de negocios?’. El obispo es administrador de Dios. Debe ser irreprochable: esta palabra es la misma que Dios le ha pedido a Abraham: ‘Camina en mi presencia y sé irreprochable’.” El Papa señala que debe ser capaz de “dar hospitalidad”, debe ser “amante del bien”, “sensible, justo, santo, amo de sí mismo, fiel a la Palabra digna de fe que le ha sido enseñada”: estas son las peculiaridades del servidor de Dios.

Lo que vale para el obispo, vale de la misma manera y con la misma exigencia para cada cristiano/a, cada religioso/a, cada pastor, sacerdote, animador/a de comunidades.

5.47. ¡Cuánto vale más para mí que un niño...!

“Son simpáticos los niños y es peligroso que nos quedemos solamente en la simpatía humana. ¡Son tan sencillos! ¡Son tan ingenuos! Cualquier broma les cae bien. Parecen cosa de nadie, porque cualquiera que llega ante una mamá que está chineando a su niño, le dice: “¡préstemelo! Y se lo coge como cosa propia y todos sentimos que es de nosotros el niño. Y una sonrisa de niño equivale a millones. ¡Cuánto vale más para mí que un niño me tenga la confianza de sonreírme, de abrazarme y hasta darme un beso a la salida de la iglesia, que si tuviera millones y fuera espantable a los niños!” (23 de septiembre de 1979)

También aquí encontramos la sencillez de Monseñor Romero. Aprecia y valora mucho más “la sonrisa de un niño” que riquezas o lujos o comodidades. Estas palabras de él son coherentes con su manera humilde de vivir en su casita en el terreno del hospitalito. Su cercanía con enfermos terminales, el abrazo que recibe de niños o un besito a la salida de catedral, expresan su calor humano, su sencillez humana. También gracias a esa sencillez pudo ser profeta de su pueblo. No ha sido el obispo “príncipe de la iglesia”, no hubo orgullo en él, sino cercanía con los pequeños, con los que sufren. Para él era tan importante esa sonrisa de niños, que lo comentó en su homilía. Compartió su sentir, su corazón.

Qué diferencia con aquel sacerdote que gritó durante la misa “saquen a esos niños”, “tapen la boca a esos niños”. He sido testigo de un espectáculo así. Es evidente que ese tipo de sacerdotes es “espantable a los niños”. Curiosamente son los mismos sacerdotes que consideran la iglesia como su negocio. Lo contrario de la vida y de la actitud de Monseñor Romero.

Este comentario de Monseñor se parece al testimonio de los evangelios donde hablan de Jesús y su acercamiento a unos niños. Con todo el respeto que se merecen, la relación de pastores con niños y niñas, nos dice algo importante sobre sus actitudes y sobre su corazón. Revisemos por donde andamos nosotros.

5.48. Siempre que tengo compromisos los cumplo, gracias a Dios.

“En la comunidad de Comasagua, se celebró la fiesta de San Mateo, el 21 de septiembre. Y yo quiero excusarme, porque dicen que me estuvieron esperando; pero, francamente, yo no tenía idea de haber confirmado un compromiso; y, por eso, siempre que tengo compromisos los cumplo, gracias a Dios. Les suplico, pues, si hubo algún malentendido, que me dispensen; y los felicito por su fiesta patronal.” (23 de septiembre de 1979)

Uno puede decir porqué Monseñor debe dedicar tiempo de su homilía en catedral a relatar que en una parroquia rural lo estaban esperando, que no sabía de esto y a pedir perdón y disculpas por ese malentendido. Sin embargo, es parte de la figura tan humana de Monseñor. En la gran comunidad de la catedral y aún más, la gran comunidad de los que lo escuchaban por radio, comparte esa actitud sencilla de pedir disculpas. A lo mejor volvió a programar con esa parroquia una nueva cita para visitarlos.

La homilía de Monseñor no era la voz del que está allá lejos, allá arriba y que desde lo alto predica. Su predicación estaba muy cercana a la vida de las comunidades. A la vez comparte que como pastor quiere cumplir con sus compromisos con la gente. No son sus propias prioridades que valen, sino sus compromisos con las parroquias, con la gente de su pueblo. Así era el pastor.

5.49. Yo tengo que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo.

“Por eso, queridos hermanos – y yo aquí ya bajando a la realidad de nuestra arquidiócesis., quiero admirar y darle gracias al Señor porque en ustedes, pueblo de Dios, comunidades religiosas, comunidades eclesiales de base, gente humilde, campesinos, ¡cuántos dones del Espíritu! Si yo fuera un celoso como los personajes del Evangelio y de la primera lectura diría: “¡Prohíbasele, que no hable, que no diga nada, solo yo obispo puedo hablar!” Y no, yo tengo que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo y, entonces, sí, recibir del pueblo y analizarlo y, junto con el pueblo, hacerlo construcción de la Iglesia.” (30 de septiembre de 1979)

Monseñor se alegra por la vivencia eclesial en tantos espacios del pueblo de Dios, en diferentes experiencias. Llama la atención que menciona también la fe de la gente humilde, de la población campesina. Observa que hay “*tantos dones del Espíritu*” que están haciendo florecer la Iglesia. Sabemos – porque lo vivimos – que Monseñor no siempre estaba de acuerdo con expresiones proféticas o con ciertas acciones de por ejemplo comunidades de base, de sacerdotes (por ejemplo, de la “nacional”. Sin embargo, sobresale la convicción de Monseñor que el Espíritu está presente. Y aún más: está consciente que “*debe escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo*”. Y se pone como misión de pastor el recibir los aportes, las reflexiones, las acciones de su pueblo, “*analizarlo y, junto con el pueblo, hacerlo construcción de la Iglesia*”.

En este tiempo veo una actitud semejante en la apertura del arzobispo de San Salvador hacia las comunidades eclesiales de base. Aun estamos lejos de lo que plantea Mons. Romero, pero se ve esa apertura para escucharnos, para acercarse a las CEBs, para involucrarnos en el quehacer de la Iglesia. Creo que ahí también vemos fruto de la presencia del Espíritu. Creo que las mismas CEBs deberíamos actuar con más iniciativas para construir esa relación eclesial.

5.50. Quiero ser fiel al Papa hasta la muerte.

“Yo desde ya quiero decirles que quiero ser fiel al Papa hasta la muerte y que lo que diga Juan Pablo II en las Naciones Unidas será para mi también una orientación, que yo trataré de repetir y de acomodar mi pensamiento – como siempre hago – al pensamiento del magisterio del Papa.”
(30 de septiembre de 1979)

Una de las fortalezas de Monseñor Romero ha sido si inquebrantable fidelidad al magisterio de la Iglesia en su conjunto y especialmente al Papa, sucesor de Pedro. Durante sus tres años de su arzobispado ha ido varias veces a Roma. Esos encuentros con el Papa eran importantísimos para él, No le ha sido fácil, porque en el Vaticano había oposición y algunos de poder trataron de impedir su comunicación personal con el Papa. Se animó mucho por las palabras de Pablo VI y sufrió mucho por la incomprensión de Juan Pablo II. Esta conciencia de fidelidad al Papa ha sido un eje fundamental en la vida eclesial y episcopal de Monseñor Romero.

Nosotros hoy, tendremos que revisar de qué manera – en nuestro deseo de ser Romeristas – aprendemos de esa conciencia y de comprensión de fidelidad al magisterio de la Iglesia. Lo mejor del Concilio Vaticano II, los grandes aportes de la Iglesia latinoamericana en las conferencias episcopales (especialmente Medellín y Puebla), y hoy las grandes encíclicas de Francisco, deberían ser fuente constante de inspiración para nuestro ser Iglesia. Hacer tiempo para conocer el magisterio de la Iglesia sobre la evangelización, sobre el medio ambiente, sobre la vida cristiana,... puede y debe ayudarnos a seguir el camino.

5.51. En lo personal me afecta bastante. *Monseñor denuncia el asesinato de cuatro dirigentes campesinos el 29 de septiembre, entre los cuales estaba Apolinario Serrano, más conocido como Polín; y además José López, Patricia Puerta y Félix García.*

“Acerca de este hecho, en lo personal me afecta bastante por haber conocido bastante a fondo a uno de estos campesinos. Y de veras, hombre muy querido, de mucha esperanza para la reivindicación del campesinado; y creo que se ha cometido uno de los errores más graves y de las injusticias que más claman al cielo, ya que le quitan a un pueblo esperanzas y voceros de sus situaciones de opresión.” (7 de octubre de 1979)

Monseñor se dejó afectar e impactar por la muerte violenta de tanta gente del pueblo. Condenaba esos hechos que claman al cielo. Asesinar a los líderes, a voceros de las situaciones de opresión del pueblo, es quitarle al pueblo esperanzas. Realmente esto ha sido el objetivo de la represión en contra del pueblo en organización, en camino hacia su liberación.

Ayer celebramos nuestra fe en el 29 aniversario del asesinato de los padres jesuitas y sus dos colaboradoras, un crimen aún sin justicia acerca de los que ordenaron asesinarlos. Es evidente que también en ellos se quería quitar esperanzas al pueblo.

Las reivindicaciones de la población campesina, del sector obrero en las maquilas y el comercio, también de la población en general sufriendo la violencia horrible de las maras, todo esto no es escuchado en serio por los que tienen poder en las estructuras de la sociedad. Las caravanas de migrantes son expresión de pueblos que ya no aguantan y arriesgan todo. Nada los detendrá, ni las más angustiosas amenazas desde los poderes.

No se puede quitarles la esperanza a las y los pobres (víctimas). Se debe escucharlos y tomarlos en serio. Dejarnos afectar por el dolor de los pueblos debe convertir a las iglesias y sus pastores en defensores de la esperanza, en acompañantes de su camino, en signos de esperanza.



5.52. Este es mi afán más importante.

“Este es mi afán más importante, que yo quisiera vivir y hacerme comprender: que yo predico y trabajo únicamente para hacer Iglesia, para afianzar cada vez más en el mundo, en El Salvador, la presencia de una arquidiócesis que de verdad sea pueblo de Dios en medio de la República de El Salvador.” (4 de noviembre de 1979)

Monseñor repite con frecuencia que su misión, que su intención, su objetivo pastoral, la finalidad de sus homilías es transformar la Iglesia arquidiocesana como “pueblo de Dios en medio de la república de El Salvador”. Se trata de una Iglesia que realmente es el pueblo de Dios, que es semilla del Reino, que refleja y visualiza la presencia de Cristo Jesús, que se hace el cuerpo de Cristo en la historia. Solamente una iglesia así puede ser fermento de transformación, luz en el camino para salir de tanta oscuridad (pecado, muerte, desesperanza,...).

Creo que cada célula eclesial tendrá que revisarse y preguntarse si realmente está transformándose en “pueblo de Dios” o si somos solamente islas religiosas, consuelo para las víctimas que se quedan sin justicia y sin esperanza. Cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada movimiento cristiano tendrá que revisarse periódicamente y preguntarse si no se ha adaptado a la comodidad del sistema en que nos toca vivir. Ser verdaderamente “pueblo de Dios” es una lucha sin tregua contra toda

forma (por muy sutil que pueden ser) de dominación, explotación, marginalización, exclusión, humillación, de violencia. Las iglesias no podemos callarnos ante sistemas que provocan muerte, que viven gracias a la represión de su población, que quieren callar la voz de la esperanza de las y los pobres.

5.53. No hay satisfacción más profunda que...

“Para mí, queridos hermanos, no hay satisfacción más profunda que esta convicción que yo trato de comunicarles a ustedes y de hacerla más honda en mí: que en la medida en que seamos Iglesia, es decir, cristianos verdaderos, encarnadores del Evangelio, en esa medida seremos el ciudadano oportuno, el salvadoreño que se necesita en esta hora.” (11 de noviembre de 1979)

Monseñor aclara que ser Iglesia, ser “cristianos verdaderos” es ser “encarnadores del Evangelio”. Hacer “carne”, hacer vida, vivir el Evangelio de Jesús. Quizás es uno de los problemas más graves de la iglesia con su historia de dos mil años y haber sido moldeada en su paso por el imperio romano. El eje principal, el dinamismo fundamental, la proyección prioritaria, la razón de ser de la Iglesia es “*encarnar el Evangelio*” y no tanto todo lo relacionado con el quehacer institucional administrativa, ni religioso. Ambos aspectos han sido fuertemente criticados por Jesús al ver la institucionalidad y la vivencia religiosa del judaísmo de su tiempo.

El segundo pensamiento en esta cita es la convicción de Monseñor Romero que esos verdaderos cristianos, “encarnadores del Evangelio” son los verdaderos ciudadanos que el pueblo necesita. Aparece un pensamiento patriótico de Monseñor Romero: su preocupación por “*el ciudadano auténtico*”, el “*salvadoreños que se necesita*” para construir la patria. Como obispo y pastor de su pueblo está consciente que vivir la radicalidad del Evangelio es el mejor servicio que podemos prestar a la patria.

En tercer lugar vale la pena recordar que para Monseñor el mensaje que predica, que quiere comunicar a su pueblo a la vez debe hacerse más honda en su propia vida. Es la coherencia en la vida del predicador. La coherencia entre lo que predica y su propia vida. Claro, siempre será un reto de seguir radicalizando (enraizando más, profundizando más) la encarnación del Evangelio en nuestra propia vida. Solamente desde esa coherencia entre el mensaje y la vida del predicador (del animador de comunidades) la Iglesia será auténtica y podrá formar los ciudadanos capaces de transformar la sociedad.

5.54. Hay que convertirse, queridos hermanos; yo, el primero

“¡Qué fuerte es Cristo, aun para nosotros, los ministros de la Iglesia, porque también nosotros, con estos ornamentos sacerdotales podemos dejar de ser intercesores ante Dios para convertirnos en pecado de soberbia, de orgullo, de vanidad! Y a nosotros, también, nos dice el Señor: “¡Cuidado! Que esos ornamentos y toda esa dignidad de vuestro sacerdocio, y toda esa superioridad de vuestra dirigencia, como dirigentes políticos, económicos o sociales, el pertenecer a esas categorías, no debe de ser un privilegio sino un servicio”. Hay que convertirse, queridos hermanos, yo, el primero.” (11 de noviembre de 1979)

Monseñor llama la atención a todos/as que llevan cierta responsabilidad, que tienen cierta autoridad. En el caso de la Iglesia hasta hace referencia a los que se visten con “estos ornamentos sacerdotales”. Cuidado con la tentación de “soberbia, orgullo, vanidad”. No lo dice por gusto. Lo

ve presente en muchos obispos, sacerdotes, superiores/as, y a lo mejor está consciente que él mismo debe cuidarse de caer en la tentación. Nos llama a todos/as a convertirnos constantemente, a revisar en qué medida la serpiente de la soberbia, del orgullo, de la vanidad, de la prepotencia, de la imposición, del abuso de autoridad,... está comiéndonos. Quienes no se fijan con frecuencia en ese aspecto, fácilmente caerán presos.

“yo el primero”, dice Monseñor. Está consciente que el obispo es el primero, el que debe dar ejemplo en esa revisión y esa conversión constante. No sé cómo Monseñor lo ha vivido concretamente. Sabemos que su guía espiritual ha sido importante para su ministerio. Iba a confesarse con frecuencia. ¿Cuáles eran los pecados que atormentaban a Monseñor Romero? No lo sabemos. Pero sí nos da el ejemplo de esa criticidad a los ojos de Dios.

5.55. Pero quiero asegurarles a ustedes que no abandonaré a mi pueblo.

“Quisiera aclarar un punto. Se ha hecho bastante eco a una noticia de amenaza a muerte a mi persona y quiero agradecer la solidaridad de varias personas que me han manifestado esta solidaridad y, en cuanto a los comentarios, también quiero transmitirlos para que ustedes juzguen. Me dicen: “¿Por qué la publicidad acentúa que ese peligro contra su vida se le atribuye a la extrema izquierda? ¿No será una maniobra de la extrema derecha? ¿No será un deseo de que Usted se ausente de este campo? Yo lo dejo en interrogante. Sí he dicho que el peligro para mí existe, sí existe, puede ser de los dos extremos; a los dos les estorbo. Pero quiero asegurarles a ustedes, y les pido sus oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige.” (11 de noviembre de 1979)

Monseñor Romero estaba consciente que sus denuncias de las idolatrías afectan a los intereses tanto a la extrema derecha (la oligarquía, la burguesía, sus representantes políticos) como a la izquierda (la dirigencia de los grupos guerrilleros y de las organizaciones populares). La idolatría del poder, de la riqueza, de la violencia, de la organización,... reinaba en ambas direcciones. Esto no significaba que Monseñor no valorizaba las esperanzas del pueblo en sus luchas reivindicativas, por sus derechos fundamentales. No entra en la discusión (mal intencionada) si las amenazas anónimas le llegan desde la derecha o de la izquierda. A lo mejor estaba consciente que el peligro real venía en primer lugar y sobre todo de parte de la oligarquía.

Luego repite una confesión que no es una teoría o una doctrina fácil: “*no abandonaré a mi pueblo*”. Y lo explica: “*correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige*”. En realidad, estamos a cuatro meses de su asesinato. Varios le han sugerido salir del país, estar un tiempo fuera de la coyuntura violenta del país, para poder evitar ser víctima de más violación y de ser herido o ser asesinado. No quiso salir, como no quiso recibir protección de parte del gobierno. Solo quiso asumir solidariamente con su pueblo todos los riesgos de su pastoreo profético. Esto era su decisión.

Sin embargo, pide a la comunidad creyente de orar por él. Es una frase que el Papa Francisco repite desde el inicio de su servicio: Oren por mí para ser fiel. Monseñor Romero sabía que la tensión y las amenazas podían aún aumentar. Pidió que la iglesia orara por él para poder serle fiel de cercanía, de presencia, de no abandonar a su pueblo.

Pregunta hoy es: ¿Cuáles son los riesgos que nuestro ministerio nos exige? ¿qué significa para nosotros/as hoy “no abandonar a nuestro pueblo”?

5.56. Ha sido mi trabajo siempre mantener la esperanza de mi pueblo. *(Monseñor habla de una nueva coyuntura: efectivamente desde el golpe de Estado del 15 de octubre, con la Junta Revolucionaria de Gobierno se abriría una nueva etapa con muchas expectativas).*

“voy a terminar, queridos hermanos, haciendo una síntesis de toda mi perspectiva. Un obispo no es un político ni un politicólogo, sino un pastor. He recibido ciertas cartas críticas y he recibido también juicios hasta irrespetuosos de algunas manifestaciones, como si yo tuviera una participación política en la coyuntura actual del país. Quiero decir que la perspectiva mía es pastoral y evangélica: anunciar el reino de Dios y aprobar todo lo que está en sintonía con él, y denunciar el pecado y lo que se opone al reino de Dios. En esta nueva coyuntura, el juicio mío sigue siendo pastoral: animar una esperanza que yo, sinceramente, entreveo; y ha sido mi trabajo siempre mantener la esperanza de mi pueblo. Si hay una chispita de esperanza, alimentarla es mi deber y creo que todo hombre de buena voluntad tiene que alimentarla.” (11 de noviembre de 1979)

La misión del pastor es alimentar la chispita de esperanza. Más bien que todo hombre y mujer de buena voluntad debe asumir esa misión: alimentar los brotes de esperanza. Esto se hace dándole nombre a los signos (por débiles que sean) de la presencia del Reino de Dios. *“Aprobar todo lo que está en sintonía con él”* Esto exige un discernimiento constante, honesto, a la luz del Evangelio. Exige también el valor profético para denunciar todo lo que se opone al Reino de Dios, lo que mina su presencia, que obstaculiza, que impide que crezca.

Por eso la Iglesia debe pronunciarse sobre los acontecimientos políticos, económicos, sociales. Especialmente aquellos pastores cuya voz suena a mayores niveles de responsabilidad en la Iglesia, deben de asesorarse bien, orar con honestidad y fortalecer su misión profética. Leer los hechos, los acontecimientos desde la vida de las y los pobres es fundamental para poder descubrir y alimentar las chispitas de esperanza y para desnudar las intenciones de los ídólatras del poder y del dinero.

El pastor debe estar cerca de su pueblo pobre. En el templo, adentro, no se puede discernir la realidad histórica a la luz de Dios. Esto se hace escuchando a las y los pobres, a compartir su vida, su lucha diaria, su sufrimiento, su esperanza. Los pastores deben romper constantemente los muros de las actividades intra eclesiales para que la fuerza del Espíritu de Dios pueda tocarlos. La animación y la alegría en las actividades religiosas e intra eclesiales deben abrirse para escuchar la voz de Dios “afuera”, en el pueblo, en la historia. Solamente desde ahí encontraremos el rumbo evangélico para el caminar de la Iglesia.

5.57. Con este pueblo no cuesta ser un buen pastor. *El texto que sigue es la respuesta que Monseñor dio a Jorge Lara Braud, representante del Consejo Mundial de Iglesias de Cristo, de los Estados Unidos, que había invitado a Monseñor a Nueva York, pero dada la crítica situación que atravesaba el país, Monseñor Romero decidió suspender el viaje. Antes de la homilía, Monseñor cedió el micrófono a Jorge Lara Braud, quien terminó su mensaje con estas palabras: “Monseñor, gracias por no haber ido. ¡Gracias por haberse quedado con su pueblo!”*

“Quiero que a su regreso exprese simplemente lo que ha visto y oído, y lleve el testimonio de que con este pueblo no cuesta ser un buen pastor; es un pueblo que empuja a su servicio a quienes

hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz; y por eso, más que un servicio que ha merecido elogios tan generosos, significa para mí un deber que me llena de profunda satisfacción. (18 de noviembre de 1979)

Monseñor expresa aquí una de sus frases que ha seguido sonando: “con este pueblo no cuesta ser pastor”. Su propia experiencia ha sido que el mismo pueblo lo empujaba a defender los derechos del pueblo y de ser la voz del pueblo que gime de dolor. Y responder ante este empuje de los pobres es un deber, una misión. Además, esta misión lo llena de profunda satisfacción.

En realidad, sí cuesta ser buen pastor, cuesta ser el pastor fiel de su pueblo. No es fácil ni cómodo ir al encuentro de las y los más pobres, sufrientes del pueblo. Solamente quien está cerca de las cruces de la historia puede ser pastor, profeta. Monseñor decía que no costaba ser pastor de ese pueblo, porque ha sido capaz de vivir en medio de su pueblo, de escuchar sus gritos, de romper con los protocolos de las relaciones con gobernantes responsables de mantener un sistema explotador y represor.

Es un pequeño signo importante que Monseñor no quiso ir a recibir un reconocimiento del Consejo Mundial de la Iglesia, no quiso viajar a Nueva York, para quedarse con su pueblo, para acompañar a su Iglesia perseguida. No era él, sino su pueblo que estaba en el centro de su pastoreo, de su atención, de su corazón.

Cada pastor, a su nivel, debe escuchar al pueblo que sufre. Ahí se oye el grito de Dios mismo. Ahí se topará también con chispitas de esperanza, de bondad, de Reino de Dios. Cada pastor tendrá que verse diariamente en el espejo de la vida de las y los pobres: ¿dónde estoy yo?

5.58. Yo siento una satisfacción muy grande. *Palabras en la homilía que concluye el año litúrgico.*

“Y hoy es como clausura de este curso mundial que, en todo el universo, la Iglesia ha impartido sobre el ministerio de Cristo. Yo siento una satisfacción muy grande de que esta celebración de la Palabra, que constituye para nuestra diócesis una verdadera universidad, ha promovido la fe en Jesucristo y, al mismo tiempo, la encarnación de esa fe y de ese reino en la realidad concreta de nuestro país. Y quienes han sabido seguir el pensamiento de la homilía dominical están seguros de que ha sido una catequesis encarnada en la realidad del país. Quienes no lo han entendido son los que pueden seguir diciendo:” Es una predicación política” (25 de noviembre de 1979)

Monseñor reflexiona sobre el proceso de sus homilías durante el año litúrgico. Expresa que se siente satisfecha por haber cumplido su misión de predicar la Palabra de Dios, de promover la fe en Jesucristo encarnándola en la realidad histórica concreta de su pueblo. Y lo repite: es “*una catequesis encarnada en la realidad del país*”. A la vez está consciente que solamente quienes han estado dispuesto a escucharlo de verdad, a seguir sus reflexiones dominicales, comprenderán sus homilías como esa catequesis auténtica. Habrá otros que no actitudes negativas se han cerrado ante la Palabra de Dios encarnada y que siguen acusándole de “*una predicación política*”.

En el momento que escribo esta reflexión estamos llegando también al final de otro año litúrgico. Quizás es un buen momento para preguntarnos (las/los que tenemos la misión de predicar, de realizar la homilía, durante las celebraciones litúrgicas) si han sido *“catequesis encarnada en la realidad del país”*, si han sido *“verdadera universidad”*, *“promoción de la fe”* y *“la encarnación de esa fe y de ese reino en la realidad concreta de nuestro país”*.

Quizás la piedra de toca es la dimensión de la “encarnación en la realidad del país”. ¿Hemos hablado de la palabra de Dios de manera teórica, generalizada, tradicional, o la hemos encarnada en la realidad histórica con su pecado estructural, sus cruces (sobre todo para las y los pobres) y sus momentos de esperanza? ¿Hemos promovido realmente la fe en Jesucristo? ¿Hemos hablado de ese Jesús histórico, de su vida, de sus actuaciones, de sus opciones, de su oración, de su cruz y su resurrección, o nos hemos limitado a la superficialidad religiosa, sentimental y meramente personalista?

5.59. No le tengamos miedo a quedarnos solos si es en honor a la verdad.

“No le tengamos miedo a quedarnos solos si es en honor a la verdad. Tengamos miedo de ser demagogos, de andar ambicionando las falsas adulaciones del pueblo. Si no le decimos la verdad, estamos cometiendo el peor pecado, traicionando la verdad y traicionando al pueblo.” (25 de noviembre de 1979)

En esta homilía del último domingo del año litúrgico Monseñor nos llama a decir la verdad y a defender la verdad. Nos recuerda no tenerle miedo ni a quedarnos solos si es en honor a la verdad. Hoy estamos viviendo tiempos de campaña electoral, de grandes discursos políticos electorales, de mensajes en radio, TV, en las redes sociales, en los grandes rótulos en las calles y la ciudad. Monseñor habla de la demagogia, de “andar ambicionando las falsas adulaciones del pueblo”. Y recuerda, también a los candidatos presidenciales y sus partidos: no decir la verdad es pecado, y, no traicionar la verdad es traicionar al pueblo.

En El Salvador estamos acostumbrados a ver grandes concentraciones de gente (muchas veces llevados en buses desde otros lugares) donde se crea un ambiente de euforia mesiánica alrededor del candidato presidencial que llegará a dar su mensaje prometiendo el paraíso si gana las elecciones. Se utiliza todos los medios para tirarles lodo a los opositores. Se inventa mentiras que son repetidas y repetidas. Se habla de lo que consideran que el pueblo quiere escuchar.

Monseñor Romero habla por supuesto en primer lugar en el contexto de la Iglesia. Llama a todos/as a vivir en la verdad y a decir la verdad. Pide a los pastores a no traicionar la verdad, a no ser demagogos, a no buscar la alabanza del pueblo, sino a decir la verdad de la Palabra y de la presencia de Dios en la historia concreta del pueblo.

El precio puede ser el quedarse solo. Monseñor lo sufrió ya que se quedó solo en la conferencia episcopal de su tiempo (con excepción de Monseñor Rivera y Damas). Los demás obispos lo atacaron, y en Roma lo acusaron de traición y violación de la palabra de Dios. La crueldad del momento histórico que le tocó vivir le exigió elegir constantemente entre la verdad de Dios (en la cruz de los pobres) y la comodidad de una religión “consuelo” paralizante. Monseñor sigue dándonos un tremendo ejemplo y nos anima a no tenerle miedo a la verdad y sus consecuencias.

Sexta parte : la voz de la justicia nadie la puede matar ya.

6.1. Es a ustedes a quien se condecora con todos estos honores.

“Quiero terminar también agradeciendo las felicitaciones que me han llegado con motivo del título de doctor honoris causa que me va a conferir la Universidad de Lovaina, el próximo 2 de febrero. Como lo he dicho repetidas ocasiones, todos estos honores no los siento míos ni me inspiran vanidad, sino que dan la alegría de compartir con ustedes, queridos hermanos, una línea pastoral de defensa evangélica de la dignidad humana y de los derechos del hombre; y que es a ustedes a quien se condecora con todos estos honores; y en nombre de ustedes, iré a recibirlos si dios quiere.” (9 de diciembre de 1979)

Así como el burrito de la llamada entrada triunfal a Jerusalén sabía que el aplauso de la gente no era para él, sino para aquel que estaba montado en su lomo (esto es un pensamiento de Helder Camara), así también Monseñor Romero mantuvo toda su sencillez. Estaba consciente que esos honores y reconocimientos por la defensa de los derechos humanos pertenecían a su pueblo. Los recibía en nombre de su pueblo, no en nombre propio. No le inspiraban vanidad, decía.

También en el entorno eclesial se observa – no pocas veces – que las personas al ser elogiadas, condecoradas, puestas en lo alto por su servicio profético o pastoral, empiezan a sentirse superior a las y los demás. Se vanaglorian de ser llamados a dar declaraciones, a dar testimonio, a aparecer en programas de radio y televisión, perdiendo la sencillez y la honradez con el Evangelio, así como Monseñor Romero lo ha vivido.

Monseñor Romero no llama a ser servidores/as sencillos, cada uno/a a partir de sus dones y talentos. Cada uno/a tendrá que valorar que solo está cumpliendo su servicio, siendo servidor/a del Evangelio de Jesús. Esta es la alegría del Evangelio.

6.2. Siento, como pastor, que tengo un deber para con las organizaciones populares.

“Siento, como pastor, que tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aun cuando ellas desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones; pero así, también, quiero mantener mi autonomía para criticar todos sus abusos de organización, para delatar y denunciar todo aquello que ya significa una idolatría de la organización; y llamarlos, en cambio, a un diálogo en que busquemos entre todos. Las fuerzas organizadas son poderosas en una sociedad y lo pueden todo cuando son capaces de dialogar, pero también disminuyen las fuerzas cuando son fanáticas y no quieren más que su propia voz.” (16 de diciembre de 1979)

Se le acusó de justificar las acciones de las organizaciones políticas populares que habían surgido. En esta cita nuevamente expresa que, al llamar al pueblo a defender su derecho a organizarse, a la vez mantiene toda su autonomía profética para denunciar como están viviendo la idolatría de la organización. Da todo su apoyo a las reivindicaciones justas del pueblo explotado económicamente y reprimido político y militarmente, pero desnuda la idolatría organizacional. El pensamiento único, la idea y la comprensión (ideológica) de la cúpula de las organizaciones, de hecho, obstaculizaba durante varios años hasta la búsqueda de consensos entre las diferentes organizaciones populares. Más bien se tildaban, no pocas veces, de traidores. Solo mi organización es dueña de la verdad. Y más aún, Monseñor Romero las llamó, especialmente las dirigencias, a buscar diálogo sincero con las fuerzas gubernamentales. La capacidad de dialogar es expresión de fortalecer de las organizaciones populares. El fanatismo ideológico y organizacional debilita la fuerza social.

Estamos en campaña política electoral. Aparecen los fanatismos para el propio partido y el fanatismo destructivo hacia el otro partido. Aparecen campañas sucias en vez de hacer propuestas concretas de sus programas de gobierno en caso de ser electos. Aparecen las compras de los votos con regalitos como láminas, gorras, camisetas, hasta con bolsas con víveres de la canasta básica, dineritos. Así vemos la bandera del partido de la oligarquía en las casitas de lata y cartón, en los tugurios de la ciudad y en el campo.

Es de alegrarnos que algunas de las reivindicaciones justas del pueblo y sus organizaciones (como lo del agua, en contra de la minería, por la transparencia, en contra de la corrupción,...) son apoyados por la jerarquía de la(s) iglesia(s). Ahí estaría también Monseñor Romero.



Monseñor Romero visitando un mercado.

6.3. Esto me ofendía mucho.

“ El día 19, a las 12:00, un grupo de las Ligas Populares 28 de febrero se tomaron las oficinas del arzobispado. Los ocupantes manifestaron que su motivo de la toma era pedir al arzobispo que denuncie la forma represiva con que se han realizado diversos desalojos habidos en días anteriores y su intervención para lograr la libertad de los detenidos en dichos desalojos,

realizados por diversos cuerpos de seguridad, así como la devolución de los desaparecidos y la entrega de los cadáveres de los que perecieron.

Consideramos innecesaria y abusiva esta acción, dado que nuestra iglesia arquidiocesana siempre ha estado abogando por las causas justas del pueblo desde su opción preferencial por los pobres, sin necesidad de coacción externa. Después se trató de decir que no era presión al obispo, sino a la Junta; pero soy testigo personal de la agresividad ideológica con que uno de los ocupantes me dijo que yo ya no servía al pueblo, que había dado un giro de ciento ochenta grados y que estaba con el poder. Yo le dije que esto me ofendía mucho y que pedía una prueba.” (23 de diciembre de 1979).

Monseñor comparte como se ha sentido ofendido al escuchar que alguien de los que habían tomado las instalaciones del arzobispado le dijo que no *“ya no servía al pueblo, que había cambiado radicalmente, que estaba con el poder”*. Sabía que no era así. Aun le pedía pruebas al que le había ofendido. Monseñor lo comprendió como una *“agresividad ideológica”*. Es lo que tantas veces había advertido para que las organizaciones populares con transformara su organización en ídolo, para que no se fanatizaran, para que no se encerraran en su propio análisis (desde su ideología) de la realidad. Claro, hubo líderes de organizaciones políticas populares que querían que Monseñor Romero fuera una pieza en su estrategia de lucha. Desde ahí juzgaban. Algunos buscaban a Monseñor para hablarle de la realidad, de su lectura de la realidad y para empujarla a tomar ciertas posiciones y realizar ciertas actividades.

Monseñor Romero siempre ha apoyado las luchas justas del pueblo y sus organizaciones. Ha pedido tantas veces la necesidad de apoyar esas luchas por sus reivindicaciones justas. Pero también han mantenido la necesaria distancia. Como Iglesia, como pastor, nunca se dejó utilizar como pieza de lucha de las mismas organizaciones. No era su papel. Siempre ha tratado de acompañar al pueblo, de serle una luz en el camino y particularmente a evitar las opciones violentas. Decía que violencia solo engendra más violencia. Y al final son los más pobres que sufren más.

Los partidos políticos de hoy, a sus diferentes niveles, también ejercen presión sobre los pastores (obispos, sacerdotes, animadores/as de comunidades cristianas) y tratan de empujarlas hacia acciones y pronunciamientos al servicio de su propia estrategia. Es importante que las mismas comunidades, la misma Iglesia y sus pastores sepan discernir a la luz del Evangelio y desde las y los pobres, la realidad histórica, los acontecimientos. Deben saber discernir entre verdad y mentira.

6.4. ¿Qué pude hacer y no hice?

“Y queda también lanzada como una iniciativa para que, en el resto de esta noche, cada uno analice en su propia vida – yo lo hago también en la intimidad de mi deber de pastor - ¿qué pude hacer y no hice?, ¿qué hice mal? Porque soy el primero en reconocer, como todo ser limitado, humano, que no todo lo que he hecho es bueno, que, al decirle al Señor en la misa que me perdone por pecados de omisión, estoy señalando el capítulo más misterioso de la maldad de cada corazón: lo que se pudo hacer y no se hizo. ¡Cuánto vacío en la vida! ¡cuánto bien dejamos de hacer!” (31 de diciembre de 1979)

Monseñor llama el pecado de omisión *“el misterio de la maldad de cada corazón”*. De Jesús se decía que andaba haciendo el bien. Hace poco oí que el padre Sobrino contestó en una entrevista que el

legado fundamental de los mártires (de la UCA) es: hacer el bien. De ahí viene que el pecado de omisión es el bien que pude hacer, y que no hice. Tenemos nuestros talentos y dones. Tenemos nuestra vocación y misión. Ahí aparecen las oportunidades, los retos, desafíos. Ahí nos encontramos con la realidad desafiante. Y no hicimos el bien. Monseñor pide en su homilía de la misa de fin de año (a menos de tres meses de su asesinato), en la noche de vigilia esperando el nuevo año: que analicemos – en la intimidad de nuestro corazón - ¿Qué pude hacer y no lo hice?

No somos superhumanos, no somos perfectos. En nosotros hay bloqueos. En nuestras comunidades escucho con frecuencia el reconocimiento de “las comodidades”, lo fácil que es quedarse en casa viendo TV o facebookeando. No pocos hemos cultivado el miedo ante la violencia social en vez de tratar de limitar el alcance de los miedos. ¿Cuáles son los bloqueos ante el bien que podemos hacer?

Esta reflexión nos exige un tiempo y espacio para entrar en nosotros mismos. ¿qué es el bien que pudiendo hacerlo, no hice? ¿Porqué no lo hice? ¿Cómo puedo eliminar esos obstáculos? ¿De qué manera podemos ayudarnos en comunidad?

6.5. Yo no quiero ser pesimista.

“Queremos decir, a todos los salvadoreños, que es cierto, vivimos una hora muy incierta. ¿Qué nos espera en 1980? ¿Será el año de la guerra civil? ¿Será el año de la destrucción total? ¿No habremos merecido de Dios la misericordia con tanta sangre que se ha derramada ya, porque talvez se ha derramado con odio, con represión, con violencia? Qué el Señor, pues, tenga, ante este porvenir incierto, misericordia de nosotros. Yo no quiero ser pesimista, porque les quiero decir, a ustedes, que la fuerza que nos debe de sostener es la oración,” (31 de diciembre de 1979)

La pregunta ¿Qué nos espera 2019? sigue actual. ¿qué sucederá en las elecciones de febrero. ¿Sería que la derecha vuelve al poder ejecutivo? ¿Sería que el FMLN logra convencer a los votantes de su proyecto de transformación social? ¿Sería que la mayoría de los votantes quiere arriesgarse a una aventura política nueva, desconocida y un tanto mesiánica? De verdad, “vivimos una hora muy incierta”, tanto por el momento electoral, como por la violencia social (de las maras, ..) y económica (falta de empleo, falta de salarios dignos, explotación económica,..), la violencia ideológica por las maquinarias de producción de mentiras.

En medio de esta realidad es bueno recordar que Monseñor Romero nos ha dicho que “la fuerza que nos debe de sostener es la oración”. Así evitaremos caer en pesimismo y desesperación. Escribo esto a un mes de concluir el año 2018. Está llegando el momento de hacer balance del año y de nuestra vida durante ese año. La oración sincera será fuente fundamental para poder ver nuestra historia y nuestra vida en el espejo del Evangelio.

La Iglesia no puede ser pesimista, ni en las situaciones más difíciles y críticas. Debe ayudarnos a abrir los ojos y oídos para comprender la realidad y para motivarnos a asumir plena responsabilidad histórica.

6.6. Soy simplemente el pastor, el hermano, el amigo de este pueblo.

“Un llamamiento a la oligarquía. Les repito lo que dije la otra vez: No me consideren juez ni enemigo. Soy simplemente el pastor, el hermano, el amigo de este pueblo, que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias; y, en nombre de esas voces, yo levanto mi voz

para decir: no idolatren sus riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás; compartir para ser felices.

El cardenal Lordscheider me dijo una comparación muy pintoresca: "Hay que saber quitarse los anillos para que no le quiten los dedos". Creo que es una expresión bien inteligible. El que no quiere soltar los anillos se expone a que el corten la mano; y el que no quiere dar por amor y por justicia social se impone a que se lo arrebaten por la violencia," (6 de enero de 1980)

Monseñor hace una llamada fuerte a los que adoran la ganancia divinizada de sus empresas e iniciativas, no importando que se deje morir de hambre a las y los demás. Tenemos a diputados que tienen muchos años de vivir del lujo de los salarios y honorarios y viáticos, y ... de la asamblea. No tienen la menor idea de la realidad que vive la mayoría de nuestro pueblo. En el sistema capitalista se ha creado la mentalidad que "es normal" que haya una gran cantidad de gente trabajadora que vive en la miseria porque no consiguen trabajo, porque les pagan unas migajas en vez de salarios dignos.

Al contrario, Monseñor, pastor, hermano, amigo del pueblo, sí sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias. Y por eso, en nombre de ese clamor popular que sube hasta el cielo, Monseñor llama a no idolatrar la riqueza y a compartir los bienes para ser felices. Luego utiliza esa frase del cardenal Lordscheider acerca de la necesidad de quitarse los anillos (los lujos,...) para que no les quiten los dedos. Si no comparten por amor y justicia social, se les quitará la riqueza (siendo fruto de la injusticia, la explotación de otros) por la violencia. Monseñor miraba este en su tiempo. Sin embargo, hoy da la impresión que el poder de los idólatras de la riqueza se ha consolidado y se predica la resignación ante la angustia del pueblo. Ahí surgen las caravanas de migrantes además de todas las salidas diarias de personas individuales.

Monseñor nos pone hoy ante el espejo: ¿somos de verdad pastores, amigos, hermanos del pueblo pobre y excluido? Siendo parte de este pueblo y viviendo sus angustias, ¿somos signos de esperanza?, ¿nos atrevemos a romper los esquemas de consuelo falso y ser animadores de transformación social?

6.7. Todavía es tiempo de quitarse los anillos.

"Nuevamente, a nombre de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, les hago un nuevo llamado para que oigan la voz de Dios y compartan con todos gustosamente el poder y las riquezas, en vez de provocar una guerra civil que nos ahogue en sangre. Todavía es tiempo de quitarse los anillos para que no les vayan a quitar la mano. (13 de enero de 1980)

Una semana después de su llamada de quitarse los anillos, la repite. Monseñor ve acercarse cada día más el monstruo de la guerra civil que "*nos ahoga en sangre*". Es como una profecía de lo que en realidad sucedió posteriormente. Los idólatras del poder y del dinero, los oligarcas y su aparato político – militar, apoyados por el imperio norteamericano, no se doblaron y se prepararon cada día más para la guerra contra el pueblo.

Hoy escuchamos muy poco esas llamadas fuertes y radicalmente evangélicas dirigidas a las fuerzas económicas y políticas de la derecha, ni frente a las elecciones de febrero 2019. Solo se oye cosas muy generales y los idólatras no las toman en cuenta. Ni se oye llamadas al pueblo, en su mayoría

gente explotada, excluida, víctima de sistemas de muerte. Las voces de los partidos políticos son cantos de sirenas que pretenden conseguir votos. Un juego que realizan en cada campaña electoral. Esas voces van acompañadas de regalitos para comprar votos.

Creo que podemos ampliar la llamada de Monseñor Romero y decir a todo el pueblo: “todavía es tiempo de transformar la sociedad y de arrancar la injusticia desde las raíces”. Todavía es tiempo para derrotar el fatalismo, el pesimismo, el “no se puede aquí”. Salir huyendo a los USA como migrantes es dessolidarizarse, es apartarse de los problemas del pueblo y buscar una solución personal o familiar. Monseñor Romero nos llama a la toma de conciencia que todavía hay tiempo para organizarnos, para fortalecer la resistencia popular, para profundizar la esperanza: si es posible vivir de manera diferente.



San Salvador, 9 de marzo de 1980. Rueda de prensa después de haber recibido el “Premio de la Paz 1980”, de parte de Acción Ecuménica Sueca y las Iglesias Libres de Suecia. Le acompañan el padre Ignacio Ellacuría y otras personalidades de Suecia. Arriba póster de seis sacerdotes mártires.

6.8. A ustedes los siento condecorados con este homenaje.

“Y en estas noticias de nuestra diócesis, quiero anunciarles, también, como en ambiente de familia, que el próximo viernes, si Dios quiere, saldré para ir a recibir mi doctorado de Lovaina y regresaré dentro de unos quince días. El viernes de la otra semana iré para traer nuevamente este honor, que yo lo voy a ir a recibir en nombre de toda esta querida comunidad. A ustedes los siento condecorados con este homenaje que aquella universidad ha tenido la bondad de tributarme. (20 de enero de 1980)

Al anunciar su viaje a Europa donde pronunciaría su gran discurso de síntesis de su visión y su compromiso, Monseñor en toda su humildad comparte que vive que ese honor del doctorado

honoris causa le pertenece a su pueblo, a su iglesia. *“siento que ustedes son condecorados”*. El homenaje no es para su persona, sino para su pueblo.

El discurso al recibir el doctorado honoris causa, se ha transformado en una síntesis teológica de su visión pastoral, de su comprensión de la realidad histórica y de la misión de la Iglesia. Sabemos que teólogos confidentes le han ayudado en la elaboración de su discurso. Pero los que hemos conocido a Monseñor sabemos que ese discurso expresa de verdad las líneas fundamentales de su pastoreo, de su profetismo, de servicio como catequistas. Es un documento que cada iglesia local, cada comunidad eclesial de base tendría que estudiar y profundizar, comentarlo a las nuevas generaciones de miembros. No se puede conocer a Monseñor Romero sin profundizar en este documento. Si el doctorado le pertenece al pueblo, también podemos decir que el pueblo (creyente sobre todo) debe asumir también la profundidad y las exigencias del discurso doctoral. A partir de su martirio (un mes y medio posterior) y a partir de esa síntesis, podemos ir comprendiendo la verdad de Monseñor y la verdad de nuestra historia y la verdad de nuestra iglesia.

6.9. Que yo no sea un estorbo...

“La homilía al pueblo, la sencillez de la palabra, sin pretensiones retóricas ni oratorias, simplemente el amor al pueblo para que entienda a Dios y entre en contacto con Dios: esto es lo que pretendemos, que yo no sea un estorbo entre el diálogo de ustedes con Dios.” (27 de enero de 1980)

Como pastor Monseñor Romero quiere animar y facilitar el encuentro entre su pueblo y Dios. Por supuesto que no quiere ser ningún estorbo al respecto. Su preocupación es *“el diálogo de ustedes con Dios”*.

Veo aquí la actitud del pastor que, movido por el mismo Espíritu de Dios, desea que su pueblo sepa escuchar la voz de Dios en su vida, en su historia. Que pueda discernir la Palabra de Dios en medio de y en contraste con las voces de los ídolos del poder, de la riqueza, del egoísmo, del consumismo,... Y lo que le mueve al pastor es *“simplemente el amor al pueblo”*.

¡Cuántas veces los líderes religiosos – por su falso testimonio y alianzas con el poder y la riqueza – no han sido un verdadero obstáculo para que las y los pobres escucharan la voz del Dios de la Vida! Amar al pueblo, tampoco es un eslogan fácil. En Monseñor Romero se veía que decía la verdad: amaba a su pueblo, sufría con su pueblo, buscaba con consuelo y pretendía ser esperanza para su pueblo. Daba su propia vida para que su pueblo viviera.

Hoy nos toca preguntarnos: ¿qué pasa con nuestro amor al pueblo? ¿Cómo se manifiesta o sería que somos estorbo? ¿Qué hacemos – en hechos y palabras – para que nuestro pueblo pueda entrar en pleno diálogo con el Dios de la vida?

6.10. Y me alegra mucho..

“Y me alegra mucho cuando hay gente sencilla que encuentra en mis palabras, precisamente, un vehículo para acercarse a Dios; o de un pecador que se ha convertido a Dios. Este es el efecto de la verdadera predicación eclesial, la Iglesia, homilía de Cristo, continuando el mensaje de Cristo.” (27 de enero de 1980)

En esta cita corta Monseñor describe en palabras sencillas la misión de la Iglesia. Debe ser vehículo para que la gente pueda “*acercarse a Dios*”. *La Iglesia debe ser “homilía de Cristo” y debe “continuar el mensaje de Cristo”*. Tres frases clave que revelan lo fundamental de la misión de la Iglesia. Si no cumple, traiciona a Cristo.

En primero lugar debemos recordar que el acercamiento a Dios se refiere al Dios de Jesús de quien dijo “mi Padre y el Padre de ustedes”. No un dios de bolsillo, no un ídolo. No un dios hecho a mi medida y según mis caprichos. No un dios fachada (con ritos de la iglesia, con imágenes religiosas de la iglesia,..) mientras la vida es una sola idolatría. Y ese Dios se dio a conocer en plenitud en la vida y el mensaje de Jesús de Nazaret. Esto creemos y a esto nos arriesgamos. En Jesús Dios mismo se vino al encuentro con la humanidad y con cada uno/a de nosotros/as. En este sentido la misión eclesial de ser vehículo para acercarse a Dios exige que la Iglesia dé a conocer a ese Jesús, así como ha vivido, como ha actuado, como ha hablado, como ha sido asesinado y como el Padre lo ha resucitado. Así comprendemos que Monseñor Romero dice que la Iglesia debe ser la homilía de Cristo y que debe continuar el mensaje de Cristo. También aquí habrá que precisar. Se trata de ese Jesús de Nazaret así como podemos conocerlo desde los evangelios. Sin las raíces en los evangelios la predicación paulina del Cristo resucitado corre el gran peligro de empujar hacia una religión sin compromisos liberadores en la historia, una religión superficial fuera de la vida, una religión “consuelo” y encubridora de injusticia, mentira y muerte.

En las CEBs debemos hacer constantemente grandes esfuerzos por volver a Jesús, por conocerlo mejor, por dejarnos cuestionar por él, por ponernos debajo de la crítica profética de Jesús. Seguir el camino de Jesús es un camino de profunda alegría en medio de las cruces de la vida y de la historia. Somos capaces de vivir como Jesús. Ahí está el gran reto.

6.11. Como pastor y como ciudadano salvadoreño.... *(el 22 de enero de 1980 la Coordinadora Revolucionaria de Masas organizó una multitudinaria marcha que fue reprimida por los cuerpos de seguridad)*

“Como pastor y como ciudadano salvadoreño, me apena profundamente el que se siga masacrando al sector organizado de nuestro pueblo solo por el hecho de salir ordenadamente a las calles para pedir justicia y libertad. Estoy seguro que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no serán en vano. Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños, que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana. Y que fructificará en la realización de las reformas estructurales audaces y radicales que necesita nuestra patria.”
(27 de enero de 1980).

Pude ser testigo de aquella gran manifestación convocada por la coordinadora revolucionaria de masas, ese 22 de enero de 1980. Era un mar de gente, llegada desde todos los rincones del país. Era un pueblo que gritaba: no a la violencia, no a la injusticia, no la mentira, no a la muerte y que exigía respeto a la libertad de expresión, libertad de exigir transformaciones radicales de las estructuras de la sociedad. La manifestación de miles y miles de personas era un signo de esperanza: un pueblo se estaba levantando contra el sistema de explotación y opresión. Esa manifestación fue atacada por las fuerzas militares. Nuevamente corrió la sangre del pueblo por las calles de San

Salvador. Monseñor Romero expresó su seguridad que esa sangre *“fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana”*.

Me pregunto: ¿porqué un pueblo debe sangrarse para que tome conciencia de su responsabilidad histórica de realizar el futuro de una sociedad justa y humana? Así se dio en los años 80 y el pueblo empezó a luchar, defendiéndose en la guerra contra el pueblo y buscando como con las armas pudiera derrocar a los poderes de explotación y represión. Pero después de los acuerdos de Paz (mejor dicho: los acuerdos de fin de la guerra), esa toma de conciencia se ha diluido. Muchos pobres y explotados volvieron a votar por partidos de la derecha, representantes de los idólatras del poder y de la riqueza. Hubo desmovilización popular.

¡Cuánto nos hace falta para que se realicen los anuncios proféticos de Monseñor Romero! Anunciaba que esa sangre derramada *“fructificará en la realización de las reformas estructurales audaces y radicales que necesita nuestra patria”*. Hoy vemos pasitos pequeños en salud, educación, agricultura. Pero se da en medio de un ambiente criminalmente violento y dentro de la misma estructura neoliberal. No se han dado reformas estructurales audaces y radicales. Con las elecciones del año 2018, los votantes optaron por una mayoría de la derecha en la asamblea, una mayoría que bloqueará tanto el avance de los pasos pequeños como las reformas estructurales. En próximo año habrá elecciones para el poder ejecutivo. Será un nuevo medidor de la conciencia del pueblo.

6.12.El grito de liberación de este pueblo ya nada ni nadie lo puede detener.

“El grito de liberación de este pueblo, es un clamor que sube hasta Dios y que ya nadie ni nada lo puede detener. A quienes caen en la lucha – con tal que sea con sincero amor al pueblo y en búsqueda de una verdadera liberación – debemos considerarlos siempre presentes entre nosotros no solo porque se mantienen en el recuerdo de los que continúan sus luchas, sino también porque la trascendencia de nuestra fe nos enseña que, con la destrucción del cuerpo, no termina la vida humana, sino que esperamos que, por la misericordia divina, es tras la muerte cuando los hombres alcanzaremos la liberación plena y absoluta.” (27 de enero de 1980)

Monseñor retoma la experiencia fundante del pueblo hebreo: Dios escucha el grito de los pobres, el clamor de los oprimidos, y se comprometo con su liberación. El libro del Éxodo es el testimonio literario de esa experiencia humana. Lastimosamente las iglesias han predicado muchas veces consuelo y “aguante”, proyectando la verdadera liberación después de la muerte. Monseñor Romero la ve en la historia y llegando a su plenitud hasta más allá de la muerte.

Crear en esa fuerza fundante del pueblo hebreo y de nuestra propia historia de salvación, nos exige ser voz de ese clamor que sube hasta Dios. Nos exige ser despertadores en nuestros pueblos y ser la voz de Dios dirigida hacia las y los pobres para que se arriesguen a su verdadera liberación.

Quizás hoy en El Salvador (y el continente) las voces libertarias se han callado. La mayoría somos víctimas de las idolatrías, de los sueños del consumismo y de la virtualidad de las redes sociales. No hay tiempo ni interés para reflexionar sobre nuestra situación de vida y el porqué. Las mayorías están votando por partidos de la (extrema) derecha para que las mantengan en la miseria, en la mentira.

Monseñor Romero nos recuerda que nadie ni nada podrá detener las fuerzas de liberación, porque son las fuerzas de Dios. Para que nuestro testimonio, como lo vivió Monseñor Romero, sea aceptable y pueda movilizar fuerzas humanas, es necesario que nuestra vida sea coherente con el mensaje. Es decir sin vivir la fraternidad, la solidaridad, el servicio, la entrega en la lucha por la causa común y la casa común, nadie podrá creer nuestro mensaje.

6.13. Este viaje fue por ustedes. *Comentario sobre el doctorado honoris causa otorgado por la universidad de Lovaina en Bélgica el 2 de febrero de 1980.*

“Decía, también, que este viaje fue por ustedes. Por mí solo, más hubiera preferido quedarme aquí, donde sentía la angustia de unas situaciones tan difíciles; pero se me convenció de que había que llevar también allá la causa que apoyamos y defendemos; y sentí que era no un homenaje a mi persona, sino que todo aquello redundaba en un servicio a toda esta comunidad; y, en nombre de ustedes, yo me presenté a recibir la toga del doctorado honoris causa.” (10 de febrero de 1980)

Realmente su mensaje, su discurso al recibir el doctorado honoris causa, ha sido una síntesis de su propio crecimiento a la par de su pueblo, desde *“la angustia de unas situaciones tan difíciles”*, por *“la causa que apoyamos y defendemos”*. De esta manera Monseñor pudo ser la voz de su pueblo, la voz de su Iglesia, la voz de Dios al explicitar la dimensión política de la fe cristiana. Ha sido un reconocimiento para una iglesia perseguida por causa del Reino de Dios, para las y los pobres de esa iglesia en El Salvador, el continente y el mundo. Y estaba convencido que *“había que llevar el mensaje también al otro lado del océano”*. La causa de su pueblo debía de escucharse en una universidad importante. Fortalecería su voz, la voz de su pueblo, la voz de Dios.

De esa manera Monseñor Romero nos ha dejado un documento síntesis, un legado fundante para quienes quieren seguir el camino de Jesús respondiendo a la voz de Dios en la historia. Mas ahora con su canonización, la misma iglesia católica romana lo ha reconocido: realmente este hombre, era hombre de Dios, voz de Dios, presencia de Dios. Hoy ya no tendría que ser posible ser cristiano sin asumir las causas de la vida y de pastoreo profético de Monseñor Romero.

6.14. Voy a hablarles como pastor que juntamente con su pueblo....

“Y cuando desarrollé el tema que la Universidad de Lovaina me había asignado: *“la dimensión política de la fe desde la opción por los pobres”*, les dije: *“No voy a hablarles como un experto en política, ni siquiera en teología; no voy a decirles el enlace teórico de la fe y de la política. Sencillamente, voy a hablarles, más bien, como pastor que, juntamente con su pueblo, ha ido aprendiendo la penosa y dura verdad de que la fe cristiana no nos separa del mundo. Y conté la aventura que, junto con ustedes, estamos viviendo en esta arquidiócesis: de correr los mismos riesgos y destino de los pobres; y, precisamente, por defenderlos, sufrir la persecución y la calumnia.”* (10 de febrero de 1980).

Monseñor Romero comparte el tono fundamental de su discurso en Lovaina. Junto con su pueblo está caminando, junto con su pueblo está *“aprendiendo la penosa y dura verdad de que la fe cristiana no nos separa del mundo”*. La opción básica de la iglesia y del pastoreo de Monseñor

Romero es “*correr los mismos riesgos y destino de los pobres; y, precisamente, por defenderlos, sufrir la persecución y la calumnia.*” La Iglesia al servicio del mundo donde se irrumpe el Reino de Dios, asume la dura realidad (los riesgos, el destino, la desesperación, la esperanza, el dolor, la angustia, la muerte) de las y los pobres. Esto se daba en muchas comunidades, parroquias y con Monseñor a la cabeza también a nivel arquidiocesano: se hizo voz de los sin voz, grito de los crucificados, defensor de los que sufren. Y por defender a los pobres y sus derechos a la vida, la misma Iglesia compartía también la cruz de los pobres: ser calumniada, acusada (de ser agitadora de masas, instrumento político del comunismo,...) y perseguida.

Hoy nos toca preguntar: ¿qué debemos hacer para correr los riesgos y destinos de las y los pobres? ¿Qué hay que hacer para ser defensora de las y los pobres? Pienso en los amenazados, aterrorizados por las maras, los extorsionados, .. en las familias de los asesinados y desaparecidos,.... Pienso en los que no tienen salario digno y a penas sobreviven. Son los mismos que son manipulados en cada campaña política electoral, las víctimas de leyes injustas.

Son grandes retos para cada creyente y cada comunidad eclesial de base, cada parroquia,... “correr los riesgos y el destino de los pobres”. No tenemos el derecho de equivocarnos en esto.



6.15. Quisiera ser siempre un mensajero de esperanza.

“Quisiera ser siempre, sobre todo en estas horas de confusión, de psicosis, de angustias colectivas, un mensajero de esperanza y de alegría.” (10 de febrero de 1980)

A algo más de un mes de su asesinato, Monseñor Romero comparte con su pueblo lo que como pastor de la Iglesia quiere ser: “*mensajero de esperanza y de alegría.*”

Hoy las circunstancias han cambiado, pero seguimos viviendo “*estas horas de confusión, de psicosis y de angustias colectivas.*” La explotación económica con salarios de hambre sigue vigente. La mentalidad consumista sigue ahogando a muchos. La violencia social (extorciones, desaparecimientos, asesinatos, desplazamiento, migración,...) sigue – a pesar de una baja en los números que la policía presenta). Horas de confusión también cuando los partidos de las derechas proclaman ser los mesías de soluciones fáciles, ofreciendo miles y miles oportunidades de empleo (sin mencionar el salario o las circunstancias laborales). El bombardeo propagandístico de las

elecciones, en vez de aclarar crea más confusión y pretende engañar. La derecha espera poder recuperar el poder para volver a fortalecer el sistema capitalista neoliberal. Nuestro pueblo sigue viviendo esa tremenda angustia colectiva.

Ser mensajeros de esperanza y alegría, en medio de la desesperación y el desánimo del pueblo. Qué gran misión para las iglesias y sus pastores. Sin embargo, abundan la euforia religiosa carismática y la manipulación religiosa de las conciencias de la gente. Claro que de vez en cuando oímos una voz profética de esperanza, pero la mayoría de las iglesias y pastorales no lo son.

Las comunidades cristianas tenemos que preguntarnos qué debemos hacer para ser “mensajeros de esperanza y alegría” en nuestro entorno donde vivimos, el entorno laboral, en la familia. Una espiritualidad liberadora, una evangelización liberadora, un compromiso fraterno y solidario, ... deben ser nuestras fuentes para que podamos ser voces de esperanza y alegría.

6.17. No estoy de acuerdo con las tomas de los templos, pero

“Cierto que no estoy de acuerdo con las tomas de los templos, pero tampoco voy a cometer el crimen de irlos a sacar con metralletas, pueden estar seguros.” (10 de febrero de 1980)

Monseñor Romero no estaba de acuerdo con las tomas de templos como espacios para denunciar atropellos, o para presentar públicamente exigencias. Consideraba que el pueblo creyente tenía derechos de reunirse en sus iglesias para celebrar su fe, para orar juntos. Y defendía ese derecho. Reclamaba a los líderes de organizaciones populares por lo que llamaba abusos.

Al mismo tiempo exigía al gobierno y las fuerzas de seguridad de respetar los templos, de respetar la gente ahí adentro. Levantaba su voz en defensa y protección de las que estaban adentro. En algunos casos se hizo presente (como en la iglesia de El Rosario) para negociar con el objetivo de evitar que el ejército rompiera las puertas y masacrara la gente adentro.

De la misma manera, así como lo menciona en esta cita, para Monseñor Romero la vida de las personas era más importante que los edificios eclesiásticos. No cabía duda: jamás iba a llamar al ejército para desalojar los templos. Más bien sabemos como estaba preocupado para que la gente en las iglesias tomadas (no pocas veces mujeres con niños/as) tuviera comida y buscaba caminos para poder facilitarles algunos alimentos.

Por supuesto que la toma de iglesias se da en tiempos cuando el poder cierra los espacios de protesta, los espacios para que sectores de la población pueda expresarse y exigir el respeto a sus derechos. Hoy, con más espacios de expresión, vale la pena preguntarnos dónde el pueblo en su conjunto puede expresar de verdad sus exigencias contra el despilfarro en la asamblea (con jugosos seguros de vida, pagados por el pueblo), contra la corrupción en el sistema judicial, contra la destrucción del medioambiente, a favor del derecho al agua (bien se ve que la asamblea no quiere tratarlo antes de las elecciones de febrero)... ¿De qué sirve hacer manifestaciones en las calles o concentraciones frente a la asamblea, si nadie nos hace caso?

6.18. Tercer aniversario de mi vida arzobispal.

“Solidaridad en el tercer aniversario de mi vida arzobispal con ustedes, que celebramos con una preciosa eucaristía el día 22 de febrero. Quiero agradecerles profundamente el sentirse unidos con su obispo” (24 de febrero de 1980)

Exactamente a un mes antes de su asesinato Monseñor agradece su pueblo por todos los signos de solidaridad, amistad, apoyo, reconocimiento en el tercer aniversario de su entrega como arzobispo de San Salvador. Le daba ánimo y fuerza sentir que su pueblo estaba unido con él como obispo de la iglesia. En los tiempos tan oscuros de nuestra historia Monseñor vivía que su pueblo reconocía en él la voz de Dios, el mensaje de salvación, la presencia de Cristo en la historia. Con toda la humildad de su persona agradecer *“profundamente el sentirse unidos con su obispo”*.

Por supuesto no todos los católicos estaban con el arzobispo, ni los demás obispos (con excepción de Mons. Rivera), ni todos los sacerdotes o religiosas/os. Hubo pronunciamientos fuertes de rechazo de la palabra profética del arzobispo, y eso de parte de organismos que se llamaban católicos, de parte de sus “hermanos de mitra y báculo”. Los que habían ejercido mucha presión para que no se nombrara a Mons Rivera, sino a Mons Romero como arzobispo, estaban en contra del profeta. No aguantaban que Romero destapaba la corrupción del poder hasta tan grandes extremos de violencia contra el pueblo.

Hoy, es curioso que se oye muy poco de los obispos de las otras diócesis. Parte de la prensa nacional da eco a una selección (a veces mal intencionada) del mensaje del arzobispo o del cardenal (obispo auxiliar), pero los otros obispos no aparecen. ¿No tendrán un mensaje de vida?

6.19. La voz de la justicia nadie la puede matar ya.

“Espero que este llamado de la Iglesia no endurezca aún más el corazón de los oligarcas, sino que los mueva a la conversión. Compartan lo que son y tienen. No sigan callando con la violencia a los que les estamos haciendo una invitación ni, mucho menos, continúen matando a los que estamos tratando de lograr que haya una más justa distribución del poder y de las riquezas de nuestro país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana; pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya.” (24 de febrero de 1980)

Monseñor siempre hace llamadas a sus hermanos “idólatras”, los que adoran los dioses del poder y de la riqueza y los convoca a la conversión. Y pide que *“no sigan callando con la violencia”* las voces de protesta, las voces que llaman a cambiar, a que *“compartan lo que son y tienen”*.

Habla de su propia experiencia porque está recibiendo avisos de muerte por ser voz profética que exija *“una más justa distribución del poder y de la riqueza de nuestro país”*. Todos los días se captura, se desaparece, se mata a aquellos que levantan la voz de justicia, de la libertad, de la verdad, de la fraternidad, de la vida. Monseñor está consciente que no dudarán en matarlo.

Pero dice a su pueblo, dándole esperanza, que *“la voz de la justicia nadie la puede matar ya.”* Esos gritos de los pobres, de los oprimidos ya no se callarán. Claman al cielo. Ningún poder será capaz de callar la voz que exige justicia y los demás valores del Reino de Dios. Si creyéramos esto de verdad, hoy estaríamos más adelante y no nos dejaríamos engañar por promesas electorales acompañados de regalitos de campaña. ¿Porqué dudamos? ¿Porqué no nos unimos más para

integrarnos en las luchas por la justicia, por el agua, en contra de la corrupción, en contra del enriquecimiento de magistrados y diputados?

6.20. No sería más que una lata que suena.

“Ayer, cuando un periodista me preguntaba dónde encontraba yo mi inspiración para mi trabajo y mi predicación, le decía: Es bien oportuna su pregunta porque, cabalmente, vengo saliendo de mis ejercicios espirituales. Si no fuera por esta oración y esta reflexión que trato de mantener unido con Dios, no sería yo más que lo dice San Pablo:” una lata que suena”. Y, por eso, hago un llamamiento a todos – sacerdotes, religiosos, religiosas, cristianos, comunidades – no dejen pasar su cuaresma sin una revisión muy a fondo de su vida espiritual.” (2 de marzo de 1980)

La fuente de la vida y del compromiso de Monseñor Romero ha sido – durante toda su vida – su oración y reflexión sobre la palabra y la presencia de Dios en su vida y en la historia de su pueblo. Sus ejercicios espirituales frecuentes, su oración personal diario, su reflexión acompañada por su guía espiritual, su escucha de Dios en el grito de los que sufren: ahí encontraba la inspiración y la fuerza para su predicación y su actuación como pastor. No duda en llamar a todos los creyentes a revisar periódicamente “*muy a fondo su vida espiritual*”.

La agresividad de los dioses del poder, la riqueza, la organización, el placer es tan fuerte como vientos huracanados que botan todo que no está con raíces o fundamentos muy profundos. En nuestro país los pobres tradicionalmente votan por partidos que representan los intereses de la oligarquía. ¿Cómo resistir ante el consumismo, en este tiempo de fin de año, vestido de símbolos religiosos de navidad, de paz, de felicidad?

Vivimos un trajín diario en el trabajo (por poder sobrevivir). ¿y el tiempo que nos queda? ¿Cuánto tiempo diario dedicamos a “escuchar lo que Dios quiere decirnos” entre tanta bulla de la sociedad capitalista neoliberal consumista? ¿Cómo nos ayudamos para hacer lo que Monseñor nos pide: revisar muy a fondo nuestra vida espiritual, es decir las raíces de nuestra vida?

6.21. Entre los cadáveres y los que peregrinamos en este pueblo.... *La misa en la que Monseñor Romero recibió el Premio de la Paz 1980, era también Misa de cuerpo presente de Roberto Castellanos, miembro de la UDN y su esposa danesa Annette Mathienssen, asesinados por los cuerpos de seguridad.*

“Señor, embajador de Suecia, estimado hermano secretario general de Acción Ecuaménica Sueca, queridos hermanos. Entre los cadáveres y los que peregrinamos en este pueblo, entre el dolor y los aplausos, recibo agradecido este impulso, que no es solo para mí, sino para todo este querido pueblo, que bien acaba de describir el señor secretario general de Acción Ecuaménica Sueca, al entregarme este honroso galardón del Premio de la Paz 1980 (...) Me conmueve esta coincidencia de que mientras Suecia trae un Premio de Paz, una ciudadana de un país vecina a Suecia está aquí también con su cadáver, como apoyando dolorosamente la necesidad de que hay que apoyar este trabajo por la paz.” (9 de marzo de 1980)

“Hay que apoyar este trabajo por la paz.” Pregunta es cómo se hace esto. La oligarquía considera que su proyecto lleva a prosperidad para ella y que habrá derrame para los de abajo. Los que están en el poder (político) dicen que ellos/as son el mejor gabinete con la mejor estrategia para llevar la paz y el bienestar al pueblo. Los que pretenden estar en el poder (especialmente en tiempos de campaña política) se consideran que serán los únicos que podrán sembrar paz duradera y prosperidad.

Monseñor nos da – me parece – un criterio importante: “entre cadáveres” y “los que peregrinamos en este pueblo”. Miremos el primero. Habrá que estar **en medio de cadáveres**. Podemos hablar de manera general de “víctimas” (aunque por de pronto no sean mortales), de excluidos, pero también de los muertos. El Salvador sigue siendo uno de los países más violentos del mundo, pero la policía critica al arzobispo cuando denuncia que en cuanto a seguridad ciudadana se está llegando a un estado fallido. Diariamente son todavía 10 o más familias que lloran un asesinato, otras 10 o más que se angustian porque un familiar ha “desaparecido”. Así podemos seguir... Solo cuando se está “entre cadáveres” (sintiendo el dolor de los que sufren), se podrá tratar de diseñar caminos de paz. Y luego el otro criterio: **“peregrinar en este pueblo”**. No tiene nada que ver con las visitas de políticos, de candidatos, ni de presidentes o ministros a las comunidades. Peregrinar en este pueblo, lo veo en las promotoras de salud (las de vocación), en maestros (de vocación) en escuelas, en sacerdotes y religiosas “encarnado/as, insertados/os en la vida concreta del pueblo”, en enfermeras y médicos (de vocación) en el hospitalito de los pobres con cáncer terminal, Solamente desde ahí se puede hablar de perspectiva de paz, fruto de la justicia.

Lo peor es cuando gente de poder y gobernantes empiezan a hablar sobre “la bendición de Dios” para la gente. La bendición del Dios de la vida, de la liberación, de la historia nace desde abajo, desde en medio de los cadáveres, peregrinando entre las y los pobres.

6.22. Quienes creen que mi predicación es política

“Quienes creen que mi predicación es política, que provoca la violencia, como si yo fuera el causante de todos los males en la república, olvidan que la palabra de la Iglesia no está inventando los males que ya existen en el mundo, sino iluminándolos. La luz ilumina lo que existe, no lo crea. El gran mal ya existe, y la palabra de Dios quiere deshacer esos males y los señala como una denuncia necesaria para que los hombres vuelvan a los buenos caminos.” (16 de marzo de 1980)

También en la actualidad las palabras de Monseñor Romero nos desnudan. “la palabra de la Iglesia no inventa la maldad” . Esta maldad existe y por eso la Iglesia la denuncia. Y lo hace para los humanos rectifiquemos y construyamos “los buenos caminos”, caminos de justicia y fraternidad, caminos de paz y libertad. En algunos países se critica a obispos por denunciar el atropello que sufre el pueblo (así como sucedió con Mons. Romero) y tratan de violar la verdad diciendo que “esos obispos hacen política, provocan violencia, son agitadores,...”

La Iglesia profética no inventa los problemas de la sociedad, no inventa las cruces históricas de los pobres. Con ojos en el horizonte del Reino de Dios, motivados por el Evangelio de Jesús, iluminar la realidad y hacen ver dónde hay maldad, donde hay pecado y donde hay bondad y gracia, y vida.

Monseñor Romero aporta también la razón de esa voz profética: para que “los hombres”, es decir, todos y todas, abramos “buenos caminos”, caminos de la verdad, de la libertad, de solidaridad, de

la fraternidad, de la justicia, de la misericordia, Se denuncia las estructuras de pecado para que haya conversión. La corrupción generalizada mina todo camino hacia la vida. El evangelio de Jesús siempre chocará con el poder, con la riqueza, con la corrupción,...

6.23. Que sepan que no guardo ningún rencor

“Me da más lástima que cólera cuando me ofenden y me calumnian. Me da lástima de esos pobres cieguitos que no ven más allá de la persona; que sepan que no guardo ningún rencor, ningún resentimiento ni me ofenden todos esos anónimos que suelen llegar con tanta rabia o que se pronuncia por otros medios o que se viven en el corazón. Y no es una lástima de superioridad, es una lástima de agradecimiento a Dios y de súplica a Dios: Señor, ábreles los ojos; Señor, que se conviertan; Señor, que, en vez de estar viviendo esa amargura de odio, que viven en su corazón, vivan de alegría de la reconciliación contigo,” (16 de marzo de 1980)

La derecha, la oligarquía, los militares, los eclesiásticos conservadores,.... no han cesado de calumniar y de ofender a Monseñor Romero. Han utilizado todos los medios directos o a través de los medios sociales para atacarlo, amenazarlo.

Monseñor los llama cariñosamente “cieguitos” y los tiene lástima porque viven la amargura del odio, de la rabia. Comparte que no siente resentimiento, sino que le pide al Señor que puedan descubrir su llamada a la conversión y a la alegría de la reconciliación. Monseñor expresa su convicción que está en el camino del Evangelio, en las huellas de Jesús, obedeciendo al Padre, dejándose guiar por el Espíritu.

En tiempos de campaña electoral, con la expectativa de ganar votos, se calumnia y degrada a adversario. Se llega a campaña sucia hasta tratando de eliminar – con mañas judiciales – al candidato que sienten como mayor obstáculo en el camino a ganar las elecciones. Todos los medios son utilizados. No hay ética de campaña. En muchos países latinoamericanos arde la polarización (ideológica, política) y cada núcleo de poder trata de calumniar y de ofender al polo opuesto.

Monseñor Romero llama a la conversión. Esto vale para todos y todas. Nos da el ejemplo de no resentirse y de sentir lástima ante los que calumnian. Esta actitud solo es posible cuando se está en el horizonte de la verdad. Quienes están en la mentira no pueden sentirse tranquilos, porque saben que algún día se tropezarán con sus propios engaños.

6.24. Nada me importa tanto como la vida humana.

“Este es el pensamiento fundamental de mi predicación; nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y tan profundo, más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque es la vida de los hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, y hacer imposible la reconciliación y la paz. Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión.” (16 de marzo de 1980)

A una semana de su asesinato Monseñor comparte en catedral que lo fundamental de su predicación, de su pastoreo, es la defensa de la vida humana. Durante todos esos años ha visto y sufrido como crece la represión contra el pueblo que se organiza y exige respeto a sus derechos.

Observa también que toda forma de violencia despierta nuevos odios y acelera la espiral de violencia que exige cada vez más víctimas. Esas violencias nacen de la violencia estructural, la violencia (que genera pobreza y muerte) en las estructuras de la sociedad. Un primer paso para poder caminar hacia la reconciliación es que termine la represión contra el pueblo.

Para nuestros pueblos no es fácil luchar en defensa de la vida humana. Las estructuras pecaminosas son fuertes, tienen el apoyo desde los poderes políticos y económicos, tanto a nivel nacional como internacional.

Para las iglesias “la vida humana” tendría que ser lo fundamental de su preocupación, de su actuar, de su predicación. Creer en el Dios que llama a su pueblo a salir de Egipto (la situación de miseria, explotación, hambre, humillación), creer en el Dios de la creación, nos exige estar en la barricada por la defensa de la vida. Se debe iniciar ahí donde la vida es más amenazada: la vida diaria de las y los pobres, el sufrimiento de las víctimas de la violencia. No hay ninguna misión más noble, ni más cristiana que la defensa de la vida. Por eso hay que parar la espiral de violencia que nos agarra a todos y todas.

6.25. Yo no tengo ninguna ambición de poder.

“Yo no tengo ninguna ambición de poder y por eso, con toda libertad, le digo al poder lo que está bueno y lo que está malo; y a cualquier grupo político, le digo lo que está bueno y lo que está malo, es mi deber.” (23 de marzo de 1980)

Monseñor Romero se caracterizaba por su libertad frente a todos los poderes, económicos y políticos. El no tenía techo de vidrio. No tenía ningún temor al respecto. No se había aliado con ningún poder. Los grandes que estaban aportando para la construcción de catedral ya se habían retirado. Monseñor había decidido no estar ningún acto oficial del gobierno, hasta que se aclarara el asesinato de Rutilio Grande y sus dos acompañantes. No esperaba, ni necesitaba ningún beneficio ni regalo de nadie. Era hombre libre, cristiano libre, pastor libre. No ansiaba ningún poder. Hasta en la misma estructura jerárquica de la Iglesia Monseñor estaba sin poder humano, sin apoyo de los demás obispos, sin apoyo del nuncio, y criticado fuertemente por algunos poderosos en el Vaticano. Monseñor hablaba desde la realidad de los pobres, desde la perspectiva de Dios.

Quizás esa libertad es y debe ser una de las características de los verdaderos “santos y santas”. Cuando hay sacerdotes, pastores, obispos, religiosos/as que son buenos “amigos/as” de gente con poder, algo anda mal y es una advertencia para el pueblo de Dios. La relación de monseñor Romero con algunos de ellos era la constante llamada pública y privada a la conversión, al cambio, a quitarse los anillos, a dejar de arrodillarse ante los ídolos,....

En la campaña electoral vale la pena preguntarnos si la Iglesia (a todos sus niveles) vive esa misma libertad para tomar distancia de cualquier partido político y para decir a cada quien “*lo está bueno y lo que está malo*” Por supuesto esta libertad para anunciar y denunciar exige una tremenda capacidad para discernir las dinámicas que lleva hacia lo bueno y aquellas que empujan hacia lo malo. En la historia muchas veces esas dos están de una u otra manera entremezclados, hasta en nuestra propia vida. Sin embargo, ese ejercicio (comunitario) de discernimiento, también en la soledad de la oración, es fundamental para poder ejercer esa tremenda libertad.

6.26. Mientras voy recogiendo el clamor del pueblo....

“Ya sé que hay muchos que se escandalizan de esta palabra y quieren acusarla de que ha dejado la predicación del Evangelio para meterse en política; pero no acepto yo esta acusación, sino que hago un esfuerzo para que todo lo que nos ha querido impulsar el Concilio Vaticano II, la reunión de Medellín y de Puebla, no solo lo tengamos en las páginas y lo estudiemos teóricamente, sino que lo vivamos y lo traduzcamos en esta conflictiva realidad de predicar como se debe el Evangelio para nuestro pueblo. Por eso, le pido al Señor, durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuno para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y, aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión.” (23 de marzo de 1980)

Monseñor nos revela – a algo más de 24 horas de su asesinato – que su mayor esfuerzo ha sido “impulsar el mensaje renovador del concilio vaticano II, de las dos conferencias episcopales latinoamericanas (Medellín y Puebla)”, como indicadores de por donde van los caminos nuevos del Evangelio de Jesús. Esa es la misión de la Iglesia. Por eso Monseñor rechaza la acusación de hacer política, aunque su mensaje tiene impacto en lo político.

Luego concretiza: *“recoger el clamor del pueblo, recoger el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia”*. Desde esa realidad de “cruz” anuncia su mensaje de consuelo, de denuncia, de insistencia en la conversión y el arrepentimiento. Esta es la misión de la iglesia, de cada miembro de la iglesia que quiere serle fiel a Jesús de Nazaret. ¿qué significa esto hoy finales de 2018, con los feminicidios, los aún más de diez asesinatos al día, los tantos desaparecidos, los extorsionados, los amenazados, los migrantes?

Pero Monseñor también está consciente que su voz, como la de Juan el Bautista, de Jesús mismo, es una voz que clama (al cielo) en el desierto. ¿Qué escuchó a Monseñor? ¿Le hicimos caso? Con toda honestidad y humildad tenemos que reconocer que no: no escuchamos, no le hicimos caso. ¿Pero hoy? Celebramos – con justa razón – la alegría del reconocimiento oficial de su santidad, pero ¿escuchamos su voz que sigue clamando en el desierto? ¿Qué tendremos que hacer?

6.27. ¡Cese la represión!

“Queridos hermanos, sería interesante, ahora hacer un análisis, pero no quiero abusar de su tiempo, de lo que han significados estos meses de un nuevo gobierno que, precisamente, quería sacarnos de estos ambientes horrorosos y si que se pretende es decapitar la organización del pueblo y estorbar el proceso que el pueblo quiere, no puede progresar otro proceso. Sin las raíces en el pueblo ningún gobierno puede tener eficacia, mucho menos, cuando quiere implantarlo a la fuerza de sangre y dolor. Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército, y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice. “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta

sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo, cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cesen la represión! (23 de marzo de 1980)

Ante estas palabras, no puede decir nada más. Solo escucharlas.....

Ojalá fuéramos capaces de gritar de la misma manera antes todo lo que destruye la vida. ¡Cesen la represión! ¡Cesen los asesinatos! ¡Cesen las extorsiones! ¡Cesen las explotaciones en las fábricas con salarios de hambre! ¡Cese la corrupción en empresas, en partidos políticos, en el sistema judicial,..! ¡Cesan las mentiras y engaños en los medios de comunicación!

6.28. Unámonos, pues, íntimamente en fe y esperanza. Últimas palabras de Monseñor.

“Qué este cuerpo inmolado y esta carne sacrificada por los hombres nos alimente también a dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo: no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente, en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros.” *En este momento soñó el disparo.* (24 de marzo de 1980).



Al hablar del Cuerpo y la Sangre de Cristo, Monseñor anuncia que también que su “cuerpo inmolado y su carne sacrificada por los hombres” pueda fortalecernos para que seamos capaces de darnos, de dar “nuestro cuerpo y nuestra sangre” a los/las que sufren, para que haya “justicia y paz”. En menos de un minuto después su cuerpo es inmolado, su corazón destrozado: se dio así como Jesús se dio en la cruz.

Su última palabra pronunciada era una petición: unirnos, íntimamente, en fe y esperanza, en la oración por todos nosotros. Solamente un creyente profético de compromiso radical con los pobres puede decir esas palabras con autenticidad.

Que también nosotros/as estemos en el mismo camino del Evangelio con nuestras raíces en el dolor de los pobres y en el silencio de la oración.



SIGUE VIVO.

Personalia.

Luis Van de Velde. (1949), nació en Bélgica. Estudió en el seminario diocesano de Amberes, y la licenciatura en Teología Aplicada – Misiología en la Universidad Católica de Lovaina, Belgica. Ha sido ordenado sacerdote en 1975. Vive y trabaja en Centro América desde el inicio de 1977. Durante 10 años ha sido sacerdote fidei donum in Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Entre enero 1978 y finales de diciembre de 1980 ha sido colaborador en la parroquia de Zacamil con responsabilidad pastoral en el sector de San Ramón, compartiendo muy cerca la experiencia pastoral de Monseñor Romero.

Está casado con Tere y tienen dos hijas (Elisa y Lupita), dos nietas (Teresita y Ariannita) y un nieto (Oscarito). Durante 25 años ha sido cooperante ong como facilitador en la formación cooperativa y luego coordinador de la ong belga de apoyo al desarrollo, Volens, para la región centroamericana.

Desde el año 2004 ha sido “llamado” por cristianos/as pobres en las comunidades eclesiales de base en el sector de Zacamil, El Salvador, para volver a ser “lo que siempre ha sido”: sacerdote al servicio de las y los pobres, al servicio del Evangelio. Desde el inicio de 2011, junto con su esposa Tere, acompaña comunidades eclesiales de base en “el Movimiento Ecuménico de CEBs en Mejicanos. “Alfonso, Miguel, Ernesto y Paula Acevedo” en el caminar de la fe en medio de la realidad actual de El Salvador.

Está también en una relación pastoral y de amistad con la Iglesia Episcopal Anglicana en El Salvador donde colabora en servicios de formación y acompañamiento.

